

UC-NRLF



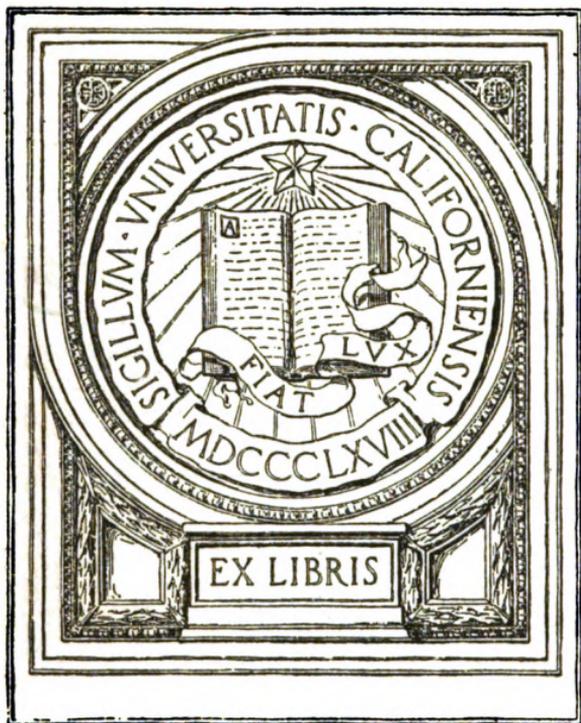
\$B 311 067

BIBLIOTECA

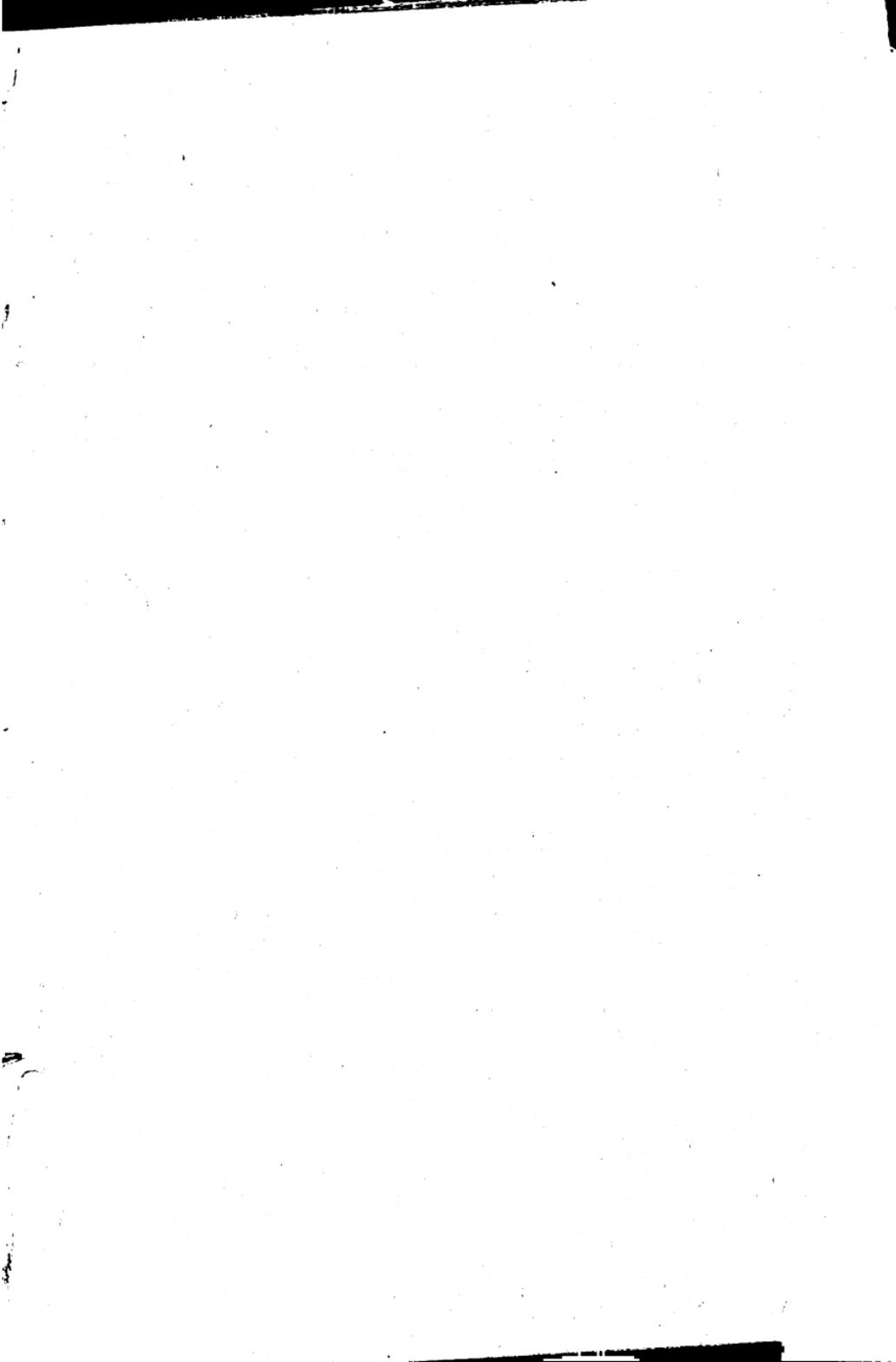


CLÁSICA.

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



EX LIBRIS



QUINTO CURCIO

DE LA VIDA Y ACCIONES

DE ALEJANDRO EL GRANDE



BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CVII

DE LA VIDA Y ACCIONES

DE

ALEXANDRO EL GRANDE

POR

QUINTO CURCIO RUFO

TRADUCIDO

DE LA LENGUA LATINA EN LA ESPAÑOLA

POR

D. MATEO IBÁÑEZ DE SEGOVIA Y ORELLANA

(sig. XVII)
1699

MARQUÉS DE CORPA

CABALLERO DE LA ORDEN DE CALATRAVA

TOMO I

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^A

calle del Arenal, núm. 11

1887

PA6377

S 7

1887

v. 1

J. C. CEBRIAN

IMPRESA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^ª

calle de Ferraz, núm. 13

J. C. CEBRIAN

IMPRESA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^ª
calle de Ferraz, núm. 13

PRÓLOGO AL LECTOR.

El universal aplauso que han merecido las traducciones que en este siglo se han hecho en la lengua francesa, por la aplicación y felicidad con que se han dedicado sus más eruditas plumas á ilustrarla, reduciendo á ella los más doctos escritores Griegos y Latinos, dió ocasión en cierta conferencia literaria á que se controvirtiese si podrían lograr igual ó superior acierto las que en nuestra lengua española se hiciesen de los mismos originales griegos y latinos. Abogaba tíbiamente á favor de ésta la común experiencia de las pocas á quienes en ella se les puede conferir dignamente; pues sacadas las que hizo Alonso de Palencia de Plutarco, y otros, las cuales, en medio de haberse escrito en tiempo que aún no había llegado la lengua á verse en la hermosura y ornato con que hoy se halla enriquecida, man-

tienen sin embargo tan gran nervio y elocuencia, que sin hacerlas desapacibles su ancianidad, pueden servir de modelo seguro á todos los que las emprendieren: la del P. Fray Luis de Granada del libro de la *Imitación de Cristo*, del P. Kempis, impresa en Madrid el año de 1567; las del P. Rivadeneyra de las *Meditaciones, Soliloquios y Confesiones* de San Agustín. Las de la tragedia latina de Lucio Anneo Séneca, que intitula *Las Troyanas*, y la de Pomponio Mela, por D. José Antonio González de Salas. La de los libros de *Beneficios*, de Séneca, por Fray Gaspar Ruiz Montiano, con quien no es comparable la de D. Pedro Fernández Navarrete. La del *Panegirico* de Plinio á Trajano, por el jurisconsulto D. Francisco de Barreda. La del opúsculo que debajo del título de *Gobierno de los Principes* corre por de Santo Tomás, y con no pocos valedores esta opinión contra tantos como se oponen á ella, por D. Alonso Ordóñez de Seijas y Tovar, que también tradujo con no menor acierto la *Poética* de Aristóteles. La de Tácito, por D. Carlos Coloma, justamente celebrada de los que alcanzan á conocer sus primores, y á diferenciar las crecidas ventajas con que excede á tantas como se han hecho de este autor, unas medianamente razonables, y otras sumamente infelices. La de *La Capa*, de Tertu-

liano, por D. Esteban de Ubani. La de la *Apología* y de otros tratados del mismo autor, por el P. Fray Pedro Manero, dignas de las mayores alabanzas por el gran acierto con que expresan la viveza y valentía de sus conceptos, en medio de las ingeniosas obscuridades (según las llama Lactancio) y de las estudiadas tinieblas (según San Agustín) que se ofrecen en aquel africano, ocasionadas de las figuras griegas que usó en estilo latino. Las que hizo D. Francisco de Quevedo, peregrino ingenio de nuestro siglo, del lírico poeta griego Anacreonte, que no imprimió, y cuyo original pára en mi poder con muy eruditas notas, y la que corre de la *Vida de Marco Bruto*, sacada del texto griego de Plutarco, que tan siniestramente han publicado algunos, fué de la traducción francesa del señor Amiot, como se reconoce de los primorosos aciertos de aquella, y de los continuados defectos que en ésta notan sus mismos franceses, y entre otros el señor de Hedoville; el cual, con ocasión de ponderar la destreza con que tradujo del griego Mr. Lefevre la *Vida de Teseo*, del mismo Plutarco, añade: que por la impropiedad, rudeza y obscuridad de las de Amiot, se debe desear saque Lefevre las demás. Pero hizo el año de 1666 el *Abad Tallement*, con tan grande acierto, que logra el primer crédito

este trabajo, y otras cuyo número difícilmente llegará al de las referidas. Todas las demás que corren en nuestra lengua, haciendo considerable ofensa á los autores que traducen, más las sirven de descrédito y ultraje que de lustración y adorno.

Este desengaño, y el de la inaplicación que generalmente se experimenta hoy en España á las buenas letras, hizo negar á casi todos los concurrentes que pudiesen ser las superiores, y desconfiar á muchos de que llegasen á igualarlas. Movida, pues, mi cortedad, aunque tan excesivamente inferior á la suficiencia de aquéllos, del crédito de nuestra lengua, venciendo á esfuerzos del natural amor á ella los estorbos que la ofrecía la medrosa desconfianza del propio conocimiento, y fiando de la laboriosidad y el estudio lo que no debía esperar de mi ingenio, resolví reducir á ella algún historiador latino que fuese objeto digno de mi empresa. Y siendo uno de los más celebrados entre los antiguos Quinto Curcio, por la hermosa variedad de su materia, por la forma y el todo de sus circunstancias, y quien hoy corre con mayor crédito traducido en la lengua francesa por el señor de Bougelas, habiendo comprado éste al precio inestimable de los años los aciertos que le confieren, pues si creemos al que publicó

este trabajo, pasaron de treinta los que gastó en él, plazo que aun en menor número y en materia de mayor consecuencia le juzgó Tácito en el tratado de las *Acciones* de su suegro Agrícola por uno de considerables de la vida humana, me pareció hacer elección de éste, para que á vista del cotejo se pudiese decidir mejor la suscitada controversia, atribuyendo los desaciertos en que mi traducción le fuere desigual á defecto de mi suficiencia, y los primores en que (por acaso) le fuere superior, á la fertilidad de nuestra lengua, cuyas excelsas ventajas á la francesa son tan notorias á todos los que con desinteresado ánimo las han juzgado, que sólo ellas pudieran haberme alentado á esperar lo que de menos poderosa causa no debía prometerme; dictamen en que, purgándome de las sospechas de apasionado por mi propia lengua, me ha confirmado con el suyo un erudito moderno y extranjero, el cual, en la genealogía que escribe de la casa de Austria, llegando á tratar de la majestad del rey D. Felipe IV, nuestro Señor, y á ponderar su religión, su piedad y su reverencia á la Santa Sede, produce en mayor crédito de ella una carta que escribió de su propia real mano á la Santidad de Alejandro VII, en respuesta de un Breve en que le participa su ascensión al Pontificado, y antes de ha-

cerlo dice: «Ofreceríala en lengua latina, si en medio de ser la española hija suya, no excediese aun á su misma madre en la gravedad de su carácter, en la posesión de su lacónica frase, en la majestad de sus palabras y en lo exquisito de sus peregrinos y vivaces conceptos.» Con el fin, pues, propuesto, he aplicado en esta traducción todo el cuidado que he juzgado capaz de su logro, poniéndole en la observación de las leyes que nos prescriben los aciertos de las que corren más celebradas, sin estrecharme á la rigurosa severidad con que algunos quieren que sea la versión tan fiel y puntual que no se mude una sílaba ni coma, pues como advirtió San Jerónimo: «De la manera que no es injuria de la sentencia, sino adorno suyo cercenarla lo superfluo, tampoco infidelidad sino aliño añadirla para perfeccionarla.» Tampoco me he adelantado á usar de la relajada licencia del paráfrasis, «porque ésta no sólo es interpretación de la letra (según el sentir de Quintiliano), sino una libre y arbitraria declaración de sentidos, expresada con abundancia de palabras». He tenido por regla el seguro medio que entre estos dos viciosos extremos siguió Cicerón traduciendo las oraciones contrarias de Esquines y Demóstenes, que fué el trasladar la viveza de la sentencia y convertir en majestad latina la pom-

pa griega, copiando (como él dice) la imagen, no los colores, pesando y no numerando las palabras y atendiendo al valor antes que al número. Porque como enseña San Jerónimo, el que traduce no ha de mirar á la material significación de la voz, sino á la correspondencia que tiene en el idioma en cuya lengua traduce; precepto de cuya observancia se hallan tan lejos todas las traducciones que hoy publican los nuestros, que no sólo faltan á la debida proporción y equivalencia de las voces, dejándose llevar de las extrañas, que muchas veces ó no tienen en la propia la misma viveza, ó están recibidas en diverso sentido y significación, sino también de las frases y dialecto de la lengua que traducen, de que nace que teniéndole cada uno distinto, quedan tan ásperas, desabridas, obscuras y en muchos lugares expresados los conceptos en muy contrario sentido al que se ofrece en los originales, que más parecen abortos de extranjeras plumas que partos de naturales ingenios.

No he puesto menor diligencia en examinar gran parte de los muchos ejemplares que hay de nuestro autor, entre quienes sigo ordinariamente los que publicó el P. Radero, y después de él Juan Freinshemio, como más correctos. Tampoco he omitido la de reconocer cuidadosamente las tra-

ducciones que se ofrecen en la lengua italiana y francesa, y entre otras la que en aquélla publicó Tomás Porcacho en Milán el año de 1528 con algunas notas, cuyo estilo tiene igual falta de pureza que de aliño, y la que he referido corre con tan merecido crédito en Francia de Mr. de Bougelas, al principio de la cual se ofrecen los dos primeros libros, que suplió á Curcio Freinshemio, si bien no traducido por él, sino por Mr. de Rier, á cuya imitación le he seguido, así porque en el todo de la obra se pueda hacer mejor el cotejo, como por las ventajas de este suplemento al antiguo, el cual no dejó de valerme en algunos lugares, que juzgo mejorados en él.

Quise exornar esta obra con algunas notas; pero considerando que para los eruditos eran superfluas, así por no necesitarlas, como porque aun cuando las apeteciesen, no pudiendo yo adelantar nada á lo mucho con que han enriquecido á este autor el P. Radero, el mismo Freinshemio, Blanco, Locenio, Erasmo, Hutenio, Clareano, Hæningero, Accidialio, Francisco Medio, Tito Popma, y sin otros últimamente, Phelipo Carolo, el P. Michael Pellier, de la Compañía de Jesús, para el uso del Serenísimó Delfín, en ellos hallarian cuanto deseasen, desistí de tan poco fructuoso material trabajo.

Lo que sí me ha parecido preciso, es dar alguna noticia de quién fué Curcio y un juicio de su obra, deducido de los autores que pudieron hacerle con más acierto, ó de alguna parte ó del todo de su historia, en que seguiré muchas veces la finísima crítica de Juan Gerardo Bosio y de Francisco la Motte le Bailler, holandés el uno y francés el otro.

Fáltame por advertir que no pretendo arrogarme ni la gloria ni la osadía de haber sido el primero en emprender este trabajo en nuestro idioma; que ya sé que el año 1518 le dió á luz pública en Sevilla Pedro Cándido de Zimbre, y que también lo hizo el de 1534 el licenciado Gabriel de Castañeda. Del primero debo la noticia á la doctísima Biblioteca Hispana, que para segura norma y acertado modelo de los que las formaren (según el sentir de los primeros críticos de la Europa), y entre otros, de Morovio, eruditísimo alemán, en el juicio que hace de todas las bibliotecas, dejó escrita nuestro eruditísimo D. Nicolás Antonio, varón verdaderamente grande por sus copiosísimas letras y ejemplares virtudes y merecedor de más feliz siglo. Pero por grande que ha sido el cuidado que he puesto en descubrirle, no lo he podido conseguir, por cuya causa tampoco decir el que merece. D. Nicolás Antonio duda

si fué español ó extranjero, y dice que fácilmente se persuadirá á que se le equivocase con Pedro Cándido de Zimbre, maestro que fué de breves de Nicolao V, aunque éste nunca tuvo comercio alguno con la lengua española, que tradujo sí del griego en latín á Appiano Alejandrino.

La traducción de Castañeda he visto con mérito capaz de que se me permita decir de ella que aun cuando se hubiese valido este autor de ejemplares menos corrompidos que los que él mismo confiesa tuvo y manifiesta la obra; y aun cuando guardase las leyes de una severa traducción, ó produjese las utilidades que suelen dar de sí las paráfrasis, y de que está tan lejos que sólo se reconoce en ella una distinta mezcla de ambas cosas, vende á tan caro precio las noticias que ofrece, que no siendo éste menos que el de una considerable porción de paciencia, apenas hay, aun en los que por falta de inteligencia de la lengua latina no tienen otro recurso en donde buscarlas, quien se halle con fuerzas para tolerar la molestia de su narración, queriendo antes carecer de aquéllas que pasar por semejante fatiga. Si bien no se le puede dejar de estimar el buen celo que tuvo de comunicar esta historia, tal cual esté, á los que se hallaban imposibilitados de lograrla por otro medio, así como ni tampoco dejarse de

admitir con la benigna gratitud que espero el que me ha movido en mayor crédito y desempeño de nuestra lengua, aunque enteramente no consiga el fin propuesto.

Vale.



BREVE NOTICIA

DE

JUAN FREINSHEMIO Y QUINTO CURCIO

Y JUICIO DE SU OBRA.

Escribió Quinto Curcio Rufo las ACCIONES DE ALEJANDRO en diez libros, de quienes nos ha defraudado la injuria del tiempo dos, el principio del sexto y algunos lugares del último. Y si bien no ha faltado alguno que afirme los vió en Viena en la biblioteca de Wolfango Lacio, ninguno se persuade á su existencia. Esta pérdida la suplió primero Cristóbal Bruno, y no Quinciano Stoa, como han querido muchos de Arriano, Diodoro, Justino y otros autores, que dejaron escrito de las acciones de Alejandro, y últimamente Juan Freinshemio, con tanta mayor extensión, dulzura y elegancia que hemos seguido antes en los dos primeros libros su Suplemento, que el de Bruno, si bien en los demás lugares faltos nos servimos de él. Fué Freinshemio alemán, nació en la ciudad de Ulma, en Suabia, el año 1608. Ejercitóse en los estudios de las leyes

en la Universidad de Murpug y Guisen, de donde pasó á Strasburgo. Incluyóse allí por medio de algunas poesías que compuso en la amistad de Matías Berneggero, el cual le franqueó su numerosa librería. Enriquecióse en ella de las copiosas noticias de que están llenos sus escritos. Pasó después á Francia, donde fué recibido entre los intérpretes del rey; permaneció en este empleo por espacio de tres años, al fin de los cuales se volvió á Strasburgo el de 1637. Movido poco después de las grandes conveniencias que le ofreció la Universidad de Úpsal en Suecia, porque fuese á servir la cátedra de Elocuencia, pasó á hacerlo, con cuya ocasión gustó la reina Cristina de Suecia de tenerle cerca de sí, señalándole dos mil escudos de renta. Pero no pudiendo tolerar su débil complexión la rigurosa aspereza de los fríos de aquel clima, se halló necesitado á dejar las honras y conveniencias que en él gozaba y á volverse á su patria, no sin gran disgusto de la reina por la pérdida de un varón tan erudito, el cual, además de la perfección con que poseía las lenguas hebrea, griega y latina, usaba con la misma de todas las vulgares de Europa. Estas grandes partes obligaron al elector palatino, deseoso de restablecer la Universidad de Heidelberg, á que le nombrase en ella por profesor honorario con el título de consejero electoral; pero retiróse después con su familia el año de 1656, y murió cuatro después, en edad de cincuenta y dos. Hizo los suplementos de Tito Livio, dispuestos en sesenta libros, los cuales se imprimieron primero

en Strasburgo el año de 1654, y los de nuestro autor, como hemos referido, ilustrándole con muy eruditas notas.

Por lo que mira á Quinto Curcio, es materia muy controvertida entre los autores si se debe entender de la memoria que hace Cicerón en una de sus epístolas de un Curcio, ó del de quien habla Suetonio como de un retórico grande del tiempo de Tiberio, de quien más largamente dice Tácito: «Que según la opinión de algunos, fué hijo de un gladiador; que desde la edad juvenil siguió en Africa al cuestor á quien tocó aquella provincia; y que hallándose en Abrumeto al mediodía paseándose pensativo debajo de unos soportales, se le apareció una sombra en forma de mujer, mayor que humana, de quien oyó esta voz: Tú eres Rufo, aquel que vendrá á ser procónsul en esta provincia (cuyo noticia refiere también Plinio el menor). Que con este agüero, lleno el corazón de grandes esperanzas, se volvió á Roma, donde con la liberalidad de sus amigos y con su ingenio altivo, alcanzó el oficio de cuestor; y después, entre muchos nobles competidores, por voto del príncipe, la Pretura; cubriendo Tiberio la bajeza de su nacimiento con estas palabras: A mí me parece que Curcio Rufo es hijo de sí mismo. Que con esto, y con vivir después muchos años, siempre maligno adulator con los mayores, arrogante con los inferiores y con los iguales insufrible, alcanzó el imperio consular, las insignias triunfales, y á lo último el gobierno de Africa, donde muriendo cumplió el pronóstico fatal.»

No pretendo detenerme en la averiguación de los lugares de su libro cuarto, donde habla de Tiro, ni en el del décimo, donde hace una digresión sobre la felicidad de su siglo, porque cualquiera los aplica según es su sentir. Sólo diré que habiendo vivido largos años, le facilitaron éstos pudiese ser el mismo de quien Suetonio y Tácito hablan, no habiendo corrido más de treinta y dos desde el último año de Tiberio hasta el primero de Vespasiano, tiempo en que le colocan los que se han desvelado en la averiguación de su siglo. Pero tengo por ocioso referir la diversidad de opiniones que hay sobre esto, pudiendo verse juntas todas en Juan Gerardo Bosio y en Radero, comentador de Quinto Curcio. Posible es que fuese hijo de aquellos que nombran Cicerón y Suetonio, y también que no tuviese que ver con todos los precedentes, atendiendo, como repara muy juiciosamente Francisco de la Motte le Bailler, á que ni Quintiliano ni alguno de los antiguos hicieron la menor mención de él ni de su historia; cosa tan extraña en quien no dejó de nombrar historiador alguno de su consideración en el libro décimo de sus *Instituciones* escritas debajo del imperio de Domiciano, que no es dispensable igual silencio, sino presuponiendo que no se había aún publicado en su tiempo la obra de Quinto Curcio.

Por lo que mira á su historia, sin duda puede consolarse Alexandro de que si no tuvo como Aquiles un Homero porregonero de sus alabanzas (valiéndonos de las mismas palabras á que le precisaron usase sus celos), logró entre los

latinos un historiador de su vida como Quinto Curcio, porque verdaderamente es uno de los mayores que tuvieron y que por la excelencia de su estilo merece se le repute por más antiguo que Tito Livio y Patérculo.

Procede con grande juicio en abstenerse de las noticias del falso Calisthenes (el verdadero citado por Plutarco no existe), que dió á este monarca un Nectanebo mágico por padre en lugar de Philipo, representándole con más propiedad un Roldán ó un Amadís que un verdadero conquistador. La distribución que hace Enrique Glareano de la historia de Quinto Curcio en doce libros, restableciendo los dos primeros y dividiendo los otros diez en lugar de los ocho ordinarios, no ha seguido persona alguna. Pero en cualquiera que se disponga, siempre será tenida por digna de su materia, y su autor del elogio que insolentemente y sin merecimiento alguno se atribuye un Aminciano de haber en alguna manera igualado por su estilo las admirables acciones de Alexandro.

No le han faltado (como ni tampoco á los demás) á Quinto Curcio las objeciones de algunos rigurosísimos críticos. El mismo Glareano que he citado, le culpa de haber puesto con muy mala geografía el Ganges de la parte meridional, de haber confundido el monte Tauro con el Cáucaso y de hacerse risible tomando el Tarartez de Plinio por el Tanais; pero se le puede excusar con que estas últimas equivocaciones no son suyas, y que como autor latino siguió á los griegos, de quienes se valió para su historia. Y con efecto, Stra-

bón advierte en el libro quince de su geografía que los macedones llamaron Cáucaso lo que no era sino una parte del monte Tauro, por ministrar más materia el uno que el otro para las fábulas, con quienes gustosos lisonjeaban la ambición de Alexandro y la suya. Y en cuanto al curso del Ganges, aunque sea cierto el que hablando generalmente descende del Septentrión al Mediodía, sin embargo, Strabón añade que halla opiniones que le obligan á derrotas diferentes y que en fin lleva todas sus aguas de la parte de Levante. Mascardo censura á Quinto Curcio en parte diversa, porque le parece que es excesivo en el uso de las sentencias (en cuyo dictamen le sigue también el Padre Moyne en su *Arte de historia*), y aunque se halla obligado á confesar que todas las de este autor son muy hermosas é ingeniosas, le culpa de no haberlas usado siempre con juicio y algunas veces con desproporción á la calidad de quien las dice, como lo pretende manifestar en la oración de los scitas á Alexandro, según se lee en el libro séptimo, en que también concurre el Padre Rapín, varón eruditísimo de nuestros tiempos, hijo de la sagrada religión de la Compañía de Jesús y francés de nación, aunque alabándola de muy elegante y pulida. Si bien Francisco la Motte le Bailler, haciéndose cargo de la objeción del primero, porque el segundo escribió mucho despues, dice que la leyó muy repetidas veces respecto de esta imputación, pero confiesa que fué con bien diferentes ojos que Mascardo. Que difícilmente se persuade á que el fin de ella sea

sólo el de agradar, pues tiene toda esta oración por tan ajustada á la persona de los embajadores scitas, que la expresan, así por lo que mira á las sentencias, como por lo que concierne á lo demás de sus partes, que en su dictamen pasa por una copia sacada del verdadero originál de Ptolomeo, de Aristóbulo, de Calisthenes, de Onesicrito, ó de otro de los que cómo ellos se hallaron presentes cuando se pronunció, y tuvo la curiosidad de insertarla en la historia de este monarca.

Y á la verdad, dejando á una parte la propiedad con que refiere el presente de los bárbaros, de un par de bueyes, de un arado, de una taza y de una flecha, el proverbio griego de las soledades de su patria está admirablemente aplicado; y aquella pintura scítica de la fortuna sin pies, cuyas alas no se pueden detener por más que da las manos, tiene incomparables gracias en su expresión. Pero aunque todo esto se proporcione prodigiosamente con los que las pronuncian, hallo que es aún con mayor conformidad en el uso de las sentencias que Mascardo y Rapín censuran; y si alguna vez fué estimable el *decorum* de los latinos, ó lo que deben observar más cuidadosamente los retóricos, creo es á quien donde con mayor puntualidad ha guardado Quinto Curcio las leyes. Los que saben la licencia con que los scitas y los tártaros usaban de las fábulas en sus discursos, y que así como los demás pueblos orientales no hacían algunos sino mezclados de parábolas, admirarán el juicio de este historiador en la más sentenciosa parte de la oración de

que hablamos, donde verosímilmente han hallado estos autores tanta materia para reprenderle. «¿Ignoras (dicen aquellos embajadores á Alexandro) que los más corpulentos árboles, los cuales han necesitado de largo tiempo para su aumento, se pueden en un instante derribar y arrancar de raíz? No es prudencia atender sólo al fruto que producen, sin considerar su exaltación y el peligro de su caída. Advierte que si quieres subir hasta lo más encumbrado, podrá ser que te enredes entre las últimas ramas y caigas con ellas. El león por grande y feroz que es sirve tal vez de alimento á los menores pájaros; y el hierro, en medio de su dureza, de ordinario se ve consumido por el orín; finalmente, nada hay en la naturaleza tan fuerte que no pueda menoscabarse por lo más débil y al parecer menos vigoroso.» Estas son las sentenciosas expresiones de que se forma, las cuales, en vez de ser reprendidas de indecentes como pronunciadas por los scitas, se deben estimar sumamente, á causa del aire que conservan de su patria y de aquel raro modo de expresar sin mezcla alguna del griego ni del latino.

La gran rigidez con que el P. Rapín quiere al historiador que procura formar por medio de sus reflexiones, le nota de otros defectos. Llegando á proponer la pureza de estilo que se ha de observar en la historia, el cual no debe tener nada de impropio, de extraño, de duro, de osado ni de obscuro, en que pondera cuánto excedió Herodoto á todos los griegos, y Julio César á todos los

latinos, dice de Curcio: que por haber puesto tanto cuidado en lo pulido, perdió aquel grande y majestuoso aire que hace tan recomendables á Salustio y á Tito Livio. Porque se ofrece muy florido en muchos lugares, como son al principio del libro tercero, en el de la descripción del río Marcias, en el del suceso que refiere en el libro cuarto de Abdolomino, el cual pasó desde la humildad de jardinero á la soberanía de rey; el del sitio de Tiro y el de la licenciosa vida de Alexandro quando se dejó vencer de las delicias de Persia, después de haberse mostrado invencible en los peligros de la guerra; el en que refiere los sentimientos de Sisigambis por la muerte de este príncipe, y otros muchos en quienes dice que se reconoce una afectación de elegancia impropia de la gravedad de la historia, en la cual no es tolerable afectación alguna. Si bien volviendo á notarle de lo mismo en el último párrafo de sus reflexiones, donde hace un juicio general de los historiadores, dice que aunque no se le puede dejar de culpar su demasiada pulidez, tampoco excusarle la alabanza que merece por lo que se aventaja en el grato y natural modo de describir las costumbres (cuyo perfecto carácter se perdió en los siglos que le sucedieron), y por la sinceridad con que procede en referir tan igualmente las virtudes de Alexandro que sus vicios, sin dejarse llevar de merecimiento de su héroe; pero que es culpable algunas veces en uno y otro caso por el poco juicio con que en el primero le describe alabándole acciones que no lo merecen, y por la falta de decoro y de

discreción con que refiere en el segundo otras por infames, indignas de que ocupen lugar en la historia; en cuya comprobación dice así:

«No siempre tiene Curcio razón de ofrecer á Alejandro tan admirable; porque aunque de ordinario nos le manifiesta eligiendo el partido más heróico y más arriesgado, nunca el más prudente. El peligro siempre se halla sujeto á él. No son las conquistas las que apetece, sino la gloria que le resulta de ellas. Pudo aprisionar á Darío, acometiéndole de noche y venciendo su flaqueza, en medio de ser el ejército enemigo dobladamente más numeroso que el suyo. Pero aquel gran héroe, menos atento á vencer que á dar motivos para la admiración de su valor, acometió al rey de Persia en mitad del día, resuelto á perecer antes gloriosamente que á vencer por medios astutos. Ofrecióle Darío después de su rota dividir con él el Asia, proponiéndole el casamiento de su hija; pero quiso antes Alejandro encaminarse á la gloria por el peligro que llegarse á ver señor de la mitad del Asia tan tranquilamente. Y así no dió oídos á estas proposiciones, ni quiso nada sino es por medios extraordinarios, sobre cuyas acciones hace gran ponderación su historiador. Pero en medio de tanta gloria, ¿no falta algo de razonable en ella? ¿No hace á su héroe más atrevido que prudente y más arriesgado que ambicioso? Hale juzgado en esto más prodigioso sin duda; pero también nos ha dado motivo para dudar si es romano, ó algún historiador que dejó pensionado para esto. Tanto importa á un autor dirigirse en todo por

la razón, con la cual debe siempre medir sus conceptos, y seguir antes la naturaleza de las cosas que las hermosas ideas de su imaginación.»

Por lo que mira á los infames vicios que refiere de Alejandro, y de que le censura Rapín, lo hace con estas palabras, que traslado, tanto por lo que conducen á nuestro propósito, quanto por lo que pueden contribuir á la enseñanza de muchos: «Mi dictamen es, que aunque en la historia no se puede referir nada que no sea verdad, tampoco decir todas las verdades, especialmente algunas que miran á los Soberanos, con quienes es preciso dispensar tal vez, en cuya consideración pudiera haber excusado Quinto Curcio las indecencias que refiere de Alejandro. Las diademas son tan privilegiadas como acreedoras á todos respetos; y así debemos tratarlas decorosamente, sin dejarnos llevar de la libertad; podemos representar los vicios de sus personas, pero sin tocar en nada que ofenda á su dignidad ni que disminuya lo que es tan debido á su grandeza.»

En quanto á las oraciones de la Historia de Curcio, procede Rapín, no menos rígido censor que Mascardo; pues demás de conformarse con él en lo que dice de la de los scitas, añade que la que supone hizo Darío antes de la batalla de Arbela en el libro cuarto, es muy estudiada, muy fina y muy larga. Que la que se ofrece al fin del libro sexto en voz de Philotas, acusado de haber conspirado contra Alejandro y cercano á su muerte, es con expresión tan tranquila y tan dulce como pudiera si se hallase en una función de gran gusto:

sobre lo cual concluye con que siempre será del sentir de Cicerón, el cual tratando de las oraciones de Thucídides, dice discretamente: «Téngolas por muy hermosas, pero si quisiera imitarlas no podría, ni quisiera aunque pudiese.»

Pero en medio de venerar los reparos de varón tan erudito, no me detendré tanto á extrañar éstos, ni los que miran á la geografía y á la retórica, cuanto á culpar antes á Quinto Curcio, con Bailler, por lo que toca á la moral, en que verdaderamente no se le puede excusar; porque después de haber reconocido en más de un lugar como Alejandro se sirvió del eunuco Bagoas para lo mismo que le hizo tan poderoso en la gracia del rey Darío, sin detener mucho la consideración en el valimiento que tuvo Ephestión, pues no le fué tan ignominiosa ni tan culpable como algunos han querido, es digno de extrañeza que no reparase en decir que todas las inclinaciones de Alejandro fueron naturales y permitidas. Hácelo, cuando habiendo representado la muerte de este príncipe, examina después sus virtudes y sus vicios, usando de estos propios términos: «¿Cuál fué su benignidad con la mayor parte de sus confidentes? ¿Cuál el afecto á sus soldados? ¿Y cuál su continencia con las mujeres?» Como si aquella pasión infame que tuvo por Bagoas no fuese contra la naturaleza, cuando mucho tiempo antes, en medio de las tinieblas del paganismo, Phocídides observó en uno de sus versos que los brutos mismos aborrecían este género de ayuntamiento. Y cuando Platón, por infamado que estuvo en esta torpeza, re-

conoció después en el libro octavo de sus leyes que antes del mismo siglo de Layo, este ejemplo de los brutos ocasionó que se llamase el amor de varón pecado contra la natura. Verdaderamente que el yerro de Quinto Curcio no se puede paliar por más que se alegue la licencia grande de los gentiles, así griegos como latinos, sobre esta materia.

Lo que con razón merece alabarse en Curcio es la cordura y atención con que procede en la credulidad de los prodigios, en que le hace superior á los griegos Francisco la Motte le Bailler, en medio de que confiesa lo retenidos que son en darla á ellos.

No es necesaria mayor prueba que la que ofrece describiendo una ó dos fuentes milagrosas que brotaron luego que Alejandro campó cerca del río Oxo. Arriano dice que la una de aceite y la otra de agua clara, sin parecerle que ocasionaría el menor escrúpulo á la credulidad de sus lectores. Quinto Curcio en el libro séptimo no habla de la fuente de aceite; refiere, sí, que abandonando unos pozos, se halló una en la tienda del rey, y que habiéndose descubierto tarde, se dispuso corriese la voz de que había sido nueva, gustando el mismo Alejandro se creyese gracia del cielo y don del dios. En mayor prueba de la circunspección con que trató siempre este historiador los casos que pueden causar extrañeza, pondré aquí los términos de que se vale para la narración de aquel perro que se dejó cortar los miembros uno á uno en el reino de Sophista, antes que soltar y dejar la pre-

sa del león: «Confieso (dice) que refiero más de lo que creo; pero como no me obligo á asegurar lo que dudo, tampoco á dejar de decir lo que he sabido.»

También es digno de advertirse el lugar del mismo libro, donde refiere que en la enfermedad de Ptolomeo mostró una serpiente á Alejandro en lo más profundo de un sueño la hierba que había de sanarle. Con semejantes protestas y moderación, la cual acredita el juicio del escritor y que no pretende la credulidad de los lectores, se puede referir cualquier suceso.

No se ofrece en toda esta obra más carta que la que su autor refiere de Alejandro á Darío, sin que tenga otra digresión que la del libro décimo, de quien he tocado algo, lo cual mira á la felicidad del pueblo romano, reunido en el tiempo que Quinto Curcio escribía debajo de un gran emperador, tomando ocasión para hablar de esto de las divisiones que hubo entre los macedones después de la muerte de quien los había constituido monarcas del mundo. Porque no se debe tener por digresión el discurso del modo de vivir de los indios con la descripción de sus tierras, que se ve en el libro octavo, por no haber en ella nada que no sea del propósito que tomó el historiador, no pudiendo tratar bien los sucesos de Alejandro en la India sin dar una sumaria noticia de lo que era aquella provincia. Con que no restando otro reparo sustancial que expresar en este juicio, le pondremos fin; advirtiendo que en medio de lo referido, ninguno entre los historiadores latinos

ha logrado, según el sentir de Bailler, más universal aprobación y aplauso que Quinto Curcio; porque aunque unos celebran el estilo de Tito Livio y otros el de Tácito, todos convienen en que mirando el conjunto de su historia excede á las demás latinas.

El sentir de Justo Lipsio, repetido por mí en otra parte, es de que los príncipes no deben tener otra lectura más ordinaria que ella, y que harán bien de traerla siempre entre las manos. Y á la verdad son, además de las grandes utilidades que hallarán en ella los príncipes para el alma, considerables los provechos que sacarán por la agilidad, disposición y sanidad del cuerpo; á cuyo propósito es muy digna de este lugar la noticia que se ofrece en la Historia de los Embajadores, de un Lorenzo de Médicis, al cual le deleitó tanto cierto tratado de Conrado Tercero del nombre, que creyó haber debido su salud al gusto que recibió de aquella diversión. Pero es aún más vulgar la que refiere Antonio Panormitano, y repite sin muchos el Padre Sigüenza en uno de sus elocuentes y eruditos libros de la Vida de San Jerónimo, y la Historia de su Religión, el cual, tratando de Curcio, dice que hallándose el sabio rey de Aragón D. Alonso gravado de una enfermedad, para cuya curación no habían bastado todos los remedios de sus médicos, buscó algún divertimento en la historia que examinamos, y que lo encontró con tan gran satisfacción y felicidad, que se halló enteramente aliviado, protestando en presencia de muchos vasallos y criados

suyos que de ninguna suerte estimaría tanto á Hipócrates ni á Avicena como á Quinto Curcio, á quien se confesaba deudor de su salud.

Conténtome con referir semejantes sucesos, sin pretender abogar por su certidumbre, y lo quedaré mucho más si ellos y todo lo contenido en este trabajo cede en deleite y utilidad de los lectores (1).

(1) Con el título de *Etude sur Quinte Curcé, sa vie et son œuvre* ha publicado en el año actual (1887) Mr. Dosson un excelente y minucioso trabajo de crítica, relativo á este escritor latino y á su historia *De la vida y acciones de Alejandro*. Mr. Dosson opina que fué escrita en el siglo I de la era cristiana, destinada al público especial que acudía á las Academias donde se daban lecturas de obras históricas y morales, y que el propósito de su autor es retratar la personalidad moral de Alejandro y la significación también moral de los acontecimientos, prescindiendo de los detalles técnicos y desconociendo el talento político de su héroe y la grande idea que tuvo al fundar su imperio universal, cuya capital fuese Babilonia.—(Nota del Editor.)

DE LA VIDA Y ACCIONES
DE
ALEXANDRO EL GRANDE.

SUPLEMENTO Á QUINTO CURCIO

POR

JUAN FREINSHEMIO.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Nacimiento de Alexandro y prodigios que le precedieron
y sucedieron.

Muchos historiadores griegos escribieron la vida y acciones de Alexandro, que después de haber conquistado el imperio de los persas, le transfirió á la Grecia. La mayor parte de ellos fueron testigos de tantas gloriosas acciones como obró, compañeros unos de sus victorias, é instrumentos otros de sus designios, á quienes se añadieron los que llevó el deseo de su gloria, y el de que triunfase su nombre después de su muerte; dejando por este medio á los siglos futuros el retrato de su valor y la memoria de sus acciones.

Pero en medio de que fueron grandes, la natural inclinación que tuvieron los griegos á las fábulas, ocasionó que muchos de ellos escribiesen aventuras que tie-

nen más proporción con los prodigios que silimitud con la verdad; y así, no hallo que merezcan mayor crédito otros que Aristóbulo y Ptolomeo, que reinó después de Alexandro; porque muerto este príncipe, y faltando la ocasión para el temor, sin el cual y la lisonja, que son los que de ordinario pervierten la verdad de la Historia, no tenían impedimento para la libertad de decirla; no siendo creíble que Ptolomeo quisiese deslucir la dignidad real con fábulas y fingimientos.

Halláronse ambos presentes, no sólo á muchos de los sucesos que refieren, sino concurrieron también á ellos; con que pudieron escribir con más verdad que otros; por cuya causa, siempre que los hallamos conformes, los preferiremos á los demás autores, eligiendo, cuando no lo están, entre la abundancia de tan diversas noticias, las que más se acercan á lo verosímil, después de haber cotejado exactamente las unas con las otras.

Hemos observado también que después del siglo de Alexandro todos los griegos que tuvieron algún amor á la verdad, y de más reciente memoria Diodoro Sículo, siguieron el mismo camino; porque los romanos que se aplicaron á la Historia, contentos con escribir las admirables acciones de un pueblo victorioso, cual era el suyo, despreciaron siempre las de las naciones extrañas, teniendo éste por trabajo más útil y provechoso á sus ciudadanos. Pero así como juzgo loable su intento, espero sea acepto el que he puesto en representar á mi patria una imagen de este rey, que por sí solo conquistó en el corto tiempo de su vida mayores dominios que otros príncipes que la gozaron más dilatada. De que se podrá reconocer no es el acaso quien gobierna los sucesos del mundo, sino la fortuna, que de ordinario se proporciona con el talento de los hombres, y que no tiene larga duración la felicidad cuando no la acompaña la virtud.

Juzgo, pues, que en Alexandro concurren todas las prendas de talento y fortuna que se pueden desear en un príncipe que ha de llegar á tan alto grado de autoridad y poder. Los de Macedonia creen descender de Hércules y Olimpias, madre de Alexandro; deduce del Grande Aquiles el origen de su sangre y casa. No le faltaron desde su infancia ni estímulos ni ejemplos para aspirar á la gloria, maestros que le enseñasen la virtud, ni ejercicios que le adquiriesen experiencias; porque el rey Philipo, su padre, puso por medio de las continuas guerras en reputación el nombre de los macedones, despreciable antes, y los hizo formidables á los demás pueblos de la Grecia, á quienes redujo debajo de su obediencia; con que no sólo echó los fundamentos para la obra, que se perfeccionó después de su muerte, sino que muriendo con el designio de pasar la guerra á Persia, dejó crecido número de levadas que había hecho, considerable porción de dinero, tropas dispuestas, y todo género de municiones, habiendo ya penetrado por medio de Parmenión el Asia.

Murió, pues, en esta sazón, como si lo hubiese hecho con el fin de dejar á su hijo tan grandes fuerzas para la guerra y la gloria de los triunfos que su espíritu se había ideado, por lo cual se dijo murió por artificio de la fortuna, la cual quiso, por decirlo así, dar sólo á Alexandro obediencia perpetua; y así la admiración que causó este príncipe, obligó á dudar muy desde los principios de sus acciones, si sería más justo tener por divino el nacimiento de tan grande varón y creerle antes hijo de Júpiter que descendiente de este Dios por los Eacidas y por Hércules.

Lo cierto es que cuando pasó á Libia á visitar el templo de Ammón, quiso le llamasen hijo suyo, como diremos después; *y que muchos creyeron que Júpiter tomó la forma de aquella serpiente que se vió entrar en la cámara y*

lecho de su madre, y que le procreó; que los sueños divinos y las respuestas de los oráculos testificaron este origen, y que cuando Filipo envió á Delphos á consultar á aquel Dios, le advirtió el oráculo venerase con especialidad á Júpiter Ammón. No faltan autores que desprecian por fabulosa esta noticia, asegurando que no sin motivo se habló de la madre de Alexandro como de una adúltera; que Nectanebo, rey de Egipto, arrojado de su reino, no pasó, como se creyó, á Ethiopia, sino á Macedonia, esperanzado en el socorro de Filipo contra el poder de los persas; que rindió á Olimpias á sus engañosas caricias por la fuerza de sus encantamientos, y que manchó el lecho de su huésped, de cuya afrenta no quedó sin las sospechas Filipo, las cuales acreditó su divorcio, habiendo sido ellas principal causa para él; que el día que Filipo llevó á su palacio á Cleopatra, Attalo, tío de la novia, tuvo la osadía de dar en rostro á Alexandro con la afrenta é infamia de su nacimiento, y que el mismo rey le declaró no habia nacido de él; que la voz del adulterio de Olimpias, no sólo se dilató á nosotros, sino también á todas las provincias que este principe redujo debajo de su dominio; que la serpiente trae su origen de las antiguas fábulas para encubrir la infamia de esta princesa; y que los mesenios publicaron lo mismo de Aristomones, y los sicyonenses de Aristodemo. La misma voz se divulgó de Scipión, el primero que destruyó á Carthago, y el nacimiento de Augusto no dejó de tenerse también por milagroso y divino. ¿Y qué diremos, por lo que mira á Rómulo, padre y fundador de Roma, cuando no ha habido nación, por baja y despreciable que sea, que no haya atribuído á algún Dios ó á algún hombre procreado de él su origen y nacimiento?

En cuanto á la fuga de Nectanebo no se conforma con el tiempo, pues cuando fué vencido por Ocho, y echado de su reino, se hallaba ya Alexandro en edad de seis años; no siendo menos falso ni menos ridículo lo que se dice de Júpiter, cuya fábula confirmó por tal la mis-

ma Olimpias; porque asegurada después de la muerte de su marido, y burlándose de la vanidad de su hijo, que la procuraba persuadir había nacido de Júpiter, le pidió por medio de una carta *no la pusiese mal con Juno, ni la expusiese á la indignación de esta diosa, pues no había cometido contra ella culpa por quien mereciese su castigo. Y que en ocasión de pasar al Asia amonestó á Alexandro se acordase de su origen para no ejecutar acción que fuese indigna de su padre.*

Mas en lo que uniformemente convienen los autores es, en que entre la concepción y nacimiento de este príncipe, fué seguro anuncio de que había de nacer de esta princesa tan admirable héroe la diversidad y crecido número de prodigios y presagios que acaecieron. Ofreciósele en un sueño á Philipo, cubierto el vientre de Olimpias de un anillo en que estaba grabado un león, cuya memoria conservó la ciudad de Alejandría, edificada en Egipto, y por largo tiempo el nombre de Leontópolis. Aristrando, uno de los más célebres adivinos de su tiempo, que acompañó después á Alexandro y fué de quien se valió para sus sacrificios, declaró *que este sueño denotaba el valor y virtud del infante que había de nacer.*

La misma noche que Olimpias parió, fué abrasado y reducido á cenizas el templo consagrado á Diana en Épheso, uno de los más célebres de toda el Asia, é introducido el fuego por el furor de un malvado hombre, que puesto á cuestión de tormento, confesó *no haber tenido otro motivo para aquella malvada acción, que el hacer perpetuo y memorable su nombre.* Pero los magos y adivinos que se hallaban entonces en Epheso *sintieron este incendio, no sólo por la pérdida del templo, sino por creerle cierto presagio de alguna considerable ruina, de cuyos desconsolados temores llenaron toda la ciudad, diciendo se encendía en alguna parte antorcha cuyo incendio abrasaría todo el Oriente.*

Al tiempo que nació Alexandro sujetó Philipo á Potidea, colonia de los atenienses; supo quedó vencedor en los juegos olímpicos, donde había enviado cuatro carros, y por un correo, despachado por Pamenión, á quien había enviado á Ilyria, de victoria más importante, pues le avisaba haber roto y deshecho los macedones á los bárbaros en una gran batalla. En la celebridad de tan felices sucesos le halló el del parto de Olimpias, del cual predijeron los magos y adivinos: *Seria invencible príncipe infante que había nacido entre tantas palmas y victorias.* Y es fama que Philipo, medroso de las grandes prosperidades que á un tiempo experimentaba, rogó á la diosa Némesis *permitiese que con alguna mediana calamidad pudiese satisfacer los obsequios y sumisiones que al parecer le hacia la fortuna.* También se refiere que en la ciudad de Pelle se mantuvieron por espacio de un día sobre la casa en que la reina parió, el que dió á luz á Alexandro, dos águilas, y que fué presagio de que poseería los dos imperios de Europa y Asia: interpretación fácil de hacer después de visto el suceso. Algunos autores añaden: *Tembló la tierra el día del nacimiento de este príncipe, en el cual se oyeron grandes truenos y vieron caer muchos rayos.*

Nació, según el sentir de sus más exactos escritores, al principio de la olimpiada ciento y seis, siendo pretor en Atenas Elipenses, el sexto día de Junio, á quienes los macedones llamaron Leo; tiempo en que el pueblo romano, de cuya fundación corrían cerca de cuatrocientos años, se ejercitaba en las guerras de sus vecinos, haciéndose por medio de las victorias que cada día obtenía, más considerable y glorioso para avasallar todo el orbe á su obediencia.

CAPÍTULO II.

Su educación, los ejercicios de su juventud y la disposición de su cuerpo.

Viéndose Philipo con un hijo de cuyos aumentos le obligaban á concebir grandes esperanzas, presagios tan felices, empleó todo su cuidado en su mejor educación para que le hallase la corona digno de ella y el cetro capaz de regirle; conocido como tan prudente y atento al bien de sus dominios, no había adelantado nada con todo lo obrado y emprendido, si para después de su muerte dejaba á Macedonia un principe negligente é incapaz de reinar y vencer; y que aun su reputación peligraría en la duración, si la flaqueza de su sucesor malograba la disposición de los grandes progresos á que había dado principio.

Consérvanse cartas suyas, llenas de utilidad y prudencia, escritas á Aristóteles, el cual se hallaba entonces con Platón en Atenas; y una de ellas contiene éstas ó semejantes expresiones: *Philipo á Aristóteles, salud: Hágoos saber me ha nacido un hijo; de cuyo beneficio no he dado tantas gracias á los dioses porque me le hayan concedido, cuanto porque haya sido en vuestro tiempo. Espero que por medio de vuestros preceptos y cuidado en su educación, saldrá de vuestra escuela digno discípulo vuestro, no indigno hijo mío, y capaz de sucederme en tan gran reino, porque juzgo por mejor no tener hijos que dejarlos para deslustre y ultraje de la sangre y de los predecesores.* No se engañó Philipo, porque Alexandro logró con tan fructuoso aprovechamiento la doctrina de este gran varón, que pudo con

ella poner en ejecución las esclarecidas acciones que después obró.

Nombráronsele en sus más tiernos años por ayos á Leonidas, pariente de Olimpías, y á Lysimacho de Acarnania. Eligiósele una ama de buen temperamento y costumbres, llamada Helanica, hija de Dropis, y de las mejores familias de Macedonia. Correspondió tan felizmente al cuidado el suceso, que aun en la infancia empezó Alexandro á dar muestras de cuanto se experimentó después en su persona; porque desde entonces se le advirtieron tan ventajosas fuerzas en el cuerpo, como generosidades en el ánimo, superiores á la edad en que se hallaba é iguales á las que se deben desear en un natural heroico.

Era hermoso y agradable: despreciaba todos los adornos que pueden añadir gracia y hermosura al cuerpo, diciendo: *Que el cuidado del aliño y de la compostura, sólo era permitido á las mujeres; las cuales no tenían otros medios para hacerse recomendables, y que él la habría conseguido si llegase á poseer la virtud.* Tenía los miembros bien proporcionados, y el cuerpo robusto y fornido y más vigoroso en la realidad que en la apariencia, por ser de mediana estatura; las carnes blancas, aunque las mejillas y el pecho gratamente rojos; los cabellos rubios y en-sortijados y la nariz aguileña; los ojos de diversos colores, negro el diestro y azul el siniestro, pero con tan oculta virtud, que ninguno los miraba sin reverencia y temor.

Era admirable la ligereza del cuerpo, la cual hacía más ágil, como tan necesaria, la frecuencia con que le ejercitaba; disputando algunas veces el premio de la carrera con los más ligeros de los suyos. La paciencia con que sufría los trabajos fué tan grande, que excedió á la crudelidad, y por esta virtud pudo conservarse con sus armas en las mayores calamidades y peligros. Purgóse

de tal suerte, con la continuación de sus ejercicios y temperamento cálido, de los malos humores que de ordinario se engendran entre cuero y carne, que esparcía de sí un grato olor de que participaban sus vestidos; causa á que atribuyen algunos su propensión al vino y á la cólera.

Consérvanse retratos y estatuas suyas de los mayores artífices, por haber prohibido con gran cuidado, debajo de graves penas, que ninguno le retratase sin orden suya, para que no perdiese su rostro nada de la gracia y vigor que mantenía, por mano de pintores y escultores comunes. Y así, en medio de haber florecido grandes artífices en este tiempo, sólo Apeles le retrató de consentimiento y voluntad suya; y sólo Praxiteles le grabó sobre piedras, y sólo Lisippo y Polycletes le estamparon en medallas. Refiérese que tomó de tal suerte el defecto de atravesar la vista de su ayo Leonidas, que le fué imposible perderle después. Confieso que puede mucho la educación, pero que atribuyo esto más al natural de aquel príncipe que á la costumbre que tomó; porque en alguna manera tienen los movimientos del cuerpo cierta propensión que les obliga á seguir el ardor é impetuosidad del espíritu.

Tan lejos estuvieron sus sucesores de reputarla por imperfección, que no pudiendo en el valor ni en la virtud, pusieron gran cuidado en imitar ésta, la de inclinarse, como él lo hacía, el cuello hacia el lado siniestro de la espada y la de tener la vista firme y la voz hueca. Lo cierto es que hubo entre ellos muchos cuya larga vida no mereció se comparase con la infancia de este príncipe; porque á la verdad, en toda ella, ni dijo ni obró bajeza alguna; antes por el contrario, sus palabras y acciones fueron iguales, y muchas veces superiores á su fortuna; pues aunque gustaba de la alabanza, no indiferentemente en todas, sí sólo en las loables;

creyendo que la que se daba á las bajas, ni era de honor ni de gloria, y que la de la victoria se debía proporcionar siempre con los enemigos que se vencían. Y así, cuando algunos le dijeron que pues era tan ágil y diestro en la carrera, concurríese con los que disputaban el premio de los juegos olímpicos, siguiendo el ejemplo de aquel rey que tuvo su nombre, para que se dilatase por medio de esta acción por toda la Grecia la estimación y gloria del suyo, respondió: *Yo lo hiciera si tuviese reyes por competidores y contrarios.*

Siempre que su padre Philipo obtenía alguna señalada victoria ó ganaba alguna plaza de reputación, mostraba entre los regocijos públicos conocido sentimiento, el cual le obligó cierto día á que prorrumiese entre los niños de su edad, diciéndoles: *Que su padre no les dejaba que hacer, ni á él ni á ellos, cuando pudiesen tomar las armas.* Tanto sentía le disminuyese su gloria lo que aumentaba las guerras y riquezas del Imperio; siendo en él más poderosa la pasión al honor que á los tesoros. Dormía naturalmente poco, y valíase de artificio para dormir menos. Si tenía algún cuidado de consecuencia que necesitase de larga consideración, sacaba el brazo fuera del lecho y se impedía el sueño con el ruido de una bola de plata que dejaba caer en una bacia.

Tuvo desde su infancia gran respeto á los dioses. Cierta vez en que se les hacía un sacrificio, echó tan gran cantidad de incienso, que Leonidas su ayo, varón severo, y enemigo de la profusión, disgustándose de la de Alexandro le dijo: *Cuando conquistes los lugares donde se trae el incienso, podrás quemar tan gran porción; pero habiendo pacificado después Alexandro la Arabia, la cual le produce, y acordándose de las palabras de Leonidas, le envió de aquella provincia gran cantidad de perfumes, con orden de que le dijese de su parte: No fuese otra vez tan escaso en honrar á los dioses; pues veía por expe-*

riencia con cuán dobladas creces remuneraban las ofrendas que se les hacían.

Dió bien aprisa muestras de su gran valor y de las considerables proezas que emprendería. Hallábase en este tiempo por rey de la Persia Artaxerxes Ocho, contra quien se habían conspirado y hecho guerra Artabases y Menapo, ambos sátrapas, acompañados de Memnón Rhodio, famoso y esclarecido capitán; pero quedando vencidos por las fuerzas de aquel príncipe, abandonaron el Asia y se ampararon de Philipo. Aunque no tenía entonces Alexandro siete años, recibía singular gusto de conversar con ellos, y de hacerles preguntas en nada pueriles, sobre el estado de los negocios de Persia. Informábase con especialidad *de los fundamentos en que se afirmaba la grandeza y poder real de los persas; qué armas usaban; si los pueblos eran valerosos; si generosos los caballos; cuántas jornadas había de Susa á Macedonia; cuál era el genio del rey, cuáles sus ejercicios y sus divertimientos, y en qué estimación tenía la virtud.* Habiendo perdonado después Ocho (por intercesión de Mentor, hermano de Memnón, y con quien Artabases había casado su hermana) á los desterrados, y enviadoselos á pedir á Philipo, causó tan grande admiración Alexandro á los embajadores del rey de Persia por las muestras excelentes que les dió de su natural heroico en edad tan tierna, que no pudiendo contenerse uno de ellos, dijo: *Este niño es un grande rey, y el nuestro un príncipe rico.*

Pero aunque parece debió todas estas prodigiosas calidades á la excelencia de su natural, no fué menos deudor por ellas á su admirable educación; porque su padre, experimentando en sí cuán útil le había sido la compañía de Epaminondas, y que había obrado más con la elocuencia que con las armas, puso gran cuidado en que su hijo se ilustrase desde su infancia con el

estudio de las buenas letras; y así obligó con reales recompensas á Aristóteles, filósofo de grande reputación, á que enseñase á Alexandro los primeros rudimentos, á cuyo empleo se dedicó gustoso aquel gran varón, como quien sabía cuánto importa que un príncipe cuyas sienes ha de ceñir la corona esté bien educado, y que no puede haber sabiduría donde falta el desprecio de las cosas pequeñas, sin el cual es imposible ascender á las grandes.

Aplicáronse después muchos maestros, y los de mayor crédito en lo que se le pretendía enseñar; con que no sólo enriqueció é ilustró el ánimo de las mejores ciencias, sino adornó y agilitó el cuerpo con su destreza en todos los ejercicios que pueden servir á la guerra y acostumbrarle á sufrir las fatigas de ella. Aun cuando parecía que estaba sin hacer nada, no dejaba de obrar algo; porque divirtiéndose ó en jugar á la pelota ó en danzar, no abstraía tanto el espíritu, cuanto disponía el cuerpo á empleos más importantes.

CAPITULO III.

Su inclinación á las ciencias. Crédito de Aristóteles, su maestro.

Hallándose Alexandro en edad algo más crecida y con capacidad proporcionada y dispuesta para estudios más serios, le llevaron desde Mitylene, donde estaba, á Aristóteles, el cual no se apartó de su lado hasta que habiendo sucedido en el reino por muerte del rey su padre, hizo la jornada de Asia. Aprendió en este tiempo cuanto podía enseñarle tan docto maestro y famoso filósofo. Mostró tanto mayor deseo de alcanzar el conocimiento de los secretos de la naturaleza, cuanto eran grandes las esperanzas que había concebido de hacerse algún día señor del mundo; y así contribuyó á la especulación de las cosas naturales, con expensas de liberal y real ánimo. Dispuso que así en el Asia como en la Grecia y en las demás partes donde con mayor aplicación se dedicaban á este estudio, obedeciesen á Aristóteles todos los que buscaban su vida en la caza y en la pesca, á fin de que pudiese reconocer con más certidumbre y facilidad la naturaleza de los animales, para cuya grande empresa es constante que recibió Aristóteles ochocientos talentos, y que fué tan grande la inclinación de este príncipe á tan admirable ciencia, que hizo por sí los gastos, y aplicó todo su cuidado en medio de tener como por cierto que no llegaría á ver el fruto de ella. Halláronse cien años después ciervos, á quienes había hecho poner collares de oro, para que conociese la posteridad cuánto crédito se debía dar á los que escribieron de la larga vida de los animales.

Fué erudito en las sublimes disciplinas, á quienes llaman Acromáticas, como lo acredita una de sus car-

tas, en la cual se queja de Aristóteles, *por haberlas disminuido mucha estimación, haciéndolas públicas*, y no menos la respuesta de Aristóteles, pues le satisface diciendo que aunque las había dado al público, era lo mismo que si no lo hubiese hecho, no habiendo quien pudiese entenderlas, hallándose sin la noticia de lo que contenían. En cuya consecuencia, cuando Alexandro le pidió sus libros de retórica, le prohibió los franquease á otro alguno que no fuese él, por desear exceder á los demás, no menos que en el poder y grandeza en las buenas artes, y no llevar bien que participasen de la gloria los inferiores.

También manifiestan sus cartas que supo medicina, y la aprendió de Aristóteles, hijo de un médico descendiente de Esculapio. Pero aplicóse con tan grande utilidad á esta parte de la filosofía que enseña á gobernarse á sí y á los demás, que se tuvo por cierto debió la ruina del imperio de los persas, más que á sus armas y riquezas, á su generosidad, prudencia, templanza y justicia.

Solía decir muchas veces *que se hallaba con no menor obligación á Aristóteles que á Philipo; porque si al uno debia el beneficio de vivir, reconocia al otro el de vivir bien*. Sin embargo, se creyó, aunque sin razón, que en medio de la grande ambición de que tenía apoderado el corazón, le inflamó más en ella la estimación que reconoció en Aristóteles al honor y á la gloria, á quienes colocaba en el número de los más apreciables bienes; y que persuadido Alexandro de esta opinión, que le lisonjeaba el genio, hizo naciese la guerra de la guerra para dilatar sus dominios é imperio, queriendo que todo el mundo le estimase por Dios.

Tuvo Aristóteles la recompensa y premio que merecía por la educación de Alexandro, no sólo mientras reinó, en las grandes mercedes y honras que recibió, sino en tiempo de Philipo, logrando que por su aten-

ción se reparasen las ruinas de su patria. Habíanse declarado por enemigos de Philipo los olynthios, vecinos de Macedonia y no inferiores á ella en poder, por llevar mal el acrecentamiento de un reino debajo de rey tan prudente, y que sólo miraba á la ruina y servidumbre de sus vecinos; consideración que hizo más odiosa la guerra, y por consecuencia más cruel la victoria. Y así Philipo habiendo tomado la ciudad de Olyntho la mandó arrasar, vender los habitantes y que se ejecutase el mismo rigor en todas las ciudades que dependían de ella. Stagira, patria de Aristóteles, tuvo parte en este infortunio, participando de la desolación que las otras; pero reparóla éste á permisión y expensas de Philipo, y la dió leyes, que observó después. De esta suerte restableció el talento de un hombre solo una ciudad abrasada y destruída, y á quien no pudo librar antes de su ruina el esfuerzo de tan grandes capitanes, ni el poder de un estado floreciente.

Déjase conocer bastantemente la estimación grande de Philipo á Aristóteles en las repetidas persuasiones con que pedía á Alexandro se aplicase cuidadosamente á los sabios preceptos de tan docto maestro, para no incurrir en vicio cuya afrenta y arrepentimiento le sirviese de castigo. Y así le tuvo siempre Alexandro particular veneración y pidió su parecer en los negocios de mayor consideración é importancia. Escribíale con gran frecuencia, solicitando saber de él, no sólo lo más oculto de las ciencias, sino también las más seguras reglas para la mejor dirección de su vida y costumbres. A cuyo fin le dice Aristóteles en una carta, que lo que juzga por más proporcionado al logro de su felicidad y la de sus vasallos es *que tenga siempre presente no se le habia concedido tan considerable poder para que fuese inútil á los hombres, sino para que le emplease en mayor beneficio suyo, que procurase reprimir los impetus de la ira á que na-*

turalmente estaba sujeto; pues no habiendo quien pudiese serle igual, era tan excusado como indigno de su grandeza irritarse con los inferiores.

Pero luego que empezó á apoderarse de su ánimo el orgullo, también él á despreciarle; mayormente cuando persuadido que por muerte de Callistenes se había hecho enemigo suyo, y que contra los preceptos de su sabiduría y como por especie de venganza se complacia de contradecirle y de convencerle en sus disputas, con pretexto de despreciar las grandezas y la ambición. A lo menos se refiere, que poco antes de su muerte, justificando Casandro á su padre de los delitos que se le imputaban, exclamó diciendo: *Que venia armado de las invenciones y de los artificios de Aristóteles, para desvanecer con falsos y sofisticos argumentos, justos y legitimos cargos, y que á uno y á otro amenazó con graves castigos si averiguaba ser cierto lo que habia referido; hablándole en lo demás con semblante tan indignado y colérico, que mucho tiempo después de su muerte, Casandro, que fué el que le sucedió, hallándose en Delphos, y viendo un retrato de Alexandro y acordándose del peligro en que habia estado, se conturbó y estremeció. Esto fué causa de que se creyese fuese Aristóteles autor del veneno á cuya violencia se atribuyó la muerte de Alexandro y que por disposición suya se trajo de Babilonia en la uña de un caballo.*

Fué también este príncipe primoroso en la música, á que se aplicó con particular afición; pero habiéndole dicho su padre un día *que si no se corria de cantar bien, la dejó como ejercicio menos decente á la majestad real.* Por este tiempo, advirtiéndole su maestro de música que tocase cierta cuerda: *¿Qué importa (le respondió) que la toque poniendo un dedo sobre otro?* A que el músico le satisfizo, diciendo: *Que para quien habia de ser rey importaba poco; pero mucho para quien solicitaba ser perfecto tañe-*

dor de instrumentos. Gustaba de que los tonos tuviesen vigor y espíritu, y por el contrario, oía con tan gran disgusto los delicados y femeniles, como miraba cuanto pervierte y corrompe las costumbres; por cuya causa hizo particular estimación de Thimoteo, cuyo crédito en este género de música, á quien llaman Phrigia, era grande; porque acomodándola á su genio le arrebatava de suerte que como inflamado el ánimo de espíritu divino, ó como si estuviese cercano ya el enemigo, corría á tomar las armas.

Tuvo también por maestro de la elocuencia á Anaximenes, natural de Lampsico, cuya ciudad le debió su conservación cuando Alexandro determinó arruinarla porque seguía el partido de los persas; pues viendo que Anaximenes salía y teniendo por cierto era á interceder por su perdón, antes de oírle palabra alguna *le juró por los dioses de los griegos, no le concedería nada de lo que le pidiese.* Pero Anaximenes, usando de su destreza, le rogó arruinase y destruyese á Lampsico, con que el rey se halló precisado del juramento, ó antes del discreto primor de su maestro á conceder el perdón de sus yerros á los lampsicos.

Despreció á los comediantes, como á gente opuesta á su generoso genio y nacida sólo para la corrupción de las costumbres. Lo mismo hizo de los que contendían á golpes de puño, en medio de ser muy estimados entonces en la Grecia, y sin duda por ociosidad y porque se conservaban más para los divertimientos y espectáculos del pueblo que para las necesidades de la patria.

Favoreció todas las demás artes y aun aquellas á quienes no se aplicó. De esta suerte todos los que eran primorosos en alguna iban á presentarle de las partes más remotas las obras de su ingenio y de su mano, y á recibir del más liberal rey del orbe y cuyo magnánimo corazón correspondía á su fortuna, considerables

beneficios. Enviaba de ordinario crecidas dádivas á los que estaban ausentes, y se señalaban en la virtud ó en alguna ciencia. Por lo cual florecieron en su tiempo tantos y tan grandes varones y excelentes artífices, que apenas se hallará siglo de igual abundancia en todo género de ciencias y facultades; siendo cierto que las costumbres y los ingenios de los súbditos se hacen y forman de ordinario al ejemplo de sus reyes, y que casi todos los accidentes y mudanzas que sobrevienen á los reinos, resultan de la gloria ó infamia de los príncipes que los rigen.

CAPÍTULO IV.

La estimación que Alexandro hizo de Homero. Su desprecio á los deleites y la destreza con que domó el caballo Bucéfalo.

Estimó á Homero sobre todas las cosas de la antigüedad, creyendo que sólo él había acertado á describir con perfección aquella sabia política, á cuyos preceptos deben los imperios su subsistencia. Fué tan grande su inclinación á este poeta, que se llamaba el enamorado de Homero: traíale siempre consigo, sin dejarle aun en la cama: hacíale poner debajo de su almohada con la espada y le llamaba *su arte militar y la mejor provisión que podía hacer para la guerra*; juzgando á Aquiles por feliz en haber tenido tan gran varón que celebrase sus virtudes.

Habiendo mandado guardar un cofrecillo que se halló entre los despojos de Damasco, cuya obra y materia era de inestimable precio, preguntándole sus validos á qué le destinaba, les respondió: *Téngole dedicado para guardar las obras de Homero, que son las más preciosas que ingenio humano puede hacer*. Y así consiguió que la correctísima edición del poeta que con tan gran cuidado había hecho perfeccionar, se llamase *la de Narthesio, del cofrecillo de olores y perfumes*, por haberlos guardado en él los persas.

Trayéndole cierto día uno de sus vasallos una noticia de gusto, al llegar á él manifestando en la fatiga el ansia de dársela, y en el semblante su alegría y satisfacción: *¿Qué noticia (le dijo) me puedes traer, que sea digna de tanto regocijo, si no es la de haber resucitado Homero?*

Porque habiendo llegado ya al último grado de felicidad, creía no le faltaba para el colmo de su gloria, sino un varón capaz de que la celebrase. Llegó á tener tan presentes las obras de Homero, con la continuada lección, que ninguno las usó con más facilidad ni las penetró con más acierto. Pero entre todos los versos de este poeta, de ninguno hizo mayor aprecio que de aquel en que alaba á Agamenón de diestro soldado y esclarecido capitán. Finalmente, las tuvo por el más poderoso atractivo de la virtud, y por el mejor maestro de sus costumbres. Con tan admirables calidades, y con tan prodigiosa disciplina mantuvo gloriosamente la grandeza y elevación de su fortuna, sin dejarse llevar del orgullo ni de la libertad, á que los más príncipes se rinden, siendo de ordinario por quienes se gobiernan y con quienes se aconsejan.

No se diferenciaba de los demás hombres en los adornos exteriores, por ser de opinión que los príncipes debían exceder más á súbditos en la virtud, que no en la gala y pompa de los vestidos. Era airoso y gallardo, humano, cortés y familiar; pero tan sin menoscabo de su respeto, que nunca pisó el riesgo del desprecio. Fué inclinado al vino, aunque no sin moderación; porque si tenía lugar, empleaba el tiempo en la mesa más en discurrir que en beber con exceso.

Aborreció de tal suerte el vicio de la sensualidad, que llegó á temer su madre fuese incapaz de dejar sucesión; pero con especialidad el del adulterio, que prohibió con severas leyes. Permaneció por algún tiempo en la observancia de tan admirables costumbres; por medio de las cuales se granjeó el crédito de gran rey, hasta que dejándose vencer de la excesiva prosperidad de su fortuna, fué perdiendo poco á poco esta moderación.

Manifestó su valor y destreza en domar el caballo Bu-

céfalo (llamado así por tener la marca de una cabeza de buey), no sin grande admiración de su padre y de los demás que se hallaron presentes. Eran entonces los más celebrados caballos los de Thesalia, y si bien los había muy generosos en otras partes, ninguno entre todos fué tan estimable, por la fuerza y hermosura, como el Bucéfalo; por lo cual Philonico, natural de Pharsalia, juzgándole digno de tan gran príncipe como Philipo, se le envió pidiéndole diez y seis talentos por él.

Pero habiendo salido al campo para experimentarle y no pudiendo conseguirlo ninguno de los caballerizos ni de los picadores del rey, por enarbolarse con unos y arrojar á otros, llegaban ya á desecharle como inútil é indomable. Entonces Alexandro, suspirando, dijo: *¡Que malogren éstos tan generoso caballo por su poca destreza y valor!* Y lo repitió tantas veces, que oyéndole su padre, y reprendiéndole por lo que desacreditaba á los más diestros picadores de su reino, como si por ventura le pudiese domar él, le respondió *que lo haría si se lo permitiese.*—*¿Y qué perderéis* (le preguntó el rey) *si no lo conseguís?*—*Perderé* (respondió) *el precio del caballo.* Quedando, pues, capitulado, no sin gran risa de los presentes, que si ganaba le daría su padre el caballo; y si perdía pagaría Alexandro la cantidad que pedían por él: habiéndole tomado por la rienda, le puso contra los rayos del sol para que no pudiese ver su sombra, por haber advertido que ésta le espantaba y hacía más furioso.

Pero no logrando, ni aun con aquella diligencia, que se aquietase, le halagó, y levantando poco á poco la vestidura le montó de un brinco, permaneciendo aún corajudo. Mas enfurecido, entonces, empezó á abalanzarse; sacudió la cerviz, sin querer sujetarse al freno, é hizo cuanto pudo para arrojar al jinete y partir con impetuosa carrera.

Sacóle Alexandro á un espacioso y cómodo llano, para correrle libremente, y soltándole en él las riendas, y arrimándole los acicates, le dejó lo hiciese, hasta que cansado, queriendo pararse, le apretó más, sin permitirselo, hasta que reconoció había ya perdido la fogosidad con la fatiga y trabajo; por cuyo medio le domó, amansó, y redujo á estado de que fuese de servicio. No pudo Philipo contener las lágrimas de gusto al ver aquel triunfo de Alexandro, á quien, besándole, le dijo, al apearse del caballo, que *era la Macedonia muy pequeña para valor tan generoso*. Conservó después el Bucéfalo la misma fiereza con todos, sin dejarse montar de otro que de Alexandro, á quien después de haberle servido para obtener innumerables victorias, y sacádole de muchos peligros, fué muerto en la batalla contra Poro. Juzgaron los más célebres artífices éste por suceso digno de que ilustrase sus obras describiéndole, y así permanecen aún dos estatuas de Alexandro, domando el caballo; las cuales hicieron, en competencia, Praxiteles y Phidias, y aunque hay autores que ponen en duda sean de este príncipe, no faltan otros que las crean suyas.

CAPÍTULO V.

Déjale su padre, en su ausencia, el gobierno de Macedonia. Lo que hace en este tiempo. Guerras de Philipo. Rota de los ilirios por Alexandro. Philipo declarado general de los griegos.

Estas prodigiosas experiencias hicieron concebir á Philipo tan gran concepto del talento y prendas de Alexandro, que en medio de no pasar su edad de diez y seis años, fió de su cuidado el reino de Macedonia, en el cual le dejó con absoluto poder cuando pasó al sitio de Bizancio. Noticioso de ello alguno de los Medarores, pueblos de Tracia sujetos á Macedonia, y juzgando no podía ofrecérseles ocasión más oportuna para la sublevación que mucho antes meditaban, la pusieron en ejecución; pero Alexandro, gozoso de la que se le ofrecía para hacer ostentación de su valor, marchó prontamente con los capitanes que le había dejado su padre contra ellos; y después de haber vencido y arrojado de la ciudad á los rebeldes, hizo donación de ella, para que la habitasen, á los extranjeros; los cuales, en reconocimiento de aquel beneficio y en obsequio de su nombre, la llamaron Andrinópolis. Fué de gran regocijo para Philipo este suceso; mas temiendo del ardimiento del joven no emprendiese, con daño suyo, acciones de mayor consideración que lo que le permitían sus fuerzas, le llamó cerca de sí, para que en su escuela aprendiese á moderar con la prudencia ardor tan violento, empleándole en sujetar las provincias del Chersoneso. Y reconociendo la dilación del sitio de Bizancio, respecto de su gran fortaleza y del valor con que defendían los habitantes su libertad, al tiempo

mismo que entendió que los griegos y los bárbaros, á quienes era sospechosa su grandeza, enviaban socorro á esta ciudad, desconfiado de la victoria, procuró retirarse con menor descrédito de su gloria y menos pérdida de sus tropas.

Era en aquel tiempo rey de los getas, pueblos de la Scythia, Atheas; el cual, oprimido de la guerra que le hacían los istrios, habían pedido socorro á Philipo, esperanzándole en que le adoptaría é instituiría por su heredero, si remediaba el contratiempo que paçecían sus intereses; pero habiendo muerto el capitán general de sus enemigos, y hallándose libre del temor de la guerra, despachó á los embajadores de Macedonia sin cumplir lo que había ofrecido, negando la necesidad de sus socorros, por suponer bastantes sus fuerzas para defenderse de sus enemigos, y declarando la adopción de Philipo por nula, respecto de hallarse con hijo que le sucediese en el reino: con que deseoso este príncipe de tomar satisfacción del desacato de aquel bárbaro, habiendo abandonado el sitio de Bizancio convirtió sus armas contra la Scythia, donde trabada la batalla, aunque fué mayor el número de los enemigos, obtuvieron los macedones la victoria por la destreza de Philipo. Redújose la presa á gran cantidad de ganado y caballos y á muchas mujeres mozas, á quienes hicieron cautivas; porque los getas, despreciando las riquezas, sólo procuraban el sustento ordinario, estimando la pobreza como uno de los mayores bienes de la vida humana.

Volviendo, pues, Philipo de la Scythia con su ejército, cargado de estos despojos, al pasar por las tierras de los triballos halló ocupados por ellos todos los caminos, y á éstos resueltos á no darle paso si no los hacía partícipes del botín. Hallábanse también en su mismo ejército algunos soldados mercenarios griegos, los cuales llevaban muy mal no tener parte en los frutos de la

victoria, habiéndola tenido en los peligros de la batalla, de que se ocasionó una sedición que les obligó á llegar á las manos. Fué cruel y sangriento el combate, grande el número de los muertos de una y otra parte; el mismo rey quedó herido en el muslo, y muerto debajo de él su caballo del propio golpe; tanta fué la violencia de la flecha. Acudió Alexandro, primero que otro alguno, al socorro de su padre, á quien halló postrado en el suelo, y cubriéndole con el escudo, dió muerte á algunos de los que venían á cargarle y puso en fuga á los demás. Así aseguró la piedad del hijo la vida del padre, habiéndose ausentado con tanta mayor presteza los que la oprimían, cuanto creyeron la había perdido; con que puede decirse debió la vida al peligro de la misma herida, y el no morir á la fama de su muerte. Este inopinado accidente fué causa de que se malograra el botín. Dejó cojo á Philipo la herida que en él recibió, y airándose algunas veces de ello, una entre otras, le presentó el joven con palabras dignas de que se conserven en la memoria de los siglos: *Que no debía sentir el defecto que le ocasionaba la herida, pues cada paso que diese seria testimonio de su valor y virtud.*

Pudiera ya Philipo conceder algún reposo al ánimo, satisfecho con la crecida gloria y poder que había adquirido á costa de tantas heridas y peligros, si su immoderada ambición se lo permitiese; porque los macedones, tributarios antes de los ilirios, no sólo quedaban señores de los pueblos vecinos, sino de los más distantes. Había sujetado á los triballos y reducido á su obediencia á Thracia; tenía prontos á sus órdenes muchos pueblos de la Grecia, y los demás ó sujetos por el temor ú obligados por sus beneficios y liberalidades. Daocho, Gineas, Trasydeo, Eudico y Simón le habían conquistado á los thesalos; Cercidas, Hierónimo y Eucálpidas á los arcades; Myrtis, Teledamo y Mnaseas á

los argivos; Euxistheo, Cleotimo, Aristechmo á los helenos; Neón y Trasílico habían llevado á su partido á los mesenios; Aristrato y Demarato á los sycionios; Preodoto, Helixo y Perilao á los megarenses; Hypparco, Clitarche y Sosistrato á los eubenses; Euthicrates y Lasthenes le habían entregado á Olyntho, sin que entre todos estos capitanes hubiese alguno que no fuese de los más ilustres en su patria, ni entre tantas ciudades otra sino Sparta que conservase gloriosamente su antigua disciplina y se hubiese librado de tan común traición.

Pero aspirando Philipo al imperio universal de la Grecia, no dejaba de reconocer que las fuerzas de los atenienses atrasaban sus empresas, y que aunque no le faltaba contra ellos quien favoreciese sus designios, el pueblo, cuya autoridad y poder era muy considerable en aquella República, se oponía vigorosamente al aumento de los macedones por las persuasiones de Demóstenes, el cual les representaba en muchas y varias conferencias que tenían tratando de esto, como de ordinario sucede entre potencias vecinas, que Philipo era artificioso y atrevido, y que no bien habría logrado su dominio cuando se olvidaría de la fidelidad y estimación que les ofrecía.

Aumentaba el encono de este príncipe el socorro que dieron á Bizancio en una armada, compuesta de ciento veinte velas, y el que, á su imitación, le granjearon los de Chío y Rhodas, los cuales le quitaron tomase aquella ciudad. Deseosos, pues, de satisfacerse de estos agravios, mientras se discurría de la herida que recibió en el reencuentro con los triballos, disponía secretamente todo lo necesario para acometer de improviso á los atenienses; con cuyo intento conservaba su ejército debajo del pretexto de que los pueblos de Iliria, naturalmente feroces y poco acostumbrados á la servidumbre,

intentaban sacudir el yugo. Sin embargo, envió á Alejandro contra aquellos bárbaros, á quienes habiendo roto y puesto en fuga, dió al mundo con aquella victoria tan grande esperanza de su valor y fortuna, como la concibió él de sí para juzgarse ya igual á su padre y capaz de ejecutar sin él las mayores empresas.

Pasáronse en estas operaciones dos años, al fin de los cuales, hallándose Philipo con todas las prevenciones dispuestas, y juzgando el tiempo oportuno para ejecutar lo que tenía premeditado, introdujo algo antes de la primavera su ejército en la Grecia, con intento de aprovecharse de la más favorable ocasión que se le ofreciese, habiendo unido á él todas las tropas de los aliados del Peloponeso, por haberle elegido los amphictyones por general de toda la Grecia, para reprimir el atrevimiento de los locrenses, que habitaban la ciudad de Amphisa; los cuales, en menosprecio de la autoridad de los amphictyones, ocupaban las tierras de Cyrthe, consagradas á Apolo, después de haber éstos herido al cabo que se envió contra ellos y muerto algunas de sus tropas.

Tenía entonces Philipo alianza con los atenienses; pero mal seguros en su fe, y temiendo que, á precio del menor interés que se le ofreciese, rompería fácilmente ésta y su palabra, le despacharon embajadores, pidiéndole por medio de ellos que les conservase el tratado, ó que á lo menos suspendiese el hacerles actos de hostilidad antes de haber pasado la primavera, en cuyo tiempo procuraría el pueblo de Atenas discurrir en algún medio que ajustase sus diferencias. Enviaron también á persuadir á los tebanos se uniesen con ellos para la defensa de la Grecia contra el común enemigo; pero mantávolos Philipo en su devoción, por medio de los que seguían allí su partido y estaban declaradamente finos por él, entre quienes se señalaban Tiniolao,

Theogitón y Anetas, cuya autoridad era grande con los ciudadanos. Finalmente, persuadiéndose á que vencidos los locrenses y sus aliados, y no quedándole sino solos los atenienses, con facilidad los sujetaría, encaminó con la mayor presteza su ejército á Phócida; apoderóse de Elatea, que mandaba igualmente en las fronteras de los tebanos que en las de los atenienses, y puso en ella guarnición, fortificándola con intento de hacerla sitio de la guerra; cuya noticia, habiendo llegado de noche á Atenas, causó en la ciudad tan universal asombro, que juntándose el pueblo luego que amaneció, ninguno tuvo aliento de responder al pregón público, el cual contenía: *Que si habia quien discurriese algún consejo saludable á la patria, le propusiese allí.* Sólo Demóstenes, habiendo representado lo que juzgó por más conveniente al estado presente, persuadió á la Junta á que, sin más dilación, *saliese la armada y el ejército; que se despachasen embajadores á todos los pueblos de la Grecia y especialmente á los tebanos.* Siguióse su parecer y dióse el mando de las tropas á Chares y á Lisicles, y envióse al mismo Demóstenes con embajada á los tebanos.

Bien prevenido tenía esto Philipo, y que si se uniesen ambos pueblos le sería peligrosa la guerra; porque la ciudad de Atenas florecía entonces tan igualmente en autoridad como en riquezas, y el poder y crédito de los tebanos se hallaba en gran reputación, conservándose reciente la memoria de la batalla de Leutrica, con cuya victoria se apoderaron del dominio de la Grecia, que mantenían los lacedemonios; por lo cual despachó Philipo á asegurar de su afecto á sus aliados y á desvanecer las pretensiones de sus enemigos á Amyntas y Clearcho, macedones ambos, y con ellos cierto bizantino llamado Pithón, de cuya elocuencia hacía gran confianza. Este, pues, es fama que en la junta de los beocianos habló en estos ó semejantes términos:

CAPÍTULO VI.

Oración de Pithon, enviado por Philipo á la junta de los beocianos.

«Si se mantuviese quieto Philipo en Macedonia, y ocupase el ejército de los atenienses á Elathea, aunque no tuvieseis alianza con él, no dudo que entonces deseárais con anhelo ésta y su amistad; porque á la verdad, ¿quién no preferirá un rey tan poderoso, y que por sus esclarecidas acciones se ha granjeado el considerable crédito y estimación que obtiene, á una república orgullosa, y que el día de hoy subsiste más en virtud de su reputación que de sus fuerzas? Pero como este príncipe, que ocupa, por decirlo así, el zaguán de vuestra casa con su ejército victorioso, es vuestro amigo y vuestro aliado, y los atenienses nunca han dejado de ocasionaros disgustos, sería haceros grande agravio persuadiros á su alianza en desprecio de tan esclarecido príncipe.

»Aquel pueblo, el más soberbio de todos los del orbe, presume que sólo en él se hallan la sabiduría y la prudencia, creyendo que todos los demás y con especialidad los de Beocia (contra quienes más se enderezan sus insultos entre todos) son pueblos groseros, rudos é incapaces de diferenciar lo útil de lo honesto; de que nace que teniéndoos por sumamente ineptos, os persuadan á la elección de los amigos y de los enemigos, proporcionándola más con su antojo que con vuestros intereses, fiados en la ostentosa pompa de sus palabras, en que consiste toda su fuerza. ¿Pero quién habrá de mediana razón que no prefiera las obras á las palabras, especialmente en la guerra, donde es tan necesaria la

ejecución del brazo como inútil la facilidad de la lengua? Pues aunque se juzguen tan poderosos y fuertes por su elocuencia como se lisonjean, podrán siempre más la fortuna y el valor de Philipo, asegurado en sus fuerzas y en las de sus aliados.

»Siendo cierto que no me resolveré á decir si la solicitud de los atenienses se funda más en imprudencia que en flaqueza; porque mirada ésta á verdadera luz, se reduce á deciros: Recibid, tebanos, sobre vosotros el rayo que amenaza á África y haced la guerra, para que nosotros gocemos de la paz, contra un príncipe formidable, vuestro amigo y aliado. Exponed vuestras personas y vuestros bienes para impedir tome Philipo satisfacción de los agravios que le hemos hecho. ¿Son, por ventura, pretensiones estas de hombres que conservan sano el juicio, ó de quien juzga que los demás tienen algun uso de él? Los que no perdieron la menor ocasión de oprimiros; los que, en cuanto les fué posible, os persiguieron con injurias, con ultrajes, con sus fuerzas y sus armas, y finalmente, los que creyeron que en vuestra ruina consistía su felicidad, se atreven á pedirnos ahora que elijáis antes perecer con ellos que triunfar con Philipo.

»Pero este esclarecido príncipe, que fué vuestro huésped y vuestro alumno, criado con la doctrina de Epaminondas, aquel capitán ilustre, aquel varón venerable y santo, aprendió, á ejemplo de sus costumbres, el amor y afecto á vuestra ciudad, en cuyo crédito tomó en la guerra de los phocenses satisfacción de las injurias que os hicieron y de los sacrílegos insultos que cometieron contra Apolo, cuando en odio vuestro enviaron los atenienses sus impíos socorros, vengando, después de los locrenses, á instancia y solicitud de los amphictyones, las ofensas que hicieron al mismo Dios. Este, pues, viene aquí el día de hoy á mirar por vuestros intereses,

y á no apartarse de este cuidado mientras no quedéis asegurados de aquella orgullosa ciudad, celosa siempre de vuestra gloria y siempre enemiga vuestra.

»Si para el logro de este designio queréis contribuir con vuestro consejo y fuerzas, su voluntad es que tengáis parte antes en el seguro botín que en una peligrosa guerra; ó que cuando la vuestra fuere de preferir el reposo, le concedáis sólo el paso, pues él se basta á sí para vengar las comunes injurias, sin que por esto dejéis de participar igualmente de los frutos y bienes de la victoria, de quien la mayor parte de los ganados, de las municiones y de los esclavos será vuestra; atendiéndoos como á más vecinos, y á que con ella podáis reparar las pérdidas de las guerras de los phocenses.

»En fin, considerad si es más de vuestro interés permitir tan ventajoso partido ó el ver abrasadas vuestras casas, enajenadas por fuerza vuestras ciudades y perdidos, como lo han deseado en Atenas, todos vuestros bienes; teniendo presente que el candor de vuestra sinceridad se convierte en peligrosa ira cuando sin el menor motivo se mira como sospechosa, y que cuanto tuvo antes de grande su benevolencia, es tanto más violento el deseo de la venganza cuando se ve despreciada.

»No juzguéis que pretendo, por medio de estas razones, ofenderos con la ingratitude que no temo, ni tampoco que solicito infundiros el temor, que tengo por excusado; pues sólo se dirigen á acordaros los beneficios á que os halláis obligados á Philipo, y á los que os es él deudor, para que unos y otros os amonesten lo que debéis ejecutar; y adviertan que las alianzas en tanto son firmes y permanentes en cuanto es recíproco el interés de mantenerlas, y juntamente á persuadiros que si reconocéis haber sido mayores los que él ha obrado á favor vuestro que los que vosotros habéis ejecutado en obsequio suyo, procuréis remunerar con

igual afecto su cariño. Tiene él por el mayor premio de sus fatigas haber socorrido la Grecia y haber hecho guerra á los bárbaros en gloria y seguridad de ella; y ojalá hubiese permitido el furor de los atenienses que continuase contra ellos su industria y valor, que á buen seguro que las armas que precisamente se emplean hoy en reprimir facciones sediciosas y malvadas se hallarían triunfantes en el Asia. Pudiera, sin la menor duda, haber conseguido la amistad de los atenienses, á no juzgarla por indigna de sí, y de ignominioso y perjudicialísimo ejemplo el hacerse tributario y como esclavo de un Demóstenes y de otros muchos, á cuyo arbitrio, no de otra suerte que el mar al impulso de los vientos, se mueven los espíritus de la muchedumbre.

»Y á la verdad, si proporcionasen con el honor y gloria la recompensa y el premio, no hay duda que se harían gratuitamente plausibles; pero los que están acostumbrados á vender el honor, difícilmente se habitúan á hacer distinción entre lo útil y lo dañoso, entre la justicia y la injusticia, pues se mueven por el interés y no por el amor de la virtud y de la patria, ni por el respeto de los dioses y de los hombres, en cuya consecuencia no debéis esperar de ánimos tan viles nada honesto, útil ni decoroso; pues mal atenderán á vuestros intereses, debiéndoles tan poco reparo los de su patria. Desean precipitaros en iguales calamidades á aquellas de quienes ha poco que os preservó el valor y protección de los macedones, ó sumergiros en otras tanto mayores cuanto os será más formidable enemigo Philipo que lo fueron Philomeles y Onormacho; porque en las repúblicas, donde el gobierno está prescripto á cierto tiempo y como de prestado, las empresas, por grande que sea el capitán y el conato con que las intente, no padecen menores atrasos de la emulación de los ciudadanos que del esfuerzo de los enemigos; donde, por el

contrario, ningunos las órdenes de los reyes en las Monarquías, en quienes depende únicamente todo su Gobierno de su voluntad y providencia; y de cuánta importancia sea esto en las disposiciones de la guerra no lo ignoráis vosotros. Tampoco podéis dudar que no se reduce sólo á un héroe el poder y fuerza de los macedones, pues vemos que renace Philipo en la persona de Alexandro, el cual ha dado tan admirables muestras de su valor y talento, que seguramente se puede esperar sea con el tiempo igual á los más ilustres capitanes.

»No sucede así á los atenienses, entre cuya crecida muchedumbre, hallándose dividido el arbitrio de hacer la guerra ó la paz, cualquiera, según es su osadía, persuade lo que mejor le está; obrándose todo más con una ciega pasión que con el consejo y la prudencia. Persuaden allí los malos, ordenan los ignorantes, hácese la guerra con menos ardor del con que se emprende, y rómpense las alianzas con la misma facilidad que se ajustan; tiénenla con Philipo, y sus acciones acreditan la observancia con que la mantienen; pues no contentos con haber roto su fe, procuran que se dilate á otros este pernicioso contagio. Pero por lo que mira á vosotros (¡oh valerosos tebanos!) vuestra generosa constancia, la cual os ilustra, no menos que lo que con tan gran esfuerzo como fortuna habéis obrado, me persuade fácilmente á que preferiréis la amistad de un rey cuyos beneficios á favor vuestro os son notorios, á una ciudad enemiga y émula de vuestra gloria. Finalmente, el grande Hércules, exterminador de los malos y de los delinquentes, y á quien vosotros adoráis con la veneración debida á un dios nacido en vuestra ciudad, nunca podrá tener á bien derramáis su sangre en impía é injusta guerra. Por lo que mira á las demás alianzas, podréis informaros de los que las tienen con Philipo, si se hallan con motivo alguno para arrepentirse de ella.»

CAPÍTULO VII.

Oración de Demóstenes, enviado por los atenienses, recitada en la misma junta.

Pero Demóstenes, habiendo solicitado permiso para hablar, no ignoraba (dijo) que «estos mercenarios de Philipo nunca quedarían satisfechos de sus alabanzas ni de nuestras injurias, porque los que se hallan destituidos de todo género de honestidad no acostumbra atender á lo que dicen y hacen, sino á ver cumplido lo que con ansia desean. Pero asegurado yo (¡oh generosos tebanos!) en vuestra comprensión, me prometo queden sus esperanzas burladas, y que lleven al rey Philipo una respuesta digna de vuestra virtud y de la disciplina de los griegos. Atended con madura consideración á lo que debéis ejecutar en beneficio de los intereses de vuestra patria, cuyo cuidado me ha traído á esta junta, en la cual espero mostraros con sólidas razones y no con la halagüeña persuasión de las palabras á quienes temen se rinda vuestra voluntad, se trata el día de hoy enteramente del estado de vuestra fortuna, á cuyo fin en nada pondré mayor estudio que en evitar el parecer elocuente, y de cuyo recelo pueden asegurarse los macedones.

»Porque cuando las causas á quienes falta la razón y la justicia se hallan necesitadas de valerse del socorro de la elocuencia para que las supla, tanto ajenas de usar de la hermosura de las palabras aquéllas cuyo interés consiste en que descubra desnuda su verdad quien por ellas aboga. No me detendré á averiguar si las calidades naturales de Philipo se conforman con el retrato que aquí se acaba de hacer de ellas. Convento con él

y con que sea elocuente y grato en sus festines, prendas que cuanto algunos le ponderan, tanto confiesan la corta solidez de su gloria. Lo que sí me deberá siempre toda admiración será el haberse atrevido sus ministros á prorrumpir ante vuestra presencia en los baldones con que han ofendido nuestra ciudad, cuando de ellos toca tan igual parte á los tebanos como á los atenienses. Ponderan los desórdenes del Estado popular; pero aunque los conocemos y nos lastimamos de ordinario de ellos, los preferimos al dominio real. Han discurrido como si en los círculos y en los festines solicitasen, por medio de la adulación, la gracia de los macedones, y no pasasen oficios de embajadores con un pueblo libre. Siempre han sido notorios los pertinaces odios que así los reyes como todos sus esclavos han tenido á las naciones libres; pero éstos los han mostrado con mayor imprudencia que juicio. Por cuya causa nos hallamos (¡oh generosos tebanos!) obligados á aplicar los mayores esfuerzos para mantener nuestras leyes y nuestros privilegios.

»Nadie duda cuánto se debe desear que los que se hallan constituídos en la administración del gobierno de la república atiendan con gloriosa emulación á sus intereses y aumentos, á premeditar con cuidadosa vigilancia las más convenientes resoluciones, ó á lo menos á que ninguno prefiera á la utilidad pública sus intereses particulares, dejándose sobornar de las dádivas y llevar del ejemplo de estos embajadores para vender traidoramente, como ellos, su patria á Philipo. Pero ¿cuál será en el mundo el pueblo ni cuál la persona que haya gozado nunca en él de felicidad cumplida, cuando el que más satisfecho vive de su fortuna sólo la reconoce el bien de haberle sido menos adversa?

»No negamos que hay entre nosotros infieles y traidores ciudadanos; ni tampoco vosotros (¡oh tebanos!)

negaréis que los habéis tenido y tenéis; porque á no ser esto así, ¿cómo era posible que Philipo conspirase en Elatea contra nuestra libertad y nuestro reposo, y que no hiciese harto en asegurar de nosotros su reino de Macedonia? Mas sin embargo, nos hallamos con mucho más crecido número de fieles, prudentes y celosos ciudadanos y de incomparable poder y autoridad á la de aquellas pestes de la república. ¿Queréis una prueba? ¿Queréis un testimonio de esto? ¿Qué mejor que el de conservar nuestra libertad y no ser esclavos de Philipo, como tú, Pithón, quisiste que lo fuesen los bizantinos, y como tú, Daocho, y también tú, Thrasideo, has hecho que los thesalos lo sean, habiéndolos vendido al rey? No ignoráis vosotros (¡oh tebanos!) que Thesalia vive hoy oprimida de la servidumbre de Philipo, cuya miseria é infortunio tenemos por cierto que nos la acompañáis á sentir igualmente. También Bizancio hubiera experimentado semejante infelicidad á la que padece Olyntho, si hubiesen tenido logro los designios de Pithón, y no la hubiésemos librado del golpe que la amenazaba; porque aquel santo y venerable protector de la Grecia tenía resuelto oprimir esta ciudad, especial confederada nuestra, para cuya ruina son notorios los aprestos que se disponían.

»Veis aquí sobre lo que se funda la sabiduría de tan gran príncipe, el cual cree que es todo uno el talento que la astucia y el artificio, y que el perjurio es arte y ciencia, y así usa de la perfidia como de una virtud heroica; ó si no, díganos por qué otros medios ha adquirido tan grande y tan formidable poder; si por ventura no fueron los engaños, las asechanzas y las traiciones con los que tomó á los griegos; si no venció á los bárbaros más con el oro que con el hierro; y finalmente, si con la misma facilidad que concede á cualquiera su fe, no la rompe. Mas sin embargo, le atribuyen estos

embajadores el nombre glorioso de protector de la Grecia, llamándonos perturbadores de ella. ¡Y que no se avergüencen estos ministros de imputarnos antes tan falsamente las infames acciones que han cometido, que mostrarnos los verdaderos delitos de que están visiblemente convencidos!

»Si alguno de vosotros (¡oh partidarios de Philipo!) fuese acusado de haberse sobornado ó de haber cometido alguna traición, interés vuestro fuera encubrirle, negarle y procurar libraros de los castigos que por él merecáis; pero acusando vosotros el día de hoy á los demás, vosotros mismos os condenáis; cuya acción, si la habéis hecho sin prevenir el fin, os desearía más considerados y prudentes; si con designio premeditado y sabiendo lo que hacíais, que tuvieseis á lo menos más honra.

»En nada se acredita más mi inocencia y la de los que conmigo acusan que en su misma deposición, por la cual confiesan que no hemos admitido dádiva alguna de Philipo; porque si nosotros se la hubiésemos pedido, ¿es creíble de un rey tan liberal que nos enviase con las manos vacías, como pretendéis persuadir? ¡Y que habiendo juzgado por útil el ganarnos y corromperos que no tendría también por conveniente llevarnos á sí, y que para conseguirlo no excusaría concedernos cuanto le hubiésemos pedido? Pero vosotros mismos habéis advertido á los tebanos que no sigan el consejo de los que abandonan el bien de la patria. Verdaderamente (¡oh generosos tebanos!) que desde luego depondría la aversión con que los miro, si cual lo dicen lo sintiesen. Confórmome con su advertencia, y desde ahora os exhorto, os amonesto y os ruego que abracéis inmediatamente en beneficio de vuestra salud y de la de toda la Grecia lo que os proponen.

Si así lo hicieréis no padeceréis que se os vendan

vuestros ganados, que vuestras heredadés se conviertan en prisiones vuestras, ni la ignominia de obedecer á los peonienses y á los triballos entre los demás esclavos de Philipo. Pero lo que ellos pretenden es que apreciéis los premios de la servidumbre y abandonéis vuestras mujeres, vuestros hijos y vuestros padres, la libertad, la reputación, la fe, y finalmente, cuanto tienen los griegos por santo y venerable. Todo lo cual es sin duda, tebanos, que perderéis, si no os unís con nosotros para que juntos resistamos los engaños y violencias de Philipo; porque si os persuadís á que estáis seguros al cuidado y trabajo de otros, temo que os engañáis. Y si no, decidme: ¿quién se persuadirá á que si Philipo queda vencedor, ni los tebanos ni pueblo alguno de la Grecia podrá conservar su libertad; no habiendo quien se asegure en la fe y palabra de este príncipe, sino los que de conocido gustan de perecer? Donde, por el contrario, si nos es favorable la fortuna y obtenemos la victoria, considerad, os ruego, lo que podréis esperar de un pueblo á quien abandonasteis viéndole en el peligro de perder no menos que su salud y su decoro. Sea cual fuere el partido que vosotros elijáis, los atenienses estamos resueltos á exponernos á todo y á no perder la libertad antes que las vidas. Y aunque para conservarla juzgamos por suficientes nuestras fuerzas, si gustareis de unir á ellas las vuestras, obtendremos ambos la gloria de triunfar de un enemigo á quien cualquiera de los dos pudiera vencer separadamente.

»No ignoramos nuestras fuerzas y poder los atenienses, cuyos progresos empezamos á experimentar muy en los principios de nuestro nacimiento; y si entonces hubiese animado una misma causa y un impulso á los griegos, á buen seguro que daríamos hoy la ley y que hubiéramos evitado que se hubiese extendido daño tan pernicioso. Con este conocimiento, pues, he-

mos hecho por largo tiempo la guerra contra él, no por Amphypolis ó por Haloneso, como han juzgado algunos, sino por la salud y libertad de la Grecia, hasta que abandonados de todos y acometidos de algunos, nos vimos obligados á hacer una paz más necesaria que gloriosa. Pero ya ahora (como lo creo), así Minerva, protectora de nuestra ciudad, como Apolo Pithio, dios de nuestra patria, y todos los demás dioses de la Grecia, han abierto los ojos á favor nuestro, y excitan el valor de todos los que les tributan sus adoraciones á la venganza de la libertad que nuestros padres nos dejaron.

»A lo menos tengo por cierto que Hércules no puede haber oído sin indignación los discursos de estos embajadores y el que le hagan progenitor suyo. Porque ¿cómo ha de ser posible que este dios quiera declarar por uno de sus descendientes á un príncipe impío y sacrilego? ¿Que siendo griego reconozca á un macedón, y que habiendo sido enemigo y exterminador de la tiranía pase, porque se haga creíble, que un tirano deduzca de él su origen, cuando las acciones más ilustres de Hércules, y que le inmortalizaron, son totalmente opuestas á las que ha obrado Philipo, el cual tiene á la Grecia sujeta á un dominio injusto, habiendo establecido generalmente en todas las ciudades tiranos particulares: á Philistides en Oreo, á Hipparco en Heretria y á Thaurosthenes en Chalcide? Finalmente, los eubenses, los acheos, los corinthios, los megarenses, los leucadios y los corcirios se han declarado por nosotros, favoreciendo nuestros designios. Los demás sólo esperan el suceso que hasta aquí ha sido el único y más poderoso apoyo del poder de Macedonia.

»Pero luego que empiece á deshacerse, por sí mismo caerá; porque los thesalos, de quienes se compone hoy la mayor y mejor parte de la caballería de Philipo, no

acostumbran á subsistir por largo tiempo en un partido; y los ilirios y todos los demás bárbaros, vecinos de la Macedonia, pueblos naturalmente soberbios é irritados el día de hoy con la nueva servidumbre á que están reducidos, acabarán la guerra por nosotros, si los principios de ella son poco favorables á Philipo.

»Trabajemos, pues, igualmente con la industria y con el valor en una empresa tan gloriosa; y deponed, mientras dure, todas las enemistades que nacen ordinariamente de ligeras causas entre Estados vecinos, las cuales convertirá en benevolencia y amistad el gusto público que producen los buenos sucesos; ó reservad á lo menos, quizá en daño y deslustre de unos y otros, vuestras pasiones para cuando sin otro recelo y perjuicio de los intereses públicos podáis libremente satisfacerlas.

»Si queréis aseguraros de los artificiosos engaños de Philipo, cerrad vuestros oídos á sus promesas y vuestras manos á sus dádivas; preferid á los mayores bienes el de vuestra libertad, haciendo mayor precio de ella, como el más estimable, y quedarán vanos é inútiles sus fraudes, sus dobleces y sus larguezas; y cuanto hasta aquí engrandecido su poder por las discordias de griegos, tanto más abatido en lo venidero por su unión. En cuyo caso podrá ser que su osadía y temeridad os facilite su prisión, con la cual no hay que recelar de los demás; porque si aquel ambicioso espíritu aspira á la gloria y al imperio, los que hoy se hallan debajo de su dominio sólo desean el reposo; si no es ya que temáis á Alejandro, cuyos partidarios os tienen en tan bajo concepto que os juzgan capaces de que os amedrente aun el nombre solo de un niño.»

CAPITULO VIII.

Los tebanos se declaran contra Philipo y se unen con los atenienses. Sujeta Philipo toda la Grecia y muéstrase benigno con los atenienses. Toma la ciudad de Tebas y trátala rigurosamente. Su designio de llevar la guerra á Persia.

¿Quién creyera que los tebanos, que acaban de oír con tan grande atención y afecto á los embajadores de Philipo, mudasen de dictamen con tal brevedad? Tan grande fué su transformación, que declararon á Philipo por enemigo si no salía de sus fronteras y de las de sus aliados, que echaron de su ciudad á todos los que favorecían su partido y recibieron al mismo tiempo tropas de los atenienses. Pero Philipo, más irritado que medroso de verse abandonado, contra lo que esperaba de ellos, no desistió de su empresa. En fin, después de dos combates de pequeña consideración, y cuyo suceso no ocasionó á los atenienses arrepentimiento en la resolución que habían tomado, camparon unos y otros con todas sus fuerzas cerca de Cheronea, en la Beocia.

Animaba á los griegos la gloria de sus antepasados y el amor de la libertad. Fiábase Philipo en sus tropas, á cuyo esfuerzo había debido tantas victorias, y en su persona, en quien reconocía no menor socorro por las grandes ventajas que hacía á los demás capitanes en el arte y disciplina militar, habiendo faltado entonces los más ilustres de la Grecia. Mandaba en Tebas Theagenes, en quien ni concurría la experiencia que convenía á aquella constitución, ni el desinterés que era necesario para resistir los sobornos é inteligencias de Philipo, con cuyas experiencias y valor no eran comparables las de todos los capitanes atenienses. Sin embargo, las

fuerzas que veía convertidas contra sí este príncipe de dos pueblos tan poderosos, y cuyo designio y autoridad seguían los corintios y otros muchos, le obligaban á temer el lance de una batalla, á cuyo riesgo exponía toda la gloria y fortuna que en tantas había adquirido. Ni los tebanos se hallaban muy lejos de oír con agrado proposiciones de paz. Pero el ardor de los atenienses los apartó de esta disposición, reduciéndolos á que librasen al lance de una batalla sola la libertad de toda la Grecia.

Por otra parte, Alejandro, no pudiendo moderar el ardor de su espíritu, estimulaba á su padre á que no perdiese tan prodigiosa ocasión como la que se le ofrecía para el mayor acrecentamiento de su gloria. Con que habiendo, por último, conseguido que se pelease, fué él quien primero cargó en los enemigos. Combatióse por largo tiempo con grande ardor, en cuyo espacio permaneció dudosa la victoria; hasta que este joven, á quien su padre había dado el mando de una de las alas del ejército, compuesta de tropas escogidas, habiendo acometido vivamente la corte sagrada de los tebanos, en quien estaban los soldados más ventajosos de sus milicias, la obligó á desamparar su puesto y abrió el camino á la victoria. De otra parte, los atenienses, debilitados de fuerzas con el calor y las heridas, y perdidos de ánimo con la rota de sus aliados, no pudieron resistir largo tiempo el esfuerzo de los macedones. Con que de esta suerte decidió sólo una batalla la libertad de toda la Grecia. Quedaron sobre el campo de los atenienses más de mil hombres muertos, y prisioneros dos mil, y del de los aliados muertos y prisioneros muchos; después de cuyo suceso envió Philipo á decir á los atenienses con su hijo Alejandro: *Que los admitia á su gracia y se la hacía de la paz; que daba graciosamente libertad á los prisioneros y permitia que enterrasen sus difuntos.* Porque

deseando pasar á la expedición de la Persia, procuraba ganar el afecto y fidelidad de los griegos por medio de la blandura y clemencia, si bien les quitó el dominio de las islas y en el mar.

Mostróse más severo y riguroso con los tebanos, no pudiendo olvidar el riesgo á que había expuesto sus intereses su repentina mudanza, ni la ingratitude con que habían correspondido á sus considerables beneficios, abandonándole por seguir el partido de los atenienses. Y así, luego que tomó su ciudad y puso guarnición de macedones, hizo cortar la cabeza á los que le fueron contrarios y que saliesen de ella todos los demás, y restituyó á los que por haber seguido su partido se hallaban desterrados, haciéndoles merced de los cargos y magistrados.

Con la fama y grandeza de esta victoria rindió todos los demás pueblos que habían tomado las armas contra él, á unos por medio de ellas y á otros por el de muy ventajosas alianzas á favor suyo, sin que entre todos los griegos quedasen exentos de su dominio más que los lacedemonios y los arcades. Habiendo, pues, congregado una junta en Corinto de toda la Grecia, manifestó en ella: *Cuán preciso era pasar la guerra á Persia y reprimir el insoportable orgullo con que los bárbaros se suponían ya señores de todo el mundo; porque de no hacerlo y no resistirle prontamente, quedarían para siempre esclavos suyos. Que ya no se trataba de que los griegos hiciesen la paz ó la guerra, sino de saber si querían más pasarla á los dominios del enemigo que esperarla en los suyos. Que no sólo convenía vengar las antiguas ofensas, sino librar las ciudades de la Grecia, situadas en el Asia, de la servidumbre de los bárbaros, y borrar la ignominia que resultaba á los griegos de ella. Que esta empresa se haría con tanta mayor facilidad, cuanto hallándose en paz toda la Grecia, se podían emplear todas sus fuerzas en una guerra de la otra parte del mar, con quien se*

lograria también el beneficio de asegurar su tranquilidad doméstica, empleándose en ella los que la alteraban por la ociosidad y el reposo á que se entregaban. Y, últimamente, que nombrasen el capitán de quien habían de fiar el cuidado de ella y dispusiesen los medios con que se había de hacer.

Nadie ignoraba que debía pedirse ese favor á la república: pero reconociendo todos no era ocasión oportuna de solicitar con palabras la libertad que habían perdido con las armas, fué nombrado Philipo, con aclamaciones de regocijo, de común consentimiento, por general de toda la Grecia, para que pasase al Asia á librar el mundo de la servidumbre de los persas. Confiéronse los medios con que cada pueblo podría contribuir, y se pusieron por escrito los soldados, el dinero y el trigo que habían de dar. Hecho el cómputo, halló que se le ofrecieron á Philipo para esta expedición doscientos mil infantes y quince mil caballos, sin que se comprendiesen en este número los macedones y los bárbaros que estaban sujetos á ellos.

CAPITULO IX.

Discordias en la casa de Philipo. Resuelve éste dar muerte á Alejandro, el cual se halla necesitado á retirarse con su madre Olimpias. Muerte de Philipo, en que son sospechosos Olimpias y Alejandro. Crueldades de Olimpias.

Siendo general propensión de las felicidades humanas que ninguna deje de padecer el contratiempo de algún infertunio, mal pudieron librarse de él las prosperidades de Philipo, cuyas exteriores dichas turbaron los disgustos domésticos que le sobrevinieron. Concitaba (como dejamos dicho) cada día más contra sí la altivez y soberbia de Olimpias el desagrado de su esposo, á cuya causa atribuyen algunos su repudio. Pero por lo que reconozco en los historiadores, hallo que permaneciendo su matrimonio y sin que precediese novedad alguna, se casó Philipo con Cleopatra. Lo cierto es que no parece creíble que Alejandro quisiese asistir á las bodas de la madrastra (á haber precedido) en desdoro y desprecio de su propia madre, á quien amaba tiernísimamente, y de cuya ignominia le tocaba tanta parte; y mucho menos cuando añaden que Philipo la repudió por sospechas de algún deslíz poco decente á su honestidad y decoro.

Lo cierto es que Alejandro asistió á sus bodas, y que por cierto disgusto que sobrevino en uno de los festejos, ausentó de la corte á su madre. Attalo, tío de Cleopatra, no pudiendo disimular sus esperanzas, se dejó decir entre los desmanes de un banquete: *Que debian pedir los macedones á los dioses concediese muy en breve á Philipo sucesor legitimo del nuevo matrimonio.* Irritado Alejandro, naturalmente colérico, de este agravio, prorrumpió

así: *Mal hombre, ¿por ventura me imaginas bastardo?* Y acompañando á estas palabras la demostración de darle en la cabeza con la copa que tenía en la mano, correspondió también Attalo con otra igual, de que se originaron aún mayores disgustos, porque irritado Philipo, que estaba en otra mesa, de que se turbase la celebridad y regocijo de aquel día, corrió con la espada desnuda contra Alexandro, á quien sin duda hubiera muerto, si el impedimento que le causaba la herida, que hemos referido recibió, la cólera y el vino no le hubiesen estorbado llegar á él con más presteza.

Cayó al tiempo de seguirle, con que dió lugar á sus amigos, absortos de caso tan inopinado, para que se pudiesen por medio y aplacasen la colérica indignación del padre; si bien no fué menos difícil templar á Alexandro, el cual se tenía por muy ofendido; y aunque se le representó el respeto que como á rey y á padre le debía, no pudo abstenerse de decir á los macedones, burlándose de Philipo: *Que llevaban muy buena guía. Que los condujese al Asia, no habiendo aún podido pasar de una mesa á otra sin caer.*

Pero no teniéndose por seguro él ni su madre, se acogieron al rey de Iliria, y en Epiro, donde reinaba el hermano de Olimpias, la dejó. Habiendo vuelto ambos á Macedonia por interposición de Demaratho Corinthio, Olimpias, mujer de genio caprichoso y difícil de reducir á lo razonable, no cesaba de persuadir á Alexandro, bastante ambicioso por sí, *á que ganase cuantos amigos pudiese por medio de los beneficios, por el de la blandura y agrado, y á que se asegurase del odio de su padre con la alianza de los más poderosos.*

El mismo Philipo le había aconsejado en otras ocasiones que granjease el afecto del pueblo con la afabilidad, prohibiéndole lo hiciese con las dádivas. Y en una de sus cartas, afeándole éstas, le advierte: *No se fie del*

que adquiriese por ellas, pues se hallaría engañado si pensaba que semejantes medios, los cuales eran propios de sus ministros y criados, podían ser decentes á la grandeza y soberanía de un rey. Pero como, por otra parte, solía decir muchas veces que no había nada inaccesible al dinero, y para confirmarlo se valía de él igualmente que de las armas, es de creer que el fin del consejo no miraba tanto á la enseñanza de Alexandro en lo más conveniente, cuanto á abstraerle de que se valiese contra él de sus propios artificios, como lo temía. Reprendióle también por haber solicitado la hija de Pexodoro, destinada para Arideo, diciéndole: *Que era degenerar de su sangre y manifestarse indigno de su fortuna desear por suegro á un Cario bárbaro y vasallo de otro bárbaro.*

Pero, sin embargo, nunca Philipo observó lo que persuadía, pues á precio de asegurar sus intereses, ni reparó en la bajeza de los nacimientos, ni dificultó casarse con mujeres de lo más interior de la barbaridad en el país de los ilirios y de los getas; aunque es verdad que tenía ya hijos de muchas de sus mujeres y concubinas cuando lo hizo. Y porque Alexandro llevaba con sumo disgusto el tener tantos hermanos, su padre le solía decir con agrado y blandura: *Que pues tenía tantos competidores al imperio, obrase de suerte que los excediese en valor y virtud, para que creyese el mundo debía la corona más á sus méritos que á su padre y á su nacimiento.*

Pero como la misma materia ocasionaba de ordinario nuevos disgustos, y la quiebra pasada no quedó bien soldada, llegaron éstos al último rompimiento, y con especialidad por parte de Olimpias, cuyo violento espíritu estimulaba á la venganza el soberbio y temeroso capricho de su sexo. Había solicitado con Alexandro, su hermano, hiciese guerra á Philipo; pero este astuto príncipe, temiendo verse precisado á tomar las armas en tiempo tan poco oportuno, aunque se hallaba más

poderoso, se previno de este riesgo asegurándose del rey de Epiro por medio del casamiento que ajustó entre él y Cleopatra, hermana de Alexandro.

Juntáronse todos los príncipes de los pueblos vecinos y los embajadores de las ciudades griegas á la celebridad de estas bodas en Egas, cuya ciudad eligió Philipo para los regocijos, como en presagio de lo que después había de suceder, siendo este lugar en donde se acostumbraba enterrar los reyes de Macedonia. Refiérese también que cuando consultó al oráculo de Apolo sobre la guerra de Persia, le fué respondido: *Estaba próximo su fin*. Pero que interpretando la inteligencia de tan dudosa respuesta (como lo son todas las de los oráculos) á favor suyo y en ruina de los bárbaros, se lisonjeaba con ella. Precedieron á la muerte de este príncipe otros muchos prodigios, cuya declaración fué impenetrable á todos, hasta que la hizo notoria el suceso.

Había entre los soldados de su guardia uno, llamado Pausanias, á cuya graduación le había ascendido Philipo por desagrarle de las injurias que recibió de Attalo; el cual, viéndolo embriagado en un festín, le expuso al nefando antojo de los convidados. Solicitando, pues, Pausanias, con el castigo de Attalo, la satisfacción de esta ignominia, y no atreviéndose Philipo á dársela á un capitán cuyo valor y experiencia en la guerra había acreditado tan en beneficio suyo, y á quien, habiéndole hecho su valido, había enviado delante al Asia con Parmeniön y Amintas, para valerse de él en la expedición de la Persia, le pareció darle este empleo, creyendo que con él quedaría gustoso; á cuyo fin le aumentó el sueldo, procuró suavizar con honrosas caricias, pidiéndole cediese en beneficio de los intereses y necesidades del Estado sus particulares agravios.

Pero haciendo mayor impresión en este joven la injuria pasada que los favores presentes, convirtió todo

el rencor que conservaba al autor del ultraje contra rey tan remiso en el castigo de él. Creyóse, no sin alguna verosimilitud, que comunicó su designio con los enemigos de Attalo y con los malcontentos de Philipo; pero lo cierto es que fué notorio que Olimpias coronó al parricida con una corona de oro que halló pendiente de una horca, á cuya demostración se añadieron otras que confirmaron las causas de este atentado y del orden que se guardó en su ejecución.

No bien había desplegado su luz el día destinado para los últimos juegos, cuya magnificencia se esperaba fuese, según se había prometido, superior á los espectáculos de los días precedentes, cuando concurrió gran muchedumbre de pueblo al teatro para verlos. Entre las preciosas alhajas que servían á su adorno, y por cuyo medio suelen los príncipes de crecida opulencia y poder, mal satisfechos de la grandeza de su fortuna (por decirlo así), burlarse de sus riquezas, se ofrecían doce estatuas de los dioses, en quienes la excelencia del arte competía con lo precioso de la materia, y después de ellas otra, en nada inferior, que representaba á Philipo; pero bien apriesa pagó con su merecido castigo el desprecio que hacía de su condición mortal; pues cuando ensoberbecido con la prosperidad de tan favorables sucesos pretendía igualarse con los dioses, le cortó la muerte el hilo de la vida antes que pudiese gozar del honor que pretendía usurparles.

Advirtiendo cuidadoso Pausanias el modo de su entrada en el teatro, y reconociendo iba solo, por haber hecho pasar delante á todos los que le acompañaban, y mandado á sus guardas se quedasen detrás de él, por acreditar la seguridad con que le tenía la amistad en que se hallaba con todos, le atravesó por el corazón un puñal, á cuyo violento golpe cayó en tierra muerto.

Tal fué el fin del mayor rey de los de aquel tiempo, á

cuyo gran talento y valor debió el reino de Macedonia elevarse desde el más abatido y despreciable estado al más poderoso y formidable: sujetó todos los bárbaros que circundaban sus fronteras; redujo la Grecia debajo de su obediencia, y puso en terror su nombre al imperio de los persas. Para cuya conquista se juntaban ya debajo de sus banderas los griegos auxiliares, habiendo pasado al Asia sus capitanes; pero faltó muy á los principios de sus generosos intentos y cuando su valor se prometía considerables frutos de sus victorias. Tan expuestas están siempre las mayores empresas á un momentáneo fatal accidente, y á que se burle de esta suerte la fortuna (como suele de ordinario) de las esperanzas de los mayores héroes.

Luego que Olimpias supo la muerte del rey, obligó á Cleopatra, sobrina de Attalo, á que se ahogase ella misma, habiendo hecho pocos días antes de la muerte de Philipo quemar al hijo que tuvo de él. Ejerció también sus iras en los afectos y parientes de esta princesa, y extendió su venganza á cuanto la puede dilatar el impetuoso furor de una mujer celosa.

CAPÍTULO X.

Alteraciones y discordias en el ingreso de Alexandro á la corona.

Su valor y resolución. Habla al pueblo, y manda castigar á los cómplices en la muerte de su padre.

Pero Alexandro, en cuya ausencia había cometido su madre crueldades tan indignas, se mostró entre las tempestuosas borrascas que se le ofrecían á los principios del gobierno como iris que las serenó; porque los griegos á quienes había sujetado Philipo, concebían ya esperanzas de su libertad; los bárbaros tumultuaban; las vecindades de Macedonia y la misma Macedonia empezaba á turbarse; Attalo, que mandaba un ejército considerable, tenía ganado el afecto de los soldados y la alianza de los primeros señores de Macedonia, los cuales le habían prometido la hermana de Philotas; siendo natural viviese ofendido de los considerables agravios que había experimentado de Alexandro y de Olimpías, los cuales le constituían enemigo de ambos. Por otra parte, Aminthas, hijo de Pérdicas, hermano de Philipo, y á quien Philipo había casado con Cina, aspiraba á la sucesión de su padre por muerte de Alexandro.

La mayor parte del pueblo aborrecía la tiranía de Olimpías, y los que sólo pretendían mudanzas y novedades se inclinaban á una ú otra parte, según los empeñaba su afecto é interés. Ni faltaban algunos que dijese: *Era preciso dar á Alexandro, hijo de Europa, la corona que primero Aminthas y después Philipo habían usurpado tiránicamente al legítimo sucesor del reino.* Pero el ejército componiéndose de varias naciones, también de diversas inclinaciones, según era el valor y la esperanza de los capitanes. Por el contrario, la muerte in-

opinada de Philipo no había dado tiempo á Alexandro para que se previniese contra tantos movimientos como se suscitaban por todas partes.

Y si bien se atendía á su generosidad natural, no dejaba de perjudicarle su corta edad, por no persuadirse á que un príncipe de veinticinco años se atreviese á echar sobre sí el peso de tan grande imperio, ni á que en caso de hacerlo tuviese fuerzas bastantes para mantenerle. A que se añadía la falta con que se hallaba de dinero, eficazísimo medio para allanar las mayores dificultades y más poderoso y fuerte que las mismas armas, y que como tal se habían valido de él y de sus crecidas riquezas los persas para granjear á favor suyo los pueblos de la Grecia. Hasta los piratas toscanos se ocupaban en robar los lugares marítimos de Macedonia, para que no faltase circunstancia alguna al colmo de tan considerables contratiempos. Finalmente, Alexandro habiendo juntado á sus más confidentes para conferir el pronto remedio que pedían, fueron algunos de dictamen de que se abandonase por entonces la Grecia, y se procurase aquietar por medios suaves los bárbaros, que empezaban á alterarse; pues sosegadas las revoluciones de adentro, se lograría con mayor facilidad el que lo quedasen también todas las de afuera.

Pero no admitiendo su gran valor remedios tan tibios, los cuales juzgaba que argüían flaqueza de ánimo, declaró su dictamen, diciendo: *Que si al principio de su gobierno le empezaban á despreciar, lo harían siempre, porque el crédito que se granjea un príncipe con las primeras acciones de su reinado, le conserva en todo el progreso de su vida; que la repentina muerte de su padre había sido tan inesperada de él como de los rebeldes, con quienes se conseguiría fácilmente cuanto se pretendiese, hallándose aún temerosos y sin saber á qué resolverse; que la lentitud y retardación de los macedones podría dar ocasión á que se declarasen por au-*

tores y cabezas de varias rebeliones muchos á quienes, sin duda, se juntarian los que se mantenian dudosos sobre el partido que habian de elegir. Y que asi tenia por más seguro ponerse en manos de la fortuna, en ocasión donde era más necesaria la diligencia que la fuerza. Porque si no mostramos (decía) contra algunos firmeza y valor, ¿qué suceso podremos esperar, cuando habiendo reconocido nuestra flaqueza, unidos todos, de común consentimiento nos acometan?

Oró después al pueblo, á quien habiendo ponderado con iguales razones la importancia de su resolución, y proporcionándolas al estado presente, le ofreció: *Obrar de suerte que esperaba confesasen bien aprisa, así los ciudadanos como los enemigos, que con la muerte de su padre sólo habia mudado el reino la persona y el nombre del rey que perdió, y no la acertada administración de su gobierno ni la gloria con que florecia por la prudencia y valor con que la habia adquirido y conservado. Que aunque algunos habian tomado con la mudanza presente ocasión para turbar la seguridad y el sosiego público, esperaba recuperar bien aprisa uno y otro con su castigo. Para cuyo fin solicitaba de los macedones que le concediesen sólo los mismos corazones y brazos que habian empleado en servicio de su padre por tan dilatado espacio de años, con tan gran gloria suya como fruto de sus victorias. Y que tenia por segura de la prontitud con que mostraban á la ejecución de sus órdenes, que podria remunerarla, aliviándolos de todas las cargas que padecian, dejándoles sola la de servir en la guerra.*

Favoreció la fortuna la resolución del nuevo rey, disponiendo correspondiese el suceso á la felicidad con que le habia esperado y al esfuerzo que habia prometido y aplicado para conseguirle; porque prevenido contra las astucias de Aminthas, que intentaba perderle, las descubrió, se desembarazó de las de Attalo y de su persona por medio de Acateo y Parmeniön, y finalmente de todos aquellos á quienes acusaba la voz común

de haber contribuído á la muerte de Philipo, sin que entre todos exceptuase de ella á otro que á Alexandro Lincestes, por haberle asistido en su ascensión á la corona y haber sido el que primero le saludó rey; persuadido á que por medio de la severidad con que procedía en la venganza de la muerte de Philipo, aseguraba el trono y la vida, y conseguía desvanecer la voz que corría de haber sido cómplice en la muerte de su padre. A cuya sospecha dieron ocasión los continuos disgustos y quejas que tuvieron Philipo y Alexandro, y también á que se dijese había acriminado los agravios de Pausanias para obligarle á cometer aquella maldad, animándole á su ejecución con un verso de cierta tragedia *en donde Medea amenaza á sus competidoras, á Jasón, y á los que la habían casado con él, de comprenderlos en una misma ruina*. Por lo cual hizo cuanto pudo por eximirse de la nota de este delito, atribuyéndosele á los persas en una respuesta que dió á cierta carta de Darío, donde le acusa *de haber comprado á precio de oro asesinos que ejecutasen la muerte de su padre*.

Finalmente, para librarse mejor de ella, resolvió poco antes de su muerte fabricar un magnífico templo en honor de Philipo; á cuya ejecución atendieron poco sus sucesores, por más que lo dejó encargado en su testamento, y prevenida entre otras muchas cosas la disposición y el orden que se había de guardar en ella.

CAPÍTULO XI.

Entra en Thesalia y redúcela á su obediencia. Nómbranle los griegos por su general, cuya junta hace se tenga en Corinto. Visita al filósofo Diógenes. Su expedición á la Thesalia y anuncios de su grandeza.

Conociendo Alexandro cuánto le importaba para pasar á ejecución los designios á que le estimulaba su espíritu conservar el dominio de la Grecia, que su padre había adquirido, movió con la mayor presteza que pudo su ejército hácia Thesalia, por donde rompió improvisadamente. Algunos thesalos, habiendo levantado el ánimo y las esperanzas á novedades, se habían apoderado de los pasos del Tempe y cerrado el camino por donde se viene de Macedonia, cuyas dos regiones dividen la una de la otra los dos famosos montes Olympo y Osa. Pasa el río Peneo por sus vegas, cuya prodigiosa amenidad hace tan hermosa y grata esta región, que ha merecido solemnes sacrificios. Corre á la sombra de las deliciosas florestas que guarnecen de una y otra parte sus riberas, y aunque bastantemente ruidosa su corriente, el armonioso canto de los pájaros que en crecido número pueblan continuamente aquellos árboles, impide que se perciba.

Ofrécese una senda estrecha, cuya latitud es de cinco mil pasos, por la cual apenas puede pasar un caballo cargado, y cuya entrada son bastantes á resistir á cualquiera que la intente diez hombres armados. Pero Alexandro, habiendo tomado el camino por donde se creía que eran las rocas más inaccesibles, y hécholas cortar por el lado del monte Osa en forma de escalones, entró por él. Quedaron tan amedrentados todos los habitado-

res de su presteza y diligencia, que sin haber persona alguna que se le opusiese, le entregaron á un tiempo los dominios de toda aquella región, los lugares y rentas, según las condiciones con que los gozaba Philipo; si bien concedió á la ciudad de Phithia quedase libre de todas cargas por ser patria de Aquiles, de quien se creía descendiente, y á cuyo héroe decía había elegido por camarada y guía para la expedición de la Persia.

De Thesalia pasó á las Termópilas, á la junta que entonces se tenía en ellas de toda la Grecia, á quien llamaban Pylaica; y después de haberle declarado por decreto de los amphyctiones por general de los griegos, en lugar de su padre, confirmó á los de Ambracia la libertad que habían recuperado poco antes, echando de su ciudad una guarnición de macedones, y les aseguró se la hubiera concedido voluntariamente aunque no la hubiesen adquirido. Habiendo después dado orden para que se acercase su ejército á Tebas, y vencido el orgullo y pertinacia de los beocianos y atenienses, los cuales se oponían con más especialidad á sus empresas, dió orden á los diputados de los griegos para que pasasen á verle á Corinto, donde habiéndose confirmado de común consentimiento el decreto de los amphyctiones, quedó reconocido por general de todos los griegos en lugar de Philipo y resueltas las tropas que habían de pasar á hacer la guerra á Persia. Hallábase en Craneo, arrabal de Corinto, donde había un bosque de cipreses, Diógenes, filósofo cínico; el cual prefiriendo á las riquezas el reposo y la libertad del ánimo, había elegido una pobreza voluntaria.

Deseando Alexandro tratarle, salió á pasearse cierto día al bosque, donde habiendo visto á este filósofo, y permitiéndole pidiese cuanto gustase, con la seguridad de que se lo concedería, *le suplicó sólo se apartase un poco, y no le quitase el sol.* Cuya inesperada respuesta, así

como le fué de gusto, también de admiración, al experimentar en el desengaño de aquel filósofo el desprecio que hacía de su elevada fortuna, en la cual no tuvo que apetecer. Y así es fama que dijo á los que se hallaban con él: *Que á no ser Alexandro, quisiera ser Diógenes*. La grandeza de ánimo de este príncipe y su superior talento no dejaban de manifestarle los peligros á que por sus desordenadas pasiones se precipitan y pierden los hombres; pero tenía tan preocupado la ambición y el deseo de reinar, que no le daba lugar á que reconociese con utilidad propia cuánto más cómodo es carecer de lo supérfluo que gozar de lo necesario.

Pasó del Peloponeso á Delphos á consultar á Apolo sobre el suceso de la guerra que emprendía; pero habiéndole enviado á decir la sacerdotisa que no era permitido hacerlo hasta que pasasen algunos días, se fué á ella y la sacó por fuerza para el templo, en cuyo camino, viendo que la obstinación del rey había derogado la costumbre, exclamó con estas voces: *Invencible eres, hijo mio*. Alejandro la detuvo, diciéndola: *Que él admitia por anuncio sus palabras y que no pretendia inquirir más del oráculo*. Reducidas con esta felicidad á sosiego aquellas inquietudes, volvió á su reino, donde se aplicó con suma actividad á vengar el desprecio que se hacía de Macedonia. Finalmente, teniendo prontos todos sus aprestos, partió de Amphipolis al principio de la primavera para hacer la guerra á los pueblos libres de la Tracia, y llegó en diez días cerca del monte Emo.

Habíase apoderado crecido número de tracios de la cumbre de la montaña para impedir el paso, y cerrado su campo con carros en forma de trincheras y terraplenes para resistir á los enemigos si llegasen á acometerles. Alejandro, reconociendo el designio y destreza del enemigo, ordenó á su gente se abriese para hacer paso á los carros luego que intentasen avanzarlos y

que se postrasen en tierra y se cubriesen con sus escudos, uniéndose los unos con los otros á manera de galápagos en caso de que los disparasen repentinamente. Con cuya diligencia quedó frustrada la astucia de los enemigos; porque la mayor parte de aquellos carros pasó por el lugar que les hicieron abriéndose, sin ocasionar tampoco daño alguno el peso de los que pasaban por encima de los soldados que estaban en tierra, respecto de evitarle sus escudos, ayudados de la velocidad con que corrían. A cuyo pródigo reparo se debió quedase solo en amago el aparato de tan peligrosa tempestad.

Entonces los macedones, libres del temor en que se habían visto, testificando á gritos su regocijo, marcharon contra los bárbaros; y los flecheros, partiendo del ala derecha, cargaron con las saetas sobre los que estaban más avanzados. No se puso en duda la victoria luego que la gente de Alexandro pudo combatir á pie firme; rechazaron fácilmente un enemigo que, á modo de decir, se hallaba desnudo ó ligeramente armado. Pero lo mismo que ocasionó la pérdida de los bárbaros les facilitó mucho su fuga, porque libres del peso de las armas pudieron salvarse más cómodamente por ciertos lugares desconocidos á los enemigos. Murieron mil quinientos, librando á los demás la fuga. Tomóse infinito número de niños y mujeres; y la presa, respecto de la calidad de los lugares, fué de bastante consideración. Abierto de esta suerte el paso del monte Emo, penetró el ejército por lo más interior de la Tracia.

Ofrecióse en aquel territorio un bosque consagrado á Baco, de gran veneración en todos tiempos. Sacrificando en él Alexandro, según el estilo de los bárbaros, y habiendo derramado alguna porción de vino sobre el altar, salió una gran llama de él que discurriendo por la altura del templo se levantó desde ella hasta el cielo;

prodigio que se tuvo por anuncio de que la gloria de este príncipe no tendría otros límites que la extensión del universo, y en cuya confirmación se refirió otro. Tiene la Tracia, llamada Odrysa, un monte con el nombre de Libethre, y una ciudad del mismo, á quien hizo famosa el nacimiento de Orphee. Vino, pues, á ella el rey á asegurarse de lo que le decían los que le afirmaban haber visto sudar la estatua de este héroe, sumamente venerada allí. Este prodigio puso á todos en alguna inquietud; pero Aristandro les aseguró del recelo, declarando que miraba al rey y que era testimonio de que costaría algún día á los poetas, hijos de las Musas, sudor y desvelo representar sus gloriosas acciones. Cuando Alexandro bajó á las tierras de los triballos, pueblos fuertes y valerosos que habitan de la otra parte del monte Emo, Syrmo, su rey, se había retirado á Pauce, isla de la Istria, noticioso mucho tiempo antes de la expedición de Alexandro. Defendióse allí por medio de aquel río cuanto no le permitieron lo hiciese por el de las armas la edad y el sexo. Hallábase Alexandro con muy pocos bajeles, demás de que le era muy difícil llegarse á esta isla, por estar impenetrable la orilla y fortificada de las rocas. El enemigo, que estaba fuerte, resistía con pequeño trabajo la entrada. Por tanto, se retiraron los macedones sin haber hecho fruto alguno, contentos con la victoria que habían obtenido algunos días antes de los triballos, en cuya batalla dejaron muertos más de tres mil de su ejército, sin otra pérdida que la de cincuenta hombres de sus tropas.

CAPÍTULO XII.

Su viaje á las tierras de los getas. Recibe embajadores de Alemania. Excusa hacerles guerra. Los príncipes de Iliria se sublevan contra él. Vese en peligro, del cual se libra por medio de una estratagema.

Después de haber acometido vanamente Alexandro al rey Syrmo, volvió sus armas contra los getas, que habían puesto en batalla de la otra parte del río cuatro mil caballos y diez mil infantes. A cuya empresa le movió, no tanto el interés de la guerra, cuanto el deseo de la gloria y el de poder blasonar de haber pasado el más caudaloso río de la Europa, á pesar de las naciones de mayor valor que embarazaban su tránsito. Hizo, pues, poner en los bajeles que tenía cuanta caballería pudo caber en ellos; en barcas su infantería, de que tenía gran número, y que el resto pasase en odres. Habiéndolo hecho los macedones de noche, y embarazando los crecidos trigos que había en la ribera adonde llegaron el que pudiesen descubrirlos, absortos los getas de su inopinado acometimiento, apenas pudieron reparar la primera carga de la caballería; y así luego que llegó Niconor con el batallón de los macedones, á quien llamaban *falange*, compuesto de ocho mil infantes, se pusieron en fuga tomando el camino de la ciudad, distante del río cuatro millas. Poco después de haber llegado Alexandro, condujeron precipitadamente sus mujeres y sus hijos; y habiendo cargado sus caballos de lo que pudieron llevar, dejaron todo lo demás para el vencedor.

El rey mandó que los convoyasen Meleagro y Philipo, y después de haber hecho arrasar la ciudad y con-

sagrar altares sobre la ribera á Júpiter, á Hércules y al mismo Istro, por haberle sido propicio en el tránsito, hizo el mismo día volver á pasar su ejército de la otra parte, habiendo obtenido esta victoria sin la costa de alguna sangre. Llegáronle después los embajadores de los pueblos vecinos y del rey Syrmo con grandes presentes, compuestos de lo más estimable que gozaban; así como también los de los alemanes que habitan desde las fuentes de Istro hasta las tierras que miran al golfo Adriático, porque Istro tiene su nacimiento en Alemania, cuyos moradores le llaman Danubio. Alejandro, habiendo admirado el extraordinario vigor de sus cuerpos, les preguntó *cuál era lo que más temían del mundo*, creyendo que ponderasen su formidable poder y confesasen su temor; pero ellos, bien lejos de hacerlo, le respondieron: *Que sólo temían cayese el cielo sobre ellos, aunque no por esto dejaban de hacer considerable estimación de los grandes héroes.*

Admirado el rey de su respuesta, que no esperaba, quedó algún tanto enmudecido; y habiendo dicho que los alemanes eran pueblos soberbios, hizo á ruego suyo alianza con ellos: concedió la paz al rey Syrmo y á los demás pueblos; y contento con la gloria que había adquirido en esta expedición, volvió todos sus pensamientos á la guerra de Persia, donde esperaba con menor trabajo y riesgo conseguir mayor fruto de sus fatigas. Para cuya empresa le avivaron más los celos de Alejandro, su tío, el cual, habiéndose retirado de la guerra de Italia, *quejándose de la desigualdad que había entre su fortuna y la de su sobrino, se dejó decir que él había combatido en Italia con hombres, pero el rey de Macedonia sólo había peleado con mujeres.* Para asegurar Alejandro más la Tracia, sacó de ella á todos los príncipes y señores que le parecieron capaces de alterarla por su crédito y valor, y los llevó consigo debajo del pretexto de honrarlos

y de tenerlos por sus camaradas en la expedición de la Persia, quitando por este medio todas las cabezas á los sediciosos é imposibilitándoles sin ellos de que intentasen novedades.

Volviéndose á Macedonia por las tierras de los agrianos y de los peonienses, le llegó la noticia de los movimientos de Iliria. Habiendo usurpado cierto carbonero llamado Bardilis, desde las humildades de esta bajeza, el título de rey, y constituídose dueño de muchas naciones en esta comarca, causó grandes hostilidades á los macedones, hasta que vencido en una batalla por Philipo y derrotado enteramente en otra que repitió con mayores esfuerzos, quedó reducido por último debajo de la obediencia del vencedor. Muerto algunos años después este príncipe en edad de noventa, su hijo llamado Clito, juzgando haber llegado el tiempo de recuperar su libertad mientras Alexandro se ocupaba en una guerra de la otra parte de Istria contra naciones tan poderosas, obligó á sus pueblos á que tomasen las armas, é hizo alianza con Glacias, rey de los ilirios, llamados saulancios.

Los autariates, que es otra nación, habían resuelto acometer en el camino á los macedones, pero Langaro, rey de los agrianos, el cual era amigo de Alexandro, le pidió permiso para reprimir aquellos pueblos, ofreciendo suscitarles en sus mismas tierras tan peligrosas inquietudes, que esperaba obligarles á que dejasen bien aprieta las que causaban á los macedones. Estimó el rey el afecto de este juvenil príncipe, y se le remuneró con muchas mercedes, ofreciendo casarle con Cyna, su hermana, á quien había tenido su padre en una mujer de Iliria, y dado en matrimonio á Amithas. Cumplió Agriano su palabra á Alexandro, ejecutando lo que le había prometido; pero sobreviniéndole al mismo tiempo una enfermedad de que murió poco después, le privó

del premio ofrecido. Reducidos de esta suerte los autarianos al cumplimiento de su obligación, sin la costa del combate, que no fué necesario, se pasó á Pelión, ciudad de Desarecia, sobre el río Eordaico. Mostraron los enemigos alguna apariencia de querer combatir, porque salieron de sus guarniciones con ímpetu capaz de llegar prontamente á las manos; pero antes que lo pudiesen hacer, se retiraron, apoderándose de los bosques, de los caminos y de los lugares que tuvieron por más seguros. Ofrecióseles á los macedones en esto el horroroso espectáculo de tres jóvenes y tres doncellas postradas en tierra y muertas, con tres carneros negros, cuya sangre y cuerpos estaban mezclados confusamente. Habíanlos sacrificado los bárbaros á los dioses con sacrilega devoción para que inspirasen valor en su gente cuando combatiere; pero el dios, vengador de esta maldad, les infundió cobardía en vez del esfuerzo que solicitaban.

El rey, habiéndolos retirado hasta su ciudad, resolvió embarazarles la salida, para cuyo fin dispuso se hiciese un muro por de fuera; mas habiendo sobrevenido la mañana siguiente Glaucias con grandes tropas de taulancios, le quitó la esperanza de tomar esta ciudad, obligándole á procurar los medios de retirarse seguramente. En el ínterin, reconociendo Alexandro el peligro que corría Philotas, enviado al forraje con las bestias del campo y una escolta de caballería, por haber sabido que Glaucias se habia apoderado de algunas colinas que circundaban la campaña, y que atendía á no malograr ocasión alguna que se le ofreciese; habiendo dejado en el campo una parte del ejército contra las salidas de los sitiados, partió prontamente con el resto de sus tropas, y después de haber amedrentado á los ilirios, libró á los suyos del riesgo, pero no pudo evitar los grandes embarazos que en su marcha encontró;

porque de una parte el río, y de otra las rocas, estrechan el camino de suerte que apenas podían marchar en muchos lugares de frente cuatro hombres armados; á que se añadía el haber prevenido Clito y Glaucias en las montañas compañías de ballesteros y de honderos con un grueso de gente bien armada.

Sin embargo, el rey, que había puesto delante de las alas de su falange doscientos caballeros, les ordenó que levantasen sus lanzas, que poco después las bajasen hacia los enemigos, como si pretendiesen cargarlos, y que luego volviesen tan aprisa al uno como al otro lado.

Mientras mantenía con esta estratagema suspensos los enemigos, atendía á su falange, á quien unas veces hacía avanzar aceleradamente, otras la volvía á juntar en un cuerpo, y últimamente, habiéndola ordenado en forma triangular, hizo que acometiese contra los ilirios, que estaban á mano siniestra. Quedaron tan absortos de la prontitud y destreza de los macedones, que abandonaron las montañas de que estaban apoderados y huyeron hacia la ciudad. Habían quedado pocos en la cumbre de la montaña, por donde el ejército de los macedones subió; desalojólos de ella Alejandro y tomó el lugar de los agrianos y de los ballesteros para cargar desde él algún socorro á la falange, á quien había mandado pasase al río.

Advertidos de esto los enemigos, tomaron luego el camino hacia las montañas, para acometer la retaguardia, con la cual había de pasar Alejandro cuando lo hubiesen hecho de la otra parte del río los que estaban bien armados; pero el rey, sin alterarse de verlos venir, sostuvo valerosamente sus acometimientos; y habiendo dado al mismo tiempo la falange un gran grito, como en señal de volver á pasar el río para socorrer á su príncipe, infundió miedo y pavor en el enemigo. Por

otra parte el rey, anteviendo lo que podía suceder, había dado orden á los primeros que pasaron para que se pusiesen en batalla luego que se viesen de la otra parte, y extendiesen cuanto les fuese posible el ala izquierda, que estaba cerca del río y de los enemigos, á fin de que pareciese más numerosa de lo que era. A cuya providencia debieron que los taulantos, creyendo que todo el ejército cargaba sobre ellos, se retirasen por algún espacio, y que aprovechándose de él Alexandro encaminase prontamente los suyos hacia el río, donde no bien hubo llegado cuando le pasó de los primeros; pero porque los enemigos, que volvieron á su puesto, oprimían á los últimos que le pasaban, los esparció por medio de algunas máquinas que hizo enderezar de la otra parte del río, con las cuales se podían arrojar piedras de lejos, disparándoles también los que habían entrado en el río dardos desde el medio de las aguas.

Tres días después de haberse retirado Alexandro, le vinieron á dar noticia de que, cual si se hubiese puesto en fuga, los enemigos, libres de la inquietud y del temor, discurrían por una y otra parte, sin orden y sin recelo alguno; que su campo estaba sin trincheras, sin terraplenes, sin cuerpo de guardia y sin centinelas; con cuyo aviso, habiendo llevado consigo los ballesteros, los agrianos y las tropas de Macedonia, mandadas por Pérdicas y Ceno, pasó de noche el río, y marchó con diligencia hacia los enemigos, después de haber dado orden á lo restante de su ejército para que le siguiese; pero sin esperar á tenerle junto, envió delante su gente armada á la ligera, y él mismo con los demás la siguió inmediatamente para acometer á los enemigos desarmados y medio dormidos. Hizo grande estrago en ellos, tomó muchos prisioneros, y siguiólos hasta los montes Taulancios.

Salvóse Clito de esta rota, y acogióse á la ciudad de Pelión, á quien poco después, ó porque desconfiase de su fortaleza ó del valor de su gente, la hizo poner fuego, y se encaminó, como en destierro, á las tierras de los taulancios. ▶

CAPÍTULO XIII.

Altéranse los griegos con la falsa noticia de su muerte. Diligencias de Demóstenes contra Alexandro. Toma y destrucción de la ciudad de Tebas.

En tanto la noticia que se esparció por toda la Grecia de la muerte de Alexandro y de su derrota en las tierras de los triballos, volvió á suscitar el ánimo y las esperanzas de los enemigos de Macedonia; siendo cierto que las mayores infelicidades que sobrevienen en los humanos sucesos proceden de la firmeza con que nos persuadimos, en lo que deseamos, á la más ligera noticia que se nos ofrece, como si la imprudente y pertinaz credulidad añadiese fuerza á la verdad ó pudiese convertir en ella lo falso. Ni faltó quien asegurase se había hallado á la muerte del rey, mostrando, para granjear más crédito á lo que decía, las heridas que había sacado del combate. Esta voz, recibida y divulgada en Tebas con gusto, dió principio á la fatalidad última de aquella ciudad; porque algunos de los que Philipo desterró, como hemos referido, alentados con ella, y siguiendo por cabezas á Phenix y á Prothites, dieron muerte á los capitanes macedones que mandaban en Cadmea, ciudadela de esta ciudad, los cuales salieron sin el menor recelo de lo que les esperaba; y concurriendo en impetuoso tumulto los ciudadanos, debajo del especioso pretexto de poner en libertad la patria, sitiaron la guarnición y la cerraron con un doble terraplén y foso para que no les pudiesen entrar víveres ni socorro. Despacharon después embajadores á las ciudades griegas, pidiéndoles *no abandonasen á un pueblo que se esforzaba á recobrar la libertad, que tan indignamente se le había usurpado.*

Y Demóstenes, movido del antiguo odio que tenía contra los macedones, persuadió al pueblo de Atenas á que enviase socorro á los tebanos, pero no lo consiguió, porque los atenienses, amedrentados con la presurosa vuelta de Alexandro, tuvieron por más conveniente reservar su resolución hasta después del suceso y disposición de la fortuna. Sin embargo, Demóstenes no dejó por su parte de socorrer á los tebanos, á quienes envió cantidad de armas, las cuales sirvieron á los que Philipo había despojado de sus bienes contra la guarnición de la ciudadela de Cadmea. Por otra parte, los peloponeses se habían juntado en crecido número en el istmo, y aunque Antipatro, á quien había dejado Alexandro por gobernador de Macedonia en su ausencia, les envió á pedir no contraviniesen á la común resolución de toda la Grecia, con los que eran declarados enemigos de Alexandro, no dejaron de tener algunas conferencias con los embajadores de los tebanos; pero aunque los soldados estaban compadecidos de su calamidad, Astilo, su general, arcade de nación, interpuso dilaciones, no tanto por lo difícil de la empresa cuanto porque esperaba satisfacer su codicia vendiendo sus socorros á precio proporcionado á la necesidad en que se hallaban de ellos los tebanos.

Pedíales diez talentos, y no pudiendo dárselos, compraron por medio de ellos, los que seguían la facción de los macedones, el que no les asistiese en perjuicio suyo, dejando así burladas las esperanzas que los tebanos habían puesto en los arcades. Sin embargo, la diligencia de Demóstenes, ayudada del dinero, consiguió que las demás tropas del Peloponeso no pasasen á declararse contra ellos; para cuyo fin, y el de suscitar por todas partes nuevos estorbos á Alexandro, se decía le habían enviado los persas trescientos talentos.

Advertido de todo este príncipe, hizo marchar su

ejército con la mayor diligencia; le hizo pasar cerca de Exordea, de Elimiotis, y de las rocas Stympeas y Paryeas; y siete días después de haber partido de Pelión llegó á Pellene, en la Tesalia, de donde en seis se puso en la Beocia y luego en Onchesto, seis millas distante de Tebas. En tanto los tebanos, enteramente ignorantes de esto, hacían sus prevenciones con más valor que prudencia, y tanto más lejos de persuadirse á que viniese Alexandro, cuanto á lo sumo le hacían entonces á él y á sus tropas en Pyles, creyendo sería el otro Alexandro, hijo de Europa, que mandaba un ejército.

Campó el rey cerca del templo de Yolas, delante de la puerta Pretide, con resolución de darles tiempo para su arrepentimiento; pero en vez de manifestarle y solicitar su clemencia, hicieron luego una salida contra los cuerpos de guardia de los macedones; dieron á algunos, echaron á otros de su puesto y se alargaron hasta el campo, pero fueron rechazados por algunas tropas armadas á la ligera que envió el rey contra ellos.

La mañana siguiente, queriendo Alexandro socorrer á los suyos que estaban encerrados en la ciudadela, hizo acercar su ejército á las puertas por donde se va á Ática, en cuyo paraje esperó la reducción de los tebanos, á quienes ofreció el perdón si arrepentidos le solicitaban; pero faltando la autoridad y poder en la ciudad á los que deseaban la paz, por habérsela usurpado los que se restituyeron á ella de sus destierros, y fueron llamados, los cuales desesperando de la clemencia del rey, si los macedones se apoderaban de Tebas, quisieron quedar antes sepultados entre las ruinas de su patria que comprar al precio de sus vidas su conservación y permanencia; á cuya resolución indujeron á algunos grandes de Beocia que llevaron á su partido. Pero en lo que más acabaron de manifestar su cegue-

dad é imprudencia, fué en la respuesta que dieron á Alexandro, cuando habiéndoles pedido *los autores de aquella revolución, para que con el castigo de dos personas, quedase purgado el delito de la ciudad*, tuvieron atrevimiento de pedirle á Philotas y Antipatro, sus mayores favorecidos, y á publicar *que todos los que quisiesen defender la libertad de la Grecia con el gran rey y los tebanos contra el tirano de los griegos, acudiesen á Tebas.*

Sin embargo, no fué acometida por orden de Alexandro, sino que (como dice Ptolomeo, porque algunos lo refieren de otra suerte) Pérdicas, que defendía aquel lugar del campo que miraba á la trinchera con que los enemigos habían cerrado la ciudadela, los atacó sin esperar la señal; de suerte que habiendo forzado sus defensas, llegó á las manos con ellos, y su ejemplo obligó á Amynthas, que no estaba lejos de él, á que hiciese lo mismo con la gente que mandaba: y al mismo tiempo Alexandro, que temía á los suyos, hizo marchar todas sus tropas; *y habiendo ordenado á los soldados armados á la ligera que diesen y acudiesen al socorro de sus compañeros*, quedó en lo largo de la trinchera.

El combate fué porfiado y sangriento. Pérdicas, queriendo entrar dentro de la trinchera, fué herido y se hallaron precisados á sacarle de la refriega, donde murió gran número de ballesteros cretenses, con Eurybotas, su capitán; lo cual fué causa de que los tebanos apretasen de más cerca á los macedones, que amedrentados huían hacia Alexandro. Pero al punto que este príncipe vió venir en desorden y desbandados á los enemigos, empezó á acometerlos en batalla con su falange; y mudándose la fortuna del combate, los obligó inmediatamente á huir con tan gran precipitación, que aun no se acordaron de cerrar las puertas por donde habían entrado en la ciudad; con que dieron lugar para que en el ínterin hiciesen una salida á los barrios que estaban

sujetos á ella los que se hallaban en la ciudadela. De esta suerte fué tomada la más noble de las ciudades de la Grecia en el mismo día que se puso el sitio.

Ejecutó en ella el furor de los vencedores todo género de crueldades, dando indiferentemente muerte, así á hombres como á mujeres, sin perdonar aun á los niños; pero esta inhumanidad procedió más del odio que había concitado en los phocenses, en los platenses, orcomenios y tespientes la vecindad y el poder de los tebanos que la indignación de los macedones, pues no pasaron éstos de los límites que prescribe el derecho de la guerra. Finalmente, habiendo cesado la mortandad, después de haberla padecido más de seis mil, se tomaron los prisioneros y se vendieron hasta el número de treinta y seis mil personas libres. Clitarcho refiere que importó cuatrocientos cuarenta talentos todo el botín; aunque otros afirman que esta cantidad se sacó sólo de la venta de los prisioneros. Alexandro dió por recibidos los cien talentos que los tesalos debían á los tebanos. Fueron pocos los que dejaron de cooperar á esta guerra, y sólo ellos, los sacerdotes y los que habían manifestado su afecto al rey y á Philipo, los que se libraron de la servidumbre, entre cuyo número se hizo lugar Timoclea, por medio de la varonil acción que obró en honor de su crédito y con que vinculó á la posteridad, plausible y gloriosa su memoria.

Cierto capitán de caballos de las tropas de Tracia que militaban en el ejército de Alexandro, después de haber violado la honestidad de esta mujer, la procuró obligar con amenazas á que le declarase dónde había ocultado sus riquezas. Ella, más afligida por la pérdida de su honor que por la de éstas, tomando ocasión de la codicia del bárbaro para la satisfacción de su agravio, le mostró un pozo, é hizo creer que dentro de él tenía todas sus joyas y alhajas. Acercándose el bárbaro á él

y mirando su profundidad con la aplicación á que le estimulaba su codicia, cuando más descuidado le reconoció, le arrojó dentro de un empellón, donde viendo que hacía esfuerzos para volver á salir, le cargó de tan gran número de piedras que le dejó muerto.

Los soldados de la compañía del capitán difunto prendieron á Timoclea y la llevaron ante la presencia del rey para que la mandase dar el castigo que juzgaban merecía. Habiéndola preguntado el rey quién era y la culpa que había cometido: *Soy hermana*, respondió ella con voz entera y semblante resuelto y seguro, *soy hermana de aquel general de los tebanos, llamado Theagenes, que murió defendiendo la libertad de la Grecia. He muerto á un ladrón por vengar la injuria que hizo á mi honestidad. Si gustas de que satisfaga con mi castigo esta acción, advierte que á quien hace aprecio del pundonor, estima en muy poco la vida habiéndole perdido; y que por más que se me acelere la muerte, me parecerá que llega tarde si logro la fortuna de padecerla en obsequio de mi honor y de mi patria.* Habiendo oído Alexandro á Timoclea, la concedió la razón que había tenido para ejecutar la muerte, declarando que no permitía se violase la pureza de las mujeres libres: y después de haber alabado su acción, la dió libertad, concediéndola también, en atención suya, á todos sus parientes y permiso para que se retirasen donde quisiesen.

Perdonó también á todos los descendientes de Píndaro, en memoria de aquel poeta que alabó en sus versos á Alexandro, su abuelo, prohibiendo que se quemase su casa; porque no sólo apreció la virtud presente, sino respetó también la memoria de los grandes varones, honrando con beneficio de su descendencia, en cuya prueba, después de haber vencido á Darío, hizo merced de una parte de su botín á los crotoniates, en gratificación del socorro que dieron á Salamina, en-

viando una galera, debajo del mando de Phayllo, cuando la guerra de Jerjes; en cuya ocasión tuvieron por inevitable su ruina todas las demás colonias de la Grecia, honrando también con grandes dádivas á los platenenses, por haber dado sus antepasados sus tierras á los griegos que se hallaron en la batalla contra Mardonio.

CAPÍTULO XIV.

Presagios de la ruina de esta ciudad. Alexandro concede la paz á los atenienses por pasar la guerra á los persas.

Fueron muchos los presagios que declararon la desolación y ruina de los tebanos; porque tres meses antes que Alexandro llegase á ella, se vió en el templo de Ceres, llamado Thesmophoros, una tela de araña negra, la cual se había manifestado blanca en ocasión de la batalla de Llevetres, á cuya victoria debió la ciudad de Tebas la grandeza y felicidad á que se elevó. Pocos días antes de la llegada de los macedones cayeron las estatuas que estaban en la gran plaza de esta ciudad, oyéndose un horrible bramido, que arrojó de sí el lago que está cercano á Oncheste, y la fuente de Dirce manó sangre, en vez de agua; prodigios todos sin duda bastantes á amedrentar aquellos obstinados ánimos, si su presunción y soberbia no los empeñase nuevamente á ser instrumentos de la entera destrucción de un pueblo destinado á este sangriento infortunio; porque confiados los tebanos en la gloria y reputación de sus predecesores, cuyas costumbres y disciplina habían perdido ellos, y prometiéndose la misma fortuna, aunque sin iguales virtudes, la apresuraron, exponiéndose sin ningún recelo con poco más de diez mil hombres contra un ejército compuesto de treinta mil infantes y tres mil caballos, toda gente veterana, y que había obtenido tan grandes victorias.

Luego que Alexandro se apoderó de Tebas, confirió en la junta de los aliados el castigo que se debía dar á aquella ciudad. Componiase ésta de gran número de phocenses y beocianos, á quienes las antiguas discor-

días que habían tenido con Tebas, no podían dejar de persuadir á su entera ruina, sin la cual no les parecía quedaba satisfecho su odio, ni seguros ellos, si Tebas subsistía. Determinóse, pues, que se demoliesen los muros y los edificios, y que se repartiesen sus tierras entre los vencedores, á voluntad del rey.

De esta suerte aquella ilustre ciudad, que en un solo día (por decirlo así) llegó en medio de la Grecia al último colmo de felicidad y grandeza, y que podía vanagloriarse de haber producido, no solamente esclarecidos varones, sino también dioses, pereció en otro, después de haber florecido por espacio de casi ochocientos años, habiendo corrido tantos desde el Oráculo de los cuervos; porque, expelidos antiguamente los de Beocia por los tracios y por los pelagianos, tuvieron por respuesta del Oráculo: *Que pasados cuatro siglos volverian á su patria, y que durante éstos permaneciesen en el lugar donde vieses unos cuervos blancos.* Habiendo arribado á Tesalia, cerca de la ciudad de Arne, tomaron asiento donde vieron unos cuervos blancos que los muchachos habían hecho con yeso. Fué, pues, arruinada la ciudad de Tebas á son de flauta, como lo había sido Atenas por Lisandro sesenta años antes.

Sin embargo, mandó Alexandro que se preservasen los templos y los demás lugares sagrados, poniendo gran cuidado en que ni del descuido ni de la codicia les resultase daño alguno. A cuya reverencia le obligaba, de más del gran respeto que tenía á los dioses, el haber participado poco antes de la tempestad que sobrevino á algunos soldados intentando robar el templo de los fabirores á la entrada de la ciudad; los cuales quedaron consumidos por los rayos que arrojó sobre ellos.

Tampoco permitió se llegasen á las estatuas erigidas á los dioses y á los hombres ilustres en los lugares pú-

blicos, debajo de cuyas vestiduras se refiere que muchos habitantes ocultaron mientras duró el despojo sus riquezas, y que éstas se hallaron veinte años después cuando Casandro, hijo de Antipatro, reedificó á Tebas, más que por la compasión á que movían los fugitivos de esta ciudad (como creen algunos), por oscurecer en alguna manera con esta acción la gloria de Alexandro, á quien aborreció siempre. Pero aunque reparó las murallas de esta ciudad, no restableció ni las costumbres ni la antigua fortuna. Conque no sólo no quedó en estado de florecer como antes, pero ni aun asegurada de la variedad de infortunios que padeció, y sin que pudiese nunca hasta nuestros tiempos pasar, ni en la forma ni en la apariencia de una mediana ciudad.

También se refiere que Alexandro se arrepintió después de haberla arruinado, porque conoció que con su desolación había arrancado un ojo á la Grecia. A lo menos es sin duda que atribuyó la muerte de Clito, y la pertinacia y desaliento con que rehusaron los macedones continuar la conquista de la India á castigo de Baco, por haberle destruído su patria; así como también á él otros la muerte de este príncipe, procedida de un exceso en el vino.

Ejecutado esto, envió á decir á los atenienses *que le entregasen los oradores que continuamente los persuadian y alentaban á conspirar contra los macedones; porque de no hacerlo, experimentaría su atrevimiento igual castigo al que se había ejecutado en los tebanos.* Habiendo Phoción, de quien hacía gran veneración el pueblo por la integridad de su vida, manifestado *que no era justo irritar á un príncipe mozo y vencedor, y exhortado á los que reparaban en el peligro á que, en generosa imitación de las hijas de Lee y de Hyacintha, debían sacrificar sus vidas por la conservación de su patria,* Demóstenes, á quien con especialidad pedía Alexandro,

se levantó y dijo: *Que se engañaban si creían preservarse del peligro que amenazaba á todos con la rendición de algunos; y que tuviesen por cierto que los macedones pedían astutos, con especialidad aquellos cuyo valor y virtud les eran contrarios y odiosos, para poder, ausentes los protectores de la libertad pública, entrar en la ciudad, desamparada de todo socorro, no de otra suerte que los lobos en un rebaño de ganado cuando está sin perros que le guarden.*

Mal podía esperar Demóstenes de su proceder con los macedones gracia alguna de ellos. Persuadió, después de la muerte de Philipo, que se edificase una capilla en honor de Pausanias, que se diesen gracias á los dioses y que se ejecutase todo cuanto se acostumbra en un regocijo público. Llamó á Alexandro unas veces niño y otras Margites, para denotar que era un príncipe sin juicio ni gobierno; y, ganado por el oro de los persas, fué hacha encendida ó trompeta de todas las guerras que los griegos emprendieron contra Alexandro y contra Philipo, solicitando descubiertamente á Attalo, el mayor enemigo de Alexandro, para que le declarase la guerra; á cuyo fin le prometió la alianza y el socorro de los atenienses.

Por otra parte, no le había ofendido con menores deservicios y ultrajes la ciudad de Atenas; pues hizo derribar todas las estatuas de Philipo, y que la materia de ellas sirviese á empleos viles y bajos; así como el pueblo, el cual, mudable y poco atento á lo venidero, cometió con el desafuero que suele, á persuasión de algunos sediciosos, todas las indignidades de que es capaz.

Pero entre cuanto obraron los atenienses con desprecio y soberbia, nada llegó á sentir tanto Alexandro como el afecto que mostraron á los tebanos habiendo admitido en su ciudad á todos los que pudieron salvarse de las ruinas de su patria contra orden expresa suya, y testificado, con gran dolor de su pérdida, que, en ma-

por crédito de la tristeza pública, transfirieron la solemnidad de las fiestas que todos los años celebraban con particular devoción en honor de Baco. Sin embargo, ocupando todo su ánimo el deseo de la guerra de Persia, tuvo por mejor perdonar á los griegos los agravios que le habían hecho que continuar en la venganza; por lo cual, habiéndole pedido Demades, de quien hizo gran estimación Philipo, en nombre de la ciudad perdón, se le concedió, con calidad que Demóstenes, Licurgo y todos los demás que había pedido fuesen retenidos, y sólo saliese desterrado Caridemo; el cual, habiéndose pasado á los persas, les fué por algunos años de considerable provecho, hasta que por último dió ocasión su demasiada libertad á Darío para que le mandase quitar la vida.

Abandonaron también otros atenienses de consideración la ciudad por el odio que tenían al rey, y se retiraron á los estados enemigos, donde no dieron poco que hacer á los macedones.

Concluidas estas cosas no quedó en la Grecia quien se atreviese á fiar en sus fuerzas, viendo la ruina de los tebanos, cuyos soldados, armados de pesadas armas, estaban en tan gran reputación hasta entonces, ni quien asegurase las fortificaciones de ciudad alguna habiendo experimentado la pérdida de Leocadia, cuyos habitantes, soberbios por la situación de su ciudad y por la cantidad de víveres de que habían hecho provisión para tolerar un largo sitio, rindió el rey por hambre; porque, después de haberse apoderado de todas las plazas cercanas, dejó que se retirasen los habitantes á Leocadia, cuya multitud, aumentándose más cada día, consumió tan grandes provisiones.

En esta sazón le llegaron embajadores del Peloponeso á dar la enhorabuena de las victorias que había obtenido de los bárbaros y de haber castigado la insolencia y

temeridad de algunos griegos. Los arcades, que habían empezado á hacer algunos movimientos por dar socorro á los tebanos, le aseguraron *haber condenado á muerte á los que habian sido autores de aquel desvario*. Los eleos le representaron que, *habiendo entendido eran gratos á Alejandro los que estaban desterrados, los habian restituido en obsequio suyo*. Y los etolos se disculparon con que no era mucho que entre tan grandes alteraciones como había padecido la Grecia hubiesen incurrido ellos en alguna.

Pero los megarenses provocaron á risa al rey y á los que le asistían con tan nuevo género de honor como el que le manifestaron diciéndole: *Que en crédito y remuneración del afecto que tenia á los griegos y de los crecidos beneficios que reconocian á su grandeza le habian concedido por orden del pueblo el derecho de ciudadano en Megara*; demostración que admitió gustoso Alejandro cuando supo *que sólo se había hecho con Hércules*. Manifestó á todos los demás el anhelo con que deseaba el reposo y conservación de la Grecia, y que, esperando que en adelante se abstendría de fomentar novedades y perturbaciones, les perdonaba los delitos pasados; pero hallándose poco seguro de los espartanos, restituyó á Messana los hijos de Phillas, que estaban desterrados. Dió á Cherón á Pellene, ciudad de los aqueos, y puso personas de su confianza en Sicyone y en las demás ciudades del Peloponeso que observasen más inmediatamente el proceder y los intentos de los lacedemonios.

Empleó en la perfección de tan considerables disposiciones pocos meses, en los cuales puso fin á una guerra tan formidable con menos trabajo que el que pudiera haber costado otra de muy inferior consecuencia, confesando haber debido esta victoria á su diligencia; pues preguntándole cómo pudo sujetar la Grecia, respondió *que no dejando nada para el dia siguiente*.



LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Noticia del dominio de los persas hasta el tiempo de Alexandro.

Desprécianle los persas, y poco después le temen. Dispónense á la guerra. Singularidades del monte Ida. Diversas hazañas de Alexandro.

Hallábase por este tiempo rey de los persas Darío, elevado al trono poco antes de la muerte de Philipo por la destreza y disposición de cierto eunuco, llamado Bagoas, el cual, muerto Ocho y Arses su hijo, y extinguida toda la estirpe real, no pudiendo asegurar en sí la corona, procuró ponerla en quien, obligado de tan considerable beneficio, se le remunerase, dándole estimación y manejo en el gobierno. Ni el concepto que tenían de Darío los pueblos repugnaba la colocación de esta fortuna, ni su parentesco en la casa real atrasaba el logro de ella, porque Ostanes, tío de Ocho, era padre de Arsanes, y Arsanes de Codmando, cuyo nombre tuvo Darío mientras fué persona privada, hasta que, colocado en el trono de Cyro, le mudó en el de Darío, siguiendo el estilo de los persas.

Su presteza militar, su valor y virtud habían dado largas experiencias para que se tuviese de él el apreciable concepto en que estaba, habiendo vencido en desafío al más esforzado de los enemigos, que retó al que

lo fuese del partido contrario, mientras Ocho hacía la guerra á los caducios. Fué, según el orden de los reyes desde Cyro, fundador de este imperio, el décimo, porque Ocho sucedió á Artaxerxes, su padre; Artaxerxes á Darío, á quien Artaxerxes, hijo de Xerxes, dejó el reino, y Xerxes le recibió de Darío, su padre. Darío fué hijo de Hystaspes, el cual, extinguida en Cambises la casa de Cyro, empuñó el cetro, quitándosele á los magos por medio de una conspiración de siete grandes señores de la Persia.

Permaneció glorioso el imperio de los persas en el reinado de estos príncipes casi por el espacio de doscientos treinta años, en cuanto aquella nación, que en sus valerosos principios ignoraba las delicias, combatía por la libertad, por la gloria y por el poder. Pero después que empezó á despreciarla, y creyendo haber alcanzado la recompensa de su virtud, también á perder el vigor y las fuerzas, conservándose más que por ellas por el crédito de su poder, que le habían adquirido sus antecesores, y poniendo toda su esperanza en la grandeza de sus riquezas, con quienes no experimentó más felices sucesos contra los griegos que con sus armas. Por último, viendo cuán inútiles eran los medios del oro solos contra la fuerza de Alexandro, y que hallándose destituidos de todos los socorros extraños, debía oponerse por sí á poder tan formidable, les precisó la necesidad á hacer algunos esfuerzos, los cuales fueron también inútiles, pues teniéndolos tan abatidos sus delicias y flaquezas, no pudieron oponerse al ímpetu de su decadente fortuna; pero como de la manera que es poderosa la necesidad á despertar el espíritu y valor, lo es también la abundancia y riquezas á originar la viciosa superfluidad y la afeminada flaqueza, luego que supieron la muerte de Philipo, cuya felicidad y disposiciones los había tenido amedrentados, em-

pezaron á perder el temor y á despreciar el nombre y la juventud de Alexandro, juzgando se tendría por feliz si le dejaban pasar libremente por las murallas de Pelle.

Mas cuando se dilató á ellos la fama de su valor y de sus victorias, no dejó de causarles cuidado este juvenil príncipe, á quien habían despreciado antes, pues pasaron á hacer con la mayor aplicación todas las preveniciones que pedía tan dilatada y cruel guerra. Habían reconocido en las batallas antecedentes cuán inútiles eran para resistir á los europeos los soldados asiáticos, y así despacharon á la Grecia personas que alistasen cincuenta mil hombres, de la más vigorosa juventud, con orden de que los mandase Memnón Rhodio, cuya fidelidad y valor habían experimentado en muchas ocasiones, dándosela también para que se apoderase de Cyrico, y que desde allí pasase á largas jornadas por la parte de Phrigia, que confina con Troas, y llegase al monte Ida, el cual acredita bien en lo natural de su sitio el nombre que tiene, que es el que imponían los antiguos á todos los lugares á quienes hace umbrosos la espesura de los árboles.

Descuéllese este monte con elevación mayor que todos los que miran hacia el Helesponto, en el cual se ofrece una caverna, á quien han granjeado gran veneración y crédito las fábulas, las cuales refieren fué en ella donde Paris reconoció la hermosura de las tres diosas y pronunció el juicio que hizo de ella, cuando expuesto por orden de su padre subió al monte Ida. A que añaden que este monte fué patria de los ideos dáctilos, los cuales debieron á la instrucción de Cibeles ser los primeros que descubrieron el uso del hierro y manifestaron al mundo este metal; por quien no sin razón se puede dudar si fué mayor el beneficio que para alivio de su preciso trabajo hallaron en él los hombres, que el

perjuicio que padecen sus vidas de los vehementes instrumentos que de él forma su mismo furor. Refiere también otra maravilla de este monte, cual es: *Que los vientos que corren en la parte inferior de él cuando se acerca la canícula son tan impetuosos como tranquilo el aire en su cumbre, que aun siendo muy de noche se ve allí el sol, no en forma de globo, sino esparcido en amplísima latitud, que después de haber abrasado una y otra parte del monte, como dividido en muchas porciones de fuego, se va uniendo poco á poco; que cuando el día se acerca no queda de más tamaño que el que pueden contener dos yugadas de tierra, y que poco después vuelve á tomar su forma ordinaria y á seguir su regular curso.* Tengo por cierto que se manifiesta este falso milagro cuando la imagen, aunque imperfecta, del sol, levantándose, se extiende por el aire, que está estrechado con el hielo de la noche y no agitado de los vientos, hasta que disipándose por la fuerza del calor deja ver libremente aquel astro en su estado ordinario; porque luego que se serena el aire penetran fácilmente los rayos, embarazando el hacerlo con tanta actividad mientras está constreñido, y que, como recibidos en un espejo, los extiende y dilata con aumento de la luz.

Corre el territorio de Cysico sobre las faldas del monte Ida hacia la Propóntide, cuya ciudad está fundada en medio de una mediana isla que confina con la tierra firme por medio de dos puentes. No pasó á esta empresa Alexandro hasta algo después, hallándose en la mar mientras esta jornada de Memnón; el cual, aunque acometió inopinadamente á Cysico, se defendieron y le rechazaron con tan gran valor los habitadores, que, habiendo podido tomar la ciudad, se contentó con robar sólo el territorio, en que hizo considerable presa. No se descuidaban tampoco por su parte los capitanes macedones, porque Parmenión tomó la ciudad de Grynio en la Eolia y redujo á servidumbre á todos los ha-

bitadores, y habiendo pasado el Gayco puso sitio á Pinate, ciudad rica é importante por los dos puertos que tiene para recibir tropas de la Europa; pero la llegada de Memnón le obligó á que le levantase. Calas, que hacía la guerra en Troas con corto número de macedones y tropas mercenarias, presentó la batalla á los persas, si bien, reconociendo la inferioridad de éstas al crecido número de los enemigos, se retiró á Rheteo.

CAPÍTULO II.

Manifiesta Alexandro que es preciso hacer guerra á los persas.

En tanto Alexandro, habiendo vuelto á Macedonia, después de haber proveído lo que convenía en las cosas de la Grecia, tuvo consejo con sus más familiares para conferir lo que se debía ejecutar y huir antes de dar principio á una guerra de esta consecuencia. Antipatro y Parmeni6n, que por sus años y autoridad eran más atendidos, le representaron: *Que no debia exponer con su persona el bien universal de todos á la incertidumbre de la fortuna, sino esperar á que tuviese sucesi6n, con la cual, asegurada la paz y la esperanza del Estado, podria loablemente solicitar su acrecentamiento.* Y á la verdad no habia quedado persona alguna de la sangre de Philipo que fuese digna de la corona, porque los hijos de Cleopatra eran muertos por orden de Olympias, y Arideo desautorizaria el trono por su poco talento y juicio y por el mal crédito de su madre. Pero el rey, que llevaba con impaciencia el reposo, y sólo apetecia la guerra y el honor que esperaba adquirir de la victoria, «verdaderamente (les dice) que vosotros, como varones buenos y amantes de la patria os desveláis justamente por el bien de ella. Que la empresa sea ardua, ¿quién podrá negarlo? Ni tampoco que si después de haber dado principio á ella, la condena el suceso, no habrá arrepentimiento que sea suficiente á reparar su yerro. Por tanto, antes de desplegar las velas debemos premeditar si nos estará mejor empeñarnos en esta jornada ó quedarnos en el puerto; porque entregados una vez á los vientos y á las ondas, ya nuestro curso depende de su arbitrio é incons-

tancia, por lo cual no llevo mal que vuestro dictamen se oponga al mío; antes por el contrario, estimo vuestra libertad y os ruego la conservéis y votéis con ella en cuanto os propusiere; siendo cierto que ningunos ministros son más merecedores del título de amigos de su rey como los que anteponen en lo que le representan á su benevolencia y gracia su interés y gloria, y que no aconsejan sino engañan los que persuaden lo que por sí no obrarían.

»Por lo que mira á mis intereses, haciéndoos partícipes de mis designios, debo aseguraros que nada me parece puede ser de mayor perjuicio á su prosperidad como la lentitud y retardación. ¿Será justo que después de haber reprimido los bárbaros, vecinos de Macedonia, y sosegado todas las inquietudes de los griegos, dejemos perder en la ociosidad y el reposo un ejército tan formidable, ó será más razón que pase á las opulentas tierras del Asia, poseídas en otro tiempo de su esperanza y esperadas el día de hoy de su anhelo á gozar en el despojo de los persas el premio de los trabajos que por tan dilatado tiempo ha tolerado en el reinado de mi padre y tres años después en el mío? El dominio de Darío está aún en sus principios, y la muerte de Bagoas, á quien debe la corona, da bastante ocasión á los suyos para que le tengan por ingrato y cruel; vicios ambos suficientes á entibiar el amor y la obediencia de los vasallos más leales á sus príncipes, y á concitar contra ellos su odio.

»¿Mantendrémonos, por ventura, en sosiego, dando tiempo á que Darío establezca enteramente sus fuerzas y su poder, y á que después de haber compuesto las cosas internas de su reino dirija sus armas contra Macedonia? Son grandes las recompensas que logra la diligencia y la prontitud, de quienes gozarán nuestros enemigos si permanecemos quietos; y no menores las

consecuencias que resultan de las primeras impresiones que en semejantes ocasiones se hacen en los ánimos, y éstas las logra en favor suyo quien se anticipa. Porque á la verdad, no se adquiere en la quietud la honra ni el crédito de esforzados y valerosos; antes por el contrario, se tiene por más fuerte el que hace la guerra que el que se halla obligado á sufrirla. Pero ¿con cuánto riesgo de mi reputación y de mi gloria burlaré yo la esperanza de los que en la juventud que me hallo me han juzgado por digno del honor que no alcanzó mi padre, en medio de sus grandes virtudes y del merecido crédito que logró por ellas, sino poco tiempo antes de su muerte? Siendo cierto que la junta de los griegos no nos ha concedido el mando para que, entregados en Macedonia al reposo y á los deleites, nos olvidemos de las antiguas y nuevas injurias que ha padecido la Grecia, sino para que, castigando el atrevimiento y desprecio de haberlas causado, quede con la más cumplida satisfacción.

»¿Qué diré de las naciones griegas que, derramadas por el Asia, padecen la servidumbre insoportable de los bárbaros que los oprimen? No os repetiré la ternura de los ruegos ni la eficacia de las razones con que Delio Ephesio ha abogado en su causa, pues no podéis dejar de tenerlos presentes. Luego que vieron nuestras banderas, atropellando valerosamente por todos los peligros, las siguieron y se expusieron á ellos á favor de sus protectores contra sus inicuos é inhumanos señores; pero ¿cómo, olvidando nuestro valor y la flaqueza de nuestros enemigos, detenemos la consideración á estos socorros contra pueblos tan afeminados, que de vencerlos será mayor la afrenta que la gloria que nos resulte, si con lentitud lo hacemos? Habiendo pasado al Asia en tiempo de nuestros padres corto número de laacedemonios, fué vana la resistencia que le hizo consi-

derable número de enemigos. No pudieron evitar éstos que entrase á sangre y fuego por Phrisia, por Libia y por Paphlagonia; pues siempre que intentaron oponerse á su esfuerzo, quedaron deshechos, y tomando aquellos á su salvo en su sangre y en sus vidas la satisfacción que deseaban, hasta que por último, llamado Agesilao, por los tumultos que se levantaran en la Grecia, les dió tiempo para que se recobrasen del terror en que habían quedado. Algunos años antes, retirándose de lo más interior de la Persia cerca de diez mil griegos, sin provisiones y sin capitanes, abrieron por medio de los fillos de su acero camino para volverse á su patria entre naciones tan enemigas; y aunque en diferentes reencuentros procuró estorbárselo aquel numeroso ejército con que el rey de Persia acababa de disputar el reino contra Cyro su hermano y de quedar vencedor, en todos le desordenaron y pusieron en fuga. Pues ¿cómo nosotros, á quienes obedece toda la Grecia, sujeta por tantas victorias como las que habemos obtenido, habiendo triunfado en varias batallas de sus más célebres pueblos, de quien se compone gran parte de nuestras tropas, tememos al Asia, cuando no ha podido evitar las considerables pérdidas que la ha ocasionado la menor parte de los que hemos vencido?»

Hicieron tan grandes impresiones estas razones, y otras que añadió, á los de su consejo, que se conformaron todos con su dictamen, y con especialidad Parmenión; el cual, en medio de haber insistido más en que se difiriese la guerra, fué quien con mayor eficacia persuadió á Alexandro á que diese brevemente principio á ella. Con que atendiéndose sólo á esta expedición, hizo un sacrificio á Júpiter Olympo, cerca de la ciudad de Dio en Macedonia, dispuesto por Archelao, que reinó después de Pérdicas, hijo de Alexandro: mandó que hiciesen por nueve días los juegos escénicos en honor de

las nueve Musas, y celebrados éstos, tuvo un espléndido banquete en tienda dispuesta magníficamente para este fin, con mesa de cien cubiertos, en que comió con sus camaradas, con sus capitanes y con los embajadores de las ciudades. Ordenó también que se distribuyesen por todo el ejército víctimas, y que se hiciesen cuantos regocijos pudiesen contribuir á la celebridad de aquel día, destinado al regocijo público, y fuesen felices auspicios de la guerra que se emprendía.

CAPÍTULO III.

Pasa á Persia con su ejército. Deja á Antipatro por gobernador en Macedonia. Da todo su patrimonio, sin reservar para sí más que la esperanza. Llega en veinte días á las riberas del Hellesponto. Descripción de las tierras cercanas á él.

Dispuestas enteramente sus tropas, pasó Alexandro al Asia al principio de la primavera con un ejército más considerable por el valor que por el número. Conducía Parmeniön treinta mil infantes, entre quienes había trece mil macedones, cinco mil soldados mercenarios, componiéndose el resto de los que habían enviado los aliados para esta guerra. Los ilirios, los tracios y los triballos seguían estas tropas hasta en número de cinco mil hombres, y sin ellos mil flecheros agrianos. Philotas gobernaba la caballería, compuesta de mil ochocientos caballos, y Calas la de Thesalia; de la Grecia sólo habían venido seiscientos caballos, cuyo mando dió Alexandro á Erigio, á cuyo frente estaba Casandro con novecientos corredores tracios y peonienses.

No dificultó Alexandro acometer con este ejército, sin más víveres que los precisos para veinte días, contra multitud infinita de bárbaros, fiándose en el valor de su gente, acostumbrada á obtener victorias, con quienes se mostraban por su esfuerzo y experiencias invencibles á todo género de enemigos, por grandes y numerosos que fuesen; pero ordenó antes á Antipatro, á quien dejó gobernando á Macedonia con doce mil infantes y mil quinientos caballos, que hiciese levas en la Europa para renovar sus tropas, y tener siempre gente pronta que reparase las pérdidas que podían causar en su ejército los combates ó las enfermedades. Antes de

desembarcarse distribuyó entre sus camaradas cuanto podía darles, sin perjuicio de su gloria y de la majestad del imperio, y sólo reservó para sí la esperanza, como lo dió á entender, excusándose Pérdicas de admitir las mercedes que le hizo; pues preguntándole éste *qué dejaba para sí, si lo daba todo*, le respondió que la *esperanza*; á que Pérdicas le replicó inmediatamente: *que también tendrían parte en ella, pues peleaban debajo de sus banderas*; pero fueron pocos los que le imitaron, y de ellos ninguno. Preguntándole *dónde tenía sus tesoros*, respondió con razón *que en sus amigos*.

Y á la verdad, no era desacordada la distribución que hacía de sus riquezas; pues librando al riesgo sus más considerables intereses, las adquiría con ventajosas creces si quedaba vencedor, y si vencido, enajenado también de aquéllas.

Con estas magnánimas liberalidades aumentó el valor de los suyos, tuvo más pronta y dispuesta su obediencia y se concilió su amor, á cuyo impulso solicitaban con el mayor anhelo la grandeza de su fortuna. Pero desapropiado de las tierras, de las heredades y de las rentas, cuyos productos no eran cobrables en algún tiempo, se halló muy cercano á quedar reducido á la última necesidad, no habiendo separado más que alguna porción de dinero para los gastos de la guerra, la cual por corta se administró mejor. Porque muerto Philipo sólo se hallaron en su erario 500 talentos de plata en moneda, que era el valor de sus deudas, y alguna corta porción de vasos de oro y de plata; pues aunque es cierto que debió el reino de Macedonia á este príncipe la grandeza y el poder en que estaba, y que se descubrieron en su tiempo ciertas minas de oro cerca de la ciudad de Crenides, á quienes hizo llamar de su nombre Philípicas, las cuales le valían todos los años 1.000 talentos, también lo es que consumió su erario, así por

su liberalidad como por las continuas guerras que mantuvo y por los considerables gastos que hizo para restablecer y reparar la Macedonia, la cual se hallaba en suma pobreza al principio de su reinado, y él nada rico por sí; pues se refiere que, aun ocupando el trono, siempre que iba á acostarse hacía poner debajo de la almohada una copa de oro que tenía del peso de casi cincuenta dracmas.

Su hijo, pues, en medio de haber aumentado los empeños de su padre con el que nuevamente hizo de 800 talentos, de quienes apenas le había quedado la décima parte, mantuvo la guerra contra el rey de Persia, debajo de cuya cabecera le ponían mientras dormía 5.000 talentos de oro, y debajo de cuyos pies 3.000 de plata.

Refiérese que Alexandro partió á son de la flauta de Thimoteo, con sumo gusto de todos sus soldados, los cuales se prometían como en seguro botín las riquezas de los bárbaros contra quienes marchaban. Y así, habiendo entrado en Strymón por un lago donde estaban sus bajeles, á quienes los naturales llaman Cercinite, del nombre de una montaña vecina, pasó primero á Amphipoli, y de allí á la entrada del Strymón, á quien habiendo atravesado tomó á vista del monte el camino que va á Abdéra y á Maronea, con ánimo de seguir siempre la ribera para socorrer sus bajeles, que se andaban tierra á tierra por si los persas, hallándose señores del mar, intentasen acometerlos. A la verdad la armada de Alexandro era inferior á la de los enemigos, los cuales la tenían muy numerosa de bajeles de Chipre y de Phenicia, y con la ventaja que les daba su grande experiencia en las cosas marítimas; porque aunque Macedonia había poco antes procurado apoderarse del dominio del mar, nunca pudo aumentar sus velas, respecto de la escasez y reserva con que se las ministraban los aliados, no habiéndola contribuído los atenienses más que con

veinte á persuasión de sus oradores; los cuales les representaron *se aseguraban así del riesgo de que se convirtiesen contra ellos mismos.*

De estos lugares se encaminó al río Hebro, y habiéndolo pasado sin dificultad entró en Petica, región de la Tracia, de donde, después de haber pasado otro río, á quien llaman Melane, llegó á los veinte días de haber partido de Macedonia á la ciudad de Sestón, que mira al Helesponto, y cuya fundación es en los últimos términos de la tierra firme, donde separa un estrecho de mar á Asia de Europa; porque la Macedonia unida á Tracia tocara con Asia por medio de dos puentes que se extienden hácia el Oriente si el mar no la dividiese. Está el Helesponto al lado derecho, y más adelante el Bósphoro de Tracia, el cual separa á Byzancio de Calcedonia la Propóntide, comprendida en estos estrechos; empieza á dilatarse hasta Bitinia, y después la Phrigia y la Lydia á mayor distancia del mar. Descúbranse corriendo más adelante regiones de admirable fertilidad, á quienes habitan pueblos ricos. Ocupan las que miran á la Thracia y á la Grecia los Helespontos, y las más distantes los troyanos, bien conocidos por sus infortunios. Debajo de ellos se extienden á lo largo de las fronteras de la Lydia la Eolia y la Jonia, luego la Caria, que unida á la Dórida y cercada la mayor parte del mar, tiene por de dentro no menor circuito. Ofrécese no distantes de estas tierras islas famosas: Lesbos, Chío, Samos, Rhodas y otras muchas á quienes hicieron célebres los monumentos de los griegos; cuyos colonias, enviadas antiguamente de la Grecia, y de quienes se conservaban algunas aún entonces, se habían apoderado y mantenido dueños de aquellas tierras hasta que, habiéndolas sujetado los reyes de Persia y sus sátrapas, quedó convertida en servidumbre su antigua libertad.

Luego que Alexandro llegó á Sexto envió la mayor

parte de sus tropas á Abydo de la otra parte de la ribera debajo del mando de Parmeni6n; y habiéndolas reformado con sesenta bajeles de guerra y otros muchos de carga, pasó con el resto á Eleunte, consagrado á Protesilao, cuyo sepulcro está debajo de un pequeño collado de hermosos olmos, y de tan extraña particularidad como la que se observa en las hojas que brotan sus ramos; pues conservando su verdor todas, sólo le pierden y caen marchitas luego que nacen las que miran á la parte de Troya, como en memoria de la funesta aventura de este héroe que pasó al Asia con los griegos en lo más florido de su edad y fué la primera víctima de los troyanos. Hizole Alexandro sacrificios funerales, y pidióle *permítiese su entrada con más felices auspicios que los que él había tenido en la suya.*

Pasó de allí con cincuenta naos largas á Sigeo, y vió aquel puerto á quien hizo célebre la flota que arribó al de los griegos en ocasión de la guerra de Troya. Surcando ya por medio de las ondas del Helesponto, siendo él mismo piloto de la nao que le conducía, sacrificó al toro, á Neptuno y á las Nereidas, y arrojó al mar como por ofrenda á los dioses marinos el vaso de oro con que había sacrificado. Luego que arribó al puerto disparó un dardo á la ribera y saltó á tierra el primero, *poniendo á los dioses por testigos de que no pretendía apoderarse del Asia sino por medio de una justa guerra.* Erigió después altares en honor de Júpiter defensor de Minerva y de Hércules, ordenando también que se levantasen en el lugar donde había descendido á tierra y en el estrecho de donde se había apartado de la Europa.

CAPITULO IV.

Honra el sepulcro de Aquiles. Su marcha al Asia. Toma gran número de ciudades. Consejo de los sátrapas. Orgullo de Darío.

De esta suerte tomó su marcha por los campos, donde aún se conservaban vestigios de la antigua ciudad de Troya. Observando atentamente en ellos las memorias de tan heroicas obras, le ofreció uno de sus habitantes la lira de Paris, á cuya promesa respondió con desprecio, *manifestando el poco caso que hacia de un flaco, vil instrumento de delicias, y la estimación con que admitia la lira de Aquiles, con cuya armoniosa cadencia hacia resonar las alabanzas de los grandes héroes con la misma mano que obraba las ilustres acciones con que los excedia.*

Fué tan grande el aprecio que mostró de Aquiles, de quien se gloriaba descender, que corrió desnudo con todos sus favorecidos alrededor de su sepulcro, le ungió y puso una corona. A cuya imitación coronó también Epestión el sepulcro de Patroclo, por acreditar que lograba en la gracia de Alexandro el mismo lugar que en el de Aquiles, *fué una, la felicidad de haber logrado mientras vivió un fiel y verdadero amigo, y después de su muerte tan excelente poeta que celebrase sus esclarecidas acciones.*

Hizo también sacrificios á los demás héroes cuyos sepulcros vió en esta comarca. Sacrificó á Príamo en el altar de Júpiter Hercio, ya fuese por aplacar sus manes habiéndole muerto Pyrrho, hijo de Aquiles, ó ya por parentesco que creía tener con los troyanos por el casamiento de Neoptolomeo con Andrómaca, viuda de Héctor.

Finalmente, hizo con particular devoción sacrificio á Minerva, en cuyo templo colgó sus armas y tomó otras, las cuales fué fama que se conservaban desde el tiempo de la guerra de Troya. Hacialas llevar á sus armeros delante de su persona como dádiva divina para sujetar el Asia, y se refiere que se las puso cuando combatió cerca del Gránico contra los sátrapas. Porque demás de preciarse de tener siempre las mejores y de poner gran cuidado en su aseo, fué mayor el que le debió la conservación de éstas.

Usaba de un pequeño escudo resplandeciente, de un morrión ejecutado por Teóphilo, y, aunque de hierro, de tan gran primor que se equivocaba con la más fina plata. Adornábanle crecidas plumas de hermosa blancura, dispuestas en forma de penacho; la cota era de una tela reducida á muchas dobleces; el collar de hierro, pero cubierto de riquísima variedad de piedras, y la espada de un temple sin igual, cuyo precio aumentaba su ligereza y facilidad para el manejo; sobre cuyas armas solía ponerse cierto género de hábito militar, á que en aquel tiempo llamaban *sayo siciliano*. Pero de muchas de ellas no usó hasta algunos años después, porque la cota de que se ha hecho memoria se halló entre los despojos de la batalla que presentó á Darío cerca de la ciudad de Isto, y la espada fué dádiva del rey de los citreos, así como de los rhodios la cota de armas, que Helicón, famoso y celebrado artífice entre los antiguos, hizo con incomparable artificio.

Hame parecido referir aquí tales menudencias en imitación de los antiguos historiadores, los cuales no desdenaron hacerlas lugar en sus historias, pareciéndoles no dejan de producir algún fruto ni de servir en cierta manera de satisfacción reducir á memoria las palabras y acciones de los príncipes, las cuales no deben omitirse por ligeras que sean. Lo cierto es que en los siguientes se conservaron por muchos años con gran veneración

las armas de Alexandro, y que las respetó de tal suerte el tiempo, que un general de los romanos después de haber sujetado los reinos y las regiones del Ponto tuvo por el mayor ornamento de su triunfo la cota de armas de este príncipe, y que otro, habiendo hecho fabricar una puente sobre el mar á imitación de Darío y de Jerjes, hizo gran vanidad de adornarse de la cota de Alexandro.

Del templo de Minerva tomó el camino á Arisbas, donde estaban acampados los macedones que había enviado antes debajo del mando de Parmenión. El día siguiente, habiendo pasado á vista de Percote y de Lampsico, siguió la ribera del río Praccio, cuyo nacimiento tiene en el monte Ida, desde donde corre entre las tierras de Lampsico y de Aydo, y desde allí torciendo algo hacia el Setentrión descende á la Propóntide. De esta suerte, habiendo dejado atrás á Colonas, ciudad de los lampsacenos situada á bastante distancia de la mar, y después de haber recibido todas estas ciudades debajo de su obediencia y perdonado á los lampsacenos despachó á Panegoro para que recibiese la ciudad de los priapenos, cuyos habitadores estaban prontos á entregarla. En tanto Amyntas, hijo de Arabeo, pasó á reconocer el campo con cuatro compañías de caballos, entre las cuales iba una de los apolloniares, que mandaba Sócrates, por haberse entendido que los enemigos se hallaban cerca y con intento de llegar á las manos.

Persuadiales Memnón, capitán entre ellos del primer crédito en el arte militar, á que se retirasen después de haber talado y destruido los campos y dejándolos en estado de que no pudiesen aprovecharse de sus frutos los enemigos, á que pudiesen fuego en las ciudades y villas, á que por todas partes quedase árida y desierta la tierra, con cuyo fin les representaba la falta de viveres con que se hallaba el ejército de Macedonia, su imposibilidad de mantenerse un mes sino de robos

pillaje, y que si se les quitaban las ocasiones de hacerlo se retirarian á muy breve tiempo, logrando ellos por medio de tan corta pérdida la libertad de toda el Asia. Que aunque no podia negar que este remedio era riguroso, tampoco que, siendo tan inminente y considerable el peligro de que estaban amenazados, pedía la prudencia se tolerasen los menores daños á precio de evitar los mayores, no de otra suerte que lo hace el diestro médico cuando reconociendo en un cuerpo humano el riesgo de que se dilate á todo él desde la parte infecta el daño, le procura atajar por medio del hierro. Que esta resolución no era nueva en los persas, pues la habia practicado el rey Dario en su tiempo talando los mismos campos y ciudades con el fin de imposibilitar la retirada á los scythas intentando la misma empresa. Que considerasen el evidente peligro á que exponían el todo de sus cosas presentando la batalla, porque arrojados los persas de aquella región quedaría inmediatamente Alexandro dueño de todo, y si vencedores ellos sin aumento ni ganancia alguna. Que temiesen la falange macedónica, contra cuyo formidable esfuerzo seria inútil la resistencia de su infantería, aunque tan superior á ella en el número. Que á esto se les llegaban crecidas ventajas que para la victoria les daba la presencia de su rey, á cuya vista son doblados los alientos con que animados de la esperanza é inflamados del honor y de la gloria combaten los soldados, de cuyos poderosos impulsos se hallaban destituidos los persas sin la asistencia de Dario; y finalmente, que no pudiendo ponerse en duda ser más conveniente hacer la guerra en dominios extraños que en los propios, lograrían esta ventaja si admitiendo su consejo la pasaban á Macedonia. No fué grato este dictamen á los demás capitanes, los cuales decían que cuanto era conveniente á los intereses de Memnón Rhodio, el cual aseguraba con la duración de la guerra los grandes cargos, honores y rentas de que le habia colmado el rey, de tanta más ignominia y riesgo á los persas abandonar los pueblos que se habian fiado de ellos y contravenir á las órdenes que tenían del rey.

El cual, sabida la partida de Alexandro de Macedonia, escribió á todos sus capitanes ordenándoles que á azotes acordasen á aquel hijo de Philipo su edad y estado, le pusiesen en mayor desprecio de su temeridad una vestidura de color de púrpura, y en castigo de ella en prisiones con una cadena al cuello; que echasen á pique todos sus bajeles y marineros y que retirasen á los más interiores lugares del Mar Rojo sus soldados. Tan ciego y seguro del futuro suceso le tenía su soberbia, y tan olvidado de su naturaleza y de la inestabilidad de las cosas humanas, blasonando arrogante descender de Júpiter, más que por el origen y nombre de los persas, que deduce de la antigua fábula de Perseo, hijo suyo, por la grandeza y poder en que se hallaba, con el cual presumía igualarse. Había escrito poco antes á los atenienses con no menor orgullo y jactancia, manifestándoles el disgusto con que estaba de que hubiesen preferido la amistad de los macedones á la suya y destituyéndolos de la esperanza de sus socorros y asistencias por más que las solicitasen.

CAPITULO V.

Ardid de Alexandro para ganar á Memnón, capitán de los persas.
Falso prodigio con que anima á sus soldados. Pasa el Gránico.
Rompe á los persas y premia á los suyos, así muertos como vivos.

Continuando en el ínterin Alexandro su marcha, llegó á unas tierras de que el rey de Persia había hecho merced á Memnón. Luego que lo supo dió orden para que no se hiciese daño alguno en las casas, en los habitantes ni en los frutos, que aún se conservaban en los campos; procurando por medio de esta artificiosa blandura poner en sospecha á aquel capitán con los enemigos, entre quienes era el único que merecía este nombre y á quien como tal deseaba llevarle á sí. Admirados algunos de los suyos de que usase de esta benignidad con el mayor enemigo de los macedones, le dijeron *que ofrecian no causarle hostilidad alguna de las que lleva consigo la guerra mientras no le tuviesen en su poder; pero que haciéndole prisionero le habian de dar muerte*. Bien lejos de conformarse Alexandro con ellos, les respondió *que más conveniente seria obligarle con beneficios y hacer de un enemigo un amigo, que sabría serlo con la misma virtud y valor que mostraba entonces á favor de los persas*.

Llegando á los campos de Adrastea, por quienes pasa con suma rapidez el Gránico, le trajeron algunos soldados de los que había enviado con Hegeloco á reconocer el campo noticia de que estaban los persas en forma de batalla de la otra parte del río. Detúvose algún tiempo para conferir con sus capitanes el modo de pasarle, y

habiéndolos juntado, fué la mayor parte de sentir *que era muy temeraria empresa la de intentar pasar un rio tan rápido y profundo, cuya ribera hacian igualmente impenetrable sus caudalosas ondas que el formidable ejército que se ofrecia á su opósito, compuesto de numerosa caballeria é infanteria. Ni faltaron algunos que advirtieron estaban en el mes Decio, que corresponde al de Junio, el cual entre los atenienses habia sido siempre infeliz á cuantos emprendieron en él algún designio.*

Aunque despreciaba Alexandro el peligro, no le dejó de dar algún cuidado esta superstición, sabiendo la poderosa impresión que hace un vano escrúpulo de religión en genios rudos é ignorantes; y así, deseoso de asegurar aquellos amedrentados ánimos, dió orden para que de allí en adelante se llamase este infausto mes como el precedente, Artemisio; y á Aristandro, el cual sacrificaba entonces, para que *formase con cierto licor, en la mano con que habia de tomar las entrañas de la victima, letras al revés que declarasen concedian los dioses á Alexandro la victoria, para que impresas éstas en el higado caliente de la victima se pudiesen leer al derecho.* Ejecutado así, y divulgado por el ejército este prodigio, fueron tan grandes los alientos y esperanzas que cobraron todos, que decían á gritos no tenian que temer habiendo reconocido tan visibles testimonios de la protección de los dioses.

Persuadida así la gente de Alexandro con este ardid á la felicidad del futuro suceso, se apresuraban á obtener la victoria, que creían ya suya. Y si bien procuró Parmeniön que difiriese el rey el tránsito al día siguiente, por haberse pasado la mayor parte de aquél, tuvo por mejor no malograr el ardor que reconocía en sus tropas, á quienes hizo pasar inmediatamente, respondiendo á Parmeniön *que se sonrojarian las hondas del Helesponto si después de haberlas surcado los detenian las aguas de tan corto arroyo.*

Pasaron, pues, con el rey, á pesar de su rapidez, trece compañías de caballería, si bien antes de tomar tierra firme y de poner en ordenanza la gente, que mientras el tránsito la había perdido, les apretó vivamente por todas partes la caballería de los persas. Los cuales, despreciando el consejo de Memnón por haber declarado Arsitas, sátrapa de la Phrigia, no se consentiría se quemase la menor cabaña de la jurisdicción de su gobierno; y seguido éste de todos, resolvieron pelear, con cuyo fin se habían acampado en la ribera del Gránico con cien mil infantes y veinte mil caballos, teniendo por cierto les serviría de trinchera este río, y que por su medio cerrarían con su facilidad el paso á Alexandro, dejando burlados los intentos de su entrada en el Asia; y así luego que tuvieron noticia de su venida, dispusieron su caballería, en que consistían sus mayores fuerzas, en este orden: Memnón con sus hijos, y Arsanes, persa, se oponían al ala derecha de los macedones, en la cual estaba el rey, porque la siniestra la había encomendado á Parmenión. Arsites se hallaba por la misma parte que Memnón con la caballería auxiliar de los paphlagones; Spitridates, yerno del rey, en la retaguardia; el sátrapa de la Phrigia y Jonia, acompañado de Rhesaces, su hermano, mandaba la caballería de los hircanos.

Dos mil medos y bactrianos seguían á Rheomithres en el batallón de la parte diestra. Pharnaces, hermano de la reina; Arbupales, Artaxerxes, nieto de Darío, y Mythrobarzanes, gobernador de Capadocia, tenían el mando de la batalla; así como Niphates, Pennates, con Arsaces y Athycias el de la caballería de varias naciones.

Estas tropas, pues, que por el número y por la calidad del lugar eran las más fuertes, apretaban reciamente al enemigo; el combate y el peligro eran grandes y

especialmente por la parte en que estaba el rey, contra quien cargaban todos, respecto de señalarse más en las armas, en las acciones y en las órdenes que daba.

Tocóle por la falta del arnés un dardo en el mayor ardor del combate, aunque no le penetró, pero acometido al mismo tiempo por Rhesaces y por Spitridates, ambos de los más valerosos capitanes enemigos, se halló en peligro de perder la vida. Porque después de haber roto la lanza en la coraza de Spitridates, metiendo mano á la espada un hermano de este capitán, descargó tan gran golpe de cimitarra, que le derribó la cimera del morrión y una parte del penacho, penetrando el corte hasta los cabellos; y sin duda hubiera asegundado otro á que se disponía por la rotura del morrión que descubría parte de la cabeza de Alexandro, á no haberlo embarazado Clito; el cual, viendo el peligro en que se hallaba el rey, partió colérico, y de un golpe de hacha derribó el brazo y la cimitarra de aquel bárbaro, á cuyo tiempo cayó muerto Spitridates á manos de Alexandro.

Sin embargo, no descaecieron en el esfuerzo los persas, hasta que huyó la caballería atemorizada con la pérdida de sus capitanes y con la cercanía de la falange de los macedones, la cual había pasado ya el río. No fué más feliz la resistencia que hizo su infantería, porque asegurada en la caballería, á quien juzgaba por suficiente para que triunfase de los enemigos, atendía, más que al peligro, al robo y á la presa; con que embargados de la turbación y del susto á que los redujo tan inesperado suceso, sirvieron al ejército de Alexandro, más que de opósito, de mortandad y estrago. Con todo, las tropas extranjeras que mandaba Omares, paradas de una eminencia, se defendieron esforzadamente, no habiendo podido rendirlas ni reducirlas á admitir condiciones algunas. Por lo cual costó más sangre y

pérdida á los macedones este combate que el de la caballería. En el cual el mismo rey, que estaba al frente de los suyos, se vió en tan gran peligro, como el de caer muerto debajo de él su caballo de una estocada que le atravesó de parte á parte.

Finalmente, irritado Alexandro de que se le disputase por tan dilatado espacio la victoria, los cercó con la caballería y con la falange, é hizo en ellos tan gran destrozo, que sólo se libraron de él dos mil que se rindieron. Murieron de los enemigos entre todos veinte mil infantes y dos mil caballos, reduciéndose al mismo número el de los prisioneros, de quienes se salvaron pocos; y de los capitanes, por medio de la fuga, sólo Memnón, Arsaces, Rheomithres y Atizias; todos los demás rindieron gloriosamente la vida al rigor de las heridas; y Arsitas, luego que llegó á Phrigia, avergonzado y arrepentido de haber sido causa de este estrago, se dió muerte con sus propias manos.

De la parte de Alexandro fueron pocos los que quedaron en este combate, porque de la infantería no pasaron de treinta, y de caballería de setenta y cinco, aunque los más esforzados de sus tropas. Para que conociese, pues, el mundo que en una y otra fortuna premiaba la virtud y el valor con los honores y mercedes que le son debidos, enriqueció á los suyos con el despojo de los persas: ordenó se hiciesen magníficos funerales á los muertos, que se enterrasen con sus armas y con los demás ornamentos militares; y dió por libres á sus padres y á sus hijos todo género de tributos. Hizo curar los heridos con particular cuidado; visitábalos de tienda en tienda, sin defraudar de esta honra aun al más desvalido: consolaba á unos con mercedes y honraba á otros con alabanzas y ofertas; cuya humanidad y clemencia le granjeó la obediencia y el amor de todos, y que con generoso reconocimiento expusiesen en lo venidero á

porfía sus vidas en obsequio y servicio de un rey cuya atención y desvelo no permitía que viviesen los suyos necesitados, ni que muertos quedasen sin honra. Hízola muy particular á la memoria de veinticinco soldados de á caballo, los cuales combatiendo valerosamente en un puesto desigual, fueron oprimidos de la muchedumbre de los persas, mandando se perpetuase en estatuas de bronce, sin permitir fuesen de otra mano que de la de Lysipo, el más primoroso artífice que entonces se conocía, las cuales se fijaron en Dio, ciudad de Macedonia, de donde muchos años después las trasladó á Roma Quinto Metello, habiendo arruinado aquel reino.

Debióse la mayor gloria de esta victoria al rey, el cual ordenó con gran destreza sus tropas, á quienes, observado el terreno, las condujo torcidas por el río, para que no pudiesen cargar en ellas los persas luego que tomasen tierra; y reconociéndolas turbadas y perdidas de ánimo, las infundió nuevos espíritus al aliento de las persuasiones con que les exhortó *á que acometiesen á los enemigos con el mismo valor de que habian dado tantas experiencias hasta entonces.* Ni obró menos que en los suyos el eficaz esfuerzo de su espíritu y de su voz, en los enemigos la diestra valentía de su brazo, á cuya vibrada lanza rindieron muchos la vida, y muchos á los acerados cortes de su espada; siendo los primeros que abrieron el camino á la fuga los que lo fueron á acometerle. Su resolución, cuanto antes pareció arrojada y temeraria, tanto la acreditó después el suceso de advertida y conveniente; porque habiendo de combatir los suyos contra un enemigo nuevo y tan ventajoso en el número, quiso contrapesar esta desigualdad fortaleciéndolos con la poderosa arma de la desesperación, para que cerrándoles el río el camino de la fuga, fuese la victoria el único recurso á la esperanza de su remedio. Señaláronse también este día, con gloria suya, Iso

tesalos, en quienes consistía toda la fuerza de la caballería, sin que en los demás faltase alguno al cumplimiento de su obligación, si bien con grandes ventajas la caballería, á quien se debió enteramente la victoria, habiendo retrocedido la infantería.

Por lo que miraba á los enemigos, mandó también Alexandro dar sepultura á los señores más principales entre los persas, y á todos los griegos que servían á sueldo suyo; pero que los prisioneros pasasen á Macedonia, por haber contravenido á la común resolución de los griegos, empleando sus armas en servicio de los bárbaros contra su patria, de cuya orden exceptuó á los tebanos, á quienes llevó, más que el propio gusto, la necesidad de verse sin tierras en que hacer asiento y retirada, por la pérdida y destrucción de su ciudad.

Ejecutado esto, envió al templo de Minerva, en Atenas, trescientos escudos que hizo escoger de los despojos de la batalla, con esta inscripción: *Alexandro, hijo de Philipo, y todos los griegos, excepto los lacedemonios, han obtenido este triunfo de los bárbaros del Asia.* En cuya acción miró á asegurar para otras ocasiones el afecto de los griegos haciéndoles partícipes de esta gloria, y á castigar á los lacedemonios excluyéndolos del honor de ella por el atrevimiento y desacato de separarse del campo de la Grecia. Ni le permitió el amor y atención que tuvo á su madre siempre dejase de darla parte de la presa, de que la envió casi todos los vasos de oro y plata, todos los paños de púrpura y cuanto le pareció digno de su persona.

CAPÍTULO VI.

Su acción de gracias á la diosa Minerva. Recibe muchos pueblos debajo de su obediencia, sin imponerles nuevos tributos. Entrégasele la ciudad de Sardis. Descubre las solicitudes de Demóstenes contra su persona. Procura ganar á Phoción. Toma á Epheso, donde forma República, y hace lo mismo en las demas ciudades. Su grande estimación á Apeles.

Habiendo vuelto Alexandro después de esta batalla á Troya, dió gracias á la diosa de haberle favorecido en guerra tan peligrosa con la felicidad de sus presagios, y fortalecido con el resguardo y defensa de sus armas. Lo cierto es que cuando pasó el Helesponto y llegó á Troya, como hemos referido, halló una estatua á caballo de Ariobarzanes, sátrapa antiguo de Persia, derribada, y que atribuyendo Aristrando á misterioso prodigio lo que pudo ser casual accidente, predijo de él á Alejandro muy ilustre victoria de un combate de caballería, *mayormente si peleaba no lejos de la Phrygia, y que moriría á sus manos un gran cabo de los enemigos.* Y que no fué contrario al anuncio del adivino el suceso, antes bien confirmación de él la muerte de Spithridates. En cuyo reconocimiento dispuso con gran cuidado las ofrendas y presentes para aquel templo, é hizo á Troya ciudad, aunque entonces sólo conservaba la apariencia de una corta villa; pero para que correspondiese á este autorizado título la suntuosidad y magnificencia de sus edificios, fió este cuidado de personas de su confianza, á cuyo fin la dió por libre de todo género de tributos. Y advirtiendo la cortedad del templo de la diosa y de su

culto, resolvió, en reverencia de la santidad del lugar, que se labrase uno de la magnitud y ostentación que pedía. Cuyos intentos atrasaron por entonces los de sus grandes empresas, é imposibilitó después su muerte y el descuido de sus sucesores.

Abrió, pues, esta victoria tan enteramente el paso á Alexandro para el mayor progreso de sus conquistas en Asia por la parte del Euphrates y del monte Tauro, que absortos los pueblos de tan inopinado suceso, habiendo perdido todas sus tropas y enteramente sus capitanes, no discurrían ya otro recurso para la esperanza de su remedio que la benignidad del vencedor, procurando merecérsela con la prontitud de su rendimiento y obediencia. Hizo merced á Calas, que conducía á los tesalos, del gobierno de la Phrygia, á quien dejó Arsitás sin defensa con su voluntaria muerte. Descendió la mayor parte de los que habitaban las montañas y se entregaron con cuanto poseían al rey, el cual los admitió á su protección y volvió á enviar á sus casas; perdonó á los zelitas, por estar asegurado de que, á pesar suyo, les obligaron los persas á tomar las armas contra él, sin pretender de todos estos pueblos más tributo que el que solían pagar á Darío, cuyo estilo observó tan inviolablemente con las demás naciones del Asia, á quienes redujo, como quien sabía cuánto más expuesto está siempre al odio el dominio extraño, por suave que sea, que el natural, y que es intolerable cuando se aumentan con nuevas imposiciones las antiguas cargas. Cuyo conocimiento le obligó á responder á los que le persuadían podía imponer mayores tributos á tan vasto imperio: *Que no tenía por buen jardinero al que arrancaba de raíz las plantas cuyas hojas sólo se debían cortar.*

Luego que supo que los persas tenían guarnición en Dascyleo envió á Parmenión, al cual, retirada ésta con la noticia de la llegada de los macedones, le recibieron

en ella sin la menor dificultad sus habitantes. Tomó Alexandro la vuelta de Sardis, capital de todas las demás ciudades, á quienes los reyes de Persia habían puesto debajo de la jurisdicción de los gobernadores de las provincias vecinas al mar, hallándose distante de ella setenta estadios. Mithrenes, de quien Darío había fiado la ciudadela, le salió á recibir con los principales de la ciudad, y compró, á precio del dinero que en aquélla se guardaba y entregó, la libertad de una y otra. Habiéndolos admitido benignamente, pasó hacia el río Hermo, que dista de Sardis casi veinte estadios, donde acampado, envió luego á Amyntas, hijo de Andromene, á que se apoderase de una fortaleza situada sobre una montaña, cuya entrada era por todas partes difícil, y capaz de que resistiesen fácilmente los que la ocupaban las mayores fuerzas, aun cuando no se hallase tan bien asegurada, como lo estaba, de una prodigiosa muralla y de tres fortificaciones. Regocijándose, pues, el rey de la felicidad de su fortuna, y de habersele reducido sin la costa del dilatado sitio que temía, resolvió, entre las grandezas que ideaba su magnanimidad, hacer labrar en este lugar un templo á Júpiter Olímpico; y discurriendo en su más conveniente situación, sobrevino tan recia tempestad, que llenada de agua gran parte de la fortaleza en que tuvieron antiguamente su palacio los reyes de Lidia, quedó persuadido á que habían manifestado con lo misterioso de este suceso los dioses era voluntad suya que la situación del templo fuese en aquel lugar.

Hizo después merced del gobierno de la fortaleza con algunas tropas de argivos á Pausanias, uno de sus más favorecidos, y envió el resto de las de los aliados con Calas y Alexandro, hijo de Europa, al gobierno de Memnón. Puso á Asandro, hijo de Philotas, en la Lidia, con jurisdicción que se extendía hasta las fronteras del go-

bierno de Spithridates, y dió toda la caballería que creyó necesaria, con algunas compañías armadas ligeramente. Conservó á los lidios sus leyes y privilegios; y reconociendo la veneración de los de Sardis á Diana, á quien llamaban *Coloenes*, concedió al templo el derecho del asilo. Hizo considerables honras á Mithrenes, á quien por entonces dejó cerca de su persona con grande estimación y esperanza de que les llevase á los demás su ejemplo, á cuyo fin le dió después el gobierno de Armenia.

Habiendo hallado en la fortaleza de Sardis ciertos papeles, de quienes constaban las excesivas sumas que habían empleado los sátrapas para obligar á los griegos á que tomasen las armas contra los macedones, vió también en ellos las porciones de plata y oro que habían enviado á Demóstenes, cuyas cartas estaban entre ellos. Pero tuvo por más conveniente disimular esta queja que pudiera hacer contra los atenienses hallándose en paz con ellos, y procurar con la mayor presteza y diligencia asegurar á Atenas su obediencia contra la elocuencia de Demóstenes, por recelar turbase con sus alteraciones la quietud de toda la Grecia. Ninguno le pareció más proporcionado al logro de este intento que Phoción, cuya inculpable vida era sin igual, y cuya virtud hacía honrosa su pobreza. Estimábase de tal suerte, no sólo por lo necesario que le juzgaba en su servicio, sino por lo que se granjeaba la integridad y rectitud de sus costumbres, que en medio de haber quedado tan soberbio, después de la rota de Darío, que no se dignaba de poner en las cartas que escribía la palabra *Salud*, concedió algunas veces esta honra á Antipatro y á Phoción.

Hízole Alexandro merced de cien talentos, y la de que eligiese una de estas cuatro ciudades del Asia: Chío, Elea, Alisasa y Gergetho, entre quienes ponen algunos á Patara en lugar de la última. Pero no admitió alguna

de estas honras su moderación, contentándose sólo, porque no pareciese que soberbio hacía menos aprecio del que debía á la generosidad de tan gran príncipe, con pedirle la libertad de Echekratides, sofista, de Anthenedor Imbrio, de Demarato y Sparton, rhodios; los cuales quedaron prisioneros en la ciudadela de Sardis. Pero esto no acaeció sino después. Tomó entonces la vuelta de Efeso, á quien había desamparado la guarnición á la fama de la rota de los persas, retirándose á dos galeras de efesios, y con ellos Amintas, hijo de Antioco, el cual se ausentó de Macedonia sin más causa que la de temer al rey y creer le tuviese igual aborrecimiento al que profesaba él, midiendo por su genio el del Príncipe.

Al cuarto día de haber partido Alexandro de Sardis, hizo su entrada en Efeso, restituyó á ella á los que se hallaban desterrados por la autoridad de pocos, hizo donación de la ciudad al pueblo y redujo su gobierno al de República. Gozoso el pueblo de la libertad que por tan dilatado tiempo había deseado, pidió se castigase á los que llevaron allí á Memnón, á los que robaron el templo de Diana, á los que quitaron la estatua de Philipo, y que se derribase el monumento que se erigió en la plaza á Heropitho como á libertador de la ciudad. En cuya ejecución sacaron violentamente del templo, donde se habían acogido, á Pelagón, á Sirphax su hermano y á sus primos, los cuales murieron apedreados, y sin duda se hubiera extendido á más el furor de la multitud, á no haberlo prohibido Alexandro y mandádoles remitiesen al olvido sus quejas y venganzas; excusando por este medio á los más poderosos y ricos de la ciudad los desacatos y peligros que hubieran padecido su autoridad y bienes estando expuestos, con el pretexto de un delito cierto ó supuesto, al desenfrenado odio y avaricia del pueblo.

Habiendo despachado en tanto los magnesios y tra-

lianos, embajadores, al rey, ofreciéndole su obediencia, dió orden á Parmeni6n para que pasase con cinco mil infantes y doscientos caballos á admitirlos, y á Alcimale para que partiese con iguales tropas á los contornos de las ciudades de Eolia y [lonia, que estaban en la obediencia de los persas; mandó á uno y á otro que después de aquellos gobiernos, los pocos que le tenían, estableciesen el estado popular en todas, por haber reconocido que sin más causa que la de asegurarse del recelo en que los puso la inclinaci6n que le mostraban aquéllos, habían puesto en ellos tiranos que los mantuviesen en opresi6n y servidumbre.

Detúvose algunos días Alexandro en Efeso para desahogar el ánimo de las continuas fatigas á que lo aplicaba: era en él su mayor divertimento asistir de ordinario al obrador de Apeles, á quién solo permitió le retratase, por el gran primor con que lo hacía. Llegó á merecerle tan singular afecto este insigne pintor, que viéndole el rey rendido á la hermosura de Pancasta, natural de Larisa (ciudad de las mejores de Tesalia), una de sus primeras concubinas, y entre todas, á quien con mayor fineza amaba Alexandro, no menos que por su extremada belleza por haber sido el primer empleo de su cariño, desistió de su amor entregándosela. Aunque es fama que habiendo tratado Alexandro, mientras estuvo en la oficina de Apeles, de aquel arte con tan corto conocimiento que se vió precisado éste á interrumpirle con cierto donaire picante, no me he de persuadir á que faltase al decoro y veneraci6n que debía á la grandeza de tal rey un pintor tan poco inadvertido como Apeles; fuera de que habiendo aprendido Alexandro en su juventud las artes liberales, y no pudiendo dejar de tener bastante noticia de aquélla, no es creíble que lo que dijese acerca de él fuese tan desacertado que obligase á Apeles á aquel desacato. Siendo, sin duda,

más verosímil lo que refieren otros, y es: haberle sucedido esto con cierto sacerdote de los que asistían al templo consagrado á Diana en aquella ciudad, y llamaban Megabizos, á quien afirman, dijo, *que así como hasta entonces su silencio y el oro y la púrpura de sus vestiduras le habían granjeado crédito con los ignorantes, luego que le oyeron sus desaciertos despreciábanle por ellos, aun los mismos aprendices.*

Reedificaban entonces los efesios con grande aplicación y dispendio el famoso templo de Diana, en quien hizo considerable estrago la voracidad del fuego, que (como dejamos dicho) introdujo en el el frenético furor de Erostrato. Favoreció Alexandro su celo contribuyendo cuanto pudo á su prosecución y brevedad, para la cual le aplicó los tributos que antes pagaban á los persas y confirmó el derecho del asilo, el cual supo habían conservado antiguamente Baco y Hércules, y concedió á este lugar un estadio más de circuito para su extensión.

Habiendo algunos años después reducido enteramente á su obediencia el Asia, solicitó de los efesios pusiesen, acabado el templo, en la inscripción de él su nombre, ofreciendo pagaría en remuneración de este honor todos los gastos que habían hecho en su reedificación, y que se obligaría á contribuir al artífice con cuanto fuese necesario para este efecto. Hallábanse bien lejos los efesios de complacerle en tal intento; si bien, considerando el peligro á que se exponían de negárselo sin alguna excusa decente, recurrió la destreza del embajador que eligieron para responderle, al medio de la lisonja, sabiendo cuán poderosa era en este príncipe y la facilidad con que se dejaba llevar de ella. Y así le representó *cuán impropio sería de la soberanía y divinidad en que se hallaba, que ofreciese á los dioses con quienes se igualaba, lo que reverentes les consagraban solos los hombres,*

por la suma distancia que reconocían de su naturaleza mortal á la divina de aquéllos. Tal fué la contienda que excitó entre tan gran rey y esta ciudad el deseo de gloria; si bien la obtuvieron los efesios, desestimando la reintegración de tan considerables sumas á precio de lograrla y de no enajenar la inscripción de este templo, cuyos crecidos gastos en su reedificación se pueden colegir de la suma á que les llegó sólo una pintura que le dedicaron, pues pagaron por ella veinte talentos de oro. Representaba á Alexandro con un rayo en la mano, en cuya ejecución usó Apeles de tan inimitable artificio, que sólo empleó en ella cuatro colores, para que con esta singularidad saliese más digna de la admiración de los primeros artífices en aquella profesión.

CAPÍTULO VII.

Ordénasele en sueños que edifique una ciudad á los smirnos. Intenta cortar el istmo que está entre Claromene y Theos. Junta á Claromene con la tierra firme. Sitia y toma á Mileto y concede libertad á los habitantes. Prodigio acaecido en el templo intentando robarle unos soldados. Inclinación de un delfín á un niño.

Advirtiéndole Alexandro en un sueño restituyese á los smirnos á su antiguo esplendor, lo hizo por este mismo tiempo después de haber habitado éstos de villa en villa por espacio de cuatrocientos años, desde la destrucción de la antigua Smirna por las armas de los lidios, hasta entonces que dispuso su nueva fundación, casi á veinte estadios del lugar donde estaba situada la antigua ciudad. Solía divertirse con el ejercicio de la caza cuando la gravedad de los negocios le permitía algunas treguas. Rendido, pues, cierto dia de la fatiga de ella, y embargado del sueño á las faldas del monte Pago, le pareció que la diosa Némesis, cuyo templo estaba á corta distancia de allí, *le ordenaba edificase una ciudad en el mismo lugar y la diese por habitantes á los smirnos*. Confirmó esta declaración la respuesta que consultándole dió el oráculo de Apolo Clario á los smirnos, á quienes ofreció *tendria feliz suceso la mudanza de su habitación*. Con que se levantaron por orden del rey los cimientos para la nueva ciudad, de cuya última perfección se llevó Antígono la gloria, habiendo pasado por merced de Alexandro algunos años después al gobierno de Lydia, Phrygia y de otras regiones vecinas. Habitan los claro-

menios el golfo de Smirna, hacia la parte en que estrechándose más la tierra queda á manera de península, uniendo al continente las tierras que corren casi sesenta estadios al mar. Ofrécese en la opuesta ribera del istmo Theos, que mira de frente á los claromenios, y á lo último de la Península la ciudad de Erythra, bien célebre aún en este tiempo por la singular virtud de aquellas ilustres mujeres que predijeron los futuros sucesos. Descubre por todas partes el mar la elevada eminencia del monte de Minas, cercano á esta ciudad, el cual, mirando á la isla de Chío y declinando poco á poco, termina en un llano á corta distancia de la situación de los claromenios.

Habiendo observado Alexandro la naturaleza y disposición de este paraje, resolvió cortarle, y separarle de al tierra firme, para cerrar á Erythra y Minas con el mar, y unir uno y otro golfo. Refiérese fué ésta la única ocasión en que no correspondió el suceso á los intentos de este príncipe, y que quiso manifestar en ella la fortuna, que habiéndole favorecido en todos los demás designios, no era gloria suya que Alexandro emprendiese lo que por inútil é infructuoso no se la pudiese dar dignamente, fuera de que estaba recibido como punto de religión no ser concedido á algún mortal mudar la fortuna y disposición que dió la naturaleza á la tierra, confirmándolos en este concepto el continuado malogro con que quedaron siempre burlados semejantes intentos. Sin embargo, juntó á Claremonia con la tierra firme por medio de un dique de dos estadios, porque antiguamente los claremonienses la habían convertido en una isla, temerosos de los persas; pero llevándole la atención mayores empresas, dejó al cuidado de los gobernadores que puso en aquellos lugares la perfección de este trabajo; y después de haber hecho grandes y suntuosos sacrificios en honor

de la diosa y ejercitado sus tropas, tomó al día siguiente la vuelta de Mileto, llevando consigo la caballería de los tracios, y cuatro compañías de caballos de sus más favorecidos, entre quienes iba la real con su infantería, movido de la esperanza que Hegesistrato, capitán de la guarnición, le había dado de que se le entregaría la ciudad, aunque por entonces le salió vana, respecto de que habiendo entendido no estaba lejos la armada de los persas, mudaron de resolución sus habitantes, animándose á conservarla en la devoción de Darío.

Hallábase bien abastecida de víveres y de todo lo necesario para resistir un sitio, por medio del considerable número de gente de guerra que tenía, por haber dejado Memnón, cuando se retiró á ella, después de la batalla, muchos de los suyos y fortificado la guarnición. Habiendo llegado allí Alexandro con su ejército en ordenanza y sin algún estruendo, tomó la ciudad que ellos llamaban de fuera y habían desamparado los habitantes y los soldados, retirándose á la de dentro por no dividir sus fuerzas, esperanzados en la brevedad del socorro; pero habiendo arribado la armada de los lacedemonios, mandada por Nicanor, el cual se apoderó inmediatamente de la isla de Lades, que está sobre Mileto, quedó burlada su esperanza, mayormente cuando pasando debajo del promontorio de Micale entró en el mismo puerto de los milesios. No la hizo resistencia alguna la de los bárbaros, en medio de hallarse superior á la de Nicanor en el número de la gente y de los bajeles, pues se componía de cuatrocientos y aquella sólo de ciento sesenta.

Destituídos, pues, los milesios de la esperanza del socorro á vista de aquel desengaño, despacharon á Glaucipo, persona de la primera suposición en la ciudad, para que en nombre suyo pidiese á Alexandro permitiese que la ciudad y puerto de Mileto fuesen comu-

nes á macedones y persas; pero sólo pudo conseguir del rey la áspera respuesta de que *no habia pasado al Asia para esperar los dominios que le quisiesen dar, sino para hacer distribución de ellos á su arbitrio; y que así se resolviesen ó á fiar de él el mejor logro de su fortuna, ó á disponerse á disputarle con las armas al dia siguiente.* Habiendo elegido lo último, resistieron valerosamente los primeros asaltos de los macedones, de quienes quedaron muertos algunos, y entre ellos dos hijos de Helanica, ama que había sido de Alexandro y hermana de Clito, el cual libró (como dejamos dicho) al rey, con grande gloria suya, del peligro que corría su vida; pero encendidos éstos de la cólera y del desquite, habiendo apretado con sus máquinas y derribado gran parte de las murallas de la ciudad, se disponían á entrarla, á tiempo que reconociendo los enemigos en el puerto los bajeles de los macedones, y teniéndose por perdidos, se arrojó al mar una parte de ellos sobre sus escudos para pasar á nado á una pequeña isla cercana á la ciudad; cuyo intento les salió vano, así á ellos como á los demás, que, apoderados de las barcas, procuraban librarse en ellas, por haberlos cogido los enemigos á la entrada del puerto.

Tomada así esta ciudad, envió Alexandro contra los que se habían amparado de la isla, para que no gozasen largo tiempo de la seguridad que en ella habían buscado, ciertos bajeles, en quienes hizo llevar escalas con que pudiesen subir los soldados por entre las rotas orillas de aquella isla como por las murallas de qualquiera ciudad enemiga; si bien, habiendo reconocido la resolución en que estaban los mercenarios griegos que se habían retirado á ella de defenderse hasta el último trance, en medio de no pasar de trescientos, compadecido y obligado del generoso valor con que se exponían á perder sus vidas en defensa de los que se habían valido de ellos, los perdonó y mandó sirviesen debajo de

sus banderas. Redujo á servidumbre á todos los bárbaros que se hallaron en Mileto, en cuyo honor concedió libertad á los milesios que habían quedado en la ciudad, atento á la gloria que mereció en lo antiguo, no menos que por la opulencia y grandeza con que floreció, por haber enviado á los mares vecinos más de setenta colonias, y haberla ilustrado sus ciudadanos con los crecidos premios que obtuvieron en los combates sagrados que estilaban los griegos, reputando este género de victorias por las más honrosas que podía alcanzar la virtud. Pero burlándose Alexandro al ver tantas estatuas, preguntó *que adónde tuvieron las manos y los brazos aquellos grandes varones que representaban, cuando toleraron impusiesen los persas sobre sus cervices el yugo de la servidumbre*. Porque como este esclarecido príncipe, llevado de su natural inclinación al manejo de las armas, aplicaba todo su esfuerzo al uso de la guerra, le parecía cosa indigna que debiendo emplearse el valor, la agilidad y fuerzas en ella, le malograsen, ejercitándole en la diversión y regocijo del ocioso vulgo.

Entrando en el ínterin á saco la ciudad la gente de guerra, respecto de haberla tomado por interpresa, llegaron al templo de Ceres ciertos soldados, á quienes, intentando robarle, dejó repentinamente ciegos el activo resplandor de una llama que salió de lo más interior del templo. Halló también Alexandro en esta ciudad algunos monumentos de sus predecesores, y entre ellos una fuente, á quien llaman los milesios de Aquiles, cuyas aguas se mantienen saladas en su nacimiento, y dilatadas en arroyos se vuelven dulces. Refiérese que Aquiles se lavó en ella, después de haber roto á Strambelo, hijo de Telamón, que pasaba en socorro de los lesbios. Tenían los milesios un oráculo de Apolo de Didymeo, no menos célebre que por la opulencia de sus riquezas por el crédito que le habían granjeado sus

respuestas. En él, pues, es fama que consultando Seleuco, cuyo poder y riquezas fueron grandes después de Alexandro, sobre su vuelta á Macedonia, le fué respondido *que habiendo pedido licencia á Europa, abrazase á Asia.*

Coronó todos estos prodigios la singularidad de uno, que justamente llevó la admiración del rey, á cuyo curioso ingenio era grato el hallazgo y conocimiento de cualquier maravilla. Este fué haber descubierto en la ciudad de Yuso, situada en una isla cerca de Mileto, cierto niño, á cuya inclinación estaba tan sujeto un delfín, que distinguiendo con particular instinto su voz, iba á él siempre que le llamaba, y recibéndole en sus espaldas le llevaba adonde le ordenaba; de lo que infiriendo Alexandro era grato este niño al dios Neptuno, le hizo gran sacerdote suyo.

CAPÍTULO VIII.

Obliga Alexandro á los bajeles enemigos á que se retiren. Licencia su armada, y las razones que tiene para ello. Entra en Caria, donde toma muchas ciudades. Restablece á la princesa Ada con su reino, con cuya acción adquiere el afecto de los pueblos.

De esta suerte se hizo señor de Mileto, en medio de ocupar todavía el mar la considerable armada de los persas; los cuales, confiados en la multitud de sus bajeles y en su marítima experiencia, en que hacía grandes ventajas á los enemigos, procuraban al combate á los lacedemonios, presentándose con gran arrogancia delante del puerto de la ciudad, donde hizo entrar aquellos bajeles el rey; el cual envió á Philotas con la caballería y tres cohortes de infantería al promontorio de Micale, para que se opusiese á los de los enemigos, que estaban ancorados allí, estorbase el desembarco y el que se proveyesen de agua, leña y lo demás de que necesitasen; cuya providencia puso en tan gran conflicto á los bárbaros, dejándolos en el mismo lugar como imposibilitados de saltar en tierra y de hacer las provisiones necesarias, que se hallaron precisados, habiendo tenido consejo sobre ello, á tomar la vuelta de Samos, de donde bien abastecidos de víveres volvieron á presentarse en batalla delante del puerto de Mileto.

En tanto, habiendo reconocido cinco bajeles de persas en un puerto situado entre aquella corta isla (de quien hicimos poco ha memoria) y el lugar donde la armada de los macedones se hallaba ancorada, muchos

bajeles enemigos, y discurriendo estaría ausente y divertida en otro empleo la mayor parte de la gente de mar, por cuyo descuido les sería fácil apoderarse de ellos hallándolos vacíos, partieron á velas llenas á ellos, como si tuviesen segura la presa. Pero habiendo el rey introducido con la mayor presteza en diez galeras toda la gente que se halló más pronta, la mandó que se presentase con ellas delante de los enemigos; y si bien los persas, atemorizados del número de estos barcos y de cosa tan inesperada como verse acometidos de los mismos á quienes creyeron descuidados, y como á tales rendidos, se pusieron en fuga, no dejaron de apresarles los macedones uno de los bajeles en que iban los jacios, librándose por más veleros, entre el resto de la armada, los demás; los cuales se retiraron á Mileto sin haber ejecutado nada de cuanto habían intentado.

Advertido, pues, Alexandro del peligro en que vió su armada y del poco fruto que podía sacar de ella siendo tan inferior á la de los enemigos, y los considerables gastos que era preciso hiciese para mantenerla, resolvió volverla á enviar y quedarse con algunos bajeles para conducir las máquinas de que usaba en los sitios de las ciudades. No fué de este dictamen Parmeni6n, el cual teniendo por más conveniente llegar á medir las fuerzas con el enemigo en un combate naval, representó al rey que serían considerables las consecuencias que se seguirían á sus armas si quedaban vencedores en él los macedones, y por el contrario, de cortísima importancia las que lograrían los persas si los vencían, pues se quedaban tan señores del mar como antes lo estaban, y sin poder adelantar por esto nada en tierra respecto de la resistencia que hallarían en las tropas macedonas que defendían las riberas, mucho más esforzadas que las suyas. A cuyo fin y el de inclinar al rey á aquella resolución le ofreció ser el primero

que exponiendo al peligro su persona lo ejecutase con los bajeles que le diese.

Ni la autoridad de Parmeni6n ni las razones en que se fundaba su parecer, confirmado por el feliz presagio que pocos d1as antes se hab1a advertido en la detenci6n de una 1guila 1 espaldas del ej1rcito sobre la orilla del mar, fueron bastantes para que se redujese 1 1l Alexandro, el cual bien lejos de hacerlo manifest6 cu1nto se engañaba Parmeni6n en persuadirse pudiese nunca ser conveniente oponerse, con tan corto n1mero de bajeles compuesto de gente inexperta, 1 la considerable armada de los enemigos, asistida de pr1cticos soldados. Que aunque se hallaba bien asegurado del valor de los suyos, no era bastante por s1 solo 1ste 1 dar la victoria en las batallas mar1timas, en quienes ten1a m1s parte para evitar los riesgos 6 convertirlos en beneficio propio la variedad de los vientos y de las ondas que la destreza de los pilotos y la diligencia de los marineros. Que la fama y disposici6n de los enemigos ofrec1a considerables ventajas 1 los persas, contra quienes quedar1an vanos 1 in1tiles los esfuerzos de los macedones, respecto de ser tan f1cil 1 los b1rbaros librarse de ellos sin riesgo como alcanzar sin gran fatiga la victoria. En cuyo caso se les seguir1an muy infelices consecuencias, porque siendo natural 1 los hombres prometerse en todas las cosas igual suceso 1 la esperanza 6 el temor que concibieron al intentarlas, lo era tambi1n que toda el Asia, viendo en los principios de la guerra perdidos 1 sus enemigos, recuperase sus desmayados alientos. «Y para que no se dude que este es com1n sentir de toda el Asia, ¿qu1en me podr1 asegurar (dec1a) que los griegos me guardar1n su fe si llegan 1 persuadirse 1 que hemos perdido aquella felicidad que, si confesamos verdad, s6lo respetan en nosotros? No dudo de cu1n favorable consideraci6n sea 1 mi fortuna el haberse mani-

festado detrás de mi armada esa águila, que admito por presagio de feliz suceso; pero este mismo dichoso anuncio nos manifiesta que la victoria que obtuviéremos de la armada enemiga será desde tierra, porque ese pájaro que nos predijo la victoria no se detuvo sobre los bajeles, sí sobre la ribera, mostrándonos tan igualmente le suceso de la batalla como el lugar en que habíamos de darla; fuera de que si reducimos á nuestra obediencia, como hemos empezado, las ciudades marítimas, se disminuirá por sí misma bien aprisa la armada de los persas, no teniendo nuevos socorros, víveres ni puertos adonde surgir, cuyas conveniencias si faltan á los enemigos por vuestra disposición y valor quedarán, aunque hoy se hallen más poderosos, en el mar deshechos y próxima á cumplirse la predicción de aquella lámina de bronce que poco ha arrojó de sí inundándose una fuente de Lidia, y en quien hallamos grabados ciertos caracteres que declaran cuán cercano está el fin del imperio de los persas.»

Licenció, pues, su armada y dejó á sus capitanes el cargo de sujetar el Ponto y sus comarcas, y siguiendo su intento pasó en persona á Caria, donde supo se había retirado considerable número de enemigos. Esperanzólos la ciudad de Halicarnaso por la fortaleza de su situación y de dos buenas ciudadelas en que podrían sus murallas detener cual poderosa trinchera el impetuoso torrente con que venía Alexandro. Pero aún más se fundaba su confianza en el crédito de Memnón, cuya vigilancia y cuidado disponía con pródigo acuerdo, cuanto juzgó necesario para la vigorosa resistencia de un largo sitio, por haberle dado Darío algunos días el gobierno de toda la costa del mar y de la armada. Fué causa de esto el que habiendo reconocido Memnón no bastaban ni las considerables ventajas que hacía en la disciplina militar á todos los capitanes de la Persia, ni las expe-

riencias que había dado de su fidelidad para que, purgadas las sospechas en que ponía á los persas, mirarle como á griego y como á quien se hizo un tiempo tan gran lugar en la corte de Macedonia, perdiendo el recelo con que vivían de que pudiese algún día tener inteligencia en ella, correspondiesen á sus grandes merecimientos las mercedes del rey, le envió á sus hijos y mujer, más que por solicitarlos á su abrigo el resguardo con que pretextó esta acción, por asegurar su confianza por medio de estas prendas.

Habiendo, pues, entrado Alexandro en Caria, redujo en breve espacio todas las ciudades que estaban entre Mileto y Halicarnaso por habitar la mayor parte de ellas los griegos, á quienes acostumbraba conceder sus leyes y privilegios, protestándoles había pasado al Asia sólo por ponerla en libertad; pero bien aprisa granjeó en los bárbaros no menor afecto la urbanidad con que trató á Ada, princesa de la real sangre, la cual pasando por aquella comarca el rey, le visitó y pidió la admitiese debajo de su protección y la restableciese en su reino. Tuvo Hecatomno, rey de Caria, tres hijos y dos hijas: el mayor, llamado Mausoleo, casó con Artemisa, y la menor con su hermano Hidrieo. Artemisa, pues, hermana y mujer de Mausoleo, le había sucedido en el reino siguiendo la costumbre de él, donde es permitido á los hermanos casarse con las hermanas para que igualmente gocen del dominio. Pero muerta ésta del excesivo dolor de haber perdido á su marido Hidrieo, que la sucedió y murió sin hijos, dejó el imperio á Ada, á quien se le usurpó Pexodoro, que era el único que había quedado de los hijos de Hecatomno. Y aunque con la muerte de éste debiera haber recuperado la corona, no se lo permitió Orontabates, gran señor de la Persia, á quien había elegido por yerno suyo Pexodoro con el fin de asegurarse mejor por medio de sus fuerzas en la pose-

sión de un reino que violentamente había usurpado, por haberse apoderado de él luego que murió el suegro, presuponiendo que le pertenecía como dote de su mujer.

Habiéndose, pues, quejado Ada á Alexandro de aquel agravio, y dádole la fortaleza de Alindes, consiguió de él permiso para que le llamase hijo suyo y que la ofreciese concurrir á su restablecimiento al tronó, como se lo cumplió después de haber tomado á Hali-carnaso, haciendo que la obedeciese y reconociese la Caria por su reina. Con cuya generosa acción, la cual divulgó la fama por toda aquella comarca, granjeó la inclinacion y obediencia de muchas ciudades, facilitando ésta el poseer la mayor parte de ellas parientes ó confederados de Ada, los cuales enviaron luego al punto al rey por medio de embajadores coronas de oro, protestándole *quedarían gustosos debajo de su protección y poder para ejecutar con la mayor fidelidad sus órdenes*. Mientras pasaba esto, disponía cuidadosamente Ada deliciosas viandas, primorosos dulces y cuantos géneros de regalos comestibles pudo discurrir; los cuales envió á Alexandro con los cocineros y reposteros más excelentes que allí se conocían, creyendo le sería grato obsequio divertirle á su vuelta de las fatigas de la guerra con las delicias del Asia. Pero aquel prudente príncipe, no ignorando cuán poco oportunos son á quien se ocupa en tan generosos empleos el desordenado apetito á los manjares y el vicioso trato de las mujeres, agradeciendo su afecto la mandó decir *que Leonidas, su ayo, le dió en uno de sus documentos que le debió en su juventud mejores cocineros que los que ella le enviaba, advirtiéndole que el mejor medio para comer con gusto era madrugar y andar, y el de cenar con apetito hacer una moderada comida*.

CAPÍTULO IX.

Pone sitio á Halicarnaso. Intenta en vano apoderarse de la ciudad de Minda. Salida de los de Halicarnaso para estorbar sus trabajos. Temeridad de los soldados, de que se origina un gran combate. Talento y moderación de Memnón, capitán de los persas.

Reducida de esta suerte casi toda la Caria á la obediencia de Alexandro, la resistía Halicarnaso, capital del reino, confiado en la fuerte guarnición con que se hallaba; por lo cual, persuadido el rey á que aquel sitio duraría algún tiempo, hizo traer sus bajeles, vituallas y las máquinas que eran necesarias para atacarla, con cuyo fin dispuso su infantería á cinco estadios de la ciudad. Batiendo después las murallas, cerca de la puerta que va á Mylasa, hicieron los sitiados una repentina salida que resistieron los macedones; los cuales, habiendo muerto á algunos, hicieron volver sin gran dificultad á los demás.

Pocos días después, esperando Alexandro tomar por inteligencia á Minda, pasó á ella de noche con una parte de sus tropas; mas viendo que ninguno de la ciudad se declaraba á favorecer su intento, y que no correspondía el suceso á lo que le había ofrecido, hizo acercar sus soldados de pesadas armas, á quienes dió orden para que minasen el muro por no haber traído escalas ni máquinas, respecto de no llevar intento de ponerla sitio; pero aunque derribaron una torre no abrieron brecha para poder entrar en la ciudad, respecto de haber caído de tal suerte, que sus ruinas resguardaban aquella par-

te de la muralla que cubría estando en pie. A que se llegaba la valerosa resistencia con que se defendían los sitiados, mayormente habiéndoles llegado al mismo tiempo el socorro que de Halicarnaso les envió Memnón, noticioso del peligro en que se hallaba aquella ciudad, que acabó de imposibilitar los intentos de los macedones.

Vuelto Alejandro al campo, delante de Halicarnaso, determinó inmediatamente hacer llenar un foso de treinta codos de largo y de quince de profundidad, el cual habían ahondado los enemigos delante de la ciudad, para cuyo fin, y el de que pudiesen conducir los soldados sin ningún peligro la tierra y lo que era necesario á llenarle, mandó disponer tres tortugas. Finalmente, estándolo, hizo el rey acercar las torres y máquinas para batir las murallas, y habiendo abierto con ellas una brecha razonable, hicieron los macedones grandes esfuerzos para entrar en la ciudad, aunque con poco fruto, respecto de la valerosa oposición con que animados de la presencia de sus cabos y del crecido número de gente con que se hallaban los sitiados, á quienes era fácil el remudarse, á proporción de ellos, los resistieron. Por lo cual se empleó todo aquel día en diversos combates; á cuya fatiga, juzgando Memnón rendidos á los enemigos, por haber advertido en sus guardas más negligencia de la que acostumbraban, salió de la ciudad de noche con buen número de sus tropas, y puso fuego en los trabajos y en las máquinas.

Acudiendo prestamente los macedones á apagarle, y procurando impedírsele animosamente los enemigos, se trabó un combate bastante sangriento; porque aunque los macedones eran superiores á los enemigos en el valor y en la tolerancia de los peligros, inferiorísimos en el número y en el aparato de los persas, á cuyas flechas y todo género de tiros, arrojados desde las murallas por las máquinas, estaban expuestos, sin po-

der vengarse de las heridas que recibían, en cuanto no les era permitido pelear á distancia de la ciudad.

Era en tanto horrible el clamor de una y otra parte: animaban unos á su gente é injuriaban otros á sus enemigos; llegándose á esto los gemidos de los heridos y de los que morían; los cuales, entre las tinieblas de la noche, lo llenaban todo de espanto y horror, que aumentaba el vocerío confuso de la muchedumbre, la cual, mientras los demás combatían, se ocupaba en reparar los muros que habían roto las máquinas. Finalmente, prevaleciendo el valor de los macedones, obligó á los enemigos á que se retirasen dentro de sus murallas, después de haber muerto cerca de setenta, entre quienes fué uno Neoptolomeo (el cual se había amparado de Darío con Aminthas, su hermano) sin más pérdida que la de seis hombres, aunque los heridos fueron cerca de trescientos, respecto de que habiendo sido el combate de noche, no podían preservarse de los tiros, que no veían y que recibían al acaso.

Algunos días después dió bien ligero accidente ocasión para un reencuentro considerable; el cual empezó por dos soldados de las tropas que Pérdicas tenía á su cargo. Alojaban ambos juntos; y cierto día, después de haber bebido, introducida conversación, para quien tomaron sus valerosas acciones por asunto, como de ordinario sucede entre soldados de espíritu, pasaron á disputar cuál de ellos excedía al otro en fuerzas y valor, y á concluirla, diciendo uno á su compañero: *¿Para qué reducimos á palabras tan gloriosa disputa? Hoy no se trata aquí de averiguar cuál es la mejor lengua, sino cuál es el mejor brazo. La ocasión no puede ser más oportuna; élla decidirá mejor nuestra diferencia, y si es mayor tu valor que el mio.*

Encendidos, no menos que de la emulación del vino, tomaron sus armas y partieron juntos á las murallas de

la parte de la ciudadela de Milasa. Conmovidos de su temeridad salieron de la ciudad algunos, á quienes, bien lejos de huir aquellos arrojados mozos, esperaron con espada en mano, disparando dardos contra los que se retiraban. Mal pudiera su osadía mantenerse por sí sola, sin el castigo á que se había expuesto, ni resistir largo espacio combate en quien era tan ventajoso el número de los enemigos como el lugar desde donde peleaban, si reconociendo primero algunos de sus compañeros el peligro y después otros, no los hubiesen socorrido; á cuyo ejemplo hacían lo mismo los de la ciudad, saliendo de ella á proporción de los que veían acudir de parte de los macedones. Eran tan varios los sucesos como las fuerzas; las cuales, superiores unas veces é inferiores otras, dejaban ya vencedores á los macedones y ya á los enemigos, hasta que acercándose Alexandro con los que le asistían, atemorizados los enemigos de su presencia, se retiraron luego al punto á la ciudad, adonde estuvieron muy próximos á entrar los macedones, siguiéndoles respecto del descuido y corta defensa que habían dejado por aquella parte, habiendo llevado á todos á las murallas la curiosidad de aquel suceso. Habían derribado dos torres con sus muros las violentas baterías de los arietes macedones; y la tercera, movida ya y abierta, quedaba incapaz de resistir á los minadores; pero no pudieron aprovecharse de la oportunidad que por este medio se les ofrecía para entrar en la ciudad, por pelearse tumultuariamente y no estar junto ni en orden de batalla el ejército.

Y si bien los griegos los daban por rotos y afirmaban que como tales les habían cedido la victoria, sin querer enviar por los muertos para enterrarlos, tuvo Alexandro por mejor pedir los suyos y hacer treguas con el enemigo, que dejarlos abandonados y sin sepultura; pero hallándose allí Ephialtes y Trasibulo, atenienses,

en servicio de los persas, con más odio á los macedones que atención á la piedad común, lo contradijeron, alegando que por ser los mayores enemigos que tenía la Persia, no se los debían conceder; si bien fué de contrario sentir Memnón, el cual les representó cuán indigno era de su estilo y de las costumbres de los griegos negar la sepultura á los enemigos que habían vencido; pues las fuerzas y las armas sólo se debían esgrimir contra los que tenían á la vista vivos y se les resistían, sin que se extendiesen sus iras á ejercitar su rigor con baldones y ultrajes en los que por muertos se hallaban tan incapaces de ofenderlos como de merecérselos.

Tal fué el sentir de Memnón, cuya moderación resplandeció entre las demás virtudes que ilustraban su persona, acreditada en todas las acciones de su vida, en cuyo curso nunca tuvo por lícito á ningún hombre de obligaciones vencer á su enemigo con las injustas armas del agravio y la injuria que ofrece la ceguedad de la pasión, sino con las generosas que ministra la razón, en el valor, la fuerza y la prudencia. Y así se refiere que advirtiendo hablaba con desprecio de Alexandro uno de sus soldados, le dió con la lanza, diciéndole que no le pagaba su sueldo para que dijese mal de Alexandro, sino para que pelease bien contra él.

CAPITULO X.

Otra salida de los de Halicarnaso. Son rechazados. Ponen fuego á su ciudad. Abandónanla, y retíranse á dos ciudadelas, á quienes toma poco después Alexandro.

Atentos quanto les era posible los sitiados á su seguridad, trabajaban en el interin en levantar por dentro otra muralla de ladrillo que pudiese suplir la falta de la que les habían derribado; si bien no era en línea recta, como aquélla, sino en la misma forma que tiene la luna cuando está en creciente, la cual, concluída en breve, respecto del crecido número de gente que trabajaba en ella, empezó al día siguiente á padecer las baterías enemigas, por haberle parecido á Alexandro tendría quanto más reciente tanto mayor facilidad de arruinarla. Mientras se ocupaban en esto los macedones, hicieron los sitiados otra salida de la ciudad, sin lograr con ella más fruto que el de quemarles algunos reparos que los cubrían y parte de una torre de madera, por haber estorbado Philotas y Halanico, á cuyo cuidado estaba el de las máquinas, pasase adelante la llama, y mucho más Alexandro, que habiendo acudido al peligro, atemorizó de tal suerte á los enemigos su presencia, que dejando el fuego, y áun algunos sus mismas armas, volvieron con precipitada fuga á la ciudad, desde donde, mejorados de lugar y favorecidos de él, se defendieron más fácilmente; fuera de que estando el muro hecho en la forma y disposición que dejamos dicho, podían desde él cargar de flechas á los enemigos, no sólo de frente sino también de flanco y por cualquier parte donde acometiesen.

Sin embargo, viéndose cada día más apretados, y discurriendo que Alexandro no se retiraría sin haberse apoderado de la ciudad, tuvieron consejo los capitanes persas sobre lo que debían resolver. Hallábase allí Ephialtes, á quien se le igualaban pocos en lo vigoroso del cuerpo y en lo esforzado del ánimo. Este, pues, habiendo ponderado las penalidades y trabajos de un dilatado sitio, les manifestó no debían esperar á que consumidas lentamente sus fuerzas, les precisase la necesidad á rendir la ciudad á discreción del vencedor, sino hacer mientras las tenían una salida con los más escogidos soldados que estaban entonces á sueldo suyo, y llegar á las manos con el enemigo. Que esta resolución, aunque á los primeros visos parecía temeraria, esperaba los desengañase con su ejecución el suceso, pues hallándose bien ajenos de ella los enemigos y consecuentemente desprevenidos, podrían deshacerlos sin gran dificultad.

No se opuso Memnón al sentir de Ephialtes, porque si bien no acostumbraba preferir las resoluciones arriesgadas á los consejos prudentes y seguros, hallándose destituidos de socorro y con el riesgo tan inevitable como próximo, le pareció era aquel uno de los casos en quienes se debía librar al suceso el desengaño de lo que en tan gran peligro podía obrar un capitán, á quien parece movía superior inspiración á hacer experiencia de los últimos recursos. Por tanto, habiendo escogido Ephialtes dos mil hombres de las tropas mercenarias, hizo disponer mil hachas encendidas, y les ordenó estuviesen prontos y armados desde el amanecer para tomar sus órdenes.

Ocupábase en el ínterin Alexandro, desde que empezó á rayar el día, en hacer acercar sus máquinas al nuevo muro de ladrillo; á cuyo tiempo, abierta inopinadamente una puerta de la ciudad por orden de Ephial-

tes, y dividida en dos porciones su gente, mandó á una de ellas saliese con hachas encendidas en la mano, á quien, habiéndolo hecho, siguió inmediatamente con el resto, en forma de batalla, para embarazar á los enemigos apagasen el fuego de las máquinas.

Entendido Alexandro de todo, ordenó prontamente á los suyos en batalla; dispuso el socorro que era necesario enviar á una y otra parte, compuesto de soldados escogidos y algunas tropas que fuesen á extinguir el fuego, y partió él mismo contra Ephialtes; el cual, dejando por su fortaleza y valor muertos, á los acerados filos de su espada, cuantos le hacían rostro, animaba á los suyos con la voz, con las acciones y aún más con su ejemplo. No trabajaban poco en el ínterin á los enemigos los sitiados desde una torre de cien codos de altura que habían hecho sobre sus murallas, de donde los cargaban fácilmente, por medio de sus máquinas, de saetas y piedras; á cuyo tiempo, saliendo improvisadamente por otra parte de la ciudad llamada Triphylón un trozo de gente á orden de Memnón, ocasionó tan gran tumulto en el campo de los macedones, que el mismo rey se halló en duda de lo que debía hacer.

Pero su grandeza de ánimo, la destreza con que proporcionaba á los peligros sus órdenes, y la prontitud con que la fortuna le favorecía con sus socorros cuando más necesitado estaba de ellos, vencía los mayores riesgos. Por lo cual fueron rechazados, no sin gran mortandad, los que pusieron fuego á las máquinas, de la gente que las guardaba y de la que envió el rey en su socorro; y reparados por la parte que había cargado Memnón los esfuerzos con que los acometía, por Ptolomeo, hijo de Philipo, capitán de los guardias de corps, asistido de las cohortes de Timandro, de Addeo y de su propia compañía, quedaron por último gloriosamente vencedores los macedones, aunque con pérdida de Pto-

lomeo, Addeo y Clenarco, capitanes de los ballesteros, y de cerca de cuarenta hombres de su gente; habiendo puesto en tan precipitada fuga á los enemigos, preocupados del miedo y del pavor, que llegando en confuso y desordenado tropel á la puente que habían hecho para pasar el foso, muchos, solicitando salvarse, rendida ésta al grave peso, se precipitaron con ella. A vista de cuyo suceso se arrojaron los demás que habían quedado detrás al foso, donde fueron ahogados unos por su misma gente, y muertos otros á los tiros de los dardos que disparaban sobre ellos los macedones desde arriba, sin muchos que, habiéndose librado de este tumulto, hallaron la muerte á las mismas puertas de su ciudad, respecto de que no menos atemorizados los de dentro las cerraron aceleradamente, abandonando gran parte de los suyos, recelosos de que á vueltas de ellos entrasen confusamente dentro los enemigos.

En tanto, Ephialtes, no menos formidable con la desesperación que con la esperanza, combatía tan valerosamente contra las tropas del rey, que hubiera puesto en duda la victoria si los soldados viejos de Macedonia, reconociendo el peligro de los suyos, no hubiesen acudido á ellos. Manteníanse éstos en el campo, exentos de las cargas y ejercicios de la guerra y sin pelear, hasta que lo pedía la última necesidad, aunque no por esto dejaban de tirar sueldo como los demás y de participar de los premios y provechos de la milicia, habiendo merecido esta honra por medio de las ilustres acciones que habían obrado en servicio de Alexandro y de los reyes sus antecesores. Partieron, pues, éstos con presteza al mismo tiempo hacia el primer escuadrón, á quien mandaba Atharias, luego que vieron que atemorizada su gente del peligro retrocedía y que procuraba algún lugar donde retirarse; restablecieron el combate é hicieron que los demás recobrasen sus perdidos

alientos, dándoles en rostro con la flaqueza y desmayo; cuya emulación entre unos y otros esforzó á todos, mudándose bien aprisa el semblante y la forma del suceso.

Quedaron muertos en esta refriega Ephialtes y sus más valerosos soldados; los demás volvieron rechazados á la ciudad, donde entraron en su seguimiento muchos macedones, en cuya ocasión la pudieran haber tomado por fuerza, si no hubiese mandado el rey inmediatamente tocar á retirarse, ya fuese porque quiso conservarla, ó ya porque estando en su última declinación el día, temiese la noche y las emboscadas que, aprovechándose de su oscuridad, podían disponerle en los lugares ocultos y desconocidos. Consumidas en este combate las mejores fuerzas de los sitiados, confirió Memnón en consejo que tuvo con Orontovates y los demás capitanes lo que debía ejecutar. La resolución de él fué quemar aquella noche la torre de madera, el arsenal en que estaban las armas, é introducir fuego á las casas más cercanas á la muralla. Ejecutóse así, y prendiendo luego las llamas del arsenal y de la torre impelidas del viento, se aumentó y dilató por todas partes el incendio; á cuyo tiempo hicieron pasar los capitanes la mejor parte de los habitantes y de la gente de guerra á una fortaleza situada en cierta isla, y el resto á otra ciudadela llamada Salmacide, cuyo nombre tomó de una célebre fuente cercana á ella, y la muchedumbre, con lo más precioso de la ciudad, á la isla de Cos.

En tanto Alexandro, habiendo sabido por los transfugas, y reconocido por sí mismo lo que se había ejecutado en Halicarnaso, mandó á los suyos, en medio de ser de noche, entrasen dentro y pasasen á cuchillo á todos los que hallasen empleados en ponerla fuego, y perdonasen á los que se les rindiesen. Observando el día siguiente las dos fortalezas de quienes los persas y los soldados mercenarios se habían amparado, y juzgando costaría

algunos días su rendición, y que ni ésta ni la capital de aquel pueblo merecían su detención y que consumiese el tiempo que podía emplear con mayor fruto en otras empresas, hizo arrasar la ciudad, y dejó al cuidado de Ptolomeo la toma de aquellas fortalezas, cercadas todas de fosos y de murallas, y el de la seguridad de la Caria, con tres mil hombres extranjeros y doscientos caballos.

Correspondió Ptolomeo á la confianza del rey con felicidad; porque juntas después sus tropas con las de Asander, gobernador de la Lidia, deshizo á Orontovates en batalla, y tomaron los macedones las dos fortalezas, en cuyo sitio les obstinó la cólera y el desquite de la misma dilación. En tanto el rey, volviendo el ánimo á Phrigia y á las provincias cercanas, envió á Parmenión á Sardis con las compañías de caballos de sus favorecidos, las tropas de caballería auxiliares y los tesallos (cuyo mando tenía Alexandro Lincestes) con intento de entrar en Phrigia y de tener prestos los víveres en el país enemigo para el ejército que había de seguirles; á cuyo fin hizo llevar consigo carretas y todo lo necesario para conducir las provisiones.

Habiendo entendido poco después que muchos macedones, los cuales se habían casado poco antes de esta expedición, llevaban con impaciencia el carecer de la vista y compañía de sus mujeres, dió orden para que los condujesen Cenón y Meleagro, á quienes por la misma razón sería no menos apacible que á los demás la jornada; con cuya benigna acción aumentó el amor de la gente de guerra, obligándola á que experimentando la atención (y no negaba el consuelo de que pudiese tal vez dar vuelta á su patria) se expusiese con mayor prontitud á los peligros de más distantes empresas. Mandó también á los cabos, que en el ínterin que estaban en Macedonia hiciesen las más numerosas levás

de infantería y de caballería que les fuese posible, y que la trajesen al principio de la primavera con los que habían de volver. Y reconociendo que su ejército se empezaba á corromper con las viciosas delicias del Asia, cuyas torpezas tenían contaminados á muchos de su campo, hizo que se descubriesen cuidadosamente todos los que se hallaban manchados de tan abominable vicio; y que separados de los demás estos impúdicos, fuesen llevados á una corta isla del golfo de Cerámico; la cual participó también de su infamia, quedando en memoria de su destierro con el nombre de Cinedópolis.

CAPÍTULO XI.

Honra Alexandro una estatua de Theodecto. Manda castigar á Lincestes, que conspira contra él. Presagio con que descubre esta traición. Trata bien á los judíos. Adora el nombre del verdadero Dios. Ve en Jerusalén los libros de los Profetas. Hace ofrendas en el templo.

Ejecutado esto, y perseverando en el intento de reducir debajo de su obediencia toda la parte del mar, para que la armada de los enemigos quedase inútil, se apoderó de Hiparnes, la cual le entregaron los soldados mercenarios que estaban en la ciudadela. Después de lo cual se encaminó á Lycia, donde habiendo hecho alianza con los telmisenses y pasado el Xanto, recibió en su protección la ciudad que tiene el nombre del río Pinata y Patara, que son las mejores de esta comarca, sin otras muchas plazas de corta consideración; y reconociendo que las cosas estaban con bastante tranquilidad, pasó á Milias, porción de la gran Phrigia, á quien los reyes de Persia habían aplicado á Lycia. Mientras las recibió en su obediencia, vinieron á solicitar su amistad los embajadores de los phaselitas, y le presentaron una corona de oro; á cuyo tiempo llegaron con el mismo intento otros de la baja Lycia; por lo cual envió delante algunos de sus capitanes para que se entregasen de las plazas de los phaselitas y de los lycios, y pocos días después pasó en persona á Phaselis.

Tenían sitiada entonces una plaza fuerte en las tierras de su dominio que habían fundado y fortificado los pisidas, los cuales incomodaban de la otra parte los pueblos vecinos. Tomóse fácilmente con la llegada de

Alexandro; el cual, por no permitirle el rigor del invierno y la impenetrable aspereza de los caminos que continuase su marcha, se detuvo algunos días con los phagelitas, dando en ellos á su espíritu y á su ejército parte del reposo que necesitaban sus continuadas fatigas. Habiendo tenido uno de ellos festín con sus favorecidos, salió después de cenar á la plaza de aquella ciudad, en la cual habían erigido sus habitadores una estatua á Teodecto; danzó alrededor de ella y la adornó de muchas coronas de flores en memoria de la afectuosa amistad que contrajo con él cuando oía la doctrina de Aristóteles; pero le interrumpió estos regocijos la noticia que estando en ellos le llegó de Parmenión, el cual le participaba que habiendo hecho prisionero á un persa llamado Asisines, había averiguado que pasaba, aunque con pretexto de buscar á Aticies, con orden secreta de Darío, para que solicitase verse con Alexandro Lincestes y le ofreciese, en nombre suyo, el reino de Macedonia y mil talentos por que cumpliese lo que tenían tratado y resuelto.

Habiase conferido entre él y el tráfuga Amintas el cruel atentado de dar muerte al rey, tomando á su cuidado la ejecución de ella. Y si bien se le perdonó el delito, procurando obligarle á la enmienda con crecidas honras, por las cuales debiera hallarse con sumo reconocimiento al rey, preocupado su ánimo del ardiente reinar, juzgaba le era todo permitido á precio de abrir camino para el trono.

Habiéndose, pues, propuesto esto en el consejo, los más celosos criados del rey le culparon, no sólo la facilidad de haber perdonado tan grave delito, sino la de haberle colmado de honras y mercedes y la de haberle dado el gobierno de su más escogida caballería. ¿Cuál será (decían) en lo venidero leal, si demás del perdón se confieren, en vez del severo castigo que merece el parricidio,

como premios de él el favor, los más autorizados cargos y mejores gobiernos? Que era preciso enmendar con prontitud lo que con excesiva clemencia se había errado, para que no pudiese entender el delincuente que estaba descubierto su delito, se evitase el riesgo de que introdujese novedades en los ligeros ánimos de Tesalia. Y que así no se debía despreciar aquel peligro, por ser el más grave que podía ofrecerse, ni malograr los presagios de los dioses, los cuales advertían visiblemente al rey se guardase de traiciones.

Aludiendo al prodigio que le acaeció mientras se halló al sitio de Halicarnaso, de cuya dilatada y penosa fatiga, rendido cierto día, á la mitad de él, al sueño, sobrevino allí una garza (ave bastante conocida en los presagios), la cual permaneció por largo espacio volando con gran estrépito alrededor de su cabecera, inclinándose ya á una y ya á otra parte de su lecho, y cantando con más vigor y confusión de la que acostumbra. No despertó enteramente al ruido Alexandro; si bien, insistiendo en él y en sus tornos la garza, la apartó con la mano; pero en vez de irritarse con aquella acción, tomó asiento en su misma cabeza, repitiendo aún con mayor sonido su canto, sin cesar en él ni querer separarse de ella, por más que la despedía de sí el rey, hasta que despertó del todo; cuyo prodigio atribuyó Aristandro á que corría riesgo la vida del rey por traición de alguno de sus validos, pero que ésta se descubriría; manifestando lo infería así de la propiedad de aquella ave, la cual es naturalmente inclinada á los hombres, y entre todas la más parlera.

En esta consideración, pues, y en la de conformar con la declaración del adivino lo que se le avisaba de Asisines, á que coadyuvaba también la prevención que en sus cartas le hacía su madre para que no se fiase de él; teniendo por cierto el delito, envió verbalmente con

persona de toda fidelidad á Parmeni6n orden de lo que habfa de ejecutar, no habiendo querido fuese por escrito, respecto del riesgo que pudiera tener de ser descubierta, hall6ndose Lincestes en Phrighia con Parmeni6n. Fu6 Amphotoero, hermano de Cratero, de quien se vali6; el cual, vestido 6 la moda Phrighia, pas6 secretamente 6 verse con Parmeni6n, llevando en su compa1ia por gufas algunos pergenses, pr6cticos del camino.

Puso luego en prisi6n 6 Lincestes Parmeni6n, cuya muerte, si bien se difiri6 atendiendo 6 la decencia y decoro de su casa, se le di6 tres a1os despu6s, asi como 6 Philotas y 6 los dem6s delincuentes del propio delito. No fu6 sola esta experiencia la que tuvo para poder conocer estaba al cuidado de los dioses la seguridad de su vida, pues sin ella se le ofreci6 otra, habiendo partido de Phaselis en cr6dito de su protecci6n. Habfa enviado por las montafias 6 la ciudad de los persegios una parte de su ej6rcito, 6 qui6n sigui6, conduciendo lo restante de 6l por una estrecha senda entre el monte Climax y el mar de Pamphilia, cuando estaba en tranquilidad, que es pocas veces en el invierno.

Temiendo, pues, m6s que otro alg6n peligro el de la tardanza, hacfa pasar su ej6rcito por aquel trabajoso paraje con la misma prontitud y ardor que por el camino m6s c6modo y seguro; pero embrav6cido el mar, el viento de Mediodfa que corri6 entonces inund6 con sus aguas la ribera y el camino, acumul6ndolas las crecidas lluvias que, como suele cuando corre, ocasion6. Con todo, habiendo llegado allf Alejandro, se levant6 inmediatamente el de Septentri6n, el cual serenando el cielo facilit6 que volviesen las aguas al mar y que quedase desembarazado de ellas el camino 6 los macedones, si bien necesitaron de todo un dfa para pasar por aquellos desconocidos pantanos, cuyas aguas llegaban 6 cubrir el medio cuerpo de los soldados.

Tal era la confianza con que despreciando Alexandro los peligros se arrojaba á ellos; la cual, aunque se debe atribuir á efecto de su generoso valor, no se puede dejar de confesar le fortalecían en ella los repetidos prodigios y presagios, de quienes pudo conocer le tenía destinado el cielo para tan gloriosas y considerables empresas; pues sin otras se refiere que antes de salir de Macedonia se le ofreció en sueños un hombre cuyo respetuoso y venerable aspecto era superior al de los demás mortales, el cual le intimó *le siguiese al Asia á arruinar y destruir á los persas*; y que esgrimiendo sus armas contra Fenicia cierto sacerdote de los judíos, que llevaba delante de sí, á quien le fué revelada la visión, le hizo memoria de ella. Había intimidado, mientras tenía puesto sitio á Tyro, á los reyes y pueblos vecinos se le rindiesen y mandado hiciesen levas; negáronse á esto y á aceptar su amistad los judíos que habitaban en Jerusalén, célebre y famosa ciudad, con pretexto de la alianza que tenían con Darío. Irritado el rey de su orgulloso desprecio, hizo marchar sus tropas á la Judea, á cuyo camino, temerosos de su indignación le salieron á encontrar los moradores de Jerusalén para solicitar su clemencia, llevando consigo á sus mujeres y á sus hijos por obligarle más á que los perdonase.

Iban primero los sacerdotes revestidos de ropas de lino, á quienes seguía el pueblo vestido de blanco, cuya confusa muchedumbre conducía Jadmo, sumo sacerdote, entonces revestido de los ornamentos pontificales. Admirado el rey de tan majestuosa pompa, se arrojó del caballo al tiempo de acercársele, adelantándose solo á recibirla; y después de haber adorado con profunda reverencia el nombre de Dios, grabado en una lámina de oro de la mitra del sumo sacerdote, le saludó y trató respetuosamente. Dejó esta inesperada acción

tan absortos á los que le acompañaban como regocijados á los judíos; los cuales convertido en esperanza su temor, y prometiéndose no sólo el perdón que solicitaban, sino hacerse también en breve dueños de su gracia, le rodearon, mezclando entre loores y regocijos sus votos.

No sucedió así á los señores sirios, que émulos y declarados enemigos suyos, los seguían, esperando satisfacer con su castigo sus antiguos odios, pues quedaron igualmente admirados que confusos, sin acertar á distinguir si era verdad, ilusión ó sueño lo que veían. Aun á los mismos macedones causó tan gran extrañeza esta novedad, que acercándose Parmenión á Alexandro se tomó la licencia de preguntarle por qué hacía aquella honra á religión tan extraña, admitiendo á su gracia nación tan vil, con agravio considerable de su grandeza. Pero dejándole satisfecho con la participación del sueño que había tenido, entró en la ciudad y en el prodigioso templo de Jerusalén, donde sacrificó á Dios en la misma forma que lo hacían los judíos, y le consagró ofrendas.

Vió los libros sagrados de aquel pueblo, entre cuyas profecías declaraba distintamente una: se rendiría á los macedones la ciudad de Tyro, y que serían sojuzgados los persas por un griego. Y creyendo era él por quien se debía entender ésta, concedió á los judíos permiso para que pudiesen vivir en sus leyes y costumbres dentro y fuera de la ciudad; y para que, pues no labraban las tierras sino de siete en siete años, sólo contribuyesen con los tributos cuando las cultivasen.

Admirado con razón de la natural fertilidad de aquellas tierras (las cuales entre la grande abundancia de frutos con que exceden á las demás pingües, son las únicas que producen el aceite de bálsamo), dejó por gobernador de aquellas regiones á Andrómaco,

á quien después de haber rendido á Tyro y Gaza, dieron cruel muerte los samaritanos, perpetuos enemigos de los judíos; cuyo suceso, aunque sobrevino fuera del tiempo de que se trata, se toca por ofrecerle la ocasión.

CAPÍTULO XII.

Rompe á los bárbaros que pretenden atajarle los pasos. Resuelve Memnón pasar la guerra á Macedonia, para cuyo intento halla favorable disposición en los aliados de los macedones; pero en tan felices principios muere de peste.

Habiendo pasado Alexandro el estrecho inmediato al mar de Pamphilia y partido de Perges, le salieron al camino con embajada de los aspendios los primeros señores de la ciudad, en cuyo nombre le ofrecieron cincuenta talentos para la paga de los soldados y los caballos con que servían al rey de los persas, porque no les pusiese guarnición. Tomó desde allí la marcha hácia los sidetas, que habitan cerca del río Melas, y deducen su origen de los cumeos de Eolia, si bien bárbaros en el idioma; habiendo perdido el griego, no ya por el transcurso del tiempo, como acontece, sino por haber olvidado sus antecesores (como decían) inmediatamente á su llegada á aquellas tierras su lengua natural, y usado de otra tan extraña como inaudita.

Luego que se apoderó de Side, capital de Pamphilia, tomó el camino de Hilio, cuya natural fortaleza, aumentada con la guarnición de soldados extranjeros, le obligó á que diese la vuelta á la ciudad de los aspendios, conmovido de la noticia que tuvo de haberse sublevado; los cuales, atemorizados del acelerado arribo de los macedones, abandonaron sus casas y se retiraron á la ciudadela. Con lo cual, apoderado Alexandro de la ciudad, á quien halló desierta, alojó al pie de la ciudadela, desde donde obligó á los sitiados por medio de

las crueles baterías de sus diestros ingenieros á que se le rindiesen con las mismas condiciones con que se le habían entregado antes. Nada podía ser de mayor perjuicio á la prosecución dichosa de las empresas de este príncipe que el que se le interrumpiese el dilatado sitio de alguna plaza fuerte, si bien para asegurarse de su inquietud hizo que se le entregasen los más principales ciudadanos: que exhibiesen doblada porción de dinero que la que habían dado antes; que estuviesen á orden del gobernador que les nombró; que contribuyesen á los macedones con el tributo anual, y que compareciesen en juicio á litigar el derecho que tenían á las tierras de quienes habían despojado á los vecinos, y á satisfacer el cargo que se les hacía de esta usurpación. Lo cual concluído, volvió á tomar su marcha hacia la ciudad de los pergensios, de donde se encaminó á Phrigia. Hallábase necesitado á pasar, para llegar á ella, por ciertos estrechos que hay entre dos montes cerca de Thelmiso, ciudad de los pisidas, tan inmediatos el uno al otro que casi es indistinta la separación que los forma, ofreciendo en disposición de puertas sus extremidades, las cuales sobre su natural aspereza les hacía más impenetrables el haberse apoderado de ellas crecido número de bárbaros armados para resistir su entrada.

Reconociéndolo así el rey, y previniendo lo que sucedió después, dió orden de que alojasen sus tropas inmediatamente á ella. A vista de cuya detención, temiéndose por seguros los thelmisienses, por atribuirle á medroso efecto del peligro, y pareciéndoles lo quedaban aquellos lugares con medianas fuerzas, se retiró la mayor parte de ellos á la ciudad; de cuya oportuna ocasión aprovechándose el rey, hizo luego marchar sus flecheros y honderos, y los más ligeros que se hallaron entre su gente de pesadas armas, contra los bárbaros,

á quienes habiendo echado de allí, pasó á formar su campo delante de la ciudad. Dió en él audiencia á los embajadores de los selgencios; los cuales le ofrecieron, en odio antiguo de los thelmisienses, sus vecinos, aunque unos y otros deducen de un mismo pueblo su origen, su alianza y socorros. Admitiédolos con benigna gratitud, y pareciéndole no malograr el sitio de una plaza, encaminó su ejército á la ciudad de Salago, fuerte por la naturaleza de su situación, y no menos por el vigoroso presidio de jóvenes que la defendía; pues aunque todos los pisidas son belicosos y valientes, están tenidos en mayor crédito de tales los salgalasenses. Por lo cual, en medio de haberles llegado tropas de Thelmiso, con quien tenían confederación, haciéndo más confianza de su gente que de sus murallas, la pusieron en batalla sobre un monte cercano, desde donde favorecidos de la ventaja del sitio, se opusieron con felicidad á las tropas ligeras que había enviado delante Alexandro, si bien los agrianos, animados de la asistencia de la falange de Macedonia ya cercana y de la presencia del rey, á quien vieron delante de sus banderas, los apretaron vigorosamente.

Trabajaron sin duda considerablemente en llegarle á penetrar, á pesar de la oposición del monte; pero hallándose una vez en la cumbre de él, les fué fácil, por la llanura é igualdad del terreno, desalojar la muchedumbre que la ocupaba. En cuya refriega quedaron de la parte de los macedones muertos Cleandro y más de veinte soldados, y de la de los bárbaros pasaron de quinientos, habiéndose salvado los demás por medio de la fuga; pero el rey siguiéndolos, asistido de las tropas de pesadas armas, con la mayor presteza que le fué posible se apoderó con igual esfuerzo de su ciudad, desde donde, después de haber intimado la guerra á todas las plazas fuertes de Pisidia, rindió unas con la

fuerza de sus armas, y otras con algunas condiciones que las concedió. Luego que ocupó á Thelmiso la hizo arrasar, en castigo de la tenacidad de sus moradores, quitó la libertad al pueblo, y algunos años después la dió á Celene con otras ciudades de Pisidia. Después de lo cual y de haber reducido y pacificado aquellas rudas y bárbaras naciones, tomó la vuelta de Phrigia por la parte donde se ofrece el lago Ascanio, cuyas aguas tienen la virtud de congelarse en sal por sí mismas, excusando á los naturales la diligencia de buscarla.

Mientras pasaba esto, discurriendo Memnón en transferir la guerra á Macedonia y Grecia para estorbar con alguna diversión el presuroso curso de las empresas de Alexandro; cuyas triunfantes armas se acercaban ya al Asia, había juntado todas sus fuerzas, de quienes habiendo librado con él todas sus esperanzas Darío, obligado del valor y destreza con que mantuvo el prolijo sitio de Halicarnaso, oponiéndose á los vigorosos esfuerzos del vencedor, le había dado el mando absoluto, con muy considerables sumas de oro para los gastos de la guerra.

Teniendo, pues, dispuesta su gente en el mayor número que le fué posible y embarcada en trescientos bajeles, se hizo al mar con esta armada, después de haber premeditado y prevenido cuanto pudiera ser favorable y contrario á tan considerable empresa. Apoderóse de todos los lugares que se hallaban con corta guarnición, entre quienes era uno Lampsico, y cargó en las islas, á quienes no podían socorrer los macedones por estar, aunque de una y otra parte dueños de la tierra firme, faltos de bajeles con que hacerlo. Favoreció mucho los intentos de este ilustre general la desunión que había en todos; porque si bien mantenía la mayor parte el partido de Alexandro, á quien reconocían su libertad, había muchos que habiendo debido su grandeza

al dominio de los persas, posponiendo á sus privados intereses la conservación y libertad de la República, y el que fuesen común el poder y mando, deseaban, á precio de recuperarle, ver restituidos al dominio á sus antiguos dueños. Con este fin admitieron Atenágoras y Apolonides en la isla de Chío, donde tenían la primera suposición, á Memnón, después de haber hecho partícipes de su intento á Phisino y Megario, que seguían su partido.

Teniéndola, pues, Memnón al de Darío, la puso guarnición; y habiendo dejado el gobierno de la ciudad á Polonide, y á los de su facción, pasó á Lesbos, á Antisa, á Pyrra y á Eresa, de quienes se apoderó fácilmente. Restituyó al tirano Aristónico á Methymnea, y redujo toda la isla, excepto Mitylene, á quien por más que la apretó con largo y vigoroso sitio no pudo rendir; porque habiendo cercado la ciudad por todas partes y el puerto con bajeles por cuantos lugares le parecieron oportunos á embarazarla el socorro, le sobrevino la muerte, ocasionada de la peste, con tan considerable daño de los persas como malogro de las grandes esperanzas que había concebido Darío de su elevado talento, de su valerosa resolución y de sus largas experiencias.

Hallándose próximo á rendir su espíritu, nombró en su cargo á Pharnabaces, hijo de su hermana y de Artabazo, para que le ejerciese en el ínterin que le proveía Darío con la noticia de su fallecimiento. Pharnabaces, habiendo dividido entre él y Antophrates, general de la armada, los distintos cargos de aquel sitio, redujo á tan grande aprieto á los sitiados, que se hallaron obligados á rendirse, con las condiciones de que saliese libre la guarnición, de que derribasen las columnas en que estaban grabados los artículos de la alianza que habían ajustado con Alejandro, y de que hecho el jura-

mento de fidelidad á Darío, restituirían á su ciudad la mitad de los desterrados. A cuyos tratados no correspondieron los persas con la observancia que debían por haber introducido guarnición en la ciudad (cuyo gobierno dieron á Licomenes Rhodio, así como el dominio á Diógenes, uno de los desterrados, en premio de haber mantenido su partido) por haberse apoderado de toda la plata, oro y riquezas de los particulares, y por haber impuesto en la ciudad tributo general.

QUINTO CURCIO.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Apodérase Alejandro de la ciudad y fortaleza de Celene. Entra en la capital de Phrigia, donde habiendo cortado el nudo gordiano, resuelve pasar en busca de Darío.

Habiendo en tanto despachado Alejandro al Peloponeso á Creandro con porción de dinero por que hiciese levas de gente, y dado las órdenes convenientes para las disposiciones de Lycia y de Pamphilia, partió á acampar delante de los muros de Celene, por medio de cuya ciudad pasaba en aquel tiempo el río Marcyas, á quien hicieron célebre las fabulosas ficciones de los griegos. Deduce su origen de la elevada cumbre de un monte, desde donde descendiendo con ruidoso ímpetu á una roca, dilata por lo llano sus purísimas aguas, regando con ellas los campos cercanos y conservándolas siempre sin mezcla de otras. Su color, semejante al del mar cuando se ofrece en serenidad, dió ocasión á los poetas para fingir *que las ninfas enamoradas del río hacían su mo-*

rada en aquella roca. Conserva su nombre mientras corre dentro de los muros; pero luego que sale de las fortificaciones, aumentadas sus ondas y su impetuoso raudal, le muda en el de Lyco.

Habiendo abandonado sus habitadores la ciudad, entró en ella el rey, de donde pasó á acometer la fortaleza á que se habían retirado, enviando delante un heraldo para que les notificase se rindiesen, y que de no hacerlo no esperasen gracia alguna. Pusieron los sitiados al heraldo sobre una torre de crecida magnitud, y habiendo hecho que reconociese su altura le encargaron dijese á Alexandro *no había llegado á conocer lo que era aquella fortaleza como ellos, que sabiendo cuán impenetrable era, estaban resueltos á exponerse á todo lance y á perecer antes que faltar á la constante fidelidad que debían á su dueño.* Pero viéndose acometidos y que la necesidad los estrechaba cada día más, pidieron tregua de sesenta días, ofreciendo rendirse si cumplidos éstos no les había llegado socorro, como lo ejecutaron el día señalado por haberles faltado.

Llegaron después embajadores de Atenas pidiendo les concediese los ciudadanos que les hicieron prisioneros en la jornada de Gránico. A que respondió que despacharía no sólo éstos sino también á sus ciudades á los demás griegos luego que pusiese fin á la guerra de Persia. Deseaba con impaciencia acercarse á Darío, y teniendo noticia de que aún no había pasado el Euphrates, juntas sus tropas con resolución de hacer la guerra con todas sus fuerzas, sin exceptuar algunas de empresa tan peligrosa, dispuso su marcha por Phrigia, cuyas poblaciones se componen más de villas que de ciudades y cuya capital es Gordio, antigua y famosa corte del rey Midas, situada sobre la ribera del río Sangario, á igual distancia del mar Pónico que del de Cilicia. Créese es este el más angosto paraje de toda el Asia, en

el cual estrechando ambos mares por una y otra parte, la tierra queda á manera de puente, uniendo con la tierra firme esta provincia, á quien circundándola casi enteramente las aguas la dejan en forma de isla, sin que se ofrezca entre los dos mares más que esta corta porción de tierra que los divida.

Habiéndose apoderado el rey de la ciudad, entró en el templo de Júpiter, donde vió el carro de Gordio, padre de Midas, el cual sólo se diferenciaba de los demás en la singularidad del yugo, cuyas ligaduras se componían de repetidos nudos, tan mezclados y unidos entre sí los unos con los otros, que no se les podían descubrir los cabos. Supo de los habitantes *estaba prometido por anuncio del oráculo el imperio del Asia á quien acertase á desatar aquella inexplicable unión*. Con cuya noticia, inflamado Alexandro del deseo de que se cumpliese en él la predicción, se aplicó á procurarlo. Hallábanse presentes muchos phrigios y macedones, tan temerosos los unos de que le desatase como cuidadosos los otros del peligro á que se exponía si no lo conseguiese, cuyo recelo aumentaba en éstos la impenetrable dificultad que ofrecía el industrioso artificio de los nudos, en quienes no se podía descubrir ni el principio ni el fin de ellos. Con todo, hallándose ya empeñado el rey en aquel intento, y teniendo por infausto presagio no lograrle, habiendo hecho algunos esfuerzos inútiles, *poco importa (dijo) el modo de desatarle*. Y cortando de una cuchillada todas las correas, ó burló la predicción del oráculo ó la cumplió.

Resuelto, pues, á dar la batalla á Darío en cualquiera parte donde le hallase, y deseando asegurar las plazas que dejaba atrás, dió á Amphotero el gobierno de la armada que estaba á la parte del Helesponto y á Hegeloco el mando de las demás tropas, con orden de echar las guarniciones enemigas de Lesbos, de Chío y de Cos,

para cuyos gastos les libró 500 talentos, é igual cantidad á Antipatro y á los que había dejado en defensa de las ciudades de Grecia; ordenando á los aliados que en cumplimiento de los tratados contribuyesen con cierto número de bajeles para la seguridad del Helesponto. No tenía aún noticia de la muerte de Memnón, cuyo capitán era entre todos los de Darío quien únicamente le daba cuidado, por conocer no podían hacerle oposición los demás faltando él. Había llegado ya hasta la ciudad de Ancyra, donde habiendo hecho la reseña de su ejército entró en Paphlagonia, frontera de los enetos, y de quienes, según el sentir de algunos, traen los venecianos su origen; cuya región, habiéndole dado la obediencia, y en seguridad de ella rehenes, logró quedar exenta de tributos como lo estuvo en tiempo de los persas. Puso en ella á Cales por gobernador, y llevando consigo las reclutas que acababan de llegar de Macedonia, se encaminó á Capadocia.

CAPÍTULO II.

Pasa muestra el ejército de los persas, y Charidemo, ateniense, es condenado á muerte, por haber dicho, aunque con orden de Darío, libremente su sentir.

En el interin Darío, habiendo tenido noticia de la muerte de Memnón, y recibido con ella el sentimiento que merecía pérdida tan considerable, sin fiar de otro alguno sus esperanzas, resolvió mandar por sí su ejército, por hallarse poco satisfecho de sus cabos, habiendo experimentado el descuido de muchos y la infelicidad de todos. Formó su campo en lo llano de Babilonia, y para animar más á su gente, quiso ver juntas todas sus fuerzas, á cuyo fin, siguiendo el ejemplo de Xerxes, dispuso una circunvalación que pudiese contener diez mil hombres en batalla, donde pasaron muestras sus tropas. Tardaron en entrar en este distrito, según estaban alistadas, desde que salió el sol hasta que puesto le sucedió la noche, y de él se fueron dilatando por las campañas de Mesopotamia, donde se vió una innumerable multitud de infantería y de caballería, la cual parecía aún mayor de lo que era.

Componíase la infantería de doscientos y cincuenta mil hombres, entre quienes había setenta mil persas, cincuenta mil medos, diez mil barcanos, armados de hachas de dos cortes y de abreviados escudos, casi á manera de rodelas; cuarenta mil armenios é igual número de berbices, armados de picas ó palos endurecidos al fuego; ocho mil hombres del mar Caspio y dos mil de las regiones menos belicosas del Asia, con treinta mil

griegos, jóvenes valerosos todos, á quienes tenía a sueldo suyo Darío; no habiendo permitido el tiempo se juntasen los bactrianos, los sogdianos y los indios y los demás pueblos que habitan hacia el mar Rojo, cuyos nombres aún le eran desconocidos. La caballería consistía en treinta mil caballos persas, diez mil medos y dos mil barcanos, armados no de otra suerte que la infantería; siete mil armenios, casi el mismo número de los hircanos, tan buenos soldados como los puede haber en aquellos pueblos; dos mil berbices, doscientos del mar Caspio y cuatro mil que se recogieron de diversas partes, con quien hacían en todo más de sesenta mil caballos; finalmente, de nada estaba menos falto que de muchedumbre de soldados; y si bien, gozoso de verla, le lisonjeaban con ella á porfía sus sátrapas la esperanza, y conforme á su natural adulación, volviéndose hacia Charidemo, ateniense, varón de gran práctica é inteligencia en la milicia, y declarado enemigo de Alejandro por haberle hecho desterrar de Atenas, le preguntó si le parecían bastantes fuerzas aquellas para triunfar de su enemigo.

Charidemo, no midiendo su respuesta con el estado presente de su fortuna ni con el peligro que corre quien aja en algo la vanidad y soberbia de los poderosos, le dió esta:

«Posible es, señor, que te disguste mi verdad; pero si la omito ahora, de nada servirá decírtela después. Ese soberbio aparato de guerra, ese portentoso número de hombres, con cuyas levas dejás agotado el Oriente, compuesto todo de pompa y magnificencia tal que aun la imaginación no pudo prevenir lo que la vista admira, podrá ser formidable á tus vecinos, pues todo consiste en oro y púrpura. No empero al espantoso ejército de los macedones, el cual, despreciando tan vana como inútil ostentación, sólo aplica su cuidadosa

vigilancia á formar con destreza sus batallones, y á resguardarse lo mejor que le es posible, cubriéndose con sus escudos y picas. Su falange es un cuerpo de infantería que combate á pie firme, y se mantiene tan cerrado en sus puestos, que los hombres y las armas son como una impenetrable valla. Hallándose tan diestros y prontos á las órdenes de sus cabos, que á la menor señal los verás seguir sus banderas, guardar sus puestos, y cumplir con todos los ejercicios y empleos militares. Atienden cuidadosos á lo que se les ordena, y cuando conviene volver á una y otra parte, doblar los puestos, y hacer frente á todas, lo saben ejecutar los soldados con no menor destreza que los mismos capitanes. Y para que te desengañes del corto aprecio que les debe el oro y la plata, sabe que esta disciplina no la han aprendido en otra escuela que en la de la pobreza, y que se mantienen aún hoy en ella. Si les molesta el hambre, cualquier mantenimiento los satisface; si la fatiga del trabajo los rinde, en la tierra hallan su lecho, sin que jamás los coja el día sino en pie. ¿Crees, por ventura, tú que la caballería de Tesalia, la de los acarnanes y la de los etolos, pueblos invencibles y fortalecidos de todo género de armas, pueden resistirse á tiros de honda y á palos endurecidos al fuego sus puntas? Son precisas para su opósito iguales fuerzas á las suyas, las cuales se han de solicitar en sus mismas tierras. Envía allá todo ese oro y esa inútil plata y las hallarás.»

Era Darío de natural blando y moderado; pero como de ordinario pervierte al mejor la prosperidad, disgustado de la verdad, mandó llevar al suplicio á Charidemo, sin atender al celo con que aquel ingenuo varón le aconsejó lo mejor que supo y entendió, ni á la indemnidad que debía guardarle habiéndole admitido á su protección. Pero Charidemo, no cediendo aún entonces de

su natural libertad, con voz más entera: «Espero (le dice) que muy en breve satisfaga mi muerte al mismo contra quien te he dado tan saludable consejo, disponiéndote las penas que mereces por haberle despreciado; y que tú, en quien la soberanía y el poder ha ocasionado tan repentina mudanza, sirvas de ejemplo que acredite á la posteridad cuán inútiles son en los hombres las más excelentes prendas con que los adornó la naturaleza, cuando, ciegos á los resplandores de su fortuna, dejándose llevar de su prosperidad, se precipitan á los mayores riesgos.» Expresando esto en altas voces, le cortaron la cabeza los que tenían la orden. De lo cual, aunque tarde, se arrepintió el rey; y reconociendo ser verdad lo que le había dicho, le mandó dar sepultura.

CAPÍTULO III.

Pompa de los reyes de Persia cuando salen á campaña.
Descripción de las tropas de Alexandro.

Ordenó después á Thimondas, hijo de Mentor, joven activo é intrépido, que se entregase de todos los soldados extranjeros que servían debajo del mando de Pharnabazo, con intento de valerse de ellos en esta guerra, por ser en quienes más esperaba, y proveyó en Pharnabazo el puesto que Memnón tenía. Pero demás de la fatiga en que le ponía el peligroso estado de su imperio, le afligían no menos las imágenes que se le ofrecían en sueños de la infelicidad que le amenazaba, ó ya fuesen efecto de la misma congoja, ó ya infausto presagio del futuro suceso. Parecíale que veía los reales de los macedones llenos de grandes resplandores de fuego; que poco después se le acercaba Alexandro, en el mismo traje en que le saludaron á él rey los persas cuando llegó al trono; y que habiéndose paseado á caballo por la ciudad de Babilonia, improvisadamente desaparecieron á un tiempo él y el caballo.

Fueron varios los juicios de los adivinos sobre su verdadera interpretación. Tenían unos por feliz agüero que el rey hubiese visto abrasarse el real de los macedones, y á Alexandro, depuestas sus reales vestiduras, á la moda persiana y en traje de persona privada. Y otros, por infausto presagio aquella gran llama del campo de los macedones, la cual atribuían á anuncio del esplendor de la futura gloria de Alexandro; y su aparición en el mismo traje con que se halló Darío cuando le reconocieron por su rey, á seguro testimonio de que poseería

el imperio del Asia. En cuya comprobación hicieron (como de ordinario sucede á los que temen) memoria de todos los antiguos presagios que lo habían prevenido, y entre otros del de los caldeos; los cuales, luego que mudó Darío en el principio de su reinado la vaina de su cimitarra y la puso al uso griego, pronosticaron de aquella novedad en las armas que el imperio de los persas pasaría á aquellos cuyo estilo había infelizmente imitado. Sin embargo, asegurado el rey de su sueño, por dar mayor crédito á la favorable interpretación de los primeros, ordenó que se esparciese por el pueblo y que se adelantasen sus tropas hacia el Eufrates.

Era costumbre antigua de los persas no poner en marcha su ejército hasta haber descubierto sus rayos el sol, con cuyas resplandecientes luces, ilustrado el día, se daba la señal por medio de una trompeta en la tienda real, donde expuesta sobre ella la imagen del sol, colocada entre cristales, marchaba en este orden. Llevaban primero sobre unas andas de plata el fuego que llamaban sagrado, á quien seguían los magos cantando himnos al estilo de su patria, acompañados de trescientos sesenta y cinco jóvenes, en correspondencia de los días del año, vestidos de ropas de púrpura. Después un carro, consagrado á Júpiter, conducido de dos caballos blancos, y tras él uno de extraordinaria grandeza, á quien llamaban el sol, y los que los seguían con vestiduras blancas y una baqueta de oro en la mano. No lejos diez carros, esculpidos de gran cantidad de figuras de oro y plata, seguidos de un cuerpo de caballería, compuesto de doce naciones, diferentes en armas y en costumbres, y éste de diez mil de los que llaman los persas inmortales; los cuales, adornados de collares de oro, ropas de tela de oro, y ciertos sayos de crecidas mangas, cubiertos de pedrería, excedían en suntuosidad á todos los demás bárbaros.

A treinta pasos de distancia iban quince mil primos del rey, cuya turba, compuesta de adornos poco menos que mujeriles, sobresalía más en la profanidad de éstos que en la hermosura de sus armas. Llevaban poco después de ellos los que llamaban doryphoros la real vestidura delante del carro del rey, en quien se ofrecía con la majestuosa pompa que pudiera en un trono. Hermoseaban y enriquecían este carro imágenes de dioses de oro y plata, en medio de cuyo yugo, cubierto todo de pedrería, sobresalían dos estatuas de un codo de altura, que representaban á Nino y á Belo, entre quienes se interponía un águila de oro en el ademán y acción de desplegar las alas para tomar su vuelo. Nada, empero, igualaba á la magnificencia del rey. Adornaba su persona un sayo de púrpura, cuajado de plata, sobre quien llevaba una dilatada ropa resplandeciente con el oro y la pedrería de que estaba cuajada, y sobrepuestos en ella dos halcones de oro, reclinándose el uno sobre el otro, dándose entre sí con los picos. Ceñíala femenilmente una banda, de quien pendía su cimitarra, cuya vaina cubría preciosa pedrería; y la tiara azul, insignia real, á quien llaman *cidaris* los persas, que llevaba en la cabeza, una faja de púrpura mezclada de blanco. Ocupaban sus lados doscientos parientes suyos, de los más cercanos, seguidos de diez mil hombres, con picas guarnecidas de plata y de oro en las puntas, y de retaguardia treinta mil infantes. Después de los cuales llevaban á la mano cuatrocientos caballos del rey. A distancia de un estadio iba Sisigambis, madre de Darío, en un ostentoso carro, así como en otro su mujer, y detrás todas las damas de ambas reinas á caballo. Seguíanlas quince grandes carros, á quienes llamaban *armamaxes*, y en quienes iban los hijos del rey, las personas á cuyo cuidado estaba su educación y gran cantidad de eunucos, los cuales lograban estimación entre

aquellos pueblos. Procedían luego con real aparato trescientas sesenta concubinas, seguidas de seiscientos machos y trescientos camellos, que llevaban la plata del rey, con escolta de ballesteros. Después las princesas y las mujeres de los que ejercían los puestos de la corona y de los mayores señores de la corte; luego gran muchedumbre de aguadores, leñadores y mozos del ejército, y á lo último algunas compañías, armadas ligeramente, con sus capitanes, los cuales cuidaban de reunir las tropas y hacer que anduviesen.

Tal era el ejército de Darío, bien diverso en todo de los macedones, en el cual se veían hombres y caballos resplandecientes, no con el oro ni con los suntuosos adornos y variedad de colores que aliñaban el traje, sino con el bruñido acero y pulido bronce. Tropas siempre prontas á marchar, á acampar y á combatir; ni cargadas del bagaje, ni embarazadas de gente inútil; obedientes, no sólo á la señal, sino al menor ademán de sus cabos; abastecidas siempre de víveres, y siempre dispuestas á alojar en cualesquiera parajes; por lo cual no le faltaron el día del combate soldados á Alexandro y sí á Darío; el cual, habiéndose empeñado inconsideradamente en ciertos lugares estrechos, no pudo pelear en medio de la innumerable muchedumbre con que dió principio á la batalla, sino con igual número al corto que en su enemigo había despreciado.

CAPÍTULO IV.

Apodérase Alexandro en muy buena coyuntura del paso de la Cilicia, que había abandonado Arsanes, capitán de Darío.

En tanto, Alexandro, después de haber dado el gobierno de Capadocia á Abistamenes, se encaminó hacia Cilicia, á cuya región (llamada el Campo de Cyro, por haber acampado en él aquel príncipe cuando marchó á Lydia contra Creso) llegó. Dista de allí sólo cincuenta estadios el paso de Cilicia, el cual es un estrecho, á quien sus habitantes llaman Pyles, y cuya natural situación parece imita las fortificaciones que le labra el artificio de los hombres.—

Teniendo presente Arsanes, gobernador de la provincia, el consejo que dió Memnón al principio de la guerra, aunque sin proporcionarle con la constitución presente, resolvió, como lo hizo, arruinar la Cilicia, abrasando y destruyendo cuanto pudiera servir al uso de los hombres, para que no se aprovecharen los enemigos de aquellas tierras, cuya conservación tenía por difícil; como si no le hubiera sido más conveniente ocupar con poderosas tropas el estrecho y la cumbre de la montaña que predomina el camino por donde los macedones entraron, desde la cual podía, sin la menor pérdida, embarazar el paso ó deshacerlos, que retirarse, dejando tan corta porción de gente á las entradas, después de haber ejecutado por sí la destrucción que debiera haber impedido al enemigo, y dado con ella ocasión á las moderadas tropas que quedaban para que, creyéndose vencidas, se retirasen también (como lo hi-

cieron) sin esperar al enemigo, de quien menores fuerzas que las de Arsanes habrían bastado á defender aquel puesto, respecto de la constitución de Cilicia; la cual, cerrada con una dilatada cadena de rudos é inaccesibles montes, que descollándose por aquella parte del mar á manera de arco ó media luna se extienden en punta hasta la otra ribera, tiene detrás de ellos, en los más retirados lugares, tres pasos sumamente estrechos y cuya entrada es tan difícil como imposible llegar á Cilicia sino por alguno de ellos. Saliendo hacia el mar, se ofrecen á la falda de ellos prodigiosas vegas, á quienes riegan infinitos arroyos y dos ríos, Pyramo el uno y Cydno el otro, célebres ambos, si bien éste no tanto por lo caudaloso de sus aguas cuanto por la hermosura de ellas; las cuales, descendiendo con suavidad apacible de su origen á llano y limpio suelo, se difunden por él sumamente frías, respecto de la frescura que las participa la sombra de sus riberas, sin que interrumpa ni altere nunca el torrente de otro río su tranquilo curso y pureza.

Había consumido el tiempo en aquella región muchos monumentos que fueron célebre asunto de los poetas, si bien no dejaban de ofrecer en ella los lugares en que estuvieron situadas las ciudades de Lyrneso y Thebe, la caverna de Thyphón, el famoso bosque de Corycio, donde se coge el azafrán, y otros de quienes sólo ha quedado la fama que tuvieron en lo antiguo. Entró, pues, Alexandro por este paso, que ellos llaman Pyle, y después de haber reconocido la situación de los lugares, dijo *que jamás había admirado tanto como entonces su buena fortuna, confesando pudieran haberle deshecho fácilmente á tiros de piedras*. Porque además de ser éste un desfiladero por donde apenas podían marchar de frente cuatro hombres armados, correspondía la eminencia al camino, el cual no sólo era estrecho, sino también roto en muchos

lugares por los golpes del impetuoso torrente que se precipita de los montes. Sin embargo, hizo que se adelantase la caballería ligera de los tracios á reconocer aquellos estrechos, por si en ellos se ocultaba alguna emboscada, y envió una tropa de ballesteros para que se apoderase de la cumbre del monte, con orden de que llevasen la flecha sobre el arco, no ya en forma de marcha, sino de combate.

Con esta orden hizo pasar todo su ejército hasta la ciudad de Tarso, donde llegó al mismo tiempo que los persas empezaban á encender el fuego para que no pudiese aprovecharse el enemigo de la presa de tan opulenta ciudad. Pero sobreviniendo Parmeni6n, á quien el rey había enviado á toda diligencia con algunas tropas de infantería á embarazar el incendio, y viendo que los bárbaros se habían puesto en fuga á la fama de su venida, se entró en ella.

CAPÍTULO V.

Sobrevino á Alexandro una enfermedad de cuidado por haberse bañado fuera de tiempo en el río Cydno.

Corre por en medio de la ciudad de Tarso el río Cydno, de quien acabamos de hacer memoria, cuyos calores se igualan á los crecidos que pueden padecerse en las más ardientes regiones. Habiendo llegado Alexandro á ella en lo más riguroso del verano y del día, cubierto de sudor y polvo, y deseando refrigerar en la hermosa claridad y frescura de aquellas aguas la ardiente fatiga del camino, resolvió bañarse en ellas sin reparar en el peligro á que se exponía hallándose en tan opuesta disposición á semejante intento; con cuyo fin y el de acreditar con los suyos en la moderación de sus adornos su modestia, no rehusó desnudarse á vista de todo su ejército; pero no bien hubo entrado en el río, cuando embargándole recio frío le arrebató casto el natural calor, dejándole tan privado de sentidos, que retirándole á su tienda tuvieron por cercano el fin de su vida los suyos.

La confusión y el clamor que ocasionó este accidente en todo el campo fué cual pudiera si hubiese muerto: deshechos en lágrimas, se lamentaban de que se les malograra en lo mejor de sus prosperidades y de sus conquistas el mayor rey que vió el mundo, no en el riguroso furor de una batalla ó de un asalto, sino en la apacible serenidad de un río. Ponderaban que Darío se hallaba cerca y victorioso aun antes de ver al enemigo, y precisados ellos á volver fugitivos por donde habían

ido triunfantes. Que estando tan igualmente destruído todo el país, así para ellos como para los enemigos, y habiendo de penetrar tantos y tan dilatados desiertos, bastaba el hambre por sí sola á deshacerlos, aun cuando faltase quien los oprimiese. «¿Quién será (decían) el que nos conduzca en la fuga en que pudiera librarse toda la esperanza de nuestro remedio? ¿Quién el que se atreva á suceder á Alexandro? Y cuando seamos tan felices que lleguemos al Helesponto, ¿quién nos facilitará embarcaciones en que le pasemos?» Y convertida su compasión por lo que miraba á la persona del rey, y olvidados ya de su infelicidad, prorrumpían en lamentables gemidos, quejándose de que se les quitase y arrebatase de entre las manos, en la flor de su juventud y en el mayor vigor de espíritu, á su rey y á su camarada.

Sin embargo, cobrando Alexandro espíritu y volviendo poco á poco en sí, conoció á los que le rodeaban y dió muestras de que se había disminuído la fuerza de la enfermedad sólo en que empezaba á sentirla. Era, empero, mayor la dolencia que le afligía el ánimo que la que le oprimía el cuerpo; porque sabiendo llegaría Darío dentro de cinco días, no cesaba de lamentarse de su destino por haberle entregado atado de pies y manos á su enemigo, usurpándole tan ilustre victoria y reduciéndole á poner fin á su vida en una tienda con muerte tan indigna de su persona como ajena de la gloria que se había prometido. Sobre lo cual, habiendo hecho entrar allí á sus confidentes y á sus médicos, les dijo: «Bien reconocéis, ¡oh amigos! el estado á que me veo reducido; en el cual parece que oigo el estruendo de las armas enemigas y que me veo ya provocado del mismo contra quien he traído la guerra. Sin duda alguna Darío se aconsejó con mi fortuna cuando me escribió cartas tan soberbias como las que recibí; pero en vano si es permitido curarme por mi dictamen, según el cual

no pide el estado de mis intereses remedios lentos ni médicos tímidos y tardos, pues importándome más una muerte pronta que una larga convalecencia, no busco tanto remedio para vivir cuanta disposición para poder pelear.»

Esta impaciente temeridad del rey puso en cuidado á todos, y obligó á algunos á suplicarle que no aumentase con la precipitación el peligro; que se pusiese en manos de los médicos, los cuales, no sin razón, procedían remisos en la aplicación de remedios extraordinarios, habiendo solicitado Darío corromper la fidelidad de sus domésticos y publicado que daría mil talentos á quien quitase la vida á Alexandro; á vista de lo cual no se persuadían hubiese quien temerariamente se atreviese á intentar alguno que pudiese hacerle sospechoso.

CAPITULO VI.

Recupera su salud por medio de Philipo, docto y fiel médico,
á quien todo el ejército da grandes gracias.

Hallábase entre los grandes médicos que siguieron al rey desde Macedonia uno llamado Philipo, natural de Arcania, el cual le había servido desde sus tiernos años y le amaba como á su rey y como á quien había criado. Este, pues, emprendió curarle con remedio que no siendo violento esperaba de él prolijo y favorable efecto. Y si bien ninguno asistió á él, le abrazó quien más debía temerle, que era el rey; el cual no teniendo otro anhelo que el de hallarse al combate, cuya victoria le parecía aseguraba como pudiese asistir en él al frente de los suyos, posponía los mayores riesgos á precio de lograrlo, llevando no sin grande impaciencia, la dilación de tres días que eran necesarios para preparar el medicamento. Hallóle entre estos desabrimientos una carta de Parmenión (cuya fidelidad á su persona tenía bien acreditada) en la cual le pedía no fiase su salud de Philipo, por haberle corrompido Darío ofreciéndole mil talentos y á su hermana por mujer suya. Fácilmente se deja entender la conturbación y perplejidad en que le dejaría su contenido: revolvía en su ánimo cuanto le representaba el temor y la esperanza. «¿Tomaré yo (decía entre sí) medicina cuyo veneno quitándome la vida dé ocasión á que se atribuya á arrojamiento mi muerte? ¿Infamaré á mi médico, ó me dejaré oprimir en una tienda? Pero no; quiero antes morir á manos de ajena maldad que á las de mi propia desconfianza.»

Combatido de tan varios pensamientos, no quiso fiar de nadie el contenido de la carta, que ocultó debajo de la almohada; y subsistiendo dos días en sus desabridas inquietudes, entrando al tercero en su cámara el médico con la medicina, tomó el rey con una mano la carta y con la otra la bebida; y habiendo pasado ésta sin el menor recelo, dió aquélla á Philipo para que la leyese, sin quitar mientras lo hacía los ojos de él, por si podía descubrir en su rostro algunas señas de lo que ocultaba el ánimo; pero habiendola leído Philipo, manifestó más indignación que miedo, y arrojándola dijo al rey: «Aunque siempre, señor, ha dependido mi vida de la tuya, nunca tanto como hoy, que en tu salud consiste la justificación del parricidio de que se me acusa, y en su averiguación la seguridad de la mía. La única merced que te pido es, que deponiendo el cuidado que pueden haberte ocasionado los vanos avisos que te han dado tus criados, sin duda con más celo que discreción y oportunidad, des reposo al ánimo y lugar á la medicina para que pueda obrar.»

Asegurado, gustoso y esperanzado el rey con tan constante aseveración, «Bien creo, ¡oh Philipo! (le dijo) que aunque os fuese permitido hacer elección entre todas las pruebas de mi confianza, de la que con mayor testimonio os certificase de ella, excusarais la presente. Ninguna, empero, podíais hallar que más os asegurase de ella, pues habéis visto que despreciando la noticia que tuve en descrédito de vuestra fidelidad, no he rehusado tomar la bebida que me habéis dado, de cuyo efecto me tiene tan igualmente cuidadoso lo que en él interesáis como lo que á mí me importa.» Y dicho esto, le dió, en testimonio de su confianza, su mano derecha.

Sin embargo, empezando la fuerza del medicamento á obrar, causó en él tan rigurosos accidentes, que confirmaban de cierta la noticia de Parmenión; por que

perdida la voz, le sobrevino tan terrible síncope que casi le faltaron los pulsos y á todos la esperanza de su vida; pero Philipo, sin omitir nada de cuanto era consecuente á su oficio y podía contribuir á su alivio, reconociendo que volvía algo en sí, le procuró divertir con cuanto pudiera serle grato, hablándole unas veces de su madre y hermanas y otras de la gloriosa victoria, que para coronar sus triunfos se le ofrecía tan inmediata. Finalmente, habiéndose dilatado y esparcido el medicamento por todas las venas y partes del cuerpo, empezó primero el espíritu y después el cuerpo á recuperar su vigor, con tanta mayor presteza de la que se esperaba, cuanto al tercer día se dejó ver de su ejército; el cual no miraba con más gusto al mismo Alexandro que á Philipo, á quien todos llegaban, cual pudieran á algún dios, á darle gracias por haberles asegurado la vida de su príncipe; porque si bien era natural en aquellos pueblos el amoroso respeto con que atendían á sus reyes, tanto más excesivo el que se concilió Alexandro en ellos, cuanto experimentando que aun sus más temerarias resoluciones las convertía en mayor felicidad y gloria suya la fortuna, no acababan de persuadirse á que dejase de ser sin especial asistencia de los dioses nada de cuanto intentaba; pero lo que aumentaba más glorioso esplendor á sus acciones y mayor admiración con ellas, eran las considerables empresas que había obtenido en tan tiernos años; su grande aplicación á todos los ejercicios que podían facilitarle la agilidad del cuerpo, su modestia en el vestirse sin diferencia de los demás, y su pronta y proporcionada disposición á todo género de empleos militares; prendas que aunque parecen de cortísima consideración en las cosas de la guerra, son de suma importancia entre los soldados, en quienes por ellas (ó ya las debiese á la naturaleza, ó ya al arte) se granjeó tan grande amor como respeto.

CAPITULO VII.

Viéndose Alejandro sano, resuelve acometer á Darío. Manda dar muerte á Sisene por sospechar de él alguna conspiración, á que dió motivo su negligencia.

Habiendo tenido noticia Darío de la enfermedad de Alejandro, se adelantó con la mayor presteza que le fué posible y permitía tan considerable ejército como el suyo hacia el Euphrates, si bien no le pudieron pasar sus tropas antes de cinco días, á pesar de haber hecho levantar muchos puentes para la prisa que daba por ganar á Sicilia. En tanto, Alejandro, recuperadas sus fuerzas, se encaminó á la ciudad del Sol; y habiéndola tomado, puso guarnición en la fortaleza y condenó á la ciudad en doscientos talentos por haber seguido la facción de Darío. Y cumplidos los votos que había hecho por su salud, permitió por algunos días juegos en honor de Esculapio y de Minerva, queriendo mostrar con estos regocijos el desprecio que hacía de los bárbaros. Asistiendo á ellos, le llegaron noticias de Halicarnaso de haber deshecho los suyos á los persas y de quedar reducidos á su obediencia los mindios y caucios, con otros muchos pueblos de aquella parte.

Concluídos los juegos levantó su campo; y habiendo pasado el río Pyramo por una puente que mandó hacer, llegó á la ciudad de Malón, en quien se alojó una parte del ejército, y lo restante en Castabalo, donde le salió al encuentro Parmenión, á quien había enviado para que reconociese la tierra y el camino que va á Isón. Habíalo ejecutado así Parmenión, apoderándose de al-

gunos lugares estrechos, en quienes puestas algunas tropas para su defensa tomó aquella ciudad, abandonada de sus habitantes; y penetrando por lo más interior del país, echó de las montañas á los que se habían fortificado en ellas; despues de lo cual y de haber asegurado los pasos, volvía á participárselo; con que estándolo el rey de que los tenía libres, se entró con su ejército en Isón, donde se confirió sobre si se habían de esperar allí las reclutas que venían á grandes jornadas de Macedonia, ó pasar adelante. Parmeniön fué de dictamen de que no podía haber elegido lugar más cómodo para dar la batalla que aquél, respecto de que no permitiendo por su estrechez gran número de gente, quedaban iguales las fuerzas de ambos reyes; por cuya suma inferioridad en las suyas debían evitar cuanto les fuese posible las campañas y llanuras, en quienes se hallarian cercados por todas partes, y oprimidos de la crecida muchedumbre de los bárbaros, de quienes debían temer quedar vencidos, no ya por su valor, sino por el propio cansancio, no hallándose, como ellos, con sobrada gente para remudar la que estuviese fatigada. Cuyas razones, persuadiendo fácilmente á todos, quedó resuelto se esperase á Darío en aquellas montañas.

Hallábase en el ejército del rey un persa, llamado Sisine, el cual, enviado en tiempo de Philipo por el gobernador de Egipto á Macedonia, quedó tan obligado de las honras y beneficios que se le hicieron, que dejó su propia patria por quedar en aquél reino, desde donde siguió á Alejandro al Asia, logrando ser uno de los primeros en su confianza. Este, pues, habiendo recibido por medio de cierto soldado cretense una carta cerrada, con sello que no conocía, la cual era de Nabarzanes, sátrapa de Darío, en que le persuadía obrase alguna acción digna de su ilustre nacimiento y de la gran-

deza de su valor, para hacerse por ella el lugar que merecía en la gracia del rey.

Solicitó muchas veces, en cumplimiento de su fidelidad é inocencia, ocasión de mostrársela á Alexandro; pero hallándose en todas ocupado en las disposiciones de la guerra, lo difirió, esperando alguna más oportuna; cuya retardación fué causa de que se le tuviese por cómplice en la pretendida traición; porque habiendo dado con ella lugar á que llegase la carta á manos de Alexandro, leída por él, y cerrada nuevamente con sello desconocido, ordenó, para examinar la fidelidad de Sisene, que se le volviese cautelosamente; pero dejando éste pasar muchos días, acabó con su descuido de confirmar la sospecha; por la cual fué muerto á manos de los soldados cretenses en el mismo ejército, y sin duda por orden de Alexandro.

CAPÍTULO VIII.

Consejo y resolución de Darío antes de la batalla. Consternación del ejército de los persas y presagio de su rota.

Había llegado ya al campo Thimondas con los soldados griegos que le entregó Pharnabaces, en quienes tenía puesta Darío toda su esperanza. Procura, en cuanto podía esta gente, persuadirle á que retrocediese y volviese á tomar las espaciosas campañas de Mesopotamia, ó que á lo menos, en caso de no abrazar tan importante consejo, dividiese aquellas innumerables tropas, y no expusiese á un revés de la fortuna todas sus fuerzas. No asentía tan mal Darío á este dictamen, como los principales de su corte, los cuales, suponiendo como decían que aquella infiel y venal nación le proponía dividiese sus tropas, no con otro fin que el de poder más facilmente, hallándose éstas separadas, entregar al enemigo las que estaban á su cargo; le proponían, por más seguro, que los embistiese con todo el ejército, y dejase con su mortandad un ejemplo memorable del castigo de su traición. Pero Darío, con cuyo blando natural y piadosa intención no se conformaba esta violencia, bien lejos de convenir con su dictamen, les manifestó no incurriría nunca en acción tan indigna de sí como la de tratar de aquella suerte á los que estaban á sueldo suyo y le habían seguido debajo de su fe; porque haciéndolo, ¿quiénes serán (decía) los extranjeros que quieran fiarse de ella, acordándose de que hemos teñido nuestras manos en la sangre de tantos y tan valerosos soldados? Que jamás había visto fuese

la vida precio de un consejo poco conveniente; pues si el darle trajese semejante peligro, nadie se atrevería á expresar su dictamen; y últimamente, que aun ellos mismos, estando en consejo, se hallaban entre sí discordes en los votos, no teniéndose siempre por más celosos los que eran del mejor. En cuya confirmación envió á decir á los griegos «quedaba agradecido á su afectuosa demostración; pero que no se conformaba con retroceder, así porque era entregar de conocido su reino al enemigo, como porque consistiendo en la reputación el todo de la guerra, no era fácil persuadir al mundo dejaba de ser fuga el hacerlo. Que aun menos razón había para pensar en dilatar la guerra, hallándose con el invierno tan próximo, y sin los víveres que necesitaba tan numeroso ejército en un país á quien tenían igualmente asolado los suyos que los enemigos; ni en dividir sus tropas, violando la costumbre de sus predecesores, los cuales expusieron siempre á una batalla sola todas sus fuerzas. Que aquel rey, terror poco antes del mundo, cuya orgullosa soberbia fué insufrible, apenas tuvo aviso de su venida, cuando, convirtiendo en cordura su temeridad, se abrigó en las cavidades de las montañas, no de otra suerte que de las breñas los animales medrosos al menor ruido de los pasajeros, entreteniéndolo y engañando la esperanza de sus soldados con su fingida dolencia; pero que no por esto dilataría el combate, pues le acometería en las mismas grutas donde vilmente se había refugiado.» Palabras á la verdad magníficas, si hubiesen correspondido á verificarlas los efectos.

Habiendo, pues, enviado á Damasco su plata y sus más preciosas alhajas, debajo de una ligera escolta, marchó hácia la Cilicia con el grueso de su ejército, en cuyo seguimiento, según el estilo de aquella nación, iban su madre y su mujer con las princesas y su tierno

hijo. Refiérese que una misma noche llegaron Alexandro á aquel estrecho paso de Siria y Darío al otro, á quien llaman Pilas Amánicas. No pusieron duda los persas en la fuga de los macedones, hallando abandonada la ciudad de Iso, en cuya creencia los confirmó el haber encontrado algunos soldados, á quienes no permitieron seguir el ejército sus heridas y enfermedades. Mandó Darío, á persuasión de los grandes de su corte, naturalmente crueles é inhumanos, que los cortasen las orejas y las manos, y que los pasasen por todo su campo, para que reconociendo bien sus fuerzas, pudiesen dar entera noticia de ellas á Alexandro.

Levantados, pues, sus reales, pasó el río Pinaro para cargar por las espaldas en los que él creía fugitivos; pero habiendo llegado al campo de los macedones aquellos míseros soldados, y dándole noticia de que se encaminaba Darío á toda diligencia hacia ellos, no acababan de darles crédito; por lo cual envió el rey espías para que desde las regiones marítimas reconociesen si venía él en persona ó sólo alguno de sus generales con alguna parte de sus tropas, con quienes era posible que se hubiesen equivocado aquellos soldados, teniéndolas por todo el ejército; pero volviendo éstas, se empezó á descubrir una multitud espantosa de hombres, y tan crecidos fuegos por la campaña, que no parecía sino un incendio toda ella, respecto de la dilatadísima extensión que ocupaba, así el ejército por su copiosísima numerosidad y mala ordenanza, como el bagaje cuando acampaba.

Habiendo ordenado Alexandro su campo en el mismo lugar donde se hallaba, y prohibido que saliese alguno fuera de él, le fortificó de fosos y palizadas con increíble gusto, al ver se le cumplía el deseo que había tenido de combatir en aquellos lugares estrechos; si bien, como de ordinario sucede en todas las cosas donde es

tanto lo que se aventura, no dejó de convertirse en cuidado su seguridad. Temía por una parte, no sin razón, á la misma fortuna, á quien siempre había reconocido favorable, y de cuya inconstancia tenía tantas experiencias cuantos eran los mismos beneficios que de ella había recibido; considerándose en víspera de quedar ó el más triunfante, ó el más infeliz príncipe del mundo. Alentábalo empero por otra parte el creer mayores los premios que los peligros, y que si la victoria era incierta, segura una honrada y gloriosa muerte. Y así, después de haber dado orden á sus soldados para que se previniesen y estuviesen prontos á la tercera vigilia de la noche, subió á la cumbre de un monte, donde, haciendo encender grandes fuegos, sacrificó, según el estilo de su patria, á los dioses defensores de aquellos lugares.

Había dado por tres veces la señal la trompeta, y sus tropas, dispuestas ya á marchar, teniendo orden de apresurar el paso, llegaron al romper el día á los puestos que habían de ocupar. En tanto, sabiendo por los corredores que Darío no estaba más distante de allí que lo de treinta estadios, hizo el rey alto, y habiéndose armado, puso sus tropas en orden de batalla.

Casi al mismo tiempo tuvo Darío por los amedrentados paisanos noticia de la marcha de Alexandro; la cual, cuanto le fué á él increíble, por no esperar tuviesen atrevimiento de buscarle cuando los seguía como á fugitivos, tanto de considerable terror á su ejército, cuya disposición era más de marcha que de combate. Toman, pues, arrebatada y desordenadamente las armas, aumentando el pavor la misma precipitación de los que se aceleraban á ellas. Suben unos á la eminencia del monte para reconocer las tropas del enemigo, y enfrenan otros sus caballos, siendo tal el desorden en que había puesto la confusión, que apenas se hallaba quien mandase.

Había resuelto Darío desde el principio ocupar la cumbre de un monte con alguna porción de su ejército y poner hacia aquella parte del mar, que cubría el ala de su ejército, algunas tropas para coger en medio al enemigo y que de todas partes fuese oprimido, y enviado veinte mil hombres y algunas compañías de flecheros, con orden de que pasasen el río Píndaro, que estaba en medio de ambos ejércitos, y se opusiesen á los macedones, ó cuando no pudiesen conseguirlo se retirasen á los montes, y disponiendo alguna emboscada cargasen al enemigo por las espaldas; pero más poderosa la fortuna que toda la providencia de este príncipe, se burló de sus órdenes, imposibilitando en unos con el miedo su ejecución, y haciéndola inútil en otros; porque en llegando á debilitarse los miembros que sustentan el cuerpo, es preciso que éste se rinda y caiga oprimido de su mismo peso.

CAPÍTULO IX.

Fuerzas y comparación de uno y otro ejército.

El orden y disposición del ejército de Darío era en esta forma: Tenía el ala derecha Nabarzanes con la caballería y veinte mil hombres entre flecheros y honderos, en la cual estaba Thimondas con treinta mil infantes mercenarios de Grecia, la flor sin duda del ejército y en nada inferiores á la falange macedónica. Gobernaba la siniestra Aristómenes, natural de Tesalia, con veinte mil bárbaros, en cuyo socorro los seguían las naciones más belicosas. Iba el rey en la misma ala, en la cual había de pelear, rodeado de su guardia ordinaria, compuesta de tres mil hombres escogidos, y de un cuerpo de cuarenta mil infantes, á quien seguía la caballería de los hircanos y de los medos, y á ésta la de los demás pueblos, mezclados indiferentemente en el ala derecha y siniestra del ejército, cuya vanguardia ocupaban seis mil hombres entre honderos y flecheros. Finalmente, no había espacio en la estrechez de aquellos lugares donde se pudiese alojar, que no le ocupasen las tropas de su ejército, cuyas dos alas se extendían, una hasta la montaña y otra hasta el mar, en medio de quienes estaban la madre y mujer de Darío con crecido número de mujeres.

Tal era la disposición del ejército de los persas, á cuyo opósito plantó Alexandro á la frente del suyo la falange en que consistía la mayor fuerza de los macedones; al ala derecha á Nicanor, hijo de Parmenión, reforzado de Cenón, de Pérdicas y de Meleagro, con Pto-

lomeo y Amintas, todos al frente de las tropas que mandaban; y á la siniestra, que miraba hacia el mar, á Parmeni6n y á Cratero, con orden que obedeciese á aqu6l. Distribuy6 en las dos alas la caballería; puso en la de la derecha la de los macedones y tesalos, y en la siniestra la del Peloponeso, y delante algunas compañías de honderos y flecheros, fortificados de la caballería ligera de los tracios y cretenses. Opuso á las tropas que Darío había enviado sobre el monte á los agrianos, recién llegados de la Grecia, encargando á Parmeni6n se extendiese hacia el mar lo más que pudiese para que quedasen apartados de las rocas, de que se habían apoderado los bárbaros, si bien éstos, no teniendo ánimo para acometer á los que iban á ellos, ni para cargar por las espaldas á los que pasaban delante, amedrentados sólo de ver á los honderos, se pusieron en fuga, lo cual aseguró á Alexandro el flanco de su ejército, por donde temió siempre recibir algùn daño de lo alto. Marchaban sólo treinta y dos soldados por fila, respecto de no permitir la estrechez del lugar el que se dilatasen más, aunque poco después se fueron extendiendo sus batallones y tuvieron espacio bastante para aumentar las filas de la infantería y para que la caballería ocupase las alas del ejército.

CAPÍTULO X.

Oración de Alexandro á sus soldados.

Hallábanse ya los dos ejércitos á vista el uno del otro, aunque á mayor distancia que de un tiro de saeta, cuando empezaron primero á sentirse por su desordenada marcha y descompasados gritos los persas, á quienes correspondieron inmediatamente los macedones con los suyos, excesivos en el estruendo, aunque ellos inferiores en el número, respecto de que rebatiendo en aquellos montes y resonando en aquellas espaciosas selvas multiplicaban éstas, como de ordinario sucede con todas las que reciben su sonido, volviéndolas con mayor ruido y estruendo.

Marchaba Alexandro al frente de su ejército, á cuyos soldados hacía señas con la mano para que caminasen á moderado paso y no se fatigasen de suerte que les faltase el aliento en la primera fuga; y puesto á caballo y recorriendo sus escuadrones, esforzaba con diverso estilo á todos, proporcionando al genio y espíritu de cada nación las palabras que más pudieran persuadirlos.

Acordaba á los macedones las innumerables batallas que habían obtenido en tantas guerras de la Europa, para sojuzgar el Asia y las últimas partes del Oriente, á quienes los habían llevado, más que su persuasión, su propio gusto y antiguo valor. Que siendo los libertadores del mundo y habiendo dilatado sus victorias más allá de los límites que prescribieron Hércules y Baco, no sólo debían imponer el yugo á los persas, sino á to-

dos los demás pueblos del mundo. Que los bactrianos y los indos obedecerían á los macedones, y que lo que entonces veían, era de cortísima consideración respecto del todo, de que los haría señores sola una victoria. Que no siempre habían de permanecer entre las rocas de Iliria y de Thracia, haciendo una guerra estéril é ingrata, pues esperaba fuesen los despojos de todo el Oriente premio de su valor y de sus fatigas, y que apenas necesitarían sacar la espada contra aquella muchedumbre fluctuante ya en su miedo, á quien podrían derribar sólo á los golpes de sus escudos. Sobre cuyas persuasiones invocaba á su padre Philipo, vencedor de los atenienses, representando á los suyos la Beocia poco antes sujeta y la más célebre de sus ciudades destruída y arruinada por los fundamentos; mostrándoles unas veces la jornada del Gránico, y otras el considerable número de ciudades que había ganado, ó por fuerza ó por convenio, y finalmente, la gran cantidad de provincias que dejaban sujetas á su obediencia. Pasando después hacia los griegos, les hacía memoria de cómo aquellos pueblos eran sus antiguos enemigos, y de quienes había recibido la Grecia tan considerables daños, como primero Darío y después Jerjes con insupportable orgullo les habían impuesto en mayor prueba de una infame servidumbre tributos hasta en la tierra y en el agua. Que este último inundó su patria, tanto de hombres como de animales, agotando los ríos y consumiendo cuanto la naturaleza produce para el alimento de los hombres; y últimamente, que habían saqueado sus ciudades quemando los templos de los dioses y violado todo género de lugares, así divinos como humanos.

Enderezándose después hacia los ilirios y los tracios, gente acostumbrada á vivir de la rapiña, los hacía que contemplasen el ejército de los enemigos, resplandecien-

te todo con el oro y la púrpura y ménos cargado de armas para el combate que de materia para la presa y el despojo; persuadiéndoles á que, pues eran hombres, fuesen á ellos y arrebatasen de aquellas mujeres cuantos adornos se ofrecían en ellas, y permutasen sus montañas, cubiertas siempre de nieves y hielos, por aquellas hermosas llanuras y ricas campañas de la Persia.

CAPÍTULO XI.

Batalla sangrienta en que mueren de parte de los persas cien mil infantes y diez mil caballos, entregándose á la fuga el resto del ejército. Queda Alexandro señor del campo, en que hace una considerable presa.

Habiendo llegado á tiro de saeta, cargó furiosamente la caballería de los persas en el ala izquierda del enemigo, con la cual deseaba Darío combatir, por saber que la mayor fuerza del ejército de los macedones consistía en su falange. Empezábase también á embestir el ala derecha de Alexandro; el cual al punto que lo reconoció, dejados sobre la montaña sólo dos escuadrones, pasó los demás con la mayor diligencia á lo más peligroso del combate; y destacando de sus escuadras la caballería de los tesalos, dió orden á quien los mandaba que, conduciéndolos secretamente por detrás de sus batallones, se juntase con Parmenión y ejecutase sus órdenes.

Aunque se hallaban por todas partes rodeados de los persas, se defendían valerosamente; pero estando tan juntos los unos con los otros, ó no podían expedir sus armas, ó si arrojaban algunas, al punto se encontraban en el aire unas con otras, é impidiendo su violencia, caían en tierra sin hacer efecto alguno, ó era tan débil el golpe como corto, ó ninguno el daño que causaban. Con que hallándose precisados á combatir tan de cerca, echaron todos mano á las espadas, con quienes fué grande el estrago; porque estaban tan inmediatos ambos ejércitos, que se tiraban cuerpo á cuerpo hiriéndose unos á otros en los rostros. No era permitido enton-

ces, ni al cobarde ni al perezoso, que dejase de obrar, pues peleando á pie firme y cuerpo á cuerpo, como en un combate singular, no podían dejar su puesto si no hacían otro con la muerte de su enemigo; y entonces adelantando sólo un paso, fatigados y cansados, encontraban otro contrario de refresco, sin ser concedido á los heridos, como de ordinario sucede, que se les pudiese retirar de la batalla, respecto de tener por frente el enemigo y á los suyos por las espaldas; que ambos se lo impedían igualmente.

Cumplió por su parte Alexandro á un tiempo con las obligaciones de soldado y capitán, procurando con ardiente anhelo lograr la gloria de dar por su mano muerte á Darío; el cual, descubriéndose de todas partes sobre un carro, era objeto de tan poderoso incentivo en los suyos para su defensa como en los enemigos para su muerte. Entonces Oxatres, su hermano, viendo cuán vivamente le apretaba Alexandro, se puso delante de su carro con la caballería que mandaba, señalándose entre todos tan igualmente su valor como su gallarda disposición y resplandecientes armas, y no menos su ferocidad contra todos y su piedad con poquísimos, pues combatiendo contra los que obstinadamente le resistían, dió muerte á muchos y obligó á otros á que se pusiesen en fuga. Animados empero los macedones con la presencia de su rey, y enardecidos unos y otros, rompieron aquel escuadrón, haciendo en él tan cruel estrago, que en brevísimo espacio se llenó todo de horror y de sangre.

Veíanse alrededor del carro de Darío muchos grandes señores y capitanes postrados en aquel suelo sobre sus propios rostros, en la misma postura que combatiendo á vista de su rey habían caído, traspasados todos sus cuerpos de las heridas, entre quienes se reconocían Atizyes, Rheomithres y Sabaces, gobernador de

Egipto, los cuales habían mandado en tres ocasiones grandes ejércitos; rodeados de innumerable infantería y caballería de menor grado, amontonados los unos sobre los otros. De la parte de los macedones fueron pocos los muertos, y éstos de los que cargaron con mayor furia en el primer combate, entré quienes salió herido ligeramente Menandro de una cuchillada en el muslo derecho. En tanto, los caballos que conducían el carro de Darío, oprimidos de los crecidos golpes que recibían y enfurecidos del dolor de sus heridas, empezaron á enarbolarse y á sacudir el yugo con tal violencia, que corrió gran riesgo de ser volcado el príncipe; el cual, temiendo caer en manos del enemigo, se arrojó á tierra y puso en uno de los caballos que le seguían, despojándose ignominiosamente de todas las insignias reales, para evitar pudiesen descubrirle por ellas en la fuga. Encomendáronse á ella inmediatamente todos, y arrojando las armas que habían tomado antes para su defensa, se salvaron como pudieron. Tan amedrentados los tenía el miedo, que desconfiaban hasta de sus mismos reparos y socorros.

La caballería que Parmeni6n había destacado seguía á toda diligencia á los fugitivos, que desde la frente habían ido á dar á aquel lugar. Y si bien apretaban vigorosamente los bárbaros en el ala derecha á la caballería de los tesalos, habiendo desbaratado uno de sus escuadrones, haciendo éstos un caracol, volvieron valerosamente á la carga, y hallando á los persas en el desorden que los tenía la confianza de la victoria, los rompieron é hicieron en ellos considerable mortandad, respecto de que siendo tan difícil á los caballos como á los jinetes persas revolver á una y otra parte, por la gran pesadez con que iban armados, y fácil á los tesalos el manejar por su destreza y ligereza los suyos á todas manos, les ganaban la grupa, los daban muerte ó los

hacían prisioneros. Alexandro, noticioso de tan feliz suceso, no habiéndose atrevido antes á seguir á los bárbaros, viéndose por todas partes victorioso, fué inmediatamente con la mayor presteza en su seguimiento.

No llevaba consigo más de mil caballos, y sin embargo, era grande el estrago que hacía en los enemigos. ¿Pero quién en el calor de una victoria, ni en el desmayo de una derrota, puede numerar los hombres? Ahuyentaba de sí, cual pudiera á un rebaño de ganado, á aquella desordenada turba á quien el mismo pavor que la precipitaba á la fuga le era de estorbo á la misma fuga.

Sin embargo, los griegos que iban á sueldo de Darío debajo del mando de Amintas, uno de los capitanes de Alexandro antes, y entonces del partido contrario, se habían retirado, no como fugitivos, sino haciendo honrosa resistencia.

No así los bárbaros, los cuales, tomando bien diversas derrotas, siguieron unos el camino derecho de Persia y ganaron otros los bosques, las montañas y las grutas, habiendo sido pocos los que volvieron al campo. De esta suerte quedó dueño de él el vencedor; y habiéndole saqueado los soldados, le hallaron lleno de riquezas, de cantidad de oro y de plata, más para la ostentación de una vana magnificencia que para los gastos de una guerra; y cargando mayor porción de la que podían llevar, dejaban cubiertos los caminos de lo menos estimable que su avaricia había despreciado.

Llegaban ya hacia donde se hallaban las mujeres, á quienes arrebatában con tanta mayor violencia sus joyas y sus adornos, cuanto es esto lo que ellas más apetecen, sin que perdonasen á su honestidad y decoro, violado por su desenfrenada liviandad y apetito. No se oían en todo el campo sino clamores, llantos y gemidos, según era la infelicidad á que cada uno se hallaba redu-

cido, no habiendo quedado ningún género de daño ni de vituperio que no practicase indistintamente en todo sexo y edad la desenfrenada crueldad y violencia. Nada, empero, acreditó tanto el vano y débil poder de la fortuna como ver que los mismos que habían dispuesto la tienda de Darío con el mayor aparato y superfluidad que pudo prevenirse, guardasen pocas horas después todas aquellas riquezas, como para su antiguo dueño, para Alexandro; siendo lo que únicamente perdonaron los soldados, por ser costumbre recibir al vencedor en la tienda del vencido.

En el ínterin, la madre y la mujer de Darío, hechas prisioneras, se llevaban los ojos y los corazones de todos, venerable aquélla por su edad y por la majestad de su persona, y ésta por su hermosura; la cual, en medio de todas sus aflicciones, no había padecido mudanza, ni perdido nada de su belleza. Traía en los brazos á su hijo, cuya tierna edad no pasaba de seis años, nacido en la esperanza de aquella gran fortuna que su padre acababa de perder. Veíanse también dos adultas princesas recostadas sobre el regazo de su anciana abuela, deshechas en lágrimas y consumidas de la congoja, lamentando no tanto su propio infortunio y la miseria cuanto el de aquélla. Rodeábalas crecido número de señoras, las cuales, olvidadas de su antiguo decoro, de su compostura y belleza, rasgadas sus vestiduras y mesándose los cabellos, llamaban aquellas princesas, cuanto antes con propio título entonces con impropio nombre, *sus reinas y sus señoras*. Olvidando, en fin, su propia miseria, sólo procuraban saber de Darío, hacia qué parte había combatido, y cuál había sido en tan gran peligro el suceso de su fortuna, sin tenerse por prisioneras como él viviese; pero aquel infeliz príncipe, mudando de rato en rato de caballos, le había alejado á crecida distancia la fuga.

Murieron en esta batalla, de parte de los persas cien mil infantes y diez mil caballos; de la de Alexandro sólo quedaron quinientos cuatro heridos, y muertos treinta y dos infantes y ciento cincuenta caballos. Con tan corta pérdida adquirió tan gran victoria.

CAPÍTULO XII.

Consuela con real generosidad á la madre y mujer de Darío y á las demás princesas en la pérdida del rey, á quien creían muerto.

Cansado el rey de seguir á Darío, viendo que la noche se acercaba y que no le podía hallar, se volvió al campo de los enemigos, á quien su gente acababa de robar, y mandó disponer un convite á los grandes de su corte, no embarazándole asistiese á él su herida, respecto de ser muy superficial; pero no bien se hubieron sentado á la mesa, cuando oyeron en la tienda inmediata un espantoso ruido, mezclado de tales gemidos, que llenando de pavor toda la campaña, obligaron á los que hacían guarda delante del alojamiento del rey á que corriesen á las armas, temiendo aquel rumor principio de mayor tumulto. Causaban este estruendoso alboroto la madre y mujer de Darío y las demás señoras prisioneras; las cuales teniendo á su príncipe por muerto, le lloraban á su bárbara usanza con crecidos sollozos y lamentables suspiros. Hallándose cierto eunuco delante de la tienda de Darío, vió su manto en manos de un soldado, que acaso se encontró poco después de habersele quitado el rey por no ser conocido, como dejamos dicho; y creyendo le había recogido por muerte suya, las aseguró por noticia cierta lo que fué errado juicio suyo.

Refiérese que noticioso Alexandro de la ocasión de su ternura, compadecido igualmente de ella que de la desgracia de Darío, prorrumpió en lágrimas, y que

mandó á Mithrenes, el cual entregó la ciudad de Sardeo y sabía la lengua pèrsica, que pasase á consolarlas; pero que considerando podría renovar su indignación y dolor la vista de aquel traidor, envió á Leonato, uno de los primeros señores de su corte, con orden de que las asegurase vivía el príncipe á quien lloraban por muerto. Leonato, habiendo llevado consigo algunos soldados, se encaminó á la tienda de aquellas princesas, á cuyos criados mandó las avisasen estaba allí de parte de su rey; pero éstos, discurrendo al ver hombres armados que era llegado el fin de sus reinas, corren dentro diciendo en altas y tristes voces *que aquella gente venia á darlas muerte*. En cuyo funesto trance, no sabiendo aquellas infelices princesas á qué resolverse, ni atreviéndose á responderle, dejaban á la discreción del vencedor lo que quisiese obrar.

Finalmente, Leonato, después de haber esperado largo tiempo, viendo que nadie parecía, dejó sus soldados á la puerta y entró en la tienda, atemorizando más el verle entrar sin que alguno le condujese. Postradas, pues, á sus pies, le piden que antes que las quite la vida las permita sepultar el cuerpo de Darío á usanza de su patria, ofreciéndose á morir gustosas habiendo cumplido con aquella última obligación que debían á su rey. Asegurólas Leonato de su reelo, haciéndolas saber era vivo Darío, y que su rey estaba tan lejos de ocasionarlas el menor disgusto, como pronto á atenderlas y tratarlas con la decencia y decoro que correspondía á su grandeza y soberanía. Con lo cual Sisigambis, volviendo á recobrar el perdido aliento, permitió que Leonato la ayudase á levantar. El día siguiente, haciendo Alexandro enterrar á sus difuntos soldados, concedió el mismo honor á los cadáveres de los más ilustres persas, y á la madre de Darío permiso para que pudiese mandarlo hacer conforme á su estilo con

todos los que gustase; pero aquella prudente princesa, admitiendo el favor del rey, sólo se valió de él para dar sepultura á algunos de sus más inmediatos parientes, con la moderación que pedía el estado presente de su fortuna y sin el ostentoso aparato que estilan los persas en semejantes casos, por prevenir no sería bien visto de los enemigos que excediese de la templanza con que ellos habían hecho aquella función.

Habiendo, pues, cumplido Alexandro con todas aquellas obligaciones de piedad, envió á avisar á las reinas que pasaba á visitarlas, y haciendo retirar á todos los que le acompañaban entró en la tienda solo con Ephestión. Era valido suyo, y habiéndose criado juntos, tan dueño de su confianza y de su afecto, que no había persona que se atreviese á hablarle con la libertad que él; si bien lo hacía con tal cordura, que más parecía permisión del rey que licencia suya. Eran de una misma edad; pero de tanto mejor disposición y gentileza Ephestión, que teniéndole por rey aquellas princesas, le saludaron y reverenciaron como á tal. Advertidas empero de su equivocación por algunos eunucos cautivos, se arrojó Sisigambis á los pies de Alexandro, dando por disculpa de su yerro el ser la vez primera que le veía. A cuyo tiempo, levantándola el rey y tratándola con el título de madre suya la dijo: *Que no le habia padecido, por ser Ephestión otro Alexandro.*

Verdaderamente que si hubiese conservado este príncipe hasta el fin de su vida igual moderación de ánimo á la que usó entonces, avasallando el orgullo y la cólera, de cuyos vicios predominado tiñó indignamente en medio de los festines sus manos en la sangre de sus más fieles amigos, y dió precipitada muerte á aquellos grandes varones á quienes debía parte de sus victorias, que le reputaría aún por más feliz y glorioso de lo que se mostró cuando después de haber sojuzgado con tan

esclarecidas victorias todas las naciones que se dilatan desde el Helesponto hasta el Océano, imitó el triunfo de Baco. No habiendo empero preocupado aun entonces su espíritu la fortuna, respecto de estar en sus principios, usó de ella con moderación y prudencia, hasta que creciendo después, y faltándole fuerzas para sopor-tar su grandeza, quedó oprimido de ella. Lo cierto es que en aquellos primeros años excedió en benignidad y continencia á todos sus predecesores.

Vivió con las hijas de Darío, princesas de admirable hermosura, como si hubiesen sido sus hermanas, estando tan lejos de hacer experiencia de la honestidad de la reina, cuya belleza era la mayor que entonces se conocía, que puso sumo cuidado en evitar cuanto fuese de su desagrado. Finalmente, la atención, benignidad y decoro con que las trató fué tal, que de cuantas conveniencias tenían antes, ninguna pudieron echar menos entonces, sino la confianza, la cual nunca se tiene del enemigo, por humano y cortés que sea su tratamiento. Hizo también que se entregasen á las señoras todas sus joyas, su recámara y bagaje, á cuyas urbanas demostraciones, reconocida Sisigambis, «mereces, señor, (le dijo) que nosotras hagamos por ti los mismos votos que hacíamos por nuestro Darío, pues experimento que no sólo le excedes en la felicidad, sino también en la justicia y en las demás virtudes. Tú me llamas madre, y me honras con el título de reina, cuando me confieso sierva tuya, reconociendo tan dulce el yugo de tu imperio, que aun la memoria de mi pasada felicidad no basta á hacerme desabrido el estado de mi presente fortuna, porque es tan gloriosa tu generosidad, que estando á tu arbitrio el disponer de nosotras, has querido antes darnos repetidos testimonios de tu clemencia, que del rigor, que fuera tan indigno de ti.»

Animólas el rey en su aflicción, y tomando en brazos

al hijo de Darío, sin extrañarle aquel tierno infante, le echó los suyos, dejando al rey tan suspenso de su constancia, que vuelto después á Ephestión, «¡Cuánto me holgara (le dijo) de que Darío tuviese alguna parte de esta docilidad!»

Después de lo cual, y de haber salido de la tienda y consagrado tres altares en la ribera del rio Pinaro, uno á Júpiter, otro á Hércules y otro á Minerva, pasó á Siria, enviando delante á Parmenión á Damasco, donde estaba el tesoro de Darío.

CAPÍTULO XIII.

Entrega el gobernador de Damasco á Parmeni6n los tesoros de Darío é infinita nobleza.

Continuando Parmeni6n su marcha á Damasco supo en el camino que iba delante de 6l uno de los sátrapas del rey, y temiendo, respecto de la poca gente que llevaba, que le acometiese, resolvi6 esperar mayor refuerzo. En cuyo ínterin le llevaron los corredores cierto hombre llamado Mardo, quien encontraron, el cual di6 á Parmeni6n unas cartas que el gobernador de Damasco escribía á Alexandro, aÑadiendo de palabra *que su seÑor pondría en manos del rey toda la plata y los muebles de Darío*. Abri6las Parmeni6n para asegurarse más de 6l; y viendo pedía en ellas á Alexandro *le enviase prontamente uno de sus capitanes con alguna gente*, volvi6 á despachar á Mardo, el cual, escapándose de las guardas que llevaba, llegó á Damasco antes del día. Puso este accidente en cuidado á Parmeni6n, el cual, temiendo alguna emboscada, no se atrevía á aventurarse sin guía por aquel desconocido país. Con todo, fiándose en la buena fortuna de su dueÑo, hizo buscar algunos paisanos, que mostraron el camino y pusieron al cuarto día en la ciudad, cuyo gobernador, recelando no se hubiese dado crédito á sus cartas, habiendo mostrado á los suyos no se tenía por seguro en aquella plaza, hizo al romper del día poner en la puerta falsa todo el dinero del rey, á quien los persas llaman gaza, y lo más precioso que tenía á su cuidado; y afectando en lo exte-

rior que huía, para poner en salvo aquel tesoro, se disponía á entregarle al enemigo.

Saliendo, pues, de la ciudad, le seguían millares de hombres y de mujeres, las cuales movían á compasión á todos, si no á aquel en quien se habían fiado; pues por lograr mayor recompensa llevaba á los enemigos una presa, que no ignoraba era más preciosa que todo el oro del mundo, pues se componía de las mujeres y los hijos de los sátrapas de Darío y de los mayores señores de la Persia, entre quienes se hallaban los embajadores de las ciudades griegas, cuya guarda había dejado Darío, como en fortaleza segura, al cuidado de este traidor.

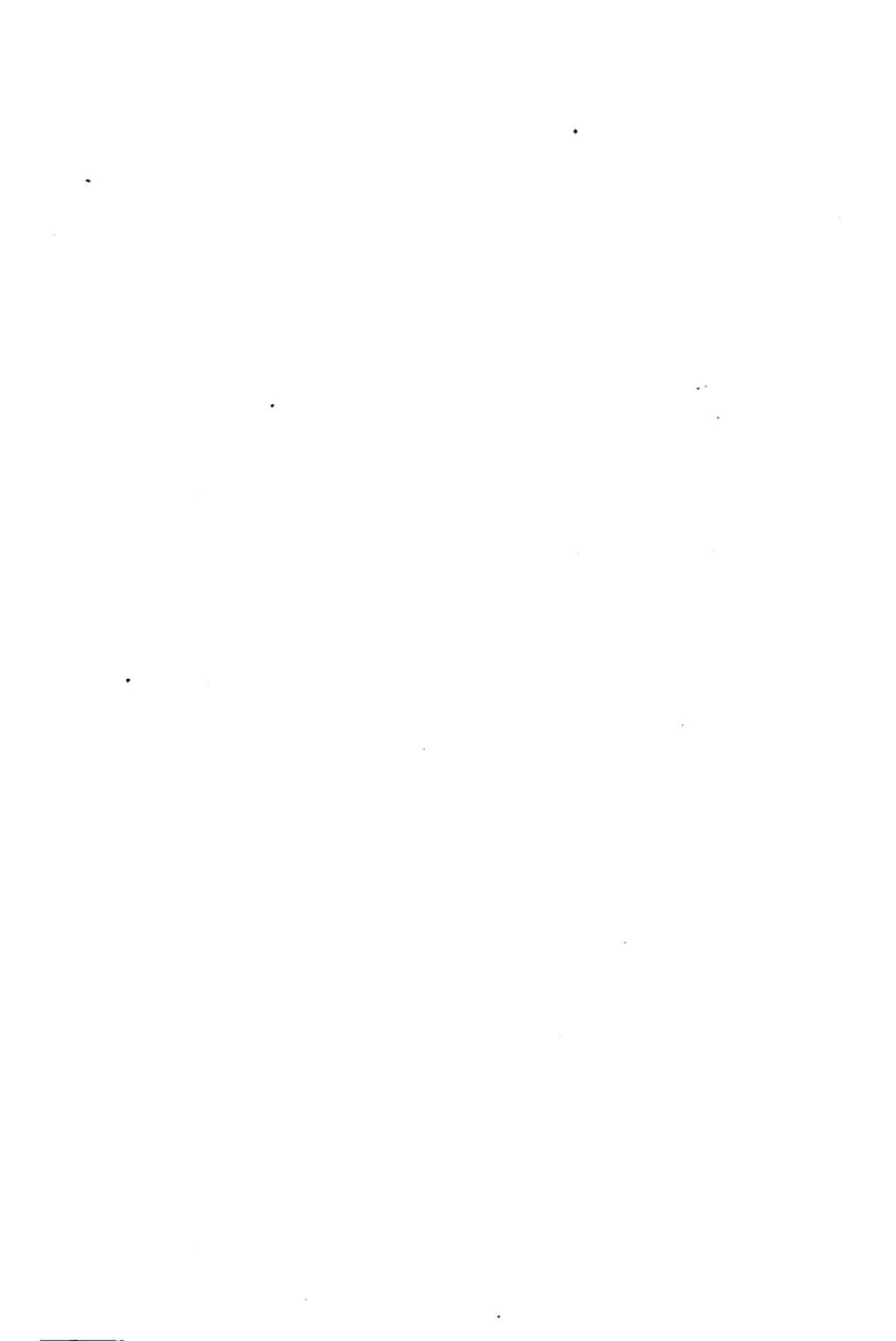
Llamaban los persas gambas á los ganapanes que llevan á cuestras todo género de carga. Estos, pues, no pudiendo tolerar el frío que ocasionaban las grandes nieves que repentinamente sobrevinieron, echando mano de aquellas preciosas ropas de oro y púrpura que llevaban con la plata del rey, se las pusieron, sin que se atreviese alguno á embarazárselo, para que no faltase en el lamentable estado de la fortuna de Darío la ignominiosa circunstancia de que tuviese osadía la parte más vil del vulgo á profanar los adornos de su real persona.

Pareció aquella turba á Parmenión grueso capaz de no despreciarlo; y así, habiendo puesto en orden de batalla á su gente, y animándola con breves palabras, como pudiera si hubiese de combatir, la mandó que avanzase á galope y que con acelerado ímpetu cargase en ella; pero no les dieron lugar á que lo hiciesen los que conducían aquellas cargas, pues atemorizados á vista suya las arrojaron y se entregaron á la fuga, haciendo lo mismo los soldados que iban de escolta, á quienes afectó imitar el mismo gobernador, mostrándose igualmente atemorizado para encubrir mejor su traición.

Véanse riquezas inmensas en aquél campo, esparcidas por una y otra parte: todo el oro y plata destinado para la paga de tan numeroso ejército, las soberbias recámaras de aquellos grandes señores y señoras, vasos de oro, frenos de lo mismo, tiendas magníficas y carros. Espectáculo á la verdad lastimoso, y suficiente á compadecer á los mismos que se cebaban en la presa, si bastase el más lastimoso á detener el ímpetu de una desenfrenada avaricia; porque cuanto por espacio de muchos siglos habían atesorado en continuada prosperidad tantos reyes, cuyo precio era inestimable, tanto se veía expuesto allí al peligro, cuyos ricos despojos arrebatában unos de entre las breñas y otros de en medio del lodo y de los cenagales, no habiendo manos para robar tan copioso botín.

Habían ya dado alcance los que partieron en seguimiento de los que se anticiparon á la fuga, entre quienes hicieron prisioneras infinitas mujeres, las cuales traían en brazos á sus tiernos hijos, y con ellas tres adultas princesas, hijas del rey Ocho, antecesor de Darío, reducidas por la inestabilidad de la fortuna desde la elevada grandeza del padre al abatido estado de una gran pobreza, que acabó de hacer más infeliz este último revés de la fortuna. Hallábase en aquella tropa la misma viuda de Ocho; la hija de Oxathres, hermana de Darío; la mujer de Artabazo, una de las mayores señoras del reino, y su hijo Ilioneo; la mujer é hijas de Pharnabazo, general de todas las demás costas; tres hijas de Mentor; la mujer y el hijo del esclarecido capitán Memnón, sin que apenas hubiese casa ilustre en toda la Persia que no tuviese parte en esta calamidad, de quien no se libraron algunos de los más ilustres lacedemonios y atenienses, pues fueron también prisioneros de éstos Aristogitón, Drópides é Iphícrates, y de los lacedemonios Pausippo, Onomastótides, Mónimo y Calicrátides.

La plata que se halló en moneda importó dos mil sesenta talentos, y la labrada quinientos, sin la cual y los prisioneros que dejamos referidos, lo quedaron también treinta mil personas, habiéndose tomado siete mil bestias cargadas de bagaje. No permitiendo, empero, los dioses quedase sin castigo el autor de tan considerable desolación, dispusieron fuese el precio de ella su vida, la cual rindió sus últimos alientos á los acerados filos de la espada de uno de los cómplices, que conservando aún (á lo que juzgo) algún respeto á la majestad del príncipe, aunque reducido á tan lastimoso estado, habiendo cortado la cabeza á aquel traidor, la llevó á Darío, á quien en medio de su infortunio no dejó de serle de algún consuelo ver castigada su maldad, y experimentar que no todos sus vasallos habían olvidado la fidelidad y veneración que le debían.



LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Responde Alexandro con real magnanimidad á las orgullosas cartas de Darío. Da el reino de los sidonios á Abdolomino, descendiente de reyes, y aunque sumamente pobre, de magnánimo corazón. Muerte de Amintas, que había dejado el partido de Alexandro, á mano de los persas, y muchos capitanes de Darío, en muchos lugares, á las de los macedones.

Darío, que poco antes se había visto con un ejército tan numeroso y florido, habiendo salido á la batalla elevado en un carro, más en apariencia de triunfo que en disposición de combate, huía por aquellas campañas, cuando antes cubiertas de infinito número de sus tropas, tanto entonces desiertas y solas. Caminó á bien acelerado paso aquel infeliz príncipe toda la noche con cortísimo acompañamiento, respecto de no haber tomado todos la misma derrota, y de no poderlo hacer los que le seguían, por la frecuencia con que remudaba caballos. Llegó, en fin, á Unca, donde fué recibido de cuatro mil griegos, con quienes se encaminó hacia el Eufraates, creyendo que sólo tendría por suyo lo que con la presteza ocupase primero. En el ínterin, habiendo hecho Parmenión entrar todo el botín en Damasco, tuvo orden del rey para que se entregase de él y pusiese en

custodia á los prisioneros, y noticia de haberle hecho merced del gobierno de Siria, á quien llaman Cele.

No bien reducidos los sirios en medio de tantas rotas, llevaban con sumo desabrimiento el yugo de aquella nueva servidumbre; pero escarmentados del castigo que se hizo en ellos, se contuvieron en su deber. Rindióse también la isla de Arado; y si bien Stratón, rey entonces, conservaba aún las ciudades marítimas y otros muchos lugares distantes del mar, los entregó después á Alexandro; el cual habiéndole admitido debajo de su fe, marchó hacia la ciudad de Maratho. Recibió en ella una carta de Darío, escrita con tan soberbios términos, que quedó bien ofendido de ellos; pero aún más de que usando en ella del título de rey no se le pusiese.

Decíale, más con imperios de quien manda, que con sumisiones de quien pide: «Que le restituyese á su madre, á su mujer y á sus hijos, por cuyo rescate le entregaría cuanto dinero bastase á satisfacer á toda Macedonia; y que por lo que miraba al reino le disputarían, si gustase, cuerpo á cuerpo en igual combate. Pero que si se hallaba aún capaz de admitir consejo, le persuadía se contentase con el de sus antecesores, sin insultar ajenos dominios, en cuyo caso admitiría por lo venidero su amistad y alianza, la cual conservaría con inviolable fe.» Respondióle Alexandro en estos términos: «El rey Alexandro á Darío: Darío, rey antiguo de Persia, y cuyo nombre tomasteis, derrotó en su tiempo á los griegos que habitaban las riberas del Helesponto y arruinó con todo género de hostilidades á los jonios, antiguas colonias nuestras, y habiendo pasado el mar con un poderoso ejército, introdujo la guerra en lo más interior de la Macedonia y de la Grecia. A cuyo ejemplo pasó después de él Jerjes con espantosa multitud de bárbaros á presentarnos la guerra; y habiendo quedado vencido en una batalla naval y precisado á reti-

rarse, como lo hizo, dejó á Mardonio en la Grecia para que saquease nuestras ciudades y desolase nuestras campañas. Y ¿quién ignora que Philipo, mi padre, fué asesinado por los que sobornaron con largas promesas los vuestros? Porque los persas emprenden guerras impías, y hallándose con las armas en la mano, en vez de esgrimir las con generoso espíritu contra los enemigos vencidos con ellas, procuran comprar sus vidas al precio que por ellas imponen, como se ha visto en vos mismo, que sin embargo de hallaros con tan poderoso ejército, habéis ofrecido á un asesino mil talentos por mi muerte. Con que no siendo yo quien hace la guerra, sino quien sólo se defiende, y la justificación de los dioses quien mira por la causa á quien asiste ésta, han favorecido mis armas, concediéndome el que haya reducido gran parte del Asia á mi obediencia y que os haya roto y vencido enteramente en tan cumplida batalla. Y si bien no debía concederos nada de cuanto me pedís, por haber faltado á todas las razones de una buena guerra, os doy palabra de que si venís de la manera á que está obligado quien pide, os entregaré sin rescate alguno á vuestra madre, á vuestra mujer y á vuestros hijos, para que conozcáis que así como sé vencer, también obligar á los vencidos. Y si acaso receláis ponerlos en mis manos, os concederé salvoconducto para que lo podáis hacer seguramente. Pero no puedo dejar de advertiros que cuando me escribáis otra vez, os acordéis de que escribís á un rey, y rey vuestro.»

Despachó con esta carta á Tersippo, y tomó él la vuelta de Fenicia, donde habiendo admitido á su obediencia la ciudad de Biblos, pasó después á la de Sidón, célebre por su antigüedad y por la fama de sus fundadores. Habiéndose rendido al rey Stratón, más que de voluntad suya, precisado de las amenazas de sus habitantes, respecto de seguir el partido de Darío, quedó

privado del reino, el cual, confiriéndole Epestión, por el permiso que tenía del rey para hacerla al más digno de los sidonios, á dos esclarecidos jóvenes hermanos en cuya casa posaba, se excusaron de admitirle, dando por razón no podían condescender á ello sin contravenir á las leyes de aquel reino, las cuales ordenaban que ninguno pudiese ocupar el trono que no fuese de la real sangre. Admirado Epestión de aquella heroica moderación con que despreciaban lo que con tan crecido anhelo procuran los demás hombres por medio del hierro y del fuego, exclamó en altas voces: «¡Oh generosas almas! ¡Oh magnánimos corazones! Vosotros sois los primeros que con loable desengaño habéis conocido cuánto más glorioso es rehusar un reino que poseerle. Dadme, empero, alguno de la estirpe real, en quien viva siempre presente, cuando se halle colocado en el trono, la memoria de que os deba la corona que le ciñeréis.»

Reconociendo entonces ellos la desmesurada ambición con que muchos grandes señores de aquel reino aspiraban al trono, y las serviles indignidades con que á precio de conseguirlo obsequiaban á los favorecidos de Alexandro, le declararon: «Era, entre cuantos conocían, el más merecedor de la corona Abdolomino, descendiente, aunque remoto, de la real estirpe, y á quien la suma pobreza le precisaba á mantener la vida del jornal que adquiría con su trabajo en un jardín, fuera de la ciudad.» Habíale reducido, como á otros muchos, su gran bondad á aquella miseria, en la cual, atento á su trabajo, no había oído el estruendo de las armas que tenían alterada toda el Asia. Y así, tomando aquellos dos jóvenes hermanos las insignias y ornamentos reales, partieron en busca de Abdolomino, á quien hallaron arrancando las viciosas hierbas de su jardín. Habíéndole saludado ambos, le dijo uno de ellos: «Depón esos inmundos andrajos para adornarte de estas reales

vestiduras, y la trabajosa asquerosidad en que has envejecido: ten real ánimo y acredita tu constancia y virtud en igual grado á la elevada fortuna de que te has hecho merecedor. No, empero, olvides cuando ocupando el real trono te veas árbitro soberano de la vida y muerte de todos tus ciudadanos, el estado en que te hemos hallado, ni que tu honrada y virtuosa pobreza es la que hoy se corona.»

Pareció á Abdolomino sueño lo que le pasaba, y así les preguntó si no se avergonzaban de burlarse de él. Cuya incredulidad y tardanza en ejecutar lo que le ordenaban, les obligó, bien á pesar suyo, á lavarle, asearle y ponerle una vestidura de púrpura, recamada de oro. Después de lo cual y de haberle asegurado, debajo de grandes juramentos, no se burlaban de él, le condujeron á palacio.

Dilatóse al punto por toda la ciudad, como de ordinario sucede, la noticia de esta novedad, la cual, cuanto á unos fué grata, tanto á otros de considerable disgusto, y con especialidad á los grandes y poderosos, cuya indignación prorrumpió ante los validos de Alexandro en grandes baldones y ultrajes de su bajeza y miseria. Ordenó el rey le llevasen á su presencia, y habiéndole advertido por algún rato con bastante cuidado, le dijo: «Aunque el aspecto de tu persona no desmiente tu noble é ilustre origen, deseo saber cuál ha sido la paciencia con que has tolerado tu calamidad y miseria.» «Permitan los dioses, señor (le respondió), que pueda llevar con tan grande ánimo y constancia la fortuna presente. Estas manos han satisfecho mis deseos, no deseando nada de cuanto me ha faltado.» Habiendo hecho el rey por esta respuesta el alto concepto que merecía la virtud de aquel varón, no sólo le concedió los bienes muebles de Stratón, sino gran parte de la presa de los persas,

acrecentando su estado con una de las regiones vecinas.

Mientras pasaba esto, llegó á Tripol Amintas (que, como hemos referido, había dejado el partido de Alejandro) con cuatro mil griegos, que le siguieron después de la derrota. Habiéndose embarcado en aquel puerto pasó á Chipre, donde, juzgando por el estado presente de las cosas sería tan dueño de cuanto se apoderase como pudiera si con justo título lo poseyese, determinó asaltar á Egipto, y declarado enemigo de ambos reyes, estar pronto á ejecutar lo que con la mudanza y variedad de los accidentes reconociese ser más conforme á sus intereses. Con cuyo fin, y el de animar á los soldados esperanzándolos en el interés de tan rica conquista, les hizo saber había muerto Sabaces, gobernador de Egipto, en la batalla; lo atenuadas que se hallaban las guarniciones de los persas, los cuales estaban sin cabo, y que habiendo aborrecido siempre los egipcios á los gobernadores, los recibirían á ellos, antes como autores de su libertad que como á enemigos. Que la necesidad les precisaba á intentarlo todo; y que habiendo malogrado la fortuna sus primeras esperanzas, debían fiar más de las futuras que de las presentes. A cuyas persuasiones movidos, declararon á una voz que todos estaban prontos á ejecutar lo que dispusiese. Y así, teniendo Amintas por más conveniente valerse de aquel ardor que dar tiempo á que se resfriase, entró en el puerto de Pelusa, como si le hubiese enviado delante Darío; y habiendo tomado la ciudad, hizo pasar sus tropas hasta Memphis. Los egipcios, pueblo ligero y más fácil á alterarse que á obrar acción alguna de consideración, movidos á la fama de su venida, saliendo de sus ciudades y villas, conspiraron generalmente todos para echar de los presidios las guarniciones de los persas, los cuales,

aunque en alguna manera quedaron amedrentados de aquella novedad, no perdida del todo la esperanza de poder defender á Egipto. Pero habiéndolos roto Amin-tas en batalla, y obligádoles á que se retirasen dentro de la misma ciudad de Memphis, puso sitio á ésta y envió sus tropas á forrajear por aquellas campañas, como si se hallasen abandonadas y no tuviesen enemigo de quien temer.

Mazares, aunque reconoció á su gente perdida de ánimo después de aquella infeliz rota, manifestándoles que los enemigos, ciegos con el feliz suceso de la victoria, se habían entregado enteramente al descuido y esparcido por todas partes, los esforzó cuanto le fué posible á que hiciesen una salida, y á que en ella procurasen resarcir la reciente pérdida. Correspondió á la prudencia del consejo la felicidad del suceso, pues sin excepción de alguno, fueron muertos todos con su capitán; quedando por este medio vengados ambos reyes de quien había sido tan infiel al que le había amparado como traidor, al que como á su dueño debía guardar lealtad, y él con el castigo que merecía de uno y otro.

Los sátrapas de Darío que quedaron de la jornada de Iso, habiendo juntado toda la gente que se libró con ellos y alistado alguna juventud en la Paphlagonia y en la Capadocia, intentaban recuperar la Lidia, de quien era gobernador Antígono, capitán de Alexandro; á quien en medio de haber enviado al rey algunas tropas de sus mismas guarniciones, le dieron tan poco cuidado los bárbaros, que no excusó presentarles la batalla, en la cual no se mostró menos favorable que en las demás la fortuna, pues en tres combates que tuvieron en diversos lugares quedaron rotos enteramente los persas, á cuyo tiempo derrotó la armada de los macedones, que venía de Grecia, á Aristodemo, enviado

de Ario, para que recuperase la costa del Helesponto. y echó á pique sus bajeles.

Por otra parte Pharnabazo, general de los persas, habiendo recogido el dinero que pudo de los milesios y puesto guarnición en la ciudad de Chío, pasó con cien naves hacia la isla de Andro, y de allí á Syphno, y habiéndolas asegurado las condenó á una cantidad de dinero. Esta cruel guerra encendida por dos reyes los mayores de la Europa y del Asia, para apurar cuál de ellos quedaría señor del universo, dilató sus llamas hasta Grecia y Creta, porque Agis, rey de los lacedemonios, habiendo llegado á juntar ocho mil griegos, que fugitivos de la Cilicia se habian retirado á su patria, hacía guerra á Antipatro, gobernador de Macedonia; y los cretenses, siguiendo indiferentemente unos un partido y otros otro, se hallaban cargados de guarniciones ó macedonas ó espartanas; si bien habiendo inclinado los ojos la fortuna á una sola querella, de cuyo suceso pendía la decisión de todas las diferencias del resto del mundo, los demás movimientos fueron de cortísima consideración.

CAPÍTULO II.

Pone Alexandro sitio á los tirios por no haberle querido admitir.

Sujeta enteramente Siria y Fenicia al poder de los macedones, sin que de toda ésta les quedase otra ciudad que no lo estuviese que Tiro, plantó el rey su campo en cierto lugar, á quien separa de aquélla sólo un corto brazo de mar. Parecióles á sus habitantes que hallándose aquella ciudad tan poderosa y celebrada por la primera de ambas provincias, sería más conforme á su reputación solicitar la alianza de Alexandro que sujetarse á su imperio. Con cuyo fin despacharon embajadores que le presentasen una corona de oro y llevasen en gran abundancia víveres y todo género de frescos. Admitió con gratitud el rey aquella demostración, y habiendo tratado con gran benignidad á los embajadores, les dió á entender deseaba, en cumplimiento del precepto del oráculo, hacer sacrificio á Hércules, á quien con más especialidad que á los demás dioses veneraban los tirios, y de quien los reyes de Macedonia creían descender. Respondiéronle que en cierto lugar, llamado la antigua Tiro, fuera de la ciudad, había otro templo consagrado á Hércules, donde le podría hacer. No pudiendo Alexandro reprimir su indignacion, en medio de su natural blandura les dijo colérico que si por hallarse en una isla despreciaban su ejército, esperaba mostrarles bien á prisa que estaban en tierra firme, y entrar, á pesar suyo, á fuego y sangre en su ciudad.

Despachados con esta respuesta los embajadores, no bastó ni ella ni las persuasiones con que procuraron sus

aliados reducirlos á que abriesen las puertas á aquel conquistador, á quien se le habían sujetado Siria y Fenicia, para que dejasen sus ciudadanos resolverse á tolerar el sitio, fiados en la fortaleza de su situación, entre cuya ciudad y la tierra firme se interpone un estrecho de mar de cuatro estadios de latitud, el cual, expuesto al viento africano, que de ordinario levanta allí terribles tormentas, era el mayor obstáculo al intento que los macedones tenían de juntar la isla á la tierra firme, respecto de que no pudiendo llevar á ella sin gran dificultad, aun estando el mar en tranquilidad y bonanza, material alguno, parecía tanto más imposible estando en borrasca, cuanto entonces, aun los reunidos, quedan reducidos á estrago por los repetidos embates del reflujo, sin que pueda haber máquina, por firme que sea, á quien no destruyan las aguas que se introducen por las junturas de lo labrado é inunden y abran las crecidísimas olas que levanta la impetuosa violencia del viento.

A cuya gran dificultad se añadía la de estar rodeados los muros y las torres por todas partes del mar, sumamente profundo allí, por cuya causa le sería imposible arrimar las escalas, ni batirlas, si éstas y los instrumentos para hacerlo no se asestaban á alguna distancia sobre las mismas naos; impidiendo también el muro que salía de hacia el mar que á pie firme se pudiese atacar de cerca; no sirviendo de menor atraso la falta de bajeles con que estaba el rey y la facilidad con que podrían desde la ciudad rechazarlos (aun cuando los tuviese) si se llegasen á ella tiros de flechas, no pudiendo hacer efecto alguno de las máquinas que se armasen sobre ellas respecto de la agitación de las ondas. A cuyas impenetrables dificultades se llegó cierto accidente que aumentó la confianza de los tirios é inflamó más sus ánimos á la defensa. Este fué haber en-

viado los cartagineses embajadores á Tiro para hacer, á la manera de su patria, el sacrificio que repetían todos los años en reconocimiento de haber fundado á Cartago los tirios, á quienes honraban como á padres suyos. Estos, pues, esforzándolos á la vigorosa resistencia de aquel sitio, les ofrecieron pronto socorro, siéndoles fácil dársele hallándose entonces Cartago señora del mar.

Con que resueltos á defenderse hasta el último trance, se distribuyeron por las torres y los muros las máquinas é instrumentos de guerra, se armó la juventud y se les señalaron sus tiendas á los ingenieros, de que había grande abundancia en la ciudad, donde no se oía sino el estruendo y las disposiciones para la guerra. Hallábanse algunos garfios de hierro, á quienes llamaban arpagones, así como cuervos á ciertos instrumentos hechos para asir las máquinas de los enemigos, sin infinita diversidad de armas defensivas y ofensivas. Introducido el hierro en muchas fraguas para forjar las armas, se refiere que al encenderlas el fuego, se veía correr por debajo de las llamas arroyos de sangre, cuyo prodigio interpretaron los tirios á favor suyo; así como Aristandro, el más docto de los adivinos que entonces se hallaban, á presagio de la ruina de la ciudad, cuando absorto y suspenso el rey del que había acaecido en su ejército partiendo un pan, del que brotaron algunas gotas de sangre, le aseguró del cuidado declarando que si la sangre corría por de fuera, sería infausto agüero para los macedones; pero que saliendo de él lo era para la ciudad contra quien intentaban poner sitio.

Sin embargo, considerando Alexandro que su armada se hallaba distante de allí, y lo que podría atrasar las demás empresas la dilación de aquel sitio, les ofreció la paz, por medio de enviados, á quienes contra el

derecho de las gentes dieron muerte y arrojaron desde los muros al mar. A vista de cuya sangrienta ignominia, no teniendo lugar la duda en la determinación del sitio, se dedicó Alexandro con el mayor ardor á él. Siendo empero preciso hacer antes el muelle que había de unir la ciudad á la tierra firme, desalentaba tanto á los soldados el ver la profundidad del agua, que pareciéndoles imposible llenarlesino milagrosamente: «¿Qué desmesuradas piedras (decían), ni qué crecidos árboles bastarán á conseguir lo que apenas podrán acabar infinitas legiones de gentes? Y que estando allí el mar en continua alteración, cuanto más se estrechase el paso entre la tierra firme y la isla, tanto más furiosas serían las borrascas.» Con todo, Alexandro, conociendo el genio de sus soldados, y no ignorando los medios de inclinar sus ánimos á aquella empresa, les hizo creer se le había aparecido en sueños Hércules, y que extendiéndole la mano y abriéndole las puertas le introducía en la ciudad. Después de lo cual y de haber ponderado la cruel atrocidad que habían cometido en sus enviados los enemigos, el desacato con que habían violado el derecho de gentes y cómo era aquella ciudad la que únicamente se había atrevido á interrumpir el curso de sus victorias, ordenó á los capitanes esforzasen á sus soldados y evitasen los corrillos y murmullos. Con cuya providencia, reconociendo en favorable disposición las cosas, dió principio á la obra, para quien se aprovecharon de las piedras que aún se conservan entre las ruinas de la antigua ciudad de Tiro y de las maderas que suministró el monte Líbano, de quien cortaron cuantas fueron necesarias para las fábricas de navíos y torres.

Llegaba ya la obra á una considerable altura, si bien no igualaba con el agua, y cuanto más iba desviándose el muelle de la ribera hacia el mar, tanto más se hundía

por la inmensa profundidad; de cuya oportunidad se aprovechaban los tirios para arrimarse en sus chalupas y escarnecer y burlar á los macedones, á quienes decían veían, no sin gran gusto, á aquellos conquistadores, tan celebrados en el mundo, llevar á sus hombros, no de otra suerte que las bestias, los materiales para la fábrica; preguntándoles, en mayor ignominia suya, si por ventura era Alexandro más poderoso que Neptuno. Si bien estos ultrajes sólo servían de más estímulo para la presteza de los soldados, los cuales consiguieron por último, á fuerza de su continuada fatiga, que el muelle saliese ya fuera del agua, y que poco á poco se fuese extendiendo y aumentando por todas partes hasta tocar con la ciudad. Descubriendo los sitiados la magnitud de la obra, que hasta entonces se la había ocultado el mar, iban con esquifes á reconocer el muelle, no enteramente perfeccionado, y cercándole molestaban á los que se ocupaban en hacerle. Herían, sin daño suyo, á muchos de los macedones, los cuales, no pudiendo estorbar que se acercasen y retirasen á sus esquifes libremente, se hallaron precisados á suspender la obra por acudir á su defensa. Reconociendo esto Alexandro, dió orden para que con diversos reparos se evitase el daño de los obreros y se levantasen dos torres de madera sobre el muelle, con el fin de que se pudiese desde ellas embarazar á los enemigos el que se acercasen. Los cuales, armando por otra parte sus esquifes y arrimándolos á la ribera en parte donde no podían ser vistos de los enemigos, desembarcaron su gente y dieron muerte á algunos soldados que conducían la piedra, así como también en el monte Libano los villanos árabes á cerca de treinta de los macedones que hallaron por allí desordenados, sin otros á quienes hicieron prisioneros.

CAPÍTULO III.

Hacen célebre y famoso el sitio de Tiro los dudosos acontecimientos de la guerra.

Estas pérdidas, si bien ligeras, y el deseo de que no se juzgase podía ser solo el sitio de una ciudad asunto capaz á ocupar todo su cuidado, sin darle lugar á otras empresas, obligaron á Alexandro á que, dejándole al de Cratero y de Pérdicas, se encaminase con un ejército volante á Arabia.

Habiendo elegido los tirios, mientras estaba ausente, la mayor nao que tenían, y llenado su popa de arena y piedras para que levantase la proa, bien carenada de betún y azufre la echaron al mar, desde donde, surcando á velas llenas, llegó con acelerado curso cerca del muelle, á cuyo tiempo pegaron fuego á la proa y se pasaron á las chalupas que habían llevado para este efecto. Encendióse inmediatamente el bajel, cuyas llamas, antes que pudiesen acudir á evitar el estrago los macedones, prendieron en las torres y en las demás obras que estaban sobre el muelle. En cuyo ínterin, para aumentar aquel incendio, arrojaban desde las chalupas, los que habían pasado á ellas, dardos encendidos, trapos ardiendo y cuanto les pareció capaz de alimentar el fuego, el cual, corriendo hasta lo alto de las torres con suma voracidad, hizo considerable estrago en los que halló en ellas, de los cuales perecieron unos miserablemente á su rigor, y se precipitaron otros, depuestas y abandonadas sus armas, al mar, donde viéndolos nadar los tirios, y queriéndolos antes cautivos que muer-

tós, los herían y maltrataban con saetas y palos, hasta que, imposibilitados de defenderse, los metían en sus esquifes.

No fué sólo el fuego causa de tan considerable estrago; también tuvo gran parte en él la deshecha borrasca que sobrevino, á cuya recia impetuosidad, impelidas las ondas, azotaban en aquella reciente fábrica con tan cruel violencia, que desunidas las junturas, y entrando por ellas las olas, empezaron á caer las piedras y la mitad de la obra. Con que roto aquel cúmulo de ellas, sobre quien se reunía la tierra, se precipitó á lo profundo del mar todo el reciente edificio, sin que hallase Alexandro cuando volvió de Arabia algún vestigio de él, á cuyo tiempo se atribuían (como de ordinario sucede en semejantes contratiempos) unos á otros la culpa de aquel infortunio, pudiendo con más razon quejarse todos de la furiosa crueldad del mar.

Habiendo dado principio el rey á otro nuevo muelle, quiso que así como el antecedente estaba de lado contra el viento, le mirase de frente éste, á quien defendían las demás obras, las cuales quedaban como ocultas debajo de él, y que tuviese mayor extensión, que preservase las torres (fabricadas en medio) de los tiros de las flechas. Arrojabán, pues, con este fin al mar árboles enteros, cargados de sus ramas, á quienes cubrían de piedras, sobre las cuales plantaban otros, y sobre éstos un suelo de tierra y piedra que los cubría, y á él nuevos árboles, continuando de esta suerte aquella extraña fábrica, hasta que aumentada, quedó trabada y tan firmemente unida como pudiera si se hubiese fundado sobre sólidos cimientos.

No se descuidaban por su parte los sitiados, los cuales hacían cuanto les era posible por embarazar la prosecución del trabajo, á que les ayudaban no poco algunos que, nadando entre dos aguas, llegaban al muelle

sin ser sentidos de los enemigos, y tirando hacia sí á gran fuerza con garfios de las ramas que salían por fuera de la obra, llevaban éstas tras sí cuanto tenían encima y dejaban arruinada gran parte de ella. Con que no siendo difícil desviar los troncos sobre quienes cargaba el peso, aligerados ya, llegando á faltar aquel fundamento, y sucediendo lo mismo á los demás, quedaba enteramente arruinado todo. Por lo cual, hallándose Alexandro disgustado y dudoso en la resolución de continuar ó levantar el sitio, le llegó de Chipre una armada y Cleandro con las tropas griegas, que había poco antes pasado por el mar al Asia, que unos y otros bajeles componían una de ciento ochenta velas. Dividióla en dos alas y embárcándose en la galera real, tomó la derecha y dió la siniestra á Pnytagoras, rey de Chipre, y á Cratero.

No se atrevieron los tirios, aunque tan poderosos en el mar, á presentar la batalla: opusieronse sí sólo al enemigo con sus galeras abrigadas de sus muros. Pero no por esto dejó el rey de acometerlas y echarlas á pique todas, y de arrimarse el día siguiente con su armada á los muros, á quienes batió por todas partes con las máquinas y con los arietes. Repararon inmediatamente los sitiados sus brechas y empezaron al mismo tiempo otro muro detrás del primero, para poderse defender desde él si se arruinase aquél. Sin embargo, cercados por todas partes respecto de llegar ya, en medio de los embarazos que pusieron, el muelle á tiro de saeta y de rodearle los muros la armada enemiga, eran á un mismo tiempo trabajados, así por mar como por tierra. A que se llegaba la disposición en que habían ordenado sus galeras de cuatro órdenes de macedones, los cuales uniendo unas con otras sus proas, habían cubierto todo el espacio que se interponía entre las popas de maderos trabados y unidos con tal firmeza que servían de

puentes, sobre quienes se plantaban los soldados. Dispuestas en esta forma las galeras, bogaron á fuerza de remos hacia la ciudad cargando desde cubierto á los que defendían la muralla, respecto de servir las proas de parapeto.

Mediada la noche, ordenó se extendiesen en esta forma alrededor de las murallas, con ánimo de dar un asalto general; á vista de lo cual, desesperados ya los tirios y sin saber qué hacerse, se empezó á cubrir repentinamente el cielo de nubes, que usurpaban aun aquella corta luz que suelen permitir en medio de su obscuridad las tinieblas. Alterado el mar se empezó poco á poco á embravecer, formando al fin las ondas, impelidas de la impetuosa violencia del viento, horrible tormenta. Chocaban tan furiosamente las galeras unas con otras, que rotos los cables y maderos que los unían, y precipitados al fondo, arrastraban tras sí con espantoso fracaso los hombres; no siendo posible gobernar las galeras unidas unas con otras en tan furiosa tormenta, en la cual el soldado embarazaba al marinero, y el marinero al soldado; y como de ordinario sucede en semejantes accidentes, el más experimentado y diestro obedecía al menos experto, porque los patronos, acostumbrados á mandar siempre, despavoridos entonces con el miedo de la muerte, sólo atendían á obedecer. Sin embargo, cedió por último el mar á los constantes esfuerzos de los remeros, los cuales parecía le arrebatában á viva fuerza las galeras, que por último, aunque muy maltratadas, tomaron la ribera.

Arribaron en el mismo dia á Tiro treinta embajadores de Cartago, más para dar esfuerzo que socorro á los tirios, con quienes se excusaron de no traerle, respecto de estar los cartagineses en guerras dentro de su misma patria, en quien se hallaban precisados á pelear no menos que por la conservación de su reino por la

defensa de sus vidas. Siendo cierto que los siracusanos, los cuales saqueaban y robaban entonces con poderoso ejército todo el Africa, se habían acampado muy cerca de los muros de Cartago; no perdiendo empero los tios el ánimo, en medio de ver frustradas sus mayores esperanzas, enviaron sus mujeres y sus tiernos hijos á Cartago, esperando, aseguradas sus más queridas prendas, poder con mayor firmeza y constancia resistir los infortunios que les sobreviniesen. Con todo, refiriendo en junta general cierto ciudadano cómo se le había aparecido en sueños Apolo, á quien adoraban con especial culto, y mostrado que abandonaba la ciudad, y que el muelle de los macedones, quedando en seco, se había convertido en bosque; preocupados del miedo (en medio de no ser el autor de gran fe), inclinados á creer lo peor, aprisionaron la estatua de Apolo con una cadena de oro, la cual clavaron en el altar de Hércules, á quien estaba dedicada la ciudad, juzgando detenerle por medio suyo. Habían llevado allí desde Siracusa los cartagineses (tan cuidadosos siempre de exornar é ilustrar á Tiro con las presas y despojos de las ciudades que habían adquirido, como á la misma ciudad de Cartago) aquel simulacro, á quien colocaron en el mismo lugar donde reconocían su origen. Proponían algunos que se restableciese un sacrificio, desusado ya después de muchos siglos, y que no sé que pudiese ser acepto á los dioses. Reducíase éste á consagrar á Saturno un niño de la primera nobleza, cuya sacrílega costumbre, recibida de sus fundadores y observada en Cartago hasta su destrucción, sin duda que se habría renovado entonces allí y cometido superstición tan bestial como opuesta á la naturaleza, á no haberlo embarazado la madurez y prudencia de los que por más ancianos conservaban en Tiro la primera autoridad.

Hallándose, pues, los tios en aquel conflicto, en el

cual suele mostrarse la necesidad más industriosa que el arte, dispusieron, demás de los instrumentos ordinarios, cierto género de invenciones, con que poder defenderse y ofender á los enemigos. Contra quienes para incomodar las galeras que se acercaban á los muros, unían ancoradas de cuatro brazos, hoces y manos de hierro á grandes vigas, las cuales (dispuestas sus máquinas en forma de arcos) ponían en lugar de flechas y las disparaban á los enemigos, cuyos maderos quebrantaban á unos, y cuyas áncoras y hoces, las cuales, clavadas en ellos, quedaban pendientes, despedazaban á otros, causando considerable daño en las galeras. No contenta con esto su industria, pasó á hacer ciertos escudos de alambre, los cuales introducidos en la fragua los sacaban de ella hechos ascua, y llenándolos de arena ó de lodo hirviendo los arrojaban prontamente desde la muralla á los enemigos, á quienes era tanto más sensible este género de tormento, cuando pasándoles la arena ardiendo la cota y penetrándoles hasta la carne, los abrasaba, sin que pudiesen echarla de sí; hallándose precisados para conseguirlo á arrojar las armas y á rasgar sus vestidos, en cuyo caso quedaban más expuestos á los golpes de los enemigos, los cuales con las áncoras, con las hoces y con las manos de hierro clavadas á las vigas arrebatában á sí á muchos de ellos.

CAPÍTULO IV.

Apodérase por último Alejandro de Tiro, en quien hace considerable estrago su ejército.

Disgustado Alejandro de que la vigorosa resistencia de un sitio le dilatase su tránsito á Egipto, interrumpiéndole infelizmente el acelerado curso con que había corrido todo el Asia y malográndole la prosecución dichosa de mayores empresas, resolvió abandonar el sitio. Contrapesado empero con el descrédito de partirse sin haber conseguido designio en que se había empeñado, la corta probabilidad que veía de adelantarle, y haciendo mayor impresión que otras consideraciones en su ánimo el reparo de su reputación, la cual había contribuido aún más que sus armas al acrecentamiento de su gloria, y de no dejar en Tiro un testimonio de su mengua y de que podía ser vencido, resolvió hacer el último esfuerzo con mayor número de navíos, en quienes puso lo más escogido de sus tropas.

Mientras se disponía á su ejecución, se dejó ver acaso sobre las aguas una ballena de extraordinaria magnitud, la cual acercándose al muelle de los macedones, batiendo en él las alas y levantando aquella formidable corpulencia se dejó ver mejor de ambos ejércitos. Después de lo cual, sumergiéndose desde lo alto del muelle al mar, y ocultándose unas veces en él, y saliendo otras casi toda fuera del agua, se volvió á dejar ver por último, no lejos de las murallas de la ciudad, cuyo espectáculo fué de tan igual regocijo á los tirios como á los macedones. Decían éstos les había descubierto la balle-

na el camino por donde habían de dirigir su obra; y aquéllos, que indignado Neptuno de la temeridad de Alexandro, había enviado aquel monstruo por mensajero de su venganza, la cual esperaban lograr bien aprisa con la ruina de todo aquel trabajo. Lo cierto es que los dejó tan gustosos aquel presagio, que lo celebraron toda la noche con festines y banquetes, de quienes salieron tan embriagados que al descubrirse el sol, embarcándose en sus bajeles, á quienes habían coronado con guirnaldas de flores, anticipaban los regocijos de esta victoria; en tan gran confianza los dejó aquel agüero.

En el ínterin el rey había ordenado su armada delante de la obra que miraba á Egipto, y dejado sólo treinta bajeles al opósito del puerto de Sidón, de los cuales tomaron dos los tirios, cuya presa ocasionó gran terror en los demás, hasta que oyendo Alexandro los gritos de los suyos, hizo volver su armada hacia la parte del ruido, donde, como la más ligera, llegó primero que las otras la *Real*, compuesta de cinco órdenes de remos. Luego que la vieron los tirios enviaron dos galeras suyas á que la embistiesen. Bogaba la *Real* contra una de ellas, á quien tomó, sin embargo de haber recibido un gran golpe del choque de su espolón; y si bien la que había quedado libre se apresuraba furiosa para acometerla por el otro costado, abordando una de las galeras del rey de tres órdenes de remos, fué tan terrible el choque que descargó en ella, que arrojó al patrón de lo alto de la popa al mar; á cuyo tiempo, sobreviniendo muchas galeras macedonas y el mismo rey, recuperada, no sin trabajo, la galera que se les había tomado, se retiraron los tirios hacia la ciudad con toda la armada.

Siguiólos el rey; y aunque no pudo entrar en el puerto, respecto de impedírsele las innumerables flechas que

le arrojaban desde los muros, apresó ó echó á pique casi todos los bajeles. Pasado esto, concedió Alejandro á sus tropas dos días de descanso, después de los cuales, y de haber hecho que su armada y las máquinas se acercasen al muro, subió á una torre de suma altura, con tan grande y generoso ánimo como peligro de su persona, respecto de que, reconociéndole inmediatamente por sus reales insignias y por la riqueza de sus armas, fué el blanco de las flechas de los enemigos. Desde ella obró acciones dignas de sí y de que las advirtiesen todos; dió muerte á lanzadas á muchos que defendían la muralla, y, acercándose más á ésta, derribó dentro de la ciudad á cuchilladas á unos, y precipitó al mar á golpes de su escudo á otros, respecto de llegar casi al mismo muro la torre desde donde combatía.

Ya sus principales defensas, desmoronadas á los repetidos é impetuosos golpes de los arietes, caían en tierra; ya la armada había ganado el puerto, y ya los macedones estaban apoderados de las torres que desampararon los enemigos; los cuales, acometidos por todas partes de tantos peligros, huían unos á los templos, implorando el socorro de los dioses y se encerraban otros en sus casas, donde (por no esperarla de los vencedores) se daban ellos mismos la muerte; arrojándose otros sobre los mismos enemigos, resueltos á vender á buen precio sus vidas: la mayor parte, subiéndose á los techos, arrojaba en los enemigos piedras y cuanto hallaban para ofenderlos. Mandó el rey que, *preservados los que se habian refugiado á los templos, fuesen todos los demás muertos y sus casas abrasadas.* Cuya orden en medio de haberse publicado, no bastó á obligar á ninguno de cuantos traían armas á que se rindiese á recurrir á los templos; los cuales llenaba crecido número de mujeres y de niños únicamente, así como ocupaban los umbra-

les de sus casas los más ancianos, esperando la hora de sacrificar sus vidas al furor de los soldados.

Si bien los sidonios que se hallaban en el ejército de Alexandro, y habían entrado en la ciudad casi al mismo tiempo que los vencedores, en reconocimiento de la afinidad que suponían tener con los tirios, por creer, igualmente que su ciudad de Sidón, la de Tiro, fundación de Agenor, libraron á muchos, á quienes embarcaron ocultamente en sus bajeles y los pasaron á Sidón, por cuyo oficioso engaño se preservaron de la saña del vencedor hasta quince mil; pudiéndose inferir cuál sería la mortandad y el estrago, de haberse hallado dentro de las murallas de la ciudad seis mil despedazados. En medio de lo cual, no habiéndose templado aún la indignación del rey, ofreció á los vencedores un espectáculo horrible y cruel aun á sus mismos ojos. Componíase éste de dos mil hombres, á quienes, habiendo satisfecho y apurádoles la rabia con la mortandad hecha en los enemigos, hizo ahorcar y fijar á orillas del mar. Perdonó empero á los embajadores de los cartagineses, aunque declarándoles la guerra, que por entonces difería respecto de la ocurrencia presente de las cosas.

De esta suerte se hizo Alexandro dueño de la ciudad de Tiro después de siete meses de sitio. Su antiguo origen y las frecuentes variedades de su fortuna la han hecho célebre á la posteridad. Fundóla Agenor, y fué por largo tiempo, no sólo señora del mar vecino, sino de todos los demás que penetraron sus proas. Y si hemos de dar crédito á la fama, los tirios fueron los primeros que inventaron las letras ó que enseñaron el uso de ellas. Lo que no tiene duda es que sus colonias se dilataron casi por todo el universo: á Cartago en África, á Tebas en la Beocia, y á Cádiz en las riberas del Océano; y que, ó por haber tenido, como creo, tan grande jurisdicción en el mar, y navegado con tanta frecuencia

por tan desconocidas tierras á las demás naciones, eligieron lugares cómodos para que pudiese poblar una parte de su lozana juventud, muy aumentada entonces; ó como algunos quieren, porque, trabajados los habitantes de los recios temblores de tierra á que esta isla se halla sujeta, se vieron precisados á buscar por medio de las armas nuevas tierras y diversas costumbres. Consumida, pues, con varios infortunios, y renaciendo siempre de sus mismas ruinas, goza el día de hoy de la felicidad de una dilatada paz, con cuyo beneficio vuelven á florecer los estados, y del más seguro reposo, debajo de la protección dichosa del imperio romano,

CAPÍTULO V.

Escribe Darío á Alexandro con más urbanos términos sobre la paz, cuyas condiciones desprecia. Presentan los griegos á Alexandro una corona de oro. Reduce debajo de su obediencia muchas provincias por medio de sus capitanes.

Casi al mismo tiempo recibió Alexandro otra carta de Darío en que ya le trataba como á rey; ofrecíale en casamiento á su hija Statira, y en dote cuanto se contiene entre el Helesponto y el río Halis, sin reservar más que las tierras que miran al Oriente. Pedíale que, en caso de no admitir estos ofrecimientos, se acordase de la inestabilidad de la fortuna y de que cuanto más colmados se hallan de felicidad los hombres, tanto más expuestos están á la envidia, que concita ésta contra ellos. Representábale cuánto temía que no de otra suerte que los pájaros, á quienes elevaba su natural ligereza á las nubes, se dejase llevar del viento de una desmesurada y loca ambición, á que de ordinario se hallan sujetos los ardores juveniles, no habiendo acción más difícil que la de saberse gobernar en la edad que tenía, con la gran fortuna que gozaba. Que advirtiese que en medio de las pérdidas recibidas le quedaban aún fragmentos de su naufragio; que no siempre había de hallarse encerrado y oprimido entre las rocas, pues era preciso que alguna vez saliese á espacioso campo, donde no podía dejar de avergonzar á Alexandro el corto número de sus soldados. Que aún tenía que pasar el Euphrates, el Tigris, el Areges y el Hidaspes, cuyos ríos eran como antemurales de su imperio. Y que aun cuando los pa-

sase felizmente, debía considerar el tiempo que consumiría en penetrar la Media, la Hircania, la Bactria y los Indos del Océano, el que le costaría sujetar á los sogdianos y á los arachosios, pueblos cuyos nombres apenas eran conocidos, y á tantas naciones confinantes con el Cáucaso y con el Tanais. En cuyas vastas provincias (necesitando aún para pasar seguramente por ellas de largos años) se envejecería en sólo hacerlo. Y últimamente, que dejase de llamarle, porque si iba á él, sería para ruina suya.

Respondióle Alexandro que no podía dejar de extrañar ofreciese lo que no tenía, y que dividiese (como pudiera si lo poseyese) lo que enteramente había perdido; pues le prometía la Lydia, la Jonia, la Eolia y toda la costa del Helesponto, habiendo sido premios de sus victorias, cuando por vencedor debía él darle la ley y recibirla Darío como vencido. Que si sólo él ignoraba cuál de los dos era el dueño, se lo enseñaría en una batalla. Que cuando pasó el mar no limitó sus empresas á la Licia ó á la Lydia, cuyas conquistas serían á la verdad muy corta recompensa de tan gran aparato, pues se dilataban á Persépolis y á reducir debajo de su obediencia la Bactria, la Ecbatana y los últimos términos del Oriente. Que tuviese por cierto que á cualquiera parte que huyese le había de seguir, y que así no pensase acobardar con sus ríos á quien había surcado tan dilatados mares.

Esta fué la sustancia de lo que ambos reyes se escribieron. En tanto los rhodios, franqueando las puertas de su ciudad á los vencedores, se la entregaron á Alexandro, el cual había dado antes el gobierno de la Sicilia á Sócrates, y á Philotas el de todas aquellas tierras que se ofrecen en los contornos de Tiro. Dejó Parmenión á Andrómaco el de Siria, llamada Cele, por seguir al rey, el cual, habiendo ordenado á Epestión,

general de la armada, costease por la Phenicia, tomó con todas sus tropas la vuelta de la ciudad de Gaza. Hallándose próximo el día que los griegos tienen destinado para la solemnidad de los juegos ísthmicos, á quienes concurre indecible muchedumbre del pueblo, determinaron en él los griegos, naturalmente lisonjeros é inclinados á acomodarse al tiempo, enviar doce embajadores al rey con una corona de oro, en testimonio y reconocimiento de las gloriosas victorias que había obtenido en beneficio de la salud y libertad de la Grecia; siendo así que habiendo dado poco antes oídos á cierto vago rumor, estuvieron pendientes del suceso de la guerra para no separarse de la parte á que vieses se inclinaba la fortuna.

No sólo rendía el rey á su obediencia las ciudades que la rehusaban, sino también sus gobernadores, esclarecidos capitanes, hacían por su parte admirables progresos. Apodérase Calas de Paphlagonia, y Balacro, después de haber roto á Idarma, sátrapa de Darío, de la ciudad de Mileto; redujeron Amphotero y Hegeloco, con una armada de ciento sesenta velas, á la obediencia de Alexandro todas las islas que están entre el Acaya y el Asia, y se apoderaron de Tenedos, donde fueron llamados de sus habitantes. Resolvieron hacer lo mismo de Chío, pero habiendo preso Pharnabazo, pretor de Darío, á los principales de la facción de los macedones, dejó la ciudad, aunque sin la guarnición que necesitaba, al cuidado de Apolonides y de Athanágoras, que seguían su partido. No por esto desistieron del sitio los capitanes de Alexandro, fiados más en el afecto de los habitantes que en sus propias fuerzas, cuya confianza no les salió vana, pues habiéndose movido cierto disgusto entre Apolónides y los capitanes de la guarnición, les facilitó el desorden que causó el que se apoderasen de la ciudad. En la cual, habiendo derri-

bado las puertas los que tenían inteligencia con los macedones, hicieron entrar á Amphotero y á Hegelo con sus tropas, y juntándose á ellos, después de haber muerto la guarnición, se apoderaron de Pharnabazó, de Apolónides y de Athánagoras y los entregaron á los vencedores, así como también doce galeras de tres órdenes con sus remos y soldados, treinta navíos con algunos vasos de corsarios y tres mil griegos que estaban á sueldo de los persas. Reclutáronse con los soldados las compañías, y habiendo castigado los piratas, pusieron en las galeras del rey á todos los forzados.

Sobreviniendo acaso allí á la primer vigilia de la noche Aristónico, tirano de Methímeneos, se presentó, ignorante de lo que pasaba en Chío, con algunas fragatas á la boca del puerto, é hizo saber á las guardas que iba á ver á Pharnabazo: Respondiéronle éstas estaba recogido, y que por entonces no lo podía hacer, pero que pues era amigo suyo entrase en el puerto y que al día siguiente le vería. Ejecutólo así Aristónico, á quien siguieron diez bergantines de piratas, pero apenas lo hubieron hecho cuando cerraron las guardas el puerto y los hicieron á todos prisioneros, sin que pudiese alguno ponerse en defensa. Pasaron desde allí los macedones á Mitilene, á quien Carés Ateniese había tomado poco antes, hallándose en ella con dos mil persas; pero no siendo bastantes fuerzas éstas para mantener un sitio, rindió la ciudad, capitulando habían de salir libres, y se retiró á Imbros; los vencedores perdonaron á los ciudádanos.

CAPÍTULO VI.

Mientras Darío se dispone para la guerra toma Alexandro la ciudad de Gaza y castiga gravemente á Batis, su gobernador.

Habiendo perdido Darío las esperanzas de la paz, que había creído alcanzar por medio de sus cartas y de sus embajadores, volvió á juntar todas sus fuerzas y se dispuso para la guerra, con cuyo fin ordenó á sus capitanes hiciesen la masa del ejército en Babilonia, y á Beso, sátrapa de la Bactria, que alistando al mayor número de gente que le fuese posible la condujese allí. Tienen los bactrianos entre todas aquellas naciones el primer crédito de soldados y demás bárbaros, así por no haber participado de la delicadeza de los persas, como porque en imitación de los escitas, vecinos suyos, pueblos sumamente belicosos y que sólo viven de las rapiñas, se hallaban siempre en armas. Llevando empero mal Beso la superioridad de otro, dió sobrada ocasión para que el rey quedase poco seguro de su fidelidad, levantando el ánimo á las esperanzas del reino, á que no podía dejar de aspirar sino por medio de alguna traición.

En tanto Alexandro hacía todas las diligencias posibles por saber el paraje á que se había encaminado Darío, aunque sin ningún fruto respecto de la inviolable observancia con que los persas conservan ocultas las resoluciones de sus príncipes, cuyo secreto no son poderosas á romperle ni las mayores promesas ni las más rigurosas amenazas, y cuya infracción se castiga por antigua ley del reino con graves penas. Por lo cual en-

tre ellos se tiene por incapaz de que se le fie cosa de importancia al que no sabe callar, por contravenir á lo que parece quiso la naturaleza fuese lo más fácil de observar en el hombre. Alexandro, pues, no pudiendo penetrar alguna de las operaciones del enemigo, puso sitio á Gaza, en quien se hallaba por gobernador Batis, cabo de tan gran valor como fidelidad á su rey, el cual con cortísimas fuerzas defendía una plaza que necesitaba de considerable presidio.

El rey, después de haber reconocido su situación, ordenó que se hiciesen secretamente unos conductos debajo de tierra, á que ayudaba el territorio, respecto de arrojar por allí el mar vecino gran cantidad de arena mezclada con tierra, sin piedras ni peñascos que dificultasen el ahondar, y que éstos fuesen por parte que no pudiesen ser advertidos del enemigo, con cuyo fin hizo acercar las máquinas hacia la ciudad como para asaltarla. Dificultando empero mucho lo penoso del camino el transporte de las torres, cuyas ruedas encajándose en aquellos crecidos arenales, donde ni podían dar vuelta ni caminar sin grandes vaivenes, ocasionaban que se rompiesen los entablados y que quedasen heridos en este ataque muchos soldados sin poderse defender, no costándoles menos trabajo el retirar sus máquinas que el que les tuvo el conducir las.

Por lo cual, habiendo mandado el rey tocar á retirar, ordenó el día siguiente á sus soldados que cercasen la ciudad; antes de lo cual, sacrificando al amanecer á los dioses, según el estilo de su patria, é implorando su socorro, un cuervo, que acaso volaba sobre el altar, dejó caer en la cabeza de Alexandro un terrón, que inmediatamente se deshizo todo, y pasándose luego á la torre más próxima, en la cual, dada toda de betún y de azufre, se embadurnó de suerte las alas de uno y otro, que fué fácil el cogerle. Pareció el caso á todos digno

de consultarle con los adivinos, y no menos á Alexandro, cuyo genio no repugnaba semejantes supersticiones. Aristandro, pues, que era quien tenía el primer crédito entre los adivinos, respondió: Que tomaría Alexandro la plaza, pero que corría riesgo de ser herido, y que así, le aconsejaba dejase pasar aquel día sin intentar nada. Por lo cual el rey, aunque llevaba con gran impaciencia atrasase una ciudad sólo su tránsito á Egipto, tuvo por bien conformarse con el adivino y ordenar que se retirasen sus tropas; á vista de lo cual, cobrando mayor ánimo los sitiados, hicieron una salida para cargar al enemigo por las espaldas, juzgando aprovecharse de la ocasión, si bien no mantuvieron la escaramuza tan vigorosamente como la habían empezado, porque al punto que vieron les hacían rostro los macedones empezaron á aflojar.

Habían llegado ya los gritos de los combatientes á oídos de Alexandro, el cual, despreciando el peligro de que estaba amenazado, habiéndose armado de su coraza, á instancia de sus validos, contra lo que acostumbraba, partió aceleradamente á ponerse al frente de sus banderas. Apenas fué descubierto, cuando cierto árabe, soldado de Darío, emprendió una acción de mayor osadía que la que correspondía á su nacimiento; éste, habiendo ocultado un puñal debajo de su escudo, y arrojándose á los pies del rey, como si se le rindiese, después de haberle hecho levantar, y dado orden para que fuese recibido en sus tropas, pasando el bárbaro diestramente el puñal á la mano derecha, le tiró á la cabeza del rey, de cuyo golpe pudo librarse torciéndola algo; pero no el bárbaro de la prontitud con que castigó su desacato, cortándole de una cuchillada la mano que le había errado, creyendo haberse preservado por este medio del peligro de que estaba amenazado. Siendo empero, á lo que juzgo, inevitable nuestro destino, se ve-

rificó poco después la predicción del sueño, pues combatiendo entre los primeros fué herido de una flecha, que pasándole el arnés le penetró la espalda, de donde sacándose la Philipo, su médico, arrojó gran cantidad de sangre, no sin admiración de todos respecto de no poder reconocer, por impedirlo las corazas, la parte por donde había entrado la saeta.

El rey, sin alterarse ni mudar de semblante, mandó que se restañase la sangre, y que se le vendase la llaga, y de esta suerte, ó disimulando el dolor, ó venciendo-le, se mantuvo por largo espacio delante de sus escudrones; pero volviendo á correr con mayor abundancia la sangre que en virtud de la curación se le había detenido, y empezándosele á inflamar la llaga, que hasta entonces no le había ocasionado grandes dolores, por no haber llegado á enfriarse la sangre, no pudiendo ya mantenerse en pie, le retiraron los suyos á su real. Con cuya acción, teniéndole Batis por muerto, se retiró como victorioso y triunfante á la ciudad. Mas el rey, sin esperar á asegurarse enteramente de la herida, hizo levantar una plataforma que igualase con las murallas, y que con repetidas minas procurasen arruinarlas. Aumentaron también los sitiados por su parte nuevas fortificaciones en el muro antiguo, si bien no llegando á igualar con las torres que se levantaron sobre la plataforma, cuya altura predominaba la ciudad, eran desde ella bastantemente molestados de las saetas y flechas enemigas. Con todo, nada igualaba al que recibían con las minas, las cuales, derribando el muro, facilitaron con sus ruinas la entrada á los soldados.

Hallóse de los primeros en el asalto el rey, á quien, adelantándose inadvertidamente, le alcanzó una pedrada en la pierna que se la dejó bastantemente lastimada; si bien afirmándose en su dardo, en medio de no tener aún cerrada la otra herida, no dejó de combatir de los

primeros, colérico de haber recibido en este sitio dos. Cargado Batis de heridas, después de haber hecho una gloriosa resistencia, quedó abandonado de los suyos; mas no por esto dejó de mantenerse con el mismo valor que mostró desde el principio y de conservar sus armas teñidas todas en su sangre y en la de sus enemigos, hasta que, oprimido de todas partes y sin querer rendirse, le tomaron en brazos y se lo llevaron al rey. El cual, olvidado de la generosa magnanimidad con que había aplaudido hasta allí, aun en sus enemigos, su valor é ilustres acciones, y preocupado de la ira y del deseo de la venganza, con semblante de alegría indigno de sí, «¡Morirás, oh Batis, (le dice) no como lo has deseado, porque antes has de padecer cuantos tormentos puede inventar contra un prisionero la más cruel venganza!» Pero él, mirando al rey con tan constante como airado semblante, no dió respuesta alguna á sus amenazas, de que más indignado el rey, á grandes voces, «Mirad (les dice á los suyos) la arrogancia y obstinación con que calla. ¿Habéis por ventura visto que haya inclinado la rodilla, ni hecho alguna demostración de rendido? Pero yo venceré tan tenaz silencio, ó cuando no pueda le interrumpiré con su llanto y con sus gemidos.»

Finalmente, pasando á rabia la ira, y empezando á convertir con la nueva fortuna en bárbaras y extrañas sus loables y antiguas costumbres, le mandó (conservando aún algunos vitales alientos) agujerear los talones, por donde, introducidas unas correas, fué amarrado á un carro, y arrastrado por unos caballos alrededor de la ciudad, con tan gran gusto como vanagloria del rey, por imitar en aquel cruel combate á Aquiles, de quien se suponía descendiente.

Quedaron en aquel combate, entre árabes y persas, cerca de diez mil, cuya victoria compraron á precio de

no poca sangre los macedones, y cuyo sitio fué célebre, no tanto por la defensa de la plaza cuanto por las heridas del rey, el cual deseando sumamente pasar á Egipto, despachó á Amintas á Macedonia con diez galeras para que hiciesen levas de soldados, porque si bien había obtenido tan considerables victorias y logrado felizmente cuanto había intentado, no dejándole de consumir sus fuerzas, fiaba más de los soldados de su nación que de los que levantaba en los dominios que acababa de conquistar.

CAPÍTULO VII.

Pasa Alexandro á visitar el templo de Júpiter Ammón,
á cuyo oráculo hace varias preguntas.

Los egipcios, á quienes había muchos años que les era molesta la grandeza de los persas por su avaricia y orgullo, á la fama de la venida de Alexandro empezaron á sacudir el yugo que les tenían impuesto, no siendo extraño que entonces lo hiciesen cuando habían recibido poco antes á brazos abiertos los transfugas y al traidor Amintas. Y creyendo pasaría el rey por Pelusio, concurrió en él gran muchedumbre de pueblo; pero tomando otro camino, llegó á los siete días de haber partido de Gaza á aquella comarca de Egipto, llamada el día de hoy el Campo de Alexandro, de donde habiendo enviado casi toda la infantería hacia Pelusio, se embarcó en el Nilo con lo mejor de sus tropas. Quedaron los persas tan atemorizados con el levantamiento de los de Egipto, que no le esperaron. Aún no había llegado á Memphis cuando Mazaces, gobernador de aquella ciudad, habiendo pasado el río Orio, le entregó ochocientos talentos y todos los muebles de Darío.

Pasó de Memphis por el mismo río á las últimas partes de Egipto, y después de haber dispuesto todas las cosas, sin ignorar en nada las antiguas costumbres de aquellos pueblos, resolvió visitar el oráculo de Ammón. Era ésta una jornada sumamente trabajosa, aun á quien la hiciese con menos tropas y sin el mucho aparato que llevaba Alexandro, por la gran sequedad que padece aquella región, tan poco favorecida del cielo.

como de la tierra. Compónese toda de esterilísimos arenales, los cuales, heridos de los rayos del sol, de suma actividad y eficacia allí, quedan tan abrasados que queman las plantas de los que los huellan. No son solos la sequedad y el ardor con quienes se lucha en este camino; también causa considerable fatiga la misma arena, cuya crecida profundidad es tan grande, que hundiéndose á cada paso en ella los pies, no se sacan sin gran trabajo.

Representaban los egipcios todas esas dificultades á Alejandro, aumentándose las aún más de lo que eran; pero él, inflamado del ardiente deseo de visitar el templo de Júpiter, á quien creía ó quería que se creyese por padre suyo, no satisfecho de la colmada grandeza á que en lo humano se había elevado, atropellando por ellas, se embarcó con los que gustó que le acompañasen y descendió por el río á la laguna Mareotis, donde le llevaron los embajadores de los cirenenses algunos presentes, pidiéndole la paz y que se sirviese de entrar en sus ciudades; admitiéndolos, y habiendo hecho alianza con ellos prosiguió su camino. Parecíoles tolerable la primera y segunda jornada, por no haber entrado aún en medio de aquellos dilatados y espantosos desiertos, aunque caminaban por una tierra estéril y seca; pero cuando se hallaron en sus vastas campañas, cubiertas de montes excesivos de arena, dilataban por ellas (como pudieran por un inmenso piélago) la vista hacia todas partes por si divisaban alguna tierra. Ninguna empero se le ofrecía en quien se descubriese árbol ni señal alguna de menor cultivo; hasta la misma agua que llevaban los camellos en odres se había consumido, sin haber una gota en aquel arenoso territorio. Llegábase á esto el intensísimo ardor del sol, que lo abrasaba todo, y de quien partícipe el aire, no permitía aún la respiración sin la fatiga de alguna congoja.

En medio, pues, de este conflicto, ó acaso por especial favor de los dioses, improvisamente se cubrió el cielo de nubes, que dilatándose por todo él ocultaron el sol, con gran beneficio y alivio del ejército, aunque falto de agua, si bien habiendo descargado crecida lluvia hicieron todos provisión, hallándose algunos tan sedientos, que sin esperar otras vasijas en que recoger las aguas, abiertas las bocas las recibían como caían en ellas.

Cuatro días gastaron en pasar aquellos desiertos y llegar al sitio del oráculo, en cuyas cercanías vieron gran cantidad de cuervos que volaban delante de las primeras banderas del ejército, abatiéndose unas veces cuando éste caminaba á paso lento, y adelantándose otras como para servirle de guía hasta que llegó al templo del dios. Donde es digno de admiración que constituido en medio de una vasta soledad, le cerquen tan umbrosos bosques que apenas puedan penetrar por su espesura los rayos del sol; riéganlos y fecúndanlos muchas fuentes de agua dulce, haciendo tan apacible aquel sitio la benigna templanza del aire, que en él es todo el año continuada primavera.

Los que le habitan por la parte que mira al Oriente confinan con la Ethiopia, y los que le pueblan por la que está al Mediodía, con los árabes, llamados trogloditas, cuyas tierras se extienden al mar Rojo. A la parte del Occidente moran otros ethiopes llamados sceninitos, y á la del Septentrión los nasamones, gente acostumbrada á insultar con correrías las costas de la gran Siria y enriquecerse con las presas que en ellas hacen, respecto de que teniéndolas sitiadas y gran conocimiento de todas las plazas, se apoderan fácilmente cuando el mar se retira de las embarcaciones que quedan en seco.

Los moradores de este impenetrable territorio, llamados ammonios, habitan en cabañas separadas unas

de otras, y tienen en la mitad del bosque la fortaleza cercada de tres órdenes de murallas. Dentro de la primera está el palacio que fué de los antiguos reyes; en la segunda los cuartos de sus mujeres, de sus hijos y de sus concubinas, y también el del oráculo del dios, y en la última los arqueros y las demás guardas del rey. Ofrécese otra floresta de Ammón, en medio de la cual corre una fuente, á cuya agua llaman del sol. Está al amanecer tibia, y fría á medio día, desde cuyo extremo pasa á calentarse á proporción del curso de la tarde, hasta que llega á media noche á hervir, y desde ésta empieza á disminuir su calor conforme se va acercando el día, en cuya alternación continúa siempre.

No observa el simulacro del dios que adoran en este templo la misma forma con que suelen los pintores y escultores representar á los demás dioses; compónense de esmeraldas y de otras piedras preciosas, y desde la cabeza hasta el ombligo guarda la de un carnero. Llevan á él los sacerdotes cuando le consultan un navichuelo dorado, guarnecido de muchos vasos de plata pendientes de ambos lados. Síguelos grande acompañamiento de mujeres y de doncellas cantando ciertas canciones groseras á su usanza, por medio de quienes creen merecer propicio á Júpiter y obtener de él con claridad y certeza las respuestas que solicitan.

Habiéndose adelantado el rey al templo, le llamó su hijo el más antiguo de los sacerdotes, asegurándole le concedía este honor Júpiter su padre. Respondióle Alejandro, olvidado de su naturaleza, que le admitía y reconocía por tal; y pasando á preguntarle si le tenía destinado para dueño del universo. Tan preocupado el sacerdote de la lisonja como el rey de la vanidad, le aseguró que sí. Solicitando después saber de él si habían sido castigados todos los que fueron cómplices de la muerte de su padre. Mostrando escandalizarse el sa-

cerdote, le dijo que su padre era inmortal, y que todos los asesinos de Philipo habían satisfecho las penas de su delito, añadiendo que permanecería invencible hasta que pasase á ocupar el lugar que tenía destinado entre los dioses. Habiendo concluído con su sacrificio, hecho magníficas ofrendas al dios y considerables mercedes á los sacerdotes, permitió que consultasen también al oráculo los primeros señores de su corte, los cuales sólo se contentaron con preguntarle si les aconsejaba hiciesen honores divinos á su rey. A que respondió el sacerdote sería muy acepto á Júpiter venerasen como á Dios á príncipe tan invencible.

Verdaderamente que aun á quien hubiere juzgado más favorable del oráculo no puede dejar por falsas imposturas todas estas respuestas, ni de reconocer cuánto más indignos quedan los hombres de la gloria á que aspiran cuando enajenados de sí con la prosperidad que gozan, la procuran con semejante anhelo y locura, como le sucedió á Alexandro, el cual, pensando hacer más glorioso su nombre con la divinidad del título de hijo de Júpiter, no sólo permitió se lo llamasen, sino lo mandó con orden expresa, oscureciendo la fama que le habían granjeado sus esclarecidas empresas por los mismos medios con quienes creyó acrecentarla. Los macedones, que aunque sujetos por largo curso de años á monárquico imperio, mantenían alguna apariencia más de libertad que los otros pueblos, en vez de oponerse á aquel delirio, asintieron á él con mayor indiscreción de la que convenía á la reputación de su príncipe y suya. De esto empero trataremos en su lugar, por concluir aquí lo que nos resta.

CAPÍTULO VIII.

Fundación de Alexandría en Egipto y diversas expediciones de Alexandro.

Habiendo llegado Alexandro, de vuelta del templo de Júpiter Ammón, á las lagunas Mareotides, cercanas á la isla de Pharo, y observada la situación del lugar, resolvió dar principio en aquella isla á la fábrica de una ciudad; pero pareciéndole muy corta para la grandeza que deseaba tuviese, eligió el sitio donde yace hoy Alexandría, la cual tomó el nombre de su fundador. Abrazó todo el espacio que hay entre las lagunas y el mar, y dejando delineada una muralla de ochenta estadios, y al cuidado de los suyos su fábrica, partió para Memphis. El deseo con que se hallaba (aunque loable, poco oportuno y menos razonable) de ver á Egipto y á Ethiopía, y de reconocer las maravillas de la antigüedad, el famoso palacio de Memnón y de Tythón, le llevaron casi de la otra parte de los términos del sol; pero no permitiéndole tan inútiles jornadas las disposiciones de la próxima guerra, la cual era preciso que fuese más cruel y sangrienta que lo había sido hasta allí, dió el gobierno de Egipto á Eschilo Rhodio y á Pseucetes Macedón, con cuatro mil hombres de guerra para que los pusiesen de guarnición en las plazas, y dejó treinta galeras en Polemón para defender las entradas del Nilo.

Nombró poco después á Apolonio por gobernador de la parte de Africa que está contigua á Egipto, y á Clemones para que cobrase los tributos de aquellas dos provincias; y habiendo ordenado á las ciudades cerca.

nas que pasasen á habitar á Alexandria, la llenó en breve tiempo de infinita muchedumbre de pueblo.

Refiérese que al tiempo que se disponía el diseño de las murallas que se habían de hacer, sobrevino gran cantidad de pájaros, los cuales se comieron todo el engrudo que se había prevenido para él, cuyo accidente, aunque atribuyeron muchos á infeliz presagio para la ciudad, le declararon por muy favorable los adivinos, asegurando denotaba que vendrían á socorrerse á ella de todas partes, y que alimentaría muchas provincias y naciones.

Mientras el rey hacía su jornada por el río, deseoso de seguirle Héctor, hijo de Parmenión, el cual se hallaba en lo mejor de su juventud y muy en la gracia de Alexandro, se entró en su bajel, que llevando más carga de la que debiera, se fué á pique con todos los que iban en él. Disputó aquel joven por largo espacio su vida con las ondas, por el gran estorbo que le eran los vestidos, habiéndosele enredado, para que pudiese nadar; con todo, ganó á esfuerzos de su industria y pujanza la ribera; pero llegando á ella muy desfallecido, y queriendo recuperar el aliento que el temor y el peligro le habían, no sin gran violencia, embargado, no habiendo allí persona alguna que pudiese socorrerle, por haberse librado los demás en la ribera contraria, rindió por último el espíritu. Sintió el rey su pérdida con el extremo que acreditaron sus demostraciones y las magníficas exequias que mandó hacerle, luego que fué descubierta su cuerpo, cuyo disgusto aumentó la noticia de la muerte de Andrómaco, gobernador de Siria, á quien los samaritanos quemaron vivo; de cuya maldad irritado Alexandro partió contra ellos á toda diligencia; pero habiéndole entregado los cómplices luego que llegó, y hecho que se ejecutase en ellos el castigo que merecían, proveyó en Memnón aquel gobierno.

Expuso también los tiranos, y entre otros los de Methynes, Aristónico y Chrissolao, al furor de los pueblos á quienes habían oprimido y muerto, después de haber ejecutado en ellos todo género de tormentos, en venganza de los ultrajes que les hicieron. Dió después audiencia á los embajadores de Atenas, de Rodas y de Chío.

Manifestáronle los atenienses su regocijo por la victoria que había obtenido, pidiéndole diese permiso para que los prisioneros griegos volviesen á sus ciudades, y quejáronse los rhodios de sus guarniciones. Condescendió á los ruegos de todos, y atendiendo á la fidelidad con que se habían señalado en servicio suyo los de Mitilene, les volvió sus rehenes, aumentó sus límites y les hizo merced de grandes tierras. Aseguró con las mayores demostraciones de honra y gratitud á los reyes de Chipre la que le mereció la fineza de haber preferido su amistad á la de Darío, y la de haberle socorrido en el sitio de Tiro. Después de lo cual envió á Amphotero con una escuadra en socorro de la isla de Creta y de las muchas plazas que tenían sitiadas los persas y algunos piratas, ordenándole se aplicase primero á limpiar el mar de los corsarios que aprovechándose de la oportunidad que les ofrecía el empeño y guerra de ambos reyes infestaban aquellas costas. Ejecutado esto, ofreció un vaso de treinta piezas de oro á Hércules Tirio, y partiendo en seguimiento de Darío tomó su marcha hacia el Euphrates.

CAPÍTULO IX.

Llega Darío á Arbela y bien á pesar suyo pasa Alexandro el Euphrates y el Tigris.

Noticioso Darío de la partida de su enemigo de Egipto á Africa, se hallaba dudoso en la resolución de mantenerse en la comarca de Mesopotamia ó de pasar en persona á las provincias más retiradas de su reino para animar á la guerra á aquellos distantes pueblos á quienes con corto fruto solicitaban sus capitanes. Asegurado, empero, por personas dignas de crédito de que la determinación de Alexandro era de seguirle con todas sus fuerzas á cualquier lugar donde se encaminase, y conociendo lo importante de la empresa y el valor de su enemigo, dió para que se juntasen en Babilonia todas las tropas que esperaba. Estábanlo ya los bactrianos, los escitas y los judíos, con otras naciones que no se habían hallado en la última batalla; si bien componiéndose su ejército de tanto mayor número que el que tuvo en Cilicia, faltaban á muchos armas, por quienes se hacían las más vivas diligencias.

La gente de á caballo iba toda cubierta de planchas de hierro unas sobre otras y enjaezados de lo mismo sus caballos, así como prevenidos de espada y rodela los que hasta entonces no habían llevado más armas que los dardos. Distribuyéronse muchas cuerdas de caballos entre la infantería para que los domasen y se aumentase con ellas la caballería, mucho más crecida que antes. Llevaba doscientos carros armados de hoces, en quienes tenían puesta toda su confianza aquellas nacio-

nes y asegurado el mayor terror del enemigo. Salían de lo alto del timón cierto género de lanzas de hierro en punta, y por ambas partes de él tres cortantes espadas fijadas en el yugo, así como entre los rayos de las ruedas muchos dardos cuyas puntas salían fuera, y en el cerco muchas hoces, hacia arriba unas y hacia abajo otras, para que cuando oprimidos partiesen los caballos, ocasionasen considerable estrago en cuanto encontrasen.

Con tal ejército, ordenado en esta forma, partió de Babilonia. Tenía el Tigris á la mano derecha, á la siniestra el Euphrates y todas las campañas de Mesopotamia cubiertas de sus tropas. Habiendo, pues, pasado el Tigris, noticioso de que el enemigo se hallaba cercano, hizo adelantar á Satropates, coronel de la caballería, con mil caballos escogidos, y dió seis mil á Maceo, gobernador de la provincia, para que embarazase el paso del río y asolase y quemase todo el territorio por donde había de pasar Alexandro, á quien creyendo sin más prevenciones para la subsistencia de su ejército que las que robaba, esperaba vencerle por medio del hambre, en que se engañaba, por lo bien abastecido que se hallaba de todo género de víveres que así por tierra como por el Tigris le llevaban. Llegó, pues, á la villa de Arbela, á quien hizo célebre después su ruina, y habiendo dejado en ella la mayor parte de las municiones y del bagaje, mandó hacer un puente sobre el río Lyco, por quien pasó su ejército en cinco días, como lo había hecho antes por el Euphrates. Después de lo cual y de haberse alejado casi ochenta estadios, acampó á la orilla del río Bumado, cuyo terreno no podía ser más cómodo, así para ordenar en batalla su ejército, como para las escaramuzas de la caballería y para poder descubrir por todas partes los movimientos del enemigo, por no ofrecerse en todo él breña ni matorral alguno

que lo embarazase, habiendo hecho allanar é igualar lo que no lo estaba.

No acababa Alexandro de dar crédito á los que le aseguraban lo numeroso de aquellas tropas, hasta que empezó de lejos á divisarlas, por parecerle imposible que le hubiesen quedado tantas cuantas bastasen á formar aquel numerosísimo ejército, después de una rota tan considerable como la que había tenido; pero despreciando con su invencible valor á quien cedían los mayores peligros aquella chusma, mal convalecida de su miedo, llegó en once días de marcha á alojar sobre el Euphrates, donde habiendo mandado levantar puentes, hizo que pasase primero su caballería, á quien siguió su falange, sin que se atreviese á estorbárselo Maceo, en medio de haberle enviado Darío antes con seis mil caballos para que lo hiciese. Habiendo, pues, permitido algunos días á sus soldados, no tanto para que en ellos se entregasen al reposo, cuanto para que recuperasen sus alientos, partió en seguimiento de Darío, recelando no se retirase á lo más remoto de su reino, y le obligase á seguirle por la esterilidad de aquellos desiertos en quienes era preciso le faltase cuanto necesitaba para mantener su ejército.

Llegó, pues, en cuatro días al Tigris, á quien pasó junto á Arbela, en cuyo territorio permanecía aún por la otra parte del río el humo del incendio que habia introducido Maceo, con tan universal ruina como la que pudiera causar el mismo enemigo. Era tan sumamente espeso, que impidiendo el que se viese el camino, puso á Alexandro en recelo de que fuese prevención para alguna emboscada, cuya sospecha le obligó á hacer alto; pero habiéndole asegurado sus corredores no tenía que temer, envió á reconocer el vado del río, cuyas aguas llegaban á la entrada á los ijares de los caballos y hasta los cuellos en medio de él. Es el más rápido é

impetuoso de todos los ríos del Oriente, así por hacer más caudalosa y violenta su corriente los raudales de otros, como por las muchas piedras que tiene; causa por la cual le pusieron los persas el nombre de Tigris, en cuya lengua significa la flecha. Habiendo, pues, dispuesto la infantería en medio de dos alas de caballería, llegaron hasta la orilla del agua, sin gran dificultad, llevando las armas en las cabezas. Pasó Alexandro á pie entre la infantería, y fué el que primero ganó la orilla contraria, desde donde no pudiendo valerse de la voz por el riesgo de no ser entendido, les mostraba con la mano el vado á los soldados; los cuales, así por las piedras en que resbalaban como por la impetuosidad de la corriente que los arrebatava, apenas podían sostenerse sin gran trabajo.

Mayor, empero, era el de los que conducían sus bagajes, pues no bastando á valerse á sí, libres de todo embarazo y pudiendo hacerlo menos con aquel estorbo, los impelía lo rápido de la corriente, cuyo riesgo procuraban evitar arrojando las cargas, las cuales fluctuando por una y otra parte del río, eran causa de que muchos cayesen y de que solicitando cada uno recobrar lo que reconocía suyo, fuese aún mayor la fatiga y el peligro que entre sí se ocasionaban unos y otro que el que les causaba el río. Mandábales el rey en altas voces que salvarsen sólo las armas y abandonasen lo demás; pero ni su consejo ni sus órdenes podían percibir: tan grande era el ruido, tanto el alboroto. Pasaron, finalmente, por donde el río con menos rápido curso descubre el vado, sin otra pérdida que la de un poco de bagaje, siendo cierto que si entonces hubiesen cargado en aquel ejército los enemigos, le habrían derrotado enteramente; pero la continuada felicidad del rey separó de allí á los enemigos, defraudándoles los triunfos de tan considerable victoria, para que pudiese pasar aquel

río con la misma dicha que había pasado el Gránico á vista de innumerable muchedumbre de infantería y caballería que le esperaba en la ribera, y vencido crecido número de enemigos en las rocas de Cilicia, la cual pudo disculpar la osadía con que se arrojaban á los peligros, y hacer que asegurados de la continuada prosperidad que experimentaban, se atribuyese más que á temeridad á confianza su excesivo ardor.

Maceo, empero, que como queda dicho, pudiera haberlos roto con facilidad, si al tiempo que pasaban desordenadamente el río hubiese cargado en ellos, contento con enviar delante mil caballos, contra cuyo corto número, reconocido y despreciado por el rey, despachó á toda diligencia á Aristón, coronel de la caballería peoniana, para que los acometiese, no llegó hasta que se habían puesto en marcha. Fué, sin duda, famoso aquel combate en que se señaló con ilustres acciones el valor de Aristón, el cual enderezándose al sátrapa que mandaba la caballería de los persas, le pasó la lanza por el gazonate, siguiéndole como á fugitivo por en medio de los enemigos le derribó del caballo, y habiéndole cortado, á pesar de su resistencia, la cabeza y vuelto á unirse con las demás tropas, la ofreció con gran gloria suya á los pies del rey.

CAPÍTULO X.

Amedrenta y turba á los soldados de Alexandro un eclipse de luna, pero él los asegura y esfuerza por medio de los adivinos de Egipto. Pone en fuga á los persas que asolaban y destruían por todas partes. Muere la mujer de Darío, prisionera, de la tristeza, y llora Alexandro su desgracia. Sospechas, sentimiento y votos de Darío.

Habiendo acampado el rey allí dos días, ordenó al siguiente estuviesen prontos todos á la marcha; pero empezando la luna á la primer vigilia de la noche, hallándose el cielo claro y sereno, á perder el esplendor de su natural belleza y á manifestarse poco después manchada y como teñida en sangre, quedando por último cubierta y obscurecida del todo su luz, causó en el ejército tan religiosa conmoción aquel imprevisto accidente (sobreviniendo en ocasión de estar para darse tan sangrienta batalla y cuyo suceso tenía á todos en bastante cuidado), que pasando á desmesurado pavor, prorrumpían los soldados, preocupados de él, en altas y desconsoladas voces, diciendo «que el cielo les manifestaba con señales visibles su ira, y que contra la voluntad de los dioses, y á pesar de la suya, los llevaban á los últimos términos de la tierra; que los ríos se oponían á su tránsito, que los astros les negaban su acostumbrada luz, y que no veían sino desiertos y soledades; y últimamente, que por complacer la ambición de un hombre solo, derramaban tantos su sangre; y hombre tal, que desdeñando su patria, negaba á su padre y pretendía se le venerase como á Dios.»

Pasaron estas murmuraciones á una declarada sedición, de la cual noticioso Alexandro, cuya grandeza de ánimo no era capaz de alterarla ningún accidente, hizo llamar á su presencia á los cabos de su ejército y á los adivinos egipcios, los cuales tenían el primer crédito en la facultad astrológica, y habiendo ido á ella, los mandó que declarasen el juicio que hacían de aquel eclipse. No ignorando éstos que los cuerpos celestes tienen sus revoluciones y sus períodos, y que el eclipse de la luna le ocasiona la sombra de la tierra, que interpuesta entre ella y el sol la obscurece, reservando en sí este conocimiento, se contentaron con declarar al vulgo que el sol denotaba á los griegos, y la luna á los persas; y que ningún eclipse de ésta dejó nunca de serles infausto presagio de alguna calamidad. En cuya confirmación alegaron los muchos ejemplos antiguos de los reyes de Persia, á quienes con semejantes señales anunciaron los dioses el infeliz suceso de sus combates. Con lo cual, no habiendo medio más eficaz para refrenar la barbaridad popular, la cual por desenfrenada é inconstante que se halle, si llega á estar tocada de alguna vana sombra de religión obedece mejor á los adivinos que á sus generales.

Luego que se divulgó la respuesta de los egipcios entre las tropas, recuperaron su esperanza y su valor. De cuya favorable disposición valiéndose el rey, movió á la segunda vigilia los reales. Tenía á mano derecha el Tigris y á la izquierda las montañas, á quienes llaman Gordianas, y habiéndole llevado sus corredores al romper del día noticia de que se acercaba el ejército de Darío, ordenado el suyo, se puso al frente de él. Si bien se averiguó después eran sólo mil caballos que iban al descubierto, á quienes tuvieron por cuerpo de ejército, como de ordinario sucede á los que van á reconocer el campo; los cuales, no pudiendo descubrir

nada cierto, aseguran como tal lo que les representa su miedo. Asegurado, empero, el rey del número de aquella caballería, cargó en ella y la obligó á retirar; dió muerte á algunos que iban mal montados; hizo prisioneros á otros, y poco después que se adelantasen algunos caballos, así para que adquiriesen noticias del enemigo como para que extinguiesen el fuego que habían introducido en las villas los bárbaros, los cuales huyendo le dejaron puesto en los techos de las casas y en el trigo que tenían recogido en las campañas, si bien no habiéndole dado tiempo para que prendiese, y causado sólo el daño en la parte á que le aplicaron, pudieron aprovecharse, luego que le extinguieron, del trigo y de casi todo lo demás que hallaron en gran abundancia.

Esta desolación del enemigo sirvió á los soldados de mayor incentivo para que le siguiesen y se apresurasen á evitar la destrucción y estrago que á vista suya hacía el fuego que introducía en cuanto se le ofrecía. Si bien en aquella ocasión hizo la necesidad cuanto podía haber obrado la razón, porque Maceo, que antes de verse seguido de los enemigos quemaba y destruía á su beneplácito las villas, contento entonces con asegurar su vida dejó enteras muchas á los vencedores.

En tanto el rey, noticioso de que Darío estaba de la otra parte, á tan corta distancia como de cincuenta estadios, y cogiéndole este aviso en paraje bien abastecido, se detuvo allí cuatro días. Después de los cuales, llegando á sus manos ciertas cartas de Darío, por medio de quienes solicitaba de los soldados griegos le diesen muerte, y estando tan asegurado de la fidelidad de éstos como de la lealtad de los macedones, se halló dudoso en si resolvería leerlas en junta plena ó no. Consultándolo empero con Parmenión, le disuadió de ello, representándole cuán peligroso era hacer partícipes á

los soldados de semejantes intentos; pues para cometer una maldad bastaba cualquiera, no habiendo alguna de quien no fuese capaz la avaricia.

Conforme con tan prudente dictamen, hizo marchar su ejército, en cuyo camino se le ofreció uno de los eunucos de la mujer de Darío, el cual le llevaba la noticia de dejarla tan en el último peligro de su vida, que aseguraba sería muy posible la hubiese ya perdido. Habían postrado á aquella infeliz princesa la fatiga de prolijo y penoso camino y los continuos y considerables disgustos del ánimo, de suerte que desfallecida á su rigor cayó en los brazos de su suegra y de sus hijas, rindiendo poco después el espíritu, de que casi al mismo tiempo tuvo aviso Alexandro. El cual, no menos sentido que si se le hubiese muerto su madre, deshecho en lágrimas, como pudiera hacerlo Darío, pasó á la tienda de Sisigambis, á quien halló junto al cuerpo de la nuera difunta.

Allí fué donde se renovó su dolor al ver aquella venerable princesa postrada por tierra, lamentando en aquella última infelicidad todas las demás que le renovaba, y á las hijas de Darío, en la flor de su juvenil edad, recostadas sobre su regazo, acompañándola á sentir con igual ternura tan sensible pérdida, en la cual le eran de considerable alivio, aunque no esperasen de ella en su dolor todo el que necesitaban. Tenía delante de sus ojos á su nieto, cuya tierna edad movía á tanta mayor compasión, cuanto que siendo el más lastimado en el considerable golpe de aquella calamidad, era quien menos la sentía.

Derramaba Alexandro en medio de los suyos copiosísimas lágrimas, y se hallaba más necesitado de recibirle que de ministrar algún consuelo. Pasó todo el día sin probar alimento alguno, y dispuso que se le hiciesen á aquella princesa las reales y suntuosas exequias

que acostumbran los persas en semejantes casos. Por cuya heroica acción merece, aun hoy, los loores que son debidos á su gloriosa memoria, y que vinculada á los venideros siglos la de benignidad y moderación tan generosa, se celebre en ellos con repetidas aclamaciones. Vióla sólo en ocasión de visitar á su suegra cuando quedaron ambas prisioneras; y entonces su peregrina hermosura, más que de incentivo á sus menos decorosos deseos, sirvió de crédito á su loable continencia y de esplendor á su gloria.

Aprovechándose uno de los eunucos de la reina, llamado Tyriotes, de la ocasión que le facilitó el desorden y confusión en que había puesto á todos aquella lástima, tuvo forma de salir por cierta salida con quien no se guardaba el cuidado que con las demás, respecto de no estar de la parte que miraba al enemigo, y de llegar al campo de Darío. Fué allí recibido de las guardas, desde donde, rasgadas sus vestiduras y anegado en su llanto, pasó á la tienda del rey, el cual no bien le hubo visto cuando combatido de tan crecidos como varios temores, aun no acabando de resolverse á lo que más debía recelar, le dijo: «Bien infiero, amigo, de la tristeza de tu semblante y de lo desmedido de tus acciones que vienes á darme noticia de algún considerable infortunio. Ruégote, empero, que sin que te detenga la aflicción en que me ves, me la refieras sin disfraz ni embarazó, porque habiendo aprendido ya en la escuela de mis desdichas á ser infeliz, podrá ser que (como suele á los que lo son) me sirva de algún consuelo saber hasta dónde llega la adversidad de mi suerte. ¿Vienes acaso á darme (como sospecho y no acabo de acertar á pronunciar temeroso) noticia de algún desacato cometido en las prendas que más adoro, el cual habrá sido para ellas y será para mí más sensible que los mayores tormentos del mundo?» «Tan contrario á eso es, señor (le

respondió Tyriotes), que entre todos los obsequios que tributan á sus soberanos los vasallos, no ha habido alguno de que no haya usado con ellas el vencedor; pero la reina, tu esposa, acaba de rendir á la Parca los últimos alientos de su vida.»

No bien lo hubo articulado, cuando no se oían por todo el campo sino lastimosos gemidos y espantosos y extraños gritos, y cuando persuadido Darío á que sin duda habría muerto resistiendo alguna violencia contra su honestidad y decoro, traspasado del dolor y fuera de sí prorrumpió con desmedidos gritos en estas voces: «¿En qué te he ofendido, Alexandro, ó qué agravio he ocasionado á los tuyos para que tomes de mí tan cruel venganza? Tú me aborreces, tú me persigues sin haberte dado la menor causa para ello. Pero aun cuando te la hubiese ofrecido, ¿es bastante alguna para que, profanando el sagrado de las mujeres, hayas faltado al respeto que se les debe?» Aseguróle Tyriotes con repetidos juramentos, poniendo á los dioses de su patria por testigos, de que la había atendido Alexandro con la veneración que debía á su decoro y su soberanía, y llorado su muerte con gran ternura y con tan vivas demostraciones de dolor como pudiera él siendo su esposo. Pero aumentando aquel enamorado infeliz príncipe con esta noticia á las sospechas de la ofensa de Alexandro los celos del agravio de su esposa, no pudiendo persuadirse á que tan tiernos y excesivos sentimientos por una cautiva dejaran de proceder de recíprocos cariños, habiendo despedido á todos los que se hallaban con él y quedado solo con el eunuco, le dijo, no vertiendo ya lágrimas, exhalando, sí, suspiros: «Advierte, oh Tyriotes, que ya no es tiempo de mentirme, y que si no me confiesas la verdad te la harán declarar los tormentos; pero sin que quieras exponerte á tanto rigor, te ruego que si acaso te ha quedado algún amor,

algún respeto á tu reina, me digas si Alexandro, como mozo y como vencedor, ha intentado lo que deseo saber y mi honra y mi vergüenza no me permiten decir.»

Ofreciéndose Tyriotes voluntariamente á los tormentos, en crédito de su verdad, le volvió á asegurar con mayores juramentos, invocando nuevamente á los dioses por testigos, de que no había procedido acción menos loable y decorosa. Con lo cual, dando, por último, crédito á las aseveraciones del eunuco, se cubrió el rostro, y restituído al llanto permaneció en él por largo espacio; después del cual, existiendo las lágrimas y levantando la ropa sobre la cabeza y al cielo las manos hizo esta deprecación: «Dioses protectores de la corona de los persas, ruégoos que os dignéis restablecerme en mi trono. Y que en caso de que por vuestros altos juicios no lo permitan vuestros soberanos decretos ni mi infeliz destino, os sirváis de que el imperio del Asia no recaiga en otro dueño que en el que sabe ser tan justo enemigo como benigno y moderado vencedor.»

CAPÍTULO XI.

Pide Darío por tercera vez la paz sin fruto y niégasela también Alexandro, persuadiéndole á que se rinda ó haga la guerra.

Aunque Darío había procurado, sin ningún fruto, por dos ocasiones la paz, y desengañado de ella vuelto sus pensamientos á la guerra, vencido y obligado de la benignidad del enemigo, le envió diez de sus más inmediatos y autorizados parientes para que por tercera vez la solicitasen y le propusiesen nuevas condiciones que la facilitasen. Convocó Alexandro su consejo, y habiendo hecho entrar en él al más anciano de los embajadores, dijo éste así: «No le precisan á Darío, señor, ni la fuerza, ni la necesidad á que solicite la paz, y sin embargo te la pide hoy tercera vez, obligado de tu justificación y clemencia. Has tratado hasta aquí á su madre, á su mujer y á sus hijos con tan grande urbanidad, que no ha sentido su cautiverio, sólo sí su ausencia. Has mirado por el honor de sus hijas con no menor atención y decoro que si fueses su padre, y has honrado á su madre con el título de reina, conservándola en la misma ostentación y grandeza que mantenía antes de su desgracia. Reconozco en tu rostro igual tristeza á la que dejamos en el de Darío, cuando partimos de su presencia, si bien con la diferencia de que aquél llora á su esposa muerta y tú á tu enemiga difunta, cuyas exequias han interrumpido el curso de tus progresos. ¿Qué hay, pues, que admirar que quien se halla obligado de generosidad tanta solicite la paz de un príncipe á quien se le reconoce con tan colmados beneficios? ¿Y

sobre qué es la guerra cuando faltando los odios y la enemistad cesa el motivo para ella? Dejábate antes todas las provincias que se dilatan hasta el río Halis y terminan en la Lidia; hoy empero te ofrece en matrimonio á su hija con cuantos dominios contienen el Helesponto y el Euphrates, hallándose pronto á entregarte en mayor testimonio y seguridad de su fe y amistad la amada prenda de su hijo Ocho, como le devuelvas á su madre y á sus dos hijas, por cuyo rescate te pide admitas treinta mil talentos de oro.

Si no tuviese tan acreditada tu prudencia y moderación, no me atrevería á decirte debes en la coyuntura presente no sólo conceder la paz sino deseirla. Advierte lo que dejas atrás, lo que falta por conquistar, y que es tan grave como peligroso peso el de un gran imperio, é inconsiderado arrojó emprender más de lo que se puede conservar. Reconócelo en la crecida grandeza de esos navíos, cuya desproporción impide el que se rijan y gobiernen. Y qué sé yo si la misma excesiva grandeza de Darío ha sido principal causa de sus considerables pérdidas, por lo difícil que es el acertar á mantenerla; pues hay cosas tanto más fáciles de adquirir que de conservar, cuanto tienen mayor prontitud nuestras manos á robar que disposición nuestra cordura á retener. Aun la misma muerte de la mujer de Darío puede servir de advertencia y persuasión á tu templanza, pues te ha defraudado su pérdida las ocasiones de que se ejercite la generosa virtud de tu clemencia.»

Oído el embajador lo hizo salir Alexandro de su tienda, y deseando saber el dictamen de los de su consejo, les ordenó se le propusiesen. Permaneciendo empero todos por largo espacio sin atreverse á manifestarle, por no haber podido descubrir la voluntad del rey, interrumpiendo Parmenión aquel silencio, representó: «Que desde Damasco había votado se admitiese el res-

cate de aquellos prisioneros, así porque sería considerable la porción que se sacaría de ellos, como porque faltando la ocasión para el cuidado de su guarda, se ocuparían en más digno empleo de su valor los soldados que se malograban en aquél. Y que entonces se volvía á confirmar en el mismo sentir, con tanta mayor firmeza cuanto reconocía no debía ponerse el rey en marcha sin haberse desembarazado primero del penoso estorbo que causaban al ejército una anciana reina y dos juveniles princesas y admitido los treinta mil talentos de oro que se le ofrecían. Que considerase que sin sacar la espada quedaba por medio de un tratado dueño de los más prodigiosos reinos del mundo, y tanto más glorioso cuanto ningún príncipe antes de él llegó á poseer aquella vasta extensión que contienen el Istro y el Euphrates; después de cuya posesión juzgaba le sería más conveniente restituirse á Macedonia que alargarse á la Bactria y la India.»

Quedó tan disgustado Alexandro del voto de Parmenión, que no bien le hubo acabado cuando prorrumpió diciendo: «También yo preferiría el oro á la gloria si fuese Parmenión; pero hallándome Alexandro no puede tener lugar el recelo de que llegue á estado de pobre, pues si no me engaño soy rey y no mercader, ni tengo nada que vender y mucho menos mi fortuna. Si se juzga por conveniente que los prisioneros se restituyan, mucho más loable y honroso será hacerlo sin rescate alguno que entregarlos por el vil precio del dinero.»

Y volviendo inmediatamente á hacer entrar al embajador le dió esta respuesta: «Diréis á vuestro dueño que los agradecimientos son superfluos entre los que se hacen guerra, y que si yo he usado de alguna clemencia y urbanidad con los suyos lo he hecho por lo que me debo á mí y no por afecto alguno que le tenga á él. Mi genio no es de oprimir á los afligidos, ni pueden ser

empleo de mi valor prisioneros y mujeres; peleo sólo con los que se hallan con las armas en las manos y están en estado de defenderse. Si Darío hubiese solicitado de mí la paz por los medios que corresponden á una sincera intención y segura fe, podría ser que me detuviese á pensar lo que en tal caso debía obrar; pero no habiendo cesado de solicitar por medio de sus cartas y de sus ofertas y dádivas con mis soldados que me fuesen traidores, y con mis validos que me diesen muerte, estoy resuelto á buscarle á todo trance, no ya como á enemigo, sino como á atosigador y asesino.

Por lo que mira á las condiciones que me proponéis, son tales que si las admitiese quedaría él más vencedor que yo. Decís que me ofrece cuanto está de la otra parte del Euphrates; pero deseo que me digáis: ¿quién es hoy dueño de esto? Parece que aún me juzgáis de esta otra, y respecto de este error que no he pasado los límites del gran dote que me ofrece y que tanto ponderáis; cuando con sus armas me desapropie de la posesión de estos dominios, entonces confesaré dádiva suya lo que hoy reconozco trofeo de mi valor. Con la misma liberalidad me promete una de sus hijas en dote, como si ignorase yo la tenía destinada para empleo de alguno de sus vasallos, á cuya excesiva honra y á la que me hace en preferirme para yerno suyo, parangonándome con Maceo, no puedo dejar de vivir reconocido. Volved y decid á Darío que cuanto ha perdido y conserva ha de ser objeto de una batalla, con cuyo suceso decidirá la fortuna nuestras contiendas, declarándole á él ó á mí por dueño de ambos reinos. Que no me ha traído al Asia la codicia de los presentes, sino la magnánima generosidad con que acostumbro hacerlos; y que si depuesta la vana soberbia con que pretende igualárseme, se contiene en los límites de la inferioridad, podrá ser que le permita lo que me pide; pero que advierta, en caso de

repugnarla ufano y altivo, que así como no pueden ilustrar el mundo sin considerable ruina suya dos soles, tampoco regir sin igual riesgo dos dueños tan vastos reinos como son los de ambos. Y que en esta atención elija ó rendirse hoy ó combatir mañana, sin prometerse mejor suceso que los que ha experimentado hasta aquí.»

Oída por el embajador su resolución, le dió las gracias, porque hallándose en ánimo de continuar la guerra no le entretuviese con la esperanza de la paz, y le pidió por favor le permitiese volver cuanto antes á participar á su rey su determinación para que se dispusiese al combate. Habiéndoselo concedido y llegado á la presencia de Darío, le hizo sabedor de la prontitud con que le presentaría la batalla Alexandro.

CAPÍTULO XII.

Atemorizanse los macedones viendo en batalla el ejército de los persas; pero por último, llegando á ellos, toman alegres las armas.

Informado Darío por sus embajadores de la resolución de su enemigo, envió á Maceo con tres mil caballos para que se apoderase de los pasos donde habían de llegar los enemigos. Alexandro, habiendo hecho las últimas honras á la mujer de Darío, y dejando en su campo aquel gravoso acompañamiento con algunas tropas, partió en busca del enemigo, llevando dispuesta su infantería en dos cuerpos y cubierta por ambas partes de la caballería, á quien seguía el bagaje. Deseoso de saber de Darío, hizo adelantar á Menidas con la caballería de los scitas para que solicitase inquirir noticias del paraje en que se hallaba; pero habiendo sabido en el camino que Maceo estaba á corta distancia, y no atreviéndose á pasar más adelante, se volvió sin más aviso que el de que había oído crecido estruendo de hombres y ruidoso relincho de caballos, habiéndole sucedido lo mismo á Maceo, pues luego que descubrió de lejos á los corredores de Menidas retrocedió para hacer partícipe de la marcha del enemigo á Darío, el cual, deseando dar la batalla en campo raso, mandó á su gente tomase las armas y la ordenó en forma de batalla.

Ocupaba la punta del ala izquierda la caballería de Susa, con los dahos, los arachosios y algunos bactrianos, que hacían en todos casi seis mil caballos. Marchaban después cien carros armados de hoces, y tras ellos

Bezo al frente de tres mil caballos bactrianos y de dos mil masagetas que cerraban estas tropas: seguías la infantería, compuesta de muchas naciones, alistada cada una debajo de sus banderas. Conducían Ariobarzanes y Orobates á los persas con los mardos y sogdianos en dos cuerpos separados que mandaba el príncipe Orsines, descendiente de los siete persas y de Ciro, el más esclarecido de sus reyes. Seguíanlos muchos pueblos, apenas conocidos de lo restante del ejército, y Phradates después con las bandas caspianas y cincuenta carros de guerra; después los indos y todas las demás naciones vecinas del mar Rojo, que servían más para aparente terror que para seguro socorro. Iban después otros cincuenta carros armados de hoces con las tropas extranjeras y los armenios de la Baja Armenia, seguidos de los babilonios, de los belites, de los habitantes de los montes Coseores y de los Gortuas, pueblos de la Eubea, los cuales aunque militaron antiguamente debajo de las banderas de los medos, habían degenerado ya enteramente de la virtud de sus antecesores. Juntáronseles los phrigios, los cataones, y finalmente, cerraban todas aquellas tropas los que habitaban las tierras que poseen el día de hoy los parthos que pasaron de la Scitia. Esta era la ordenanza del ala izquierda.

En la derecha estaban por una parte los armenios de la Mayor Armenia con los caducios, luego los capadocios, los sirios y los medos, que llevaban también cincuenta carros armados de hoces, llegando á componerse todo el ejército de cuarenta y cinco mil caballos y doscientos mil infantes; los cuales, dispuestos en este orden, se adelantaron diez estadios, y habiéndoles mandado hacer alto, pasaron toda la noche con las armas en la mano, en cuyo ínterin fué tan extraño el pavor que improvisadamente se difundió por todo el campo

de Alexandro, sin haberse podido saber la ocasión, que preocupados todos de un oculto horror empezaron á temblar. Veíanse en el aire resplandores semejantes á las exhalaciones ardientes que en las noches del estío levanta el calor, las cuales, dilatándose á bastante distancia del ejército de Darío, las tuvieron por fuegos de su campo, creyendo que por negligencia habían caído en sus cuerpos de guarda. Siendo cierto que si Maceo, que guardaba el paso, los hubiese cargado á este tiempo los habría derrotado; pero manteniéndose sin hacer el menor movimiento sobre una eminencia que había ocupado, se contentó con que no le acometiesen. Reconociendo Alexandro el desmayo de sus tropas, mandó hacer alto y que dejasen las armas; y habiéndolas asegurado de que hallándose el enemigo á bastante distancia faltaba el motivo para su desasosiego, hizo se entregasen al reposo; con lo cual, restituidos por último á sus primeros alientos, volvieron á tomar animosos las armas; si bien Alexandro tuvo por más conveniente que llegar á esgrimirlas con el enemigo, acampar por entonces en aquel lugar y atrincherarse bien en él.

El día siguiente, Maceo, que estaba alojado con alguna caballería escogida sobre una altura desde donde se veía el campo de los macedones, ó ya fuese miedo ó ya haber ido solo á descubrirle, se volvió hacia Darío. Ocuparon inmediatamente los macedones aquel puesto que les era de gran comodidad por descubrir desde él muy á gusto suyo el campo de batalla y observar la ordenanza del enemigo; pero la niebla que levantaba por todas partes la humedad de los montes, aunque no impedía la vista del ejército, sí el que se pudiesen reconocer distintamente los escuadrones, los batallones y su ordenanza. Había inundado toda la llanura aquella espantosa y considerable muchedumbre, cuyo estruendoso rumor aturdió aun á los que cogía más distantes. Entonces el rey, em-

pezando á perder algo de su acostumbrada seguridad tan natural á su gran corazón, pesaba con el de Parmenión su dictamen, si bien tarde; porque hallándose tan adelantadas las cosas, no era ya tiempo de premeditar, sino de vencer ó de morir; conturbábale el crecido número de enemigos tan excesivamente superior al de sus tropas, si bien, haciendo mayor impresión que él en su ánimo la experiencia de las continuadas y prodigiosas acciones que había obrado y de las innumerables naciones que había vencido con aquel corto ejército, prevalecía en él al desaliento la esperanza. Y así, receloso de que no se aumentase con la tardanza la desesperación de los suyos, resolvió presentar luego la batalla. Con cuyo fin, encubriendo su desasosiego, hizo que se pudiese la caballería mercenaria de los peonienses delante de su falange, ordenada (como he dicho) en dos cuerpos cubiertos de la caballería. Ya había disipado la hermosa luz del sol aquella niebla, y descubierto distantemente toda la ordenanza del campo enemigo, cuando los macedones, ó impelidos de su animosidad ó disgustados de la dilación á guisa de combatientes, levantaron el grito, á que correspondieron los persas con tan espantosos alaridos, que llenaron de ellos las selvas y los valles circunvecinos. No era posible contener á los macedones, los cuales, impacientes de llegar á las manos con los enemigos, se arrojaban al combate; pero teniendo el rey por más conveniente fortificarse aun en aquella eminencia, mandó hacer en ella algunas trincheras, las cuales acabadas se retiró á su tienda, desde donde descubría sin ningún estorbo todo el ejército del enemigo.

CAPÍTULO XIII.

Opónese Alejandro al voto de Parmeni6n y de Peliperc6n, que era de que se combatiese de noche; y despu6s de haberse entregado por alg6n rato al reposo, anima 6 los suyos al c6mbate.

Represent6banle entonces 6 Alejandro sus mismos ojos con bien distintas se6as la gravedad del peligro en que se hab6a empe6ado, los cabos que por una y otra parte rodeaban los escuadrones animando las tropas y dando orden 6 todo, el ruido de los soldados y de los capitanes, el sonido de las trompetas y el resplandor que cual naturales y activas luces desped6an las armas, eran cosas que aunque de ninguna importancia en s6 todas, le ten6an en continuo desasosiego el esp6ritu, ya conturbado, vacilante y cuidadoso del suceso de tan importante jornada. Por lo cual, 6 no sabiendo 6 qu6 resolverse 6 deseando saber el 6nimo y dictamen de los suyos, junt6 su consejo para que en 6l se confiriese lo que m6s conven6a determinar,

El voto de Parmeni6n, cuyas largas experiencias y consumado talento le hab6an granjeado el primer cr6dito entre todos los dem6s generales, fu6 de que aquella empresa se llevase m6s por los t6rminos de un oportuno improviso acometimiento que por los regulares de un combate descubierto. Representaba que cuanto ser6a f6cil romper 6 aquella numeros6sima muchedumbre, compuesta de tantas naciones, cuyas costumbres, genios y lenguajes eran sumamente distintos, acometi6ndola desprevenida entre la obscuridad de la noche y la quietud del profundo sue6o, en quien les impedir6a el

mismo pavor, aumentado en sus tinieblas, la reunión y ordenanza, tanto más aventurado y peligroso el suceso si el combate fuese de día, á cuya claridad podrían atemorizar á los macedones los feroces aspectos de los scitas y bactrianos, sus erizadas barbas y dilatados cabellos y la grosera y disforme estatura de sus cuerpos; accidentes todos que, si bien no aumentan las fuerzas ni menos la ocasión para el temor, suelen hacer aún mayor impresión en los ánimos de los soldados que las que con más razón pueden causarle. Que debía considerarse el conocido riesgo á que se exponía su corto ejército por la facilidad con que le oprimiría por todas partes tan inmensa muchedumbre, y que no era lo mismo haber peleado entre las inaccesibles rocas é impenetrables lugares de Cilicia, que haber de hacerlo en campaña rasa y descubierta.

Conformes los votos de los más generales con éste, fué tanto lo que se inclinó á él Pelipercón, que protestó en el suyo pendía de su ejecución la victoria. Pero el rey, vuelto á él y mirándole con sañudo semblante porque pudiendo haber escarmentado de la aspereza con que había tratado á Parmenión le repetía nuevo motivo para su desagrado: «Vosotros me persuadís (les dice) á que use de las mismas cautelas y ardides de que se valen los ladroncillos rateros, cuya destreza consiste en la superchería y el engaño. Hállome, empero, tanto más lejos de permitir que la ausencia de Darío, la ventaja del sitio ni el logro de una victoria debida al favor de la noche desdoren y disminuyan mi gloria, cuanto mi voluntad y última resolución es de combatir en medio del día, para poder en el menos dichoso suceso quejarme antes de mi desgracia que avergonzarme en el más feliz con la misma victoria. Fuera de que estoy cierto de que los bárbaros se mantienen á todas horas con las armas en la mano y con tan gran vigilancia, que no es

fácil acometerlos desprevenidos; por lo cual os mando que os dispongáis para la batalla.» Después de cuyos generosos estímulos les permitió algún tiempo para el reposo.

Darío, empero, juzgando que el enemigo ejecutaría lo que Parmeni6n haba persuadido, orden6 estuviesen prontos los cabos, que gran parte del ej6rcito se mantuviese con las armas y que se doblasen las guardas. Y recorriendo en persona, asistido de los principales cabos, su campo (de quien despedían los crecidos fuegos, que en 6l haba grandes resplandores), visitaba sus tropas, puestas ya en arma, invocando al sol, á quien llaman Mithres, y al fuego eterno y sagrado, para que inspirasen en sus soldados los valerosos alientos que correspondían á su antigua gloria y á la generosa virtud de sus predecesores. Decía que (en cuanto era permitido á la cortedad humana penetrar los presagios del cielo) las reservadas y selectas disposiciones de los dioses daban á conocer los tenían propicios, habiendo experimentado antes el repentino pavor de los macedones; los cuales, vagando por diversas partes de su campo, habían arrojado las armas. Que esperaba tomasen los dioses tutelares del imperio de los persas venganza de aquellos desatinados, cuyo cabo lo era aún más que ellos; pues no de otra suerte que las fieras, dejándose llevar de la codicia de la presa, se arrojaba incauto al peligro que le tenían dispuesto.

No era menor la vigilancia y desvelo con que se hallaban los macedones, los cuales permanecieron también en arma toda la noche: el mismo Alexandro, no habiendo llegado nunca á verse tan sobresaltado, hizo llamar á Aristandro, por cuyo medio recurrió á los dioses con votos y ruegos. Revestido, pues, aquel sacerdote de una ropa blanca, con la verbena en la mano y cubierta la cabeza, procedía delante del rey, pidiendo con 6l

socorro á Júpiter, á Minerva y á la Victoria. Cuyo sacrificio, concluído con las precisas ceremonias, se retiró el rey á su tienda á procurar algún reposo en lo que le quedaba de la noche. Pero asaltándole unas veces el cuidado de si cargaría con todas sus fuerzas desde lo alto de la colina en el ala derecha del enemigo, ó si le acometería por el frente, y otras el de si lo haría por el ala izquierda, no pudo conseguirlo hasta que quedó por último rendido de las fatigas del ánimo á un profundo sueño.

Había ya desplegado el día completamente su luz, y con ella aumentábase el desasosiego de los cabos, que se hallaban á la entrada de la tienda de Alexandro; los cuales, no acabando de ponderar el gran silencio en que estaba, aumentaban la extrañeza con la memoria de lo que habían experimentado en otras ocasiones de igual peligro, en quienes el mismo rey era el primero que los llamaba y que reprendía á los negligentes y perezosos; no pudiendo en aquélla hacer juicio seguro para la causa de él, y de entregarse con tal sosiego al sueño al tiempo que estaba para darse batalla, de cuyo suceso pendía el todo de sus intereses. Sin embargo, no atreviéndose ninguna de sus guardas á entrar dentro, y acercándose la hora del combate, para el cual ni los soldados se podían armar ni poner en ordenanza sin que se lo mandase, habiendo esperado Parmenión largo espacio, dió orden á los soldados para que comiesen; y reconociendo no admitía mayor dilación la urgencia entró en su cámara, donde le llamó muchas veces. Pero no bastando todas para que despertase, se vió precisado á mecerle y á decirle á grandes voces: «Advierte, señor, que ya está muy adelantado el día; el enemigo en batalla, que marcha hacia nosotros, y que tu gente espera aún tus órdenes. ¿Dónde está tu invencible valor? ¿Dónde aquella cuidadosa vigilancia con que solías des-

pertar á tus guardas?» A cuyos desmedidos gritos, habiendo vuelto Alexandro con sereno semblante, y asegurado á Parmeni6n no se habia entregado con tanta quietud al reposo á no haberse asegurado de la inquietud que le alteraba, mand6 tocar al arma.

No cesando, empero, Parmeni6n de admirar la tranquila serenidad del rey y su descuido, «No te extrañes (le dijo), pues cuanto te confieso me tenia cuidadoso la desolaci6n que antes hacfa Darío en todo, tanto más sosegado hoy, habiendo resuelto presentarme la batalla; á vista de lo cual ¿qué puedo temer, logrando cumplidos mis deseos? Y... pero yo me declararé más á su tiempo. P6nganse en tanto todos debajo de sus banderas, que yo os seguiré y pasaré á daros mis 6rdenes.» No acostumbraba á armarse sino raras veces; y estas más á ruego de los suyos que á persuaciones del temor y á intimaciones del peligro. Hízolo, empero, entonces; y habiendo salido fuera de la tienda, y causado tan gran regocijo en los soldados su presencia, y el gusto y resoluci6n que mostr6, que teniéndolo por feliz agüero de la victoria la suponían como segura.

Hizo derribar las trincheras, sac6 fuera sus tropas y las puso en batalla.

Tom6 la gente de á caballo de la compañía del rey, cuyo capitán era Clito, la punta del ala derecha con los escuadrones de Philotas, á cuya parte estaban todos los cuerpos de caballería, cerrando con el último Meleagro. Iba después la falange, y tras ella Argiráspile, debajo del mando de Nicanor, hijo de Parmeni6n, seguido de las tropas de Ceno; después los orestes y los lincestes, pueblos belicosos, y á lo último Peliperc6n, que conducía en ausencia de Amintas, su coronel, las banderas extranjeras. Entre cuyas tropas estaban los balatros, nuevos aliados, á quienes mandaba Philago. Este era el orden que guardaba el ala derecha de Alexandro.

A la izquierda estaba la caballería del Peloponeso, conducida por Cratero con la de los aqueos, locrenses y maleonenses, y por última banda la gente de armas de Tesalia, mandada por Philipo. La infantería iba cubierta de la caballería; pero para impedir que fuese oprimida por la muchedumbre tenía otra segunda línea, donde estaba un poderoso cuerpo de reserva, y en las alas caballería, no de frente, sino de flanco, para hacer rostro de aquella parte si los acometiesen por detrás.

En esta segunda línea estaban los agrianos, que mandaba Attalo, con los arqueros de Creta. Y para que de todas partes quedase bien resguardada la ordenanza, hizo que los últimos escuadrones volviesen las espaldas á los primeros. Allí estaban los ilirios, los extranjeros mercenarios y los tracios, armados á la ligera; y por último, en tal orden aquel ejército, que los últimos podían para evitar la carga torcer los rostros y hacer frente hacia todos lados, no estando la vanguardia más fortificada que los flancos, ni los flancos que la retaguardia.

Dispuestas así las cosas, ordenó que si los bárbaros disparasen estrepitosamente sus carros, llenos de hoces, manteniéndose en ordenanza se abriesen para dejarlos pasar, con cuya prevención no podrían, dándoles lugar para que lo hiciesen, causar daño alguno; pero que si por el contrario fuesen á ellos sin ruido, que entonces diesen grandes gritos para espantar los caballos y los hiriesen por una y otra parte. Mandó también á los que tenían las alas que las extendiesen cuanto les fuese posible, aunque sin enflaquecer mucho el cuerpo de batalla, para evitar que los cogiese en medio la muchedumbre. Dejó el bagaje y los prisioneros, entre quienes estaban la madre y las hijas de Darío, en una eminencia no distante del campo de batalla, con cortas

guardas. Mandaba el ala izquierda, según lo hacía siempre, Parmeni6n, y el rey la derecha.

Aún no estaban á tiro de saeta cuando cierto fugitivo del campo de Darío, llamado Boin, llegó á toda diligencia á participar á Alexandro cómo Darío había hecho ocultar en el territorio por donde esperaba pasase su caballería gran cantidad de abrojos de hierro, y poner al mismo tiempo ciertas seÑales para que evitase llegar á él la suya. Asegurado el rey de la noticia hizo partícipes de ella á sus capitanes, á quienes mandó que pasando de uno en uno á sus soldados, respecto de no permitir entonces hacerlo de otra suerte, así el crecido número de gente como el gran ruido que causaban ambos ejércitos, los advirtiesen se apartasen del lugar donde reconociesen aquellas seÑales.

CAPÍTULO XIV.

Oración de Alexandro á los griegos y de Darío á los persas.

En tanto Alexandro, puesto á caballo y recorriendo por una y otra parte de su ejército sus escuadrones, animaba con su esforzada presencia y con la eficacia de sus razones á sus capitanes y á los que tenía más inmediatos á su persona, representándoles «que después de haber corrido tantas y tan dilatadas regiones y vencido tan considerables peligros con la esperanza de la victoria, la cual les obligaba nuevamente á esgrimir sus aceros en aquella batalla, no les quedaba otro que vencer, logrados con ella sus triunfos. Que el Gránico y los montes de Cilicia, por quienes su invencible valor les había abierto el paso de Siria y Egipto, de quienes se habían apoderado con inesperada presteza, eran eficaces estímulos para el acrecentamiento de su gloria, como seguras prendas para el logro de la victoria. Que no pensasen que habían de pelear con enemigos nuevos, sino con los que habiendo librado en la última rota por medio de ignominiosa fuga sus vidas, volvían forzados á exponerlas al mismo peligro. Que había tres días que rendidos, no menos que al peso de sus armas á la opresión del miedo, permanecían en aquel puesto, sin que en ellos los hubiesen remudado. Que no era necesaria mayor prueba de la desesperación en que se hallaban que el ver abrasaban ellos mismos sus ciudades y asolaban sus campos, confesando que cuanto dejaban atrás era de sus enemigos. Que los vanos y rumbosos nombres de aquellas desconocidas naciones, de quienes se

componía gran parte de su ejército, pudieran causar terror á otros que ignorasen de cuán corta importancia es para los que pelean saber quiénes eran los que llamaban scitas y quiénes caducios. No, empero, para los macedones, los cuales se hallaban con tanto mayor motivo para despreciarlas, siendo tan desconocidas, cuanto sabían que la fama de las naciones belicosas se extendía á las demás siempre, y que aquellas miserables, arrebatadas á violento impulso de sus cavernas, no llevaban al combate nada formidable, sino lo espantoso de los nombres. Que la reputación y crédito de los macedones, la cual les había granjeado su generoso valor y gloriosas conquistas, era tan notoria al mundo, que apenas habría en él lugar, por retirado que fuese, á quien no hubiese llegado su noticia. Que considerasen las desordenadas escuadras de aquella confusa turba, entre quienes se hallaban unos sin más armas que la de un dardo, y que la de alguna honda otros, siendo pocos los que las tenían justas y cumplidas; por lo cual, aunque era más numeroso en hombres el ejército enemigo, muy superior en soldados el suyo. Que no les pedía peleasen valerosamente si no los estimulaba primero á hacerlo su ejemplo. Que les ofrecía combatir al frente de sus banderas, esperando ilustrar su persona de tantos ornamentos cuantas fuesen las heridas que recibiese. Que no ignoraban era el único que dejaba de participar del común botín del ejército, y que todos los frutos de la victoria los empleaba en beneficio suyo y conservación de su amor. Y últimamente, que á no estar asegurado de que se hallaba con tan valerosos soldados, les habría representado cuán imposibilitados se hallaban de recurrir á la fuga: porque después de haber penetrado tan dilatadas provincias y dejado atrás tantos y tan caudalosos ríos y tan inaccesibles montes, estaban incapaces de retroceder y de volver á su patria si no

abrían el camino para ella con las puntas de sus espadas. De esta suerte animó á los cabos y soldados que tenía cerca de sí.

En tanto Darío llevaba el ala izquierda de su ejército, rodeado de su nobleza y de la flor de su caballería é infantería, burlándose del corto número de enemigos y creyendo que estando extendidas las alas de su ejército se hallaría desguarnecido el cuerpo de batalla; si bien desde el carro en que estaba, volviendo los ojos y las manos hacia todos los que le rodeaban les habló en esta sustancia:

«Nosotros, que poco ha éramos señores de todas aquellas tierras que baña el Océano de una parte y que contiene el Helesponto de otra, nos hallamos reducidos y necesitados á pelear hoy, no ya por la gloria sino por la vida, y lo que más es que la vida, por la libertad. Este es el día fatal que ha de establecer ó arruinar el mayor imperio que vió jamás el mundo. En el Gránico sólo combatimos con la menor parte de nuestras fuerzas; después de la pérdida que tuvimos en la Cilicia nos podía servir la Siria de retirada; teníamos aún el Tigris y el Euphrates, poderosos baluartes ambos de este reino; pero ya hemos llegado á estado tal, que si perdemos el terreno que pisamos no nos queda donde huir. La dilación de la guerra ha consumido cuanto dejamos atrás. No tienen ya las ciudades habitantes, ni labradores los campos; hasta vuestras mujeres y vuestros hijos nos vienen siguiendo, que será otra santa presa para el enemigo si no libramos prendas tan amadas por medio de una honrosa victoria. Por lo que á mí toca, he procurado cumplir con cuanto he juzgado de mi obligación; he juntado tan numeroso ejército que apenas estas vastas y dilatadas campañas son capaces á contenerle en sí; hele proveído de armas y de caballos; he dispuesto que no falten municiones y bastimento á tan

considerable muchedumbre, y he elegido finalmente lugar capaz de ponerla en orden de batalla. Lo demás pende de vosotros; tened ánimo: hacedle de quedar vencedores burlándoos del crédito y reputación de los enemigos, arma bien débil para soldados degenerosos espíritus, y estad ciertos que lo que habéis tenido por virtud y valentía en ellos, sólo es una precipitada temeridad, que no bien ha exhalado el ardor de su bizarría cuando se apaga y consume, no de otra suerte que se debilitan y descaecen los animales luego que han vertido su veneno.

»Estas llanuras nos muestran el corto número que nos ocultaron los montes de Cilicia. Mirad cuán distantemente se reconocen sus ordenanzas; reparad en la extensión de sus alas y advertid en lo desamparado de su cuerpo de batalla; partid, pues, contra aquellos á quienes han puesto en retaguardia de espaldas á nosotros, como en anuncio de que nos las vuelven disponiéndose á la fuga. ¡Por los dioses que, aun sin que usemos de los carros armados de hoces, bastan sólo las uñas de los caballos para desbaratarlos y romperlos! Con cuya victoria, si la obtenemos, quedará todo por nosotros y concluída la batalla, sin recurso alguno los enemigos á la fuga por hallarse encerrados entre el Tigris y el Eufrates. A que se añade que aun lo que antes contribuyó á hacerlos vencedores, convertido en mayor gravamen y perjuicio suyo, será medio de que hoy queden vencidos; porque hallándonos con un ejército ligero y fácil de mover, y teniendo ellos el suyo tan cargado de la presa, embarazado de nuestros despojos, le podremos deshacer fácilmente, logrando á un tiempo la causa y el fruto de la victoria. Pero si acaso pudiere en alguno de vosotros hacer mayor impresión que la eficacia de estas razones el crédito de aquella gente, advertida que hoy existen las armas de los macedones, no

sus personas; porque habiéndose derramado tanta sangre de ambas partes, por corta que haya sido la que se ha vertido de la suya es más considerable siempre la menor pérdida en un corto ejército que la más crecida en uno poderoso. Y Alexandro, por invencible que parezca á los cobardes, no es más que un hombre solo; y si queréis creerme, un desatinado, y á quien hasta aquí ha hecho más dichoso nuestro pavor que su virtud; pero no pudiendo tener larga subsistencia la próspera fortuna donde no interviene á conservarla la razón y la prudencia, por más que se haya declarado ésta á favor suyo, no dudéis que desabrida y cansada de su continuada temeridad le desampare y abandone. Fuera de que sus favores son tan poco seguros, y tan inestables y expuestas á repetidas variedades y mudanzas las felicidades humanas, que podemos esperar las padezcan las suyas.

»¿Y qué sabemos si los dioses han permitido que el imperio de los persas, á quien han elevado al mayor cúmulo de gloria por espacio de doscientos treinta años, padezca ahora este golpe, no para destruirle sino para comoverle y acordarnos por este medio de la inestabilidad de las cosas humanas, de que tan olvidados vivimos en las grandes prosperidades? No ha muchos años que por nuestro gusto hicimos guerra á los griegos en sus dominios; hoy que nos la han traído á los nuestros es preciso que los arrojemos de ellos. De lo cual podéis reconocer cuán recíprocamente estamos expuestos todos á las mudanzas y reveses de la fortuna, y qué es imposible que ni los persas ni los griegos lleguen á conseguir la monarquía á que aspiran dos tan poderosos concurrentes; pero aun cuando no nos alentase la esperanza, nos debe obligar la necesidad á que, no pudiendo estar peores de lo que nos hallamos, hagamos el último esfuerzo para nuestra defensa.

»Mi madre, mis dos hijas y mi hijo Ocho, esperanza de este imperio, lloran su infeliz cautiverio; aquellos renuevos de mi casa, aquellos grandes señores en cuyas venas purpurea real sangre que los ilustra, aquellos esclarecidos capitanes, algo menos que reyes, unos y otros se ven esclavos, y la mayor parte de mí mismo no está en mí, y si la que me ha quedado no se asegurase en vosotros, quedaría enteramente cautivo. Ea, pues, valerosos soldados, librad á mi madre y á mis hijos de las prisiones, ya que mi esposa (¡ay de mí!) la he perdido en ellas. Recobradme aquellas caras prendas por quienes no rehusó perder la vida. Supóned que juntas todas, después de haber implorado el socorro de los dioses patrios recurren á vuestra fidelidad pidiéndoos vuestra compasión y socorro, y que os intiman las libréis de tan infeliz miseria. ¿Creéis por ventura que su dolor le ocasiona la sujeción con que viven al arbitrio y gracia del enemigo, y el verse esclavas de quienes no se dignarían ser reinas? Pero ya veo á los enemigos que se adelantan, y cuanto más se acercan tanto mayor es lo que se me ofrece que deciros para infundir más coraje en vuestros ánimos.

»Ruégoos, pues, por nuestros dioses tutelares, por el fuego eterno que va delante de nosotros en esos altares, por el sol que nace en los confines de mi reino, y por la inmortal memoria de Ciro, el cual habiendo conquistado este imperio de los medos y de los lidios fué el primero que le trasfirió á los persas, libréis del último y eterno ultraje el nombre y la nación de los persas. Marchad, pues, alegres y confiados en la victoria, para que aumentada con los triunfos de ella la gloria que os dejaron vuestros predecesores, pase á vuestros descendientes. De vuestro valor pende el día de hoy vuestra libertad, vuestra salud y toda la esperanza y el remedio de la patria. El medio de evitar la muerte

es despreciarla; el que la teme la encuentra. Por lo que mira á mi persona, aunque me veis en este carro no estoy en él tanto por observar la costumbre de este reino cuanto por dejarme ver mejor de todos; haced lo que en mí viereis y seguid el ejemplo que os diere, que es cuanto os pido.»

CAPITULO XV.

- • • Descripción de la sangrienta batalla que se dieron los dos ejércitos cerca de Arbela. Vencedor Alexandro, sigue á Darío vencido y roto.

Deseoso Alexandro de evitar los lugares de las emboscadas que Bión le había mostrado, y de encontrar á Darío, que llevaba el ala izquierda de su batalla, salía siempre hacia la mano derecha, cuya diligencia hacía también Darío por llegar á él, habiendo ordenado á Beso que cargase en el ala derecha de Alexandro con la caballería de los masagetas. Tenía delante de sí sus carros armados de hoces, á quienes hizo partir contra los enemigos luego que se les dió la señal; soltáronlos á toda rienda los que los gobernaban, para que con la celeridad fuese mayor el daño que hiciesen en ellos, no dándoles lugar á que pudiesen evitarle. Quedaban muertos, unos al violento impulso de las lanzas que salían del timón y despedazados otros al de las hoces que pendían de una y otra parte de los carros, cuyo estrago obligó á los macedones á que cediendo á él se retirasen, no ya con ordenanza, sino cual pudiesen en declarada rota, con precipitada fuga.

Advirtiéndola Maceo, aumentó su terror cargando también en ellos y enviando mil caballos á saquear los alojamientos de los enemigos; á cuya diligencia esperaba que reconociendo sus prisioneros, á quienes tenían en el mismo cuartel, cercana su gente, rotas las prisiones, se librasen. Si bien previniendo el fin Parmenión, que mandaba el ala izquierda, participó con la mayor

presteza que pudo al rey por medio de Polydamas el peligro en que estaba y lo que gustaba hiciese. Pero habiéndole oído Alexandro, «Id (le respondió) y decid á Parmeni6n que si ganamos la victoria, no sólo recuperaremos lo que es nuestro, sino quedaremos también dueños de cuanto posee el enemigo; que no enflaquezca el cuerpo de la batalla ni cuide del bagaje, sino de pelear con el ardor que debe hacerlo por la gloria de Alexandro y de Philipo.»

En el ínterin los bárbaros saquearon el campo, dieron muerte á muchos de las guardas, y los prisioneros, rotas sus prisiones y armados de cuanto encontraban, cogiendo á los macedones en medio, cargaban en ellos, y persuadidos á que habría sido igualmente feliz el suceso, y que victoriosos los persas se entregaban ya á la presa, participaron á Sisigambis había obtenido Darío la batalla, hecho considerable mortandad en los enemigos y apoderádose del bagaje; pero conservándose aquella prudente princesa, por más que procuraron alegrarla los prisioneros con tan favorables noticias, en el mismo estado en que la hallaron, y no pudiendo sacarla alguna palabra, ni hacerla mudar de semblante, recelosa quizá de disgustar á la fortuna con su anticipado regocijo, apenas acertaban á distinguir cuál era lo que más deseaba.

En tanto Ménidas, general de la caballería de los macedones, habiendo procurado con algunas tropas, aunque cortas, recuperar el bagaje, ó ya fuese por arbitrio propio ó ya fuese por orden de Alexandro, no pudiendo tolerar el furor de los caducios y de los scitas, apenas intentó el combate cuando se vió precisado á retirarse hacia el rey, sin otro fruto que el de haber sido antes testigo de la pérdida del bagaje que recuperador de él. Con cuyo suceso disgustado Alexandro, ya se arrepentía de su primera orden, aunque temiendo justamente

no divirtiese á los soldados del combate el deseo de cobrar su bagaje, envió á toda diligencia á Arietes, capitán de los piqueros, á quienes llamaban *sarisophores*, contra los scitas. En cuyo ínterin los carros, que habían roto las primeras filas, llegaron hasta la falange; pero los macedones abriendo con grande animosidad su batallón y dividiéndole en dos, como se les había ordenado, los cogieron en medio, donde, cruzadas las picas, herían por una y otra parte los caballos, y cercandó después los carros derribaban á los que iban en ellos.

Fué tan grande el estrago, que no se veían sino cuerpos muertos; los caballos amedrentados y doloridos de las heridas no se dejaban regir, y precipitados de la violencia del castigo con que se les procuraba obligar á ello volcaban carreteros y carros, y los heridos, sin poderse detener por su pavor, ni adelantarse por su debilidad, arrastraban tras sí á los muertos. Con todo, algunos carros que pudieron llegar hasta la retaguardia hicieron gran destrozo en los miserables que encontraron, cuyos despedazados miembros, esparcidos por una y otra parte, no bastaron á obligarlos á que depusiesen las armas mientras permaneciendo calientes las heridas no llegaban á sentir la actividad de los dolores, hasta que desangrados del todo espiraban en sus mismos puestos.

A cuyo tiempo, habiendo muerto Aretes al capitán de los scitas que robaban el bagaje, fué grande el terror que infundió en ellos esta pérdida. Si bien el esfuerzo de los bactrianos, á quienes Darío envió para abrigarlos, mejoró bien aprisa el combate, porque derribando del primer choque á algunos macedones, y haciendo huir á otros, que se retiraron hacia donde estaba el rey, fué tan grande el regocijo con que celebraron los persas este suceso, que levantando el grito, no de otra suerte que si se hallasen vencedores, cargaron con gran furia en

el enemigo, á quien creían enteramente deshecho. Pero advirtiendo Alexandro aquel desorden, habiendo comprendido y confortado á los medrosos rehizo por sí solo el combate y obligó á los suyos á que, recuperados sus alientos á los esfuerzos de su persuasión, volviesen á la carga.

Y reconociendo disminuía el ala izquierda de los persas, por faltar en ella los bactrianos, á quienes había llevado á los alojamientos la codicia de la presa, asaltó aquellas filas, las rompió é hizo en ellas considerable estrago. A cuyo tiempo, creyendo cogerle en medio mientras combatía, le acometieron por las espaldas; y sin duda que le hubieran puesto en gran peligro si la caballería de los agrianos, sobreviniendo allí á toda diligencia, no hubiese cargado en los bárbaros que le habían embestido y los hubiesen obligado á volver contra ellos; en cuya ocasión fué mucho mayor el número de los muertos de la parte de los persas, aunque de una y otra igual el de los heridos. Tenia Alexandro al enemigo por el frente y por las espaldas, si bien á los que le acometían por éstas daban bien que hacer los agrianos y los bactrianos, aunque vueltos ya del robo no podían recobrar sus filas. Había muchas tropas que separadas de su grueso peleaban donde se les ofrecía hacerlo.

Ambos reyes, á cortísima distancia ya el uno del otro, inflamaban á los suyos al combate; Darío en un carro y á caballo Alexandro, rodeados ambos de sus más escogidas tropas, las cuales atentas sólo á librar á sus reyes, despreciaban generosamente sus vidas, no pudiendo lograrlas sin las suyas, á cuyo precio y el de morir á su vista se tenían por felices. Si bien era mayor el riesgo en los que estaban más inmediatos á sus personas, por ser allí donde de una y otra parte anhelaban todos obtener la gloria de dar por su mano muerte al

rey enemigo. Pero fuese ilusión ó hecho cierto, es sin duda que los que se hallaban al lado de Alexandro aseguraron haber visto volar apacible á un águila sobre su cabeza, sin que la alterase ni espantase el ruido de las armas, ni los gemidos de los que morían, que permaneció por largo espacio alrededor de su caballo, como suspendida en el aire; y que mostrando Aristandro revestido de una ropa blanca, con un ramo de laurel que tenía en la mano, como seguro anuncio de la victoria, á los soldados que combatían, aquel pájaro, los infundió tan grande ánimo y confianza, que los que se hallaban poco antes amedrentados volvieron entonces á la carga con increíble ardor y gusto. Fué empero mayor cuando traspasado de una lanzada el que conducía el carro de Darío, é iba sentado delante de su persona, le tuvieron, así ellos como los persas, por el rey. Con cuya persuasión fueron tan espantosos sus gritos y lamentos que pusieron en desorden todo el ejército, aunque hasta entonces combatía con igual esfuerzo que el del enemigo. Los parientes de Darío, que estaban á mano izquierda, abandonando el carro, se pusieron en fuga, si bien los que se hallaban á la derecha le recibieron en medio.

Refiérese que habiendo sacado aquel príncipe su cimitarra, estuvo en duda si evitaría la ignominia de la fuga con una honrosa muerte, y que reconociendo desde su carro que aún mantenían los suyos el combate, tuvo por indigna acción la de abandonarlos; aunque mientras fluctuaba entre la esperanza y la desesperación empezaron los persas á retroceder poco á poco y á desamparar sus filas. Alexandro, habiendo mudado de caballo, después de haber fatigado muchos, no cesaba de dar muerte á los que le resistían y á los que huían. Finalmente, no siendo ya combate aquél, sino destrozo y mortandad, se vió necesitado Darío á volver su carro

y á entregarse como los demás á la fuga. Cargaban los vencedores por las espaldas á los fugitivos, pero impidiéndoles la vista una espesísima nube de polvo que levantaba el crecido tropel de los caballos, procedían con errantes pasos, como pudieran en la más obscura noche, sin poder unirse por otro medio que por el del sonido de alguna voz conocida que se oía, así como de rato en rato el estallido de los azotes con que castigaban á los caballos que conducían los carros, seña única que había quedado á los fugitivos.

CAPÍTULO XVI.

Vese Alexandro en peligro y líbrale de él su gran valor. Obtienen finalmente los macedones una cumplida victoria y obligan al resto de los persas á que se libre por medio de la fuga con muy considerable pérdida de gente.

Manteníase empero con variedad de sucesos, así de una como de otra parte, el ala izquierda, que mandaba Parmeni6n, porque habiendo cargado allí Maceo con toda su caballería y cogido á los macedones por el flanco, los empezó á estrechar tan reciamente por todas partes con la multitud de sus tropas, que se vió necesitado Parmeni6n á enviar á decir á Alexandro á toda diligencia el estado en que se hallaba, y que si prontamente no le socorría, le sería imposible evitar la fuga de su gente. Aunque se había alejado á alguna considerable distancia el rey, en seguimiento de los fugitivos, le obligó aquella desabrida noticia á que atendiendo antes al peligro de los suyos que á la prosecuci6n de sus triunfos, volvi6se en su socorro, no sin gran irritaci6n de que le malograrse aquel accidente la victoria, y de que hubiese tenido más fortuna Darío en huir que él en seguirle. Si bien habiendo sabido en el ínterin Maceo el rompimiento de Darío, quedó tan aturdido de su infelicidad, que en medio de la ventaja con que combatía empezó á decaer del ardor con que apretaba al enemigo ya desordenado.

No podía Parmeni6n penetrar la ocasi6n de aquel repentino desaliento, aunque aprovechándose, como diestro capitán, de él, hizo cargar allí la caballería de los

tesalos, á quienes les dijo: «¿No veis cómo aquéllos que poco ha nos resistían con tan grande ferocidad, se retiran preocupados de un repentino pavor? No es otra la ocasión que haber ganado nuestro rey la victoria para sí y para nosotros. Los persas se hallan rotos y toda la campaña cubierta de sus cadáveres. ¿Qué esperáis después? ¿Detiéneos acaso el no juzgaros con bastante espíritu para cargar en los que huyen?» Con cuya exhortación persuadidos á lo que les decía, y convirtiendo en esperanzas y ardimiento su desmayo, dieron de espuelas á los caballos y acometieron con increíble furia al enemigo, que si bien hasta entonces se había retirado con moderado paso, ya lo hacía con bien acelerado movimiento y sin que faltase á confirmar su fuga sino el volver las espaldas. Sin embargo Parmenión, ignorando el suceso que había tenido el rey en el ala derecha, y no resolviéndose á seguirlos, dió tiempo á que se pudiese librar Maceo; el cual habiendo pasado el Tigris por extraviado y seguro camino, entró en Babilonia con las tristes reliquias de aquel infeliz ejército.

Dario, acompañado de pocos, llegó al río Lico, y habiéndole pasado, se halló dudoso en si rompería el puente, respecto de seguirle el enemigo; pero considerando que haciéndolo dejaba expuestos á merced suya infinitos millares de los suyos, que aún no habían llegado, lo excusó, protestando al partirse quería antes dar paso á los que iban en su alcance que negársele á los que se salvaban; y después de haber corrido dilatadísima porción de tierra, llegó á Arbela. ¿Qué entendimiento, empero, ni qué palabras serían suficientes á comprender y expresar la inmensa variedad de accidentes con que se burlaba de unos y otros la fortuna? Tan diversos géneros de muertes, la rota y fuga de los vencidos, el estrago y horror de tan sangrienta batalla, en la cual, ó ya se mire á lo general ó ya á lo particular de

ella, no parece sino que quiso reducir al suceso de un día cuantos accidentes puede producir un siglo. Huían unos por los caminos más cortos y más fáciles que hallaban, y ganaban otros los bosques y los senderos más desconocidos á los vencedores. Asombraba ver la caballería é infantería armados unos, desarmados otros, sanos, enfermos y heridos, mezclados confusamente todos, sin cabeza, sin gobierno, en desorden y confusión espantosa.

Los que no podían seguir, por el impedimento de sus heridas, á los demás, quedaban abandonados de sus compañeros con lágrimas y lamentos recíprocos; pero cediendo en éstos la piedad al miedo, convertían en seguridad propia el cuidado ajeno. Con todo, nada los atormentaba más que la sed que les ocasionaban las heridas y la fatiga. Veíase infinidad de gente abalanzada á aquellos arroyos beber con ansia sin igual de sus turbias aguas, las cuales mezcladas en muchos de gran porción de tierra que pasaba entre ellas, los dejaban tan hinchados, impedidos y embargados sus miembros, que sobreviniendo el enemigo no podía moverlos sin nuevas heridas. Algunos, á quienes no permitía el aprieto y multitud que cargaba en ellos llegar á los arroyos más inmediatos, pasaban á buscar los más distantes, donde cogían el agua que descubrían, por corta que fuese, sin perdonar los más retirados, ni charco, por seco, enjuto ó turbio, á quien su sed no le acometiese. No era menos digno de compasión el oír por los caminos cercanos á los lugares los clamores de las mujeres y de los viejos, los cuales con acentos lúgubres llamaban aún á Darío su señor y su rey.

Había llegado ya Alexandro, después de haber detenido el precipitado curso con que corrían los suyos en seguimiento de los fugitivos (como hemos referido), al río Lico, cuyo puente se llenó de tan gran multitud, que

acometidos unos del enemigo se precipitaban al agua, y cargados otros de sus armas y fatigados del combate y de la fuga perecieron miserablemente. No sólo el puente rebosaba tropas, sino también el río, sobre cuyas ondas corrían impetuosamente amontonadas unas en otras; porque apoderado una vez el pavor de los ánimos, no rehusan, por evitar la causa de su primer horror, arrojar-se á los mayores peligros, teniéndolos todos por menores. Instado Alexandro de los suyos que no dejase ir al enemigo tan libremente y sin castigo, se excusó de complacerlos manifestándoles que sus armas habían ya perdido el corte; que sus brazos se hallaban cansados, debilitados sus cuerpos y cercana la noche. Pero no era esta la causa, sino el cuidado en que le tenía el ala izquierda de su batalla, á quien juzgaban aún combatiendo, y la resolución en que estaba de volver á socorrerla, si bien le sacaron de él las noticias que antes de partir de allí le trajeron de la victoria obtenida por Parmeniön ciertos caballeros á quienes despachó con ellas; pero no acabando de tener fin los peligros de la batalla, le sobrevino al tiempo de recoger sus tropas uno, aún de mayor consideración que cuantos se le ofrecieron en aquel día; porque seguido de pocos que regocijándose de la victoria se retiraban en desorden, creyendo quedaban los enemigos rotos ó muertos, dió sin pensar en un grueso de caballería, el cual, aunque suspendió al principio su curso, reconociendo el corto número de los macedones, cargó en ellos.

Púsose el rey al frente de su bandera, disimulando más que despreciando el peligro; pero la fortuna que nunca le faltó necesitado, tampoco entonces, porque acometido del campo enemigo, con más deseo de gloria que consideración, castigó su atrevido denuedo derribándole de un bote de lanza, con la cual dejó muerto al que combatía más inmediato á él, y á otros muchos que

le seguían, á cuyo tiempo cargaron los suyos en los persas, que aunque amedrentados de tan infeliz principio, no dejaron de defenderse con igual resolución y valor al que mostraron ambos ejércitos en lo más recio de la batalla. Finalmente, reconociendo los bárbaros que la noche les era más oportuna á la fuga que al combate, se entregaron desbandados por diversas partes á ella. Con que libre el rey de tan inesperado peligro, recogió sus tropas sin pérdida alguna.

Murieron en esta batalla, según el cómputo que pudo hacer el vencedor, cuarenta mil persas y trescientos macedones; cuya victoria es sin duda que la debió Alejandro, antes que á su fortuna, á su valor y destreza, porque además de que no se pudo atribuir á la ventaja del lugar, como la antecedente, dispuso su ejército con admirable ordenanza, peleó con suma prontitud y despreció con gran acuerdo y madurez la pérdida de los alojamientos y del bagaje, reconociendo que toda la importancia y el peligro pendía del suceso de la batalla, en la cual, aunque dudoso de él, ostentándose vencedor, puso en desorden al enemigo, le derrotó, y lo que parece increíble en un espíritu tan vehemente, siguió á los fugitivos con más cordura que ardor. Siendo cierto que si dejándose llevar de él no se hubiese abstenido con aquella madurez, ó habría quedado por culpa suya vencido del resto del ejército enemigo, que hacía aún rostro, ó no habría debido á su propio valor la victoria. Y últimamente, que si le hubiese atemorizado aquel grueso de caballería que inesperadamente encontró y cargó en él, se hallaría necesitado ó á entregarse vergonzosamente á la fuga ó perder infelizmente la vida; pero no por esto se deben defraudar á los cabos los merecidos loores que les granjeó su generoso valor, y las gloriosas heridas que como seguro testimonio de él recibieron en el combate, de quien salió herido Ephestión en

un brazo de un bote de lanza, así como casi muertos Pérdicas, Ceno y Ménidas de los tiros de las saetas; y á la verdad, si se ha de hacer el juicio que se debe de aquel rey y de aquellos capitanes, es preciso confesar que tan gran rey fué digno de tan ilustres capitanes, y tan ilustres capitanes merecedores de rey tan esclarecido.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Págs.
Prólogo al lector	V
Breve noticia de Juan Freinshemio y Quinto Curcio y juicio de su obra	XVII

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.—Nacimiento de Alexandro y prodigios que le precedieron y sucedieron.....	4
CAP. II.—Su educación, los ejercicios de su juven- tud, la disposición de su cuerpo.....	7
CAP. III.—Su inclinación á las ciencias; crédito de Aristóteles, su maestro.....	43
CAP. IV.—La estimación que Alexandro hizo de Ho- mero; su desprecio á los deleites y la destreza con que domó el caballo Bucéfalo.....	49
CAP. V.—Déjale su padre en su ausencia el gobierno de Macedonia; lo que hace en este tiempo; guerras de Filipo; rota de los ilirios por Alexandro; Filipo declarado general de los griegos.....	23
CAP. VI.—Oración de Pitón, enviado por Filipo á la junta de los beocianos.....	29
CAP. VII.—Oración de Demóstenes, enviado por los atenienses, recitada en la misma junta.....	34
CAP. VIII.—Los tebanos se declaran contra Filipo y	

	<u>Págs.</u>
se unen con los atenienses; sujeta Filipo toda la Grecia, y muéstrase benigno con los atenienses; toma la ciudad de Tebas, y trátala rigurosamente; su designio de llevar la guerra á Persia.....	44
CAP. IX.—Discordias en la casa de Filipo; resuelve éste dar muerte á Alexandro, el cual se halla necesitado á retirarse con su madre Olimpias; muerte de Filipo, en que son sospechosos Olimpias y Alexandro; crueldades de Olimpias.....	45
CAP. X.—Alteraciones y discordias en el ingreso de Alexandro á la corona; su valor y resolución; habla al pueblo y manda castigar á los cómplices en la muerte de su padre.....	51
CAP. XI.—Entra en Tesalia; redúcela á su obediencia; nómbrenle los griegos por su general, cuya junta hace se tenga en Corinto; visita al filósofo Diógenes; su expedición en la Tesalia y anuncios de su grandeza.....	55
CAP. XII.—Su viaje á las tierras de los getas; recibe embajadores de Alemania; excusa hacerles guerra; los príncipes de Iliria se sublevan contra él; vese en peligro, del cual se libra por medio de una estratagema.....	60
CAP. XIII.—Altéranse los griegos con la falsa noticia de su muerte; diligencias de Demóstenes contra Alexandro; toma y destrucción de la ciudad de Tebas.....	67
CAP. XIV.—Presagios de la ruina de Tebas; concede Alexandro la paz á los atenienses, por pasar la guerra á los persas.....	74

LIBRO SEGUNDO.

CAP. I.—Noticia del dominio de los persas hasta el tiempo de Alexandro; desprécianle éstos, y poco	
--	--

	<u>Págs.</u>
después le temen; dispónense á la guerra; singularidades del monte Ida y diversas hazañas de Alejandro.....	84
CAP. II. —Manifiesta Alejandro que es preciso hacer guerra á los persas.....	86
CAP. III. —Pasa á Persia con su ejército; deja á Antipatro por gobernador en Macedonia; da todo su patrimonio; llega en veinte días á las riberas del Helesponto; descripción de las tierras cercanas...	94
CAP. IV. —Honra el sepulcro de Aquiles; su marcha al Asia; toma muchas ciudades; consejo de los sátrapas; orgullo de Darío.....	96
CAP. V. —Ardid de Alejandro para ganar á Memnón; falso prodigio con que anima á sus soldados; pasa el Gránico; rompe á los persas y premia á los soldados, así muertos como vivos.....	104
CAP. VI. —Da gracias Alejandro á la diosa Minerva; recibe muchos pueblos debajo de su obediencia, sin imponerles tributo; entrégasele la ciudad de Sardis; descubre las solicitudes de Demóstenes contra su persona; procura ganar á Phoción; toma á Efeso; forma en ella república; hace lo mismo en las demás ciudades; su grande estimación á Apeles.	108
CAP. VII. —Ordénasele en sueños que edifique una ciudad á los smirnos; intenta cortar el istmo que está entre Clasomene y Theos; junta á Clasomene con la tierra firme; sitia y toma á Mileto, y concede libertad á los habitantes; prodigio acaecido en el templo intentando robarle unos soldados; inclinación de un delfín á un niño.....	116
CAP. VIII. —Obliga Alejandro á los bajeles enemigos á que se retiren; licencia su armada y las razones que tiene para ello; entra en Caria, donde toma muchas ciudades; restablece á la princesa Ada en	

	Págs.
su reino, con cuya acción adquiere el afecto de los pueblos.....	122
CAP. IX. —Pone sitio á Halicarnaso; intenta en vano apoderarse de la ciudad de Minda; salida de los de Halicarnaso para estorbar los trabajos; temeridad de los soldados, de que se origina un gran combate; talento y moderación de Memnón, capitán de los persas.....	128
CAP. X. —Otra salida de los de Halicarnaso; son rechazados; ponen fuego á su ciudad, abandonándola, retirándose á dos ciudadelas, á quienes toma poco después Alexandro.....	133
CAP. XI. —Honra Alexandro una estatua de Theodecto; manda castigar á Lincestes, que conspira contra él; presagio con que descubre esta traición; trata bien á los judíos; adora el nombre del verdadero Dios; ve en Jerusalén los libros de los profetas; hace ofrendas en el templo.....	140
CAP. XII. —Rompe á los bárbaros; resuelve Memnón pasar la guerra á Macedonia, para cuyo intento halla favorable disposición en los aliados de los macedones, pero en tan felices principios muere de peste.....	147

LIBRO TERCERO.

CAP. I. —Apodérase Alexandro de la ciudad de Celene; entra en la capital de Frigia, donde habiendo cortado el nudo gordiano, resuelve pasar en busca de Darío.....	153
CAP. II. —Pasa muestra el ejército de los persas, y Caridemo, ateniense, es condenado á muerte por haber dicho, aunque con orden de Darío, libremente su sentir.....	157

	<u>Págs.</u>
CAP. III.—Pompa de los reyes de Persia cuando salen á campaña; descripción de las tropas de Alejandro.....	461
CAP. IV.—Apodérase Alejandro del paso de Cilicia, que había abandonado Arsanes, capitán de Darío.	465
CAP. V.—Sobrevino á Alejandro una enfermedad de cuidado por haberse bañado fuera de tiempo en el río Cidno.....	468
CAP. VI.—Recupera su salud por medio de Filipo, su médico, á quien todo el ejército da gracias.....	471
CAP. VII.—Viéndose Alejandro sano resuelve acometer á Darío; manda dar muerte á Sisene por sospechas de alguna conspiración, á que dió motivo su negligencia.....	474
CAP. VIII.—Consejo y resolución de Darío antes de la batalla; consternación del ejército de los persas y presagios de su rota..	477
CAP. IX.—Fuerzas y comparación de uno y otro ejército.....	482
CAP. X.—Oración de Alejandro á sus soldados.....	484
CAP. XI.—Batalla sangrienta en que mueren de parte de los persas cien mil infantes y diez mil caballos, entregándose á la fuga el resto del ejército; queda Alejandro señor del campo, en que hace una considerable presa.....	487
CAP. XII.—Consuela con real generosidad á la madre y mujer de Darío y á las demás princesas en la pérdida del rey, á quien creían muerto.....	493
CAP. XIII.—Entrega el gobernador de Damasco á Parmeniön los tesoros de Darío é infinita nobleza.	498

LIBRO CUARTO.

CAP. I.—Responde Alejandro con real magnanimidad á las orgullosas cartas de Darío; da el reino de

	<u>Págs.</u>
los sidonios á Abdolomino, descendiente de reyes, y aunque sumamente pobre, de magnánimo corazón; muerte de Amintas, que había dejado el partido de Alexandro, á manos de los persas, y muchos capitanes de Darío á las de los macedones...	203
CAP. II.—Pone Alexandro sitio á los tirios por no haberle querido admitir.....	211
CAP. III.—Hacen célebre y famoso el sitio de Tiro los dudosos acontecimientos de la guerra.....	216
CAP. IV.—Apodérase por último Alexandro de Tiro, en quien hace considerable estrago su ejército...	222
CAP. V.—Escribe Darío á Alexandro con más urbanos términos sobre la paz, cuyas condiciones desprecia; presentan los griegos á Alexandro una corona de oro; reduce debajo de su obediencia muchas provincias por medio de sus capitanes.....	227
CAP. VI.—Mientras Darío se dispone para la guerra, toma Alexandro la ciudad de Gaza y castiga gravemente á Batis, su gobernador.....	231
CAP. VII.—Pasa Alexandro á visitar el templo de Júpiter Ammón, á cuyo oráculo hace varias preguntas.....	237
CAP. VIII.—Fundación de Alexandria en Egipto, y diversas expediciones de Alexandro.....	242
CAP. IX.—Llega Darío á Arbela, y bien á pesar suyo pasa Alexandro el Eufrates y el Tigris.....	245
CAP. X.—Amedrenta á los soldados de Alexandro un eclipse de luna, pero él los asegura y esfuerza por medio de los adivinos de Egipto; pone en fuga á los persas, que asolaban y destruían por todas partes; muere la mujer de Darío prisionera de la tristeza, y llora Alexandro su desgracia; sospechas, sentimiento y votos de Darío.....	250
CAP. XI.—Pide Darío por tercera vez la paz sin fruto,	

	<u>Págs.</u>
y niégasela también Alexandro, persuadiéndole á que se rinda ó haga la guerra.	257
CAP. XII.—Atemorízanse los macedones viendo en batalla el ejército de los persas; pero por último, llegando á ellos toman alegres las armas	262
CAP. XIII.—Opónese Alexandro al voto de Parmenión y de Pelipercón, que era de que se combatiese de noche, y después de haberse entregado por algún rato al reposo, anima á los suyos al combate.	266
CAP. XIV.—Oración de Alexandro á los griegos, y de Darío á los persas.	273
CAP. XV.—Descripción de la sangrienta batalla que se dieron los dos ejércitos cerca de Arbela; vencedor Alexandro, sigue á Darío vencido y roto.	280
CAP. XVI.—Vese Alexandro en peligro, y líbrale de él su gran valor; obtienen finalmente los macedones una cumplida victoria, y obligan al resto de los persas á que se libre por medio de la fuga, con considerable pérdida de gente.	286



BIBLIOTECA CLÁSICA.

Se publica un tomo cada mes.

Todos ellos se venden separadamente.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, y encuadernado en tela, en pasta ó á la holandesa *cuatro pesetas*. Haciendo el pedido directamente á la Viuda de Hernando y C.^a, calle del Arenal, núm. 11, Madrid, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas y cincuenta céntimos* en rústica y *tres pesetas y cincuenta céntimos* encuadernado en tela, en pasta ó á la holandesa.

Puede hacerse la suscripción recibiendo el suscriptor mensualmente los tomos que desee.

En la cubierta de cada tomo se anuncia el que le seguirá en publicación, para que el suscriptor que no quiera recibirlo avise oportunamente á la Administración. Los suscriptores de provincias recibirán los tomos por el correo y con las garantías necesarias para evitar extravíos.

OBRAS PUBLICADAS.

CLÁSICOS GRIEGOS.

- Homero.**—*La Iliada*, traducción en verso castellano por D. José Gómez Hermosilla..... Tomos. 3
- *La Odisea*, traducción en verso castellano por D. Federico Baráibar, Catedrático del Instituto de segunda enseñanza de Vitoria y
- *La Batracomiomaquia*, poema burlesco, traducción en verso castellano por D. Jenaro Alenda..... 2
- Herodoto.**—*Los nueve libros de la Historia*, traducidos por el P. Bartolomé Pou, de la Compañía de Jesús..... 2
- Plutarco.**—*Las vidas paralelas*. Traducción de D. Antonio Ranz Romanillos..... 5
- Aristófanes.**—*Teatro completo*, traducción de D. Federico Baráibar, catedrático del Instituto de segunda enseñanza de Vitoria, precedida de un estudio sobre el teatro griego y sus traductores castellanos, de D. Marcelino Menéndez Pelayo, y seguida de numerosas notas críticas..... 3

- Esquilo.**—*Teatro completo*, traducción de D. Fernando Brieua Salvatierra, catedrático de la Universidad de Granada, con un extenso estudio crítico del teatro griego, y especialmente del famoso trágico, y con numerosas notas..... Tomos. 4
- Xenofonte.**—*Historia de la entrada de Cyro el Menor en el Asia y de la retirada de los diez mil griegos que fueron con él*, traducción de Diego Gracián, enmendada por el licenciado D. Casimiro Flórez Canseco..... 4
- *La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor*, traducción de Diego Gracián, enmendada por D. Casimiro Flórez Canseco..... 4
- Luciano.**—*Obras completas*, traducción de D. Cristóbal Vidal, catedrático de lengua griega en la Universidad de Sevilla..... 4
- Píndaro.**—*Odas*, traducción en verso por D. Ignacio Montes de Oca, obispo de Linares (Méjico), precedida de una *Carta prólogo* del traductor al Sr. Menéndez Pelayo, y de la *Vida de Píndaro*..... 4
- Poetas bucólicos griegos** (*Demócrito, Bión y Mosco*). Traducidos en verso castellano por D. Ignacio Montes de Oca, obispo de Linares (Méjico)..... 4
- Arriano.**—*Las expediciones de Alejandro*, traducción de D. Federico Baráibar, catedrático del Instituto de segunda enseñanza de Vitoria..... 4
- Poetas líricos griegos.**—Traducidos en verso castellano por los Sres. Menéndez Pelayo, Baráibar, Conde, Canga Argüelles, Castillo y Ayensa, con un erudito estudio biográfico y bibliográfico de Anacreonte y sus obras, escrito por el Sr. Baráibar..... 4
- Polibio.**—*Historia universal durante la república romana*, traducción de D. Ambrosio Rui Bamba, con prólogo del traductor..... 3
- Diógenes Laercio.**—*Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres*, traducción de D. José Ortiz y Sanz. 2

CLÁSICOS LATINOS.

- Virgilio.**—*La Eneida*, traducción en verso de D. Miguel Antonio Caro, académico correspondiente de la Española..... 2
- *Eglogas y Gérgicas.*—Las primeras traducidas en verso y extensamente anotadas por D. Félix García Hidalgo, y las segundas traducidas también en verso por D. Miguel Antonio Caro..... 4

Cicerón. — <i>Obras completas</i> , traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena, Navarro y Calvo, y Pedro Simón Abril.....	Tomos.....	14
Tácito. — <i>Los Anales</i> , traducción de D. Carlos Coloma, precedida de un estudio crítico por D. Marcelino Menéndez Pelayo, y seguida de la <i>Vida de Agrícola</i> y el <i>Diálogo de los oradores</i>		2
— <i>Las Historias</i> , traducción de D. Carlos Coloma, seguida de las <i>Costumbres de los germanos</i>		4
Salustio. — <i>Conjuración de Catilina.</i> — <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del infante D. Gabriel.— <i>Fragments de la grande Historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo.		4
César. — <i>Los Comentarios de la guerra de las Galias y la civil entre César y Pompeyo</i> , traducción de D. José Goya y Muniain, con un prólogo del traductor y el libro de Hircio sobre la guerra de cesaristas y pompeyanos en España, traducido por D. Manuel de Valbuena.....		2
Suetonio. — <i>Vidas de los doce Césares</i> , traducción de don Norberto Castilla.....		4
Séneca. — <i>Tratados filosóficos</i> , traducción de Fernández de Navarrete y Navarro y Calvo.....		2
— <i>Epistolas morales</i> , traducción de D. Francisco Navarro y Calvo, canónigo de Granada.....		4
Ovidio. — <i>Las Heroidas</i> , traducción en verso de Diego de Mexía, con un estudio biográfico de Ovidio Nasón... — <i>Las Metamorfosis</i> , traducción en verso de D. Pedro Sánchez de Viana.....		2
Flores. — <i>Compendio de las hazañas romanas</i> , traducidas y anotadas por D. Eloy Díaz Jiménez, director y catedrático del Instituto de segunda enseñanza de León..		4
Quintiliano. — <i>Instituciones oratorias</i> , traducción castellana de los PP. Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier....		2

CLÁSICOS ESPAÑOLES.

Cervantes. — <i>Novelas ejemplares y Viaje del Parnaso</i>		2
Calderón. — <i>Teatro selecto</i> , precedido de un <i>Estudio crítico</i> de D. Marcelino Menéndez Pelayo.....		4
Hurtado de Mendoza. — <i>Obras en prosa</i>		4
Quevedo. — <i>Obras satíricas y festivas</i>		4
Quintana. — <i>Vidas de los españoles célebres</i>		2
Duque de Rivas. — <i>Sublevación de Nápoles</i> , capitaneada por Masanielo.....		4

Alcalá Gallano.—*Recuerdos de un anciano*. Memorias de los sucesos políticos y sociales, hábitos y costumbres durante el primer tercio del siglo actual en España. Tomos. 4

Melo.—*Guerra de Cataluña y Política militar*..... 4

CLÁSICOS INGLESES.

Shakespeare.—*Teatro selecto*, traducción de D. Guillermo Macpherson, precedida de un extenso estudio biográfico y crítico acerca de Shakespeare y su teatro, escrito por D. Eduardo Benot, académico de la Española..... 6

Milton.—*El Paraiso perdido*, traducción en verso de don Juan Escoiquiz, con un estudio biográfico y crítico de Milton y su poema por Enrique Taine..... 2

Lord Macaulay.—*Estudios literarios, históricos, políticos, biográficos, críticos, de política y literatura*. Traducción de D. Mariano Juderías Béndér..... 6

— *Vidas de políticos ingleses*. Traducción del Sr. Juderías Béndér..... 4

— *Historia de la Revolución de Inglaterra*, traducida por D. Mariano Juderías Béndér y D. Daniel López..... 4

— *Reinado de Guillermo III* (continuación de la *Revolución de Inglaterra*), traducción de D. Daniel López.... 6

— *Discursos parlamentarios*, traducción del mismo..... 4

CLÁSICOS ITALIANOS.

Manzoni.—*Los Novios*, historia del siglo XVI, traducción de D. Juan Nicasio Gallego..... 4

— *Observaciones sobre la Moral Católica*, traducción de D. Francisco Navarro y Calvo, canónigo de Granada. 4

CLÁSICOS ALEMANES.

Schiller.—*Teatro completo*, traducción de D. Eduardo Mier..... 3

Heine.—*Poemas y fantasías*, traducción en verso castellano de D. José J. Herrero..... 4

CLÁSICOS FRANCESES.

Lamartine.—*Civilizadores y conquistadores*, traducción de Castilla y Juderías Béndér..... 2

CLÁSICOS PORTUGUESES.

Camoens.—*Los Lusíadas*, poema épico traducido en verso por D. Lamberto Gil..... 4

— *Poesías selectas*, traducidas en verso castellano por D. Lamberto Gil..... 4

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY,
BERKELEY

**THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW**

Books not returned on time are subject to a fine of 50c per volume after the third day overdue, increasing to \$1.00 per volume after the sixth day. Books not in demand may be renewed if application is made before expiration of loan period.

~~71 27 1962~~

REC'D LD

JUL 17 1962

220 Oct '50

RECEIVED MAR 13 1970

REC'D MAR 7 '70 - 9 AM

OCT 17 1968 AN DEPT.

13 No '59 WW

AUTO DISC.

APR 16 1992

REC'D LD

CIRCULATION

DEC 21 1959

22 May '62

APR 30 1992

YB 38349

U.C. BERKELEY LIBRARIES



C038903900

339714

PAG 377

57

1887

v.1

Curtis

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

